

ALCALÁ YÁÑEZ DE RIBERA, JERÓNIMO DE (1571-1632)

Escritor español. Nació y vivió en Segovia y estudió Medicina en Valencia. Aunque escribió obras menores de devoción como los versos de sus *Milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla* (1615) y las sentencias de las *Verdades para la vida cristiana* (1632), será en 1624 cuando vea la luz la primera parte de su obra *Alonso, mozo de muchos amos o El donado hablador*, imitación tardía del *Lazarillo*, cuya segunda parte es de 1626. A pesar de que *El lazarrillo de Tormes*, se encuentra lejos del rumbo que toma la novela picaresca en estos momentos, le sirvió de fuente de inspiración, si bien sus principales modelos los tiene en el *Guzmán de Alfarache* y el *Marcos de Obregón*. La obra se construye como una caja en que se aglutinan materiales ajenos de entrada a la historia principal: digresiones al modo del *Guzmán*, cuentos y múltiples facecias.

(Enciclonet)

ALCALÁ YÁÑEZ, JERÓNIMO DE (1563-1632)

(Segovia, 1563- id., 1632) Escritor español. Estudió con san Juan de la Cruz en Segovia y se dedicó a la medicina. Autor de tratados religiosos y de *Alonso, mozo de muchos amos o El donado hablador*, novela picaresca en dos partes (1624 y 1626).

http://www.biografiasyvidas.com/biografia/a/alcala_yanez.htm

JERÓNIMO DE ALCALÁ YÁÑEZ (1563-1632)

Jerónimo de Alcalá nació en Murcia en el año 1571 y fue bautizado en la Parroquia de San Pedro de la capital el mes de marzo de ese mismo año. Sus padres fueron el doctor Hernando Yáñez y doña Petronila de Rivera, segoviana y segunda esposa de don Hernando. Su abuelo paterno fue don Alonso Yáñez y su bisabuelo Francisco Yáñez. Todos ellos médicos, así como su hermanastro Juan Yáñez, hijo del primer matrimonio de su padre, y su cuñado Leandro Corvera. Sus abuelos maternos fueron el mercader Juan de Alcalá y Elvira Álvarez de Ribera. Del matrimonio de Hernando Yáñez y Petronila nacieron también Ángela, Margarita, Florencia y José.

Jerónimo vivió con sus tíos maternos Hernando y Elvira y adoptó como primer apellido el de Alcalá. En esta época no era extraño el cambio de apellidos, ya fuese por necesidad o por simple gusto. Sus tíos paternos se apellidaron Alcalá, mientras que sus tías maternas y su madre tomaron el apellido de Ribera, siendo la abuela Álvarez de Rivera.

En su juventud pareció atraído por la vida religiosa. Estudió latín con el padre jesuita Hernando de Mendoza y teología y artes en el convento de los padres dominicos de Santa Cruz la Real de Segovia, con fray Francisco de la Cueva y fray Cristóbal de Mendoza. Asistió también a las clases del entonces carmelita Juan Yepes, hoy conocido como San Juan de la Cruz, en el convento de los carmelitas de Segovia.

Abandonó los estudios religiosos y se decidió a estudiar medicina, tradición en su familia paterna. Los estudios médicos los cursó en Valencia, quizá porque allí lo hicieran su padre y hermano. En esta universidad, una de las mejores en ese momento, se matriculó usando significativamente como primer apellido Yáñez. Cursó tres años en el colegio universitario de Valencia, desde 1594 hasta 1597, y dos años más de prácticas en la Academia. Se licenció el 14 de agosto de 1599.

Regresó a Segovia acabados los estudios. El 23 de septiembre de 1562 se casó con doña María Rubión, con la que tuvo al menos doce hijos. María murió el 31 de enero de 1628 a los 38 años de edad. Poco tiempo después contrae segundas nupcias con doña Isabel de Briones Tapia.

Aunque su fama se la debe a sus trabajos como escritor, durante toda su vida ejerció la medicina en Segovia. Prestó sus servicios en el convento de San Vicente, en la Hermandad de Tundidores y de Perailes, en el Hospital, en la fundación Niños de la Doctrina y asistió a pobres y mendigos. Jerónimo de Alcalá murió el 2 de noviembre de 1632 en su casa de Segovia y fue enterrado en la iglesia de San Martín.

<http://www.regmurcia.com/servlet/s.SI>

ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS
(El donado hablador)

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Dedicatoria del libro

Prólogo del autor

CAPÍTULO primero. Alonso, mozo de muchos amos, donado de cierto convento, con el Vicario de su orden una tarde a solas, saliendo a pasear los dos al campo, le da cuenta de su vida y nacimiento

CAPÍTULO segundo. Cuenta la jornada que hizo con el capitán, y los sucesos que tuvo en su compañía

CAPÍTULO tercero. Entra Alonso en casa del sacristán, y cuenta al vicario lo que le sucedió con él en la iglesia y en lo tocante del servicio del templo

CAPÍTULO cuarto. Cuenta Alonso cómo llegó a Toledo y entró a servir a un gentilhombre recién casado, y lo que le sucedió

CAPÍTULO quinto. Día siguiente, cuenta Alonso lo que le sucedió en Madrid, y cómo entró en servicio de un letrado que iba por Alcalde Mayor de Córdoba

CAPÍTULO sexto. Cuenta Alonso al vicario cómo entró a servir en Sevilla a un médico

CAPÍTULO séptimo. Da cuenta Alonso de su jornada para Valencia y cómo entró a servir a una señora viuda valenciana

CAPÍTULO octavo. Da cuenta Alonso de la jornada de las Indias y de los trabajos que padeció

CAPÍTULO nono. Cuenta Alonso a su vicario cómo llegó a Sevilla, entró a servir a un autor de comedias, y lo que pasó con él

CAPÍTULO décimo. Da cuenta el hermano Alonso a su vicario cómo entró a servir a unas monjas y después vino a ser donado

SEGUNDA PARTE

Dedicatoria

Prólogo

CAPÍTULO I. Juntos una tarde el cura de San Zoles y Alonso, ya ermitaño de la ermita de San Damián, le da cuenta de su nuevo estado y ocasión de haber dejado el hábito de donado

CAPÍTULO II. Cuenta Alonso al cura los trabajos que pasó con los gitanos, su trato y modo de vivir, y cómo se vino a Zaragoza

CAPÍTULO III. Cuenta Alonso la jornada de Zaragoza, y lo que le sucedió en ella

CAPÍTULO IV. Da cuenta Alonso de la jornada de Portugal, y de lo que en ella le sucedió

CAPÍTULO V. Da cuenta Alonso de la jornada de Toro, y como entró a ser aprendiz de un pintor

CAPÍTULO VI. Cuenta Alonso la jornada de Segovia, y cómo entro a servir a un peraille

CAPÍTULO VII. Cuenta Alonso la jornada de Barcelona, y su cautiverio y los trabajos que le sucedieron

ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS

Dirigido a DON LUIS FAJARDO Marqués de los Vélez y de Molina, Adelantado y Capitán General del Reino de Murcia y Marquesado de Villena, reducido a la Corona Real.

Compuesto por el doctor JERÓNIMO DE ALCALÁ YÁÑEZ, médico y cirujano, vecino y natural de la ciudad de Segovia, Año 1624.

De Alonso de Ledesma al doctor Alcalá y a su libro.

Décima

Un mozo, gran servidor
de los amos con quien vive,
dibuja, pinta y describe
Alcalá, nuestro doctor.
Es filósofo su autor
y el mozo un cuerdo viandante
que enseña al más ignorante
y muestras de sabio da;
mas un hijo de Alcalá
¿qué mucho que sea estudiante?

De don Juan Bravo de Mendoza al libro del doctor Alcalá.

Décima

Si a Ulises, porque trató
peregrino tanta gente,
grado le dio de prudente
el ciego que tanto vio,
vos, mozo a quien obligó

la necesidad y el Hado
a granjear el cuidado
de una y otra condición,
de prudente con razón
por Alcalá lleváis grado.

Del licenciado don Josef Garcilópez de Aldana al libro del doctor Alcalá.

Décima.

Hoy, previniendo sus daños
en lo dulce y provechoso,
al mundo, doctor famoso,
servís cuerdos desengaños:
por un mozo (no en los años)
ofrecéis a su consejo,
porque le sirva de espejo,
que en corriéndole el rebozo
ha de servir como mozo
y aconsejar como viejo.
De Pedro de Valencia,

Alcaide de la Cárcel Real de Segovia, al doctor Alcalá.

Décima.

Si el servir más de a un señor
por imposible se tiene,
y a merecer mucho viene
el que sirve con amor,
premio de incumplido honor
tiene ya bien merecido
mozo tan bien entendido,
que con su buen proceder
el de muchos vendrá a ser
de todos bien recibido.

Del doctor don Manuel de los Ríos al doctor Alcalá.

Décima.

Un criado bien criado
cría el doctor Alcalá;

nombre de muchos le da,
y de todos se le han dado.
De Alcalá sale enseñado
(aunque mozo) doctamente.
El mundo, por eminente,
ser dice que ha merecido
de todos amos servido
el que es de muchos sirviente.

De doña María de Orozco Zúñiga y Vargas al doctor Alcalá Yáñez y a su libro.

Décima.

Susurra en el verde prado
la abejuela, y de las flores
gusta las que son mejores
para su panal dorado:
vos lo mismo habéis mostrado
hacer, doctor, al presente,
pues de un tan vario sirviente,
que de sus amos murmura,
sacáis con tanta dulzura
doctrina tan excelente.

DEDICATORIA DEL LIBRO

Costumbre es, excelentísimo señor, de los que poco pueden el ampararse y buscar favor de los grandes y poderosos, para que con su amparo salgan sin temor en público, consiguiendo con más facilidad lo que pretenden. Y si es así, como lo es, ¿a quién puedo yo escoger con más justo título para que me favoreciese que a Vuestra Excelencia, a quien el Cielo puso en el estado que goce innumerables años para defensa de los menesterosos de su amparo? Dejado aparte que todos mis pasados, desde mi bisabuelo el doctor Francisco Yáñez, el doctor Alonso Yáñez, mi abuelo, y el doctor Fernando Yáñez, mi padre, todos sirvieron a sus progenitores de Vuestra Excelencia y fueron criados de su casa (y yo me acuerdo ver en la mía algunas joyas ricas dadas de aquellos liberales príncipes a mis padres, como fue una escarcela de oro, bolsa de aquellos dichosos y felices tiempos, y una riquísima porcelana, señal certísima del amor que los tuvieron); y últimamente, los doctores Juan Yáñez y Leandro Corbera, mis hermanos, también sirvieron a Vuestra Excelencia. Y yo, el menor de todos, no fuera razón quedarme atrás y no corresponder con los deseos que tuvieron de acertar a servir a Vuestra Excelencia, pues verdaderamente ha sido como un vínculo, y sucesión hereditaria en él, preciarnos de ser criados de tan grandes príncipes. Y pues es condición de los tales el mirar más a los

buenos deseos que a los pequeños servicios que se les hacen, reciba Vuestra Excelencia este mínimo, mirando más a mi voluntad que a la obra que se le ofrece, pues con esto quedaré yo de nuevo obligado y bien satisfecho. Guarde Dios a Vuestra Excelencia los años que puede y sus criados habemos menester.

El Doctor Alcalá.

PRÓLOGO AL LECTOR

Este viandante, piadoso lector, no ignora cuán riguroso has de ser con él, por más humillaciones y ruegos que te haga; pero quien ha dado al traste con su navichuelo y se echa al agua sin esperanza de otro remedio, forcejando contra la furia del viento y soberbia de las levantadas y encumbradas olas, entreteniendo la vida como puede (no de otra manera este atrevido mozuelo sale hoy en público: con ánimo de sufrir cuantos naufragios y fortunas le vinieren), bien pudiera estar ya escarmentado (no en cabeza ajena, sino en la propia), dejando de dar velas al viento en el piélago de murmuraciones (peligroso y tempestuoso mar adonde tantos se han anegado), principalmente siendo ésta la tercera vez.

Mas podrá darte por disculpa lo que le fuera de notable consuelo a una persona grave que yo conocí, el cual había casado con un caballero principal una sola hija que tenía y dádola en dote la mayor parte de su hacienda. El novio, como se vio con tanto dinero (parte incitado de la mala costumbre, o que² de la abundancia y sobra en que estaba), una tarde se puso a jugar más largo de lo que fuera razón y con personas que no debiera, por ser, como eran, ejercitadas en todo género de fullería, de suerte que en poco tiempo le cogieron tres mil y quinientos ducados. Lleváronle la nueva al padre de la dama, y dándole el pésame algunos deudos y amigos suyos, afeando el mal término de su inconsiderado yerno, les respondió: «En verdad, señores, que no me pesa tanto de la grande pérdida que ha hecho don Fernando, sino de que procura agora con tantas veras desquitarse y probar la mano un día déstos, en que confía tendrá más favorable fortuna».

Este será el postrero, con propósito firmísimo de que no ha de escribir más libros, si no fueren tocantes a la facultad que profesa, pues, ya de veinte y seis años de experiencia, con algún linaje de atrevimiento podrá alguno salir a luz, y más habiendo hecho orejas de mercader, y acostumbrado a riesgos y peligros que se pone el que escribe en estos tiempos, donde está en su punto el bien decir, la elegancia, el lenguaje y modo de hablar, por términos tan levantados y subidos, que los que los escuchan y leen, en lugar de animarse y cobrar esfuerzo para imitarlos, encogen los hombros, arquean las cejas, maravillados de la agudeza de los ingenios y de la fertilidad de los entendimientos que produce nuestra florida España.

Pero advierte, lector, que no pueden todos escribir de una suerte, ni por una igualdad repartió el Cielo sus dones y gracias, y que, si eso fuera, no se hallara diferencia entre lo muy bueno y lo que tiene algún vicio. Y si tú le tuvieses en no agradarte de cosa que veas, déjala y no pases por ella los ojos; que mejor es no tenerlos para mirar lo que no te

ha de dar gusto, quitando la ocasión para decir mal de lo que leyeres, que ser basilisco con tu vista, enojoso con tus razones y aborrecido por tu lengua. Y, pues sabes que los afables y benévolos son de suyo amables, recibe este *Mozo* amigablemente; que, viendo tu virtud y buen natural, estará contentísimo en tu casa, publicando por el mundo tu buen pecho y liberal ánimo, quedando siempre agradecido al bien que le hicieres. *Vale*.

El Doctor Alcalá.

CAPÍTULO PRIMERO

Alonso, mozo de muchos amos, donado de cierto convento, con el Vicario de su orden una tarde a solas, saliendo a pasear los dos al campo, le da cuenta de su vida y nacimiento.

VICARIO. Antes que viniese a este santo convento, hermano Alonso, de su buen natural, de los trabajos que pasó en el siglo con los amos que tuvo, del buen proceder y traza con que los sirvió y del mal pago que recibió dellos, oí decir grandes cosas; y así, para que entretengamos estas tardes, en que se acostumbra salir a recrearse los religiosos por este campo, recibiré mucha caridad en que me dé cuenta muy en particular de su vida, sin que deje ninguna circunstancia; que lo que yo le puedo ofrecer es una gran atención a cuanto me quisiere decir y mucho mayor gusto al oírle.

ALONSO. Así es verdad, y que la Orden nos da estos días como por asueto, para que en ellos se tome algún alivio y sirva por descanso de un tan largo y continuo trabajo como se pasa en nuestro convento. Y pues la verdura destes campos nos convida, y vuestra paternidad gusta a que algo más libre hable un donado como yo, sin temor de los celadores y guardas de nuestra religión, y muy por extenso le cuente los varios sucesos míos y trabajosa vida, habré de hacerlo, dando cuenta de quién fueron mis padres, cuál mi patria, y motivo que tuve para venir a este santo monasterio, cuyo hábito estimo en más que las telas y finos brocados de los monarcas y príncipes del mundo. A solas estamos en este desierto y sin testigos que nos escuchen; defiéndennos del universal padre de los vivientes y de sus rigurosos y ardientes rayos estos copados y frondosos árboles, que para tener mayor descanso y gusto nuestro y regalo desta siesta proveyó la naturaleza los arroyuelos que vienen despeñándose destes encumbrados y soberbios montes que nos cercan. Paciencia tenga vuesa paternidad, pues me manda que hable, y escúcheme atento; que si los donados no hablan, yo he de ser esta vez el hablador donado. Y dé gracias a Dios que hablo en la soledad y que no hay paredes que me escuchen; que, en efeto, no teniendo oídos, les faltará lenguas para contar mis faltas.

Yo, padre mío, nací en una villa de Andalucía; mis padres, que Dios haya, aunque no los conocí, me dicen que fueron personas de cuenta en mi pueblo; y téngolo por cierto, por mis buenos respetos y no haber sido jamás inclinado a cosas bajas y que desdican de honrados términos: señal evidente y clara de la buena sangre que me dejaron.

A veinte días me faltó el padre: cierto pronóstico de mis desdichas, pues en la cuna me pusieron luto. Mi madre, deseosa de que me criase con algún recogimiento, temerosa del daño que puede causar el regalo, poco respecto y libertad de mozos, antes con antes me llevó a la casa de un hermano suyo, cura de una aldea bien apartada de mi tierra, por ventura porque no me volviese de adonde me dejaba.

Lo que pasé con este mi tío vaya en descuento de mis pecados: el poco dormir, el mucho madrugar, el andar de día y de noche, era insufrible y desproporcionado a la ternura de mis años. Tenía el cura en su casa una ama setentona, colmilluda, más natural para esqueleto que para el gobierno de una casa, compuesta de huesos y tan seca de carnes como de condición, áspera, desabrida, de quien jamás oí una buena palabra, sino cuando me llamaba a comer. Era yo inocente; que, a ser gran pecador, bien pudiera servirme de purgatorio, por inormes que fueran mis culpas; pero estos trabajos eran llevaderos con la buena acogida y regalo de mi buen tío. No querría acordarme de tantas desdichas, pues, aunque suele decirse «agua pasada no muele molino», él me traía tan molido y cansado, que con haber tantos años que salí de su jurisdicción, cuando por mi desdicha se me acuerda dél y de su ama, pierdo los estribos de la paciencia, representándoseme su mal tratamiento y lo mucho que pasé en su casa, sin tener ningún género de alivio. Era mi buen clérigo algo allegador y amigo de andar por el modo ahorrativo: natural condición de clérigos, y más si son viejos, como el mío: vicio verdaderamente digno de reprehensión. Hase vivido lo más, y haes dado Dios cuanto han habido menester, y para el poco tiempo que queda de vida están temerosos si les ha de faltar. Pues en verdad que no lo allegaba para su sobrino, queriendo fundar en él algún mayorazgo, aplicando los bienes y rentas de la Iglesia como si fueran castrenses ganados en buena guerra, ni lo dejaba por temor de que no había de parar en heredero tercero o cuarto, ni tampoco era persona que se regalaba, buscando a costa de su dinero los mejores bocados; antes, de puro desdichado, se pudiera decir por él lo que de un hombre rico, que, habiendo muerto y dejado veinte mil ducados, dijo un vecino: «Gran lástima la de Fulano, que haya muerto tan de repente y con tantas deudas». Oyolo un su amigo, y replicole diciendo: «¿Qué es lo que decís? Antes deja muy gran hacienda y sin tener deudos a quien dalla». «No lo entendéis, hermano (le respondió el otro): sabed que cuanto deja lo debe a su cuerpo, a quien le ha quitado cuanto era necesario para su sustento, y de debilitado y flaco vino a salir deste siglo».

VICARIO. Pues ¿para quién podía querer cuanto iba allegando?

ALONSO. Eso, padre, dejábalo al gobierno de la Divina Providencia.

VICARIO. ¿Qué quiere decir en eso?

ALONSO. Era el bueno de mi tío como la picaza, que todo cuanto halla lo esconde y entierra, y topa con lo que escondió el que está más descuidado. Así, él escondía y atesoraba para quien el Cielo determinase. Y con este propósito el miserable avariento, viéndome a mí de buena disposición y cuerpo razonable, procuró de escusarse de sacristán, y para esto diome mucha priesa para que deprendiese a leer, ayudar a misa, cantar en la tribuna y tañer las campanas, haciendo en ellas diferentes sonos. Bien dicen,

padre, que «la letra con sangre entra», y ¡qué caro me costó el saber lo poco que ahora sé! No había juro más cierto que una docena de azotes para mí en saliendo el alba, o que por no saber la lición de la noche antes, o por no traer la plana tan buena como había de venir, o si no había madrugado con el cuidado y diligencia que quería mi tío. En efecto, era una vida la que pasaba insufrible, y tan trabajosa, que determiné de poner tierra en medio.

Ya yo era mozuelo de quince a diez y seis, leía bien y escribía razonablemente; de la gramática era lo que sabía más que moderado, pudiéndome con justo título llamar *Petrus in cunctis*. Viéndome, pues, con la suficiencia a mi parecer bastante, salí una noche de la casa de mi cura solo y sin blanca, fiado en la caridad de Castilla la Vieja. Habíanme acabado de hacer un vestidillo negro, hábito propio de estudiante gorrón, y con mi cuello bajo podía competir con cualquiera sacristán de aldea, por curioso que fuese. Alcé haldas en cinta, púseme en camino y anduve aquella noche cinco leguas, llegando a una venta, como buen cazador, muerto de hambre, seco de sed y muy cansado.

Encontré en la posada cuatro mancebos de buena edad, gentil presencia y bien aderezados; preguntáronme dónde iba; respondíles que adonde Dios fuese servido, porque no tenía determinada mi jornada ni intención más de ver mundo y andar algunas tierras, fuesen donde la ocasión me llevase. «A buen tiempo llegáis (dijo el uno dellos), porque nosotros vamos a estudiar a Salamanca, y, si gustáis, a ratos os llevaremos a caballo y os daremos un pedazo de pan; que, según me parece, no vais muy sobrado, y podría ser que, como habemos de recibir un criado que nos compre de comer, os quedéis vos en nuestra compañía y, dándoos estudio, volváis a vuestro pueblo de otro modo del que salistes». Agradecí su ofrecimiento con un millón de gracias, aceté su envite y, concertado con ellos, llegada la mañana, salimos de la posada. Lo que pasé en este largo viaje no podré encarecer, porque, como no estaba yo enseñado a ser mozo de mulas, a la primera jornada no podía dar paso, quedábame muy atrás, echaba menos el poco andar de mi casa a la iglesia; pero para animarme mis compañeros hicieronme subir a las ancas de un mal rocín (que debía de ser el de don Quijote, según estaba de flaco, salido de espinazo y de cuadriles), el andar de la madre que le había parido; de suerte que me enjuagó las tripas en breve tiempo y en las asentaderas me puso en cada lado una gran llaga. Podía competir con algún disciplinante alquilado, o vanaglorioso hipocritón, que, por dar que decir a la gente que le mira, se desuella las espaldas, vertiendo su sangre, no en servicio de Dios, sino por cumplimiento y gusto de los mayordomos de la cofradía; y no se vea nadie como yo me vi, de condición que me fue forzoso apearme, habiendo de escoger de dos grandes males el menor.

No hay para qué cuente a vuesa paternidad las travesuras que por el camino hacían, y en las posadas el buscar de las gallinas y el hurtarlas, haciéndome a mí encubridor de todos sus delitos, y que yo las sacase del gallinero metidas en los greguescos; el acostarse en la cama con espuelas y botas, no mirando al lodo que se les había pegado por el camino. Un real se pagaba de cada uno y diez se le hacía de daño al pobre mesonero; y no se podía decir por nosotros que ganábamos indulgencia plenaria hurtando al ladrón, porque verdaderamente era cargo de conciencia lo que se hurtaba de cada posada. Por nosotros debió de decirse que era tanto lo que sentían en la casa de donde salíamos, que siempre

quedaban llorando los dueños della por nuestra partida. Con estas y otras desdichas llegamos a la ciudad de Salamanca, madre de los ingenios del mundo y princesa de todas las ciencias. Fuimos a escuelas, juntándonos con los demás estudiantes, que pasaban de cinco mil de matrícula; pero mi desdichada fortuna, que no se contentaba con los pasados trabajos, a cada paso me iba guardando nuevos merecimientos. Conociéronme luego por novato; pusiéronme cerco gran cantidad de aquellos estudiantes, comenzando a descargar en mí más saliva que suelen arrojar granizo las más preñadas nubes por el mes de marzo; y teniéndome en medio como a blanco de sus travesuras, me preguntaban cómo quedaba mi señora madre y los señores hermanitos, si lloré al partirme dellos y si había traído algunas pasas o confites para desayunarme. Hiciéronme que subiese en la cátedra, no me dejando bajar hasta que les leyese alguna cosa, y al cabo me dieron por libre, de tal modo, que mi negro ferreruelo salió más blanco que la nieve.

Maravilleme yo de que unos mozos tan grandes como sus padres diesen en aquellas boberías; mas dábanme por respuesta que era costumbre antigua y que todos pasaban por aquel rasero, como si disparates semejantes no se pudieran evitar y dejarlos (pues, en efeto, el viejo primero fue mozo, y para ir de un lugar a otro es forzoso pasar por un medio); dejado aparte que, en buena cortesía, a los forasteros que llegan a un pueblo los naturales dél y ya antiguos los han de agasajar y recibir con amor, no maltratarlos con palabras ni obras; que lo demás es de gente bárbara, inconsiderada, sin razón ni término.

Acuérdome que en el aldea donde mi tío estaba tenían por costumbre los labradores ir en procesión a una ermita del glorioso mártir san Sebastián, y para haber de ir pasaban por unos prados tan llenos de agua y lodo, que el pobre sacristán y clérigo se ponían de suerte que las sobrepellices que llevaban con justo título se podían comparar con las gualdrapas más arrastradas por el mes de noviembre. Y viendo la gran incomodidad del camino, el cura rogó a los alcaldes y regidores torciesen por una vereda, buscando un atajo que se descubría, siquiera para escusarse de tan trabajosos pasos como los que veían presentes. Los aldeanos, en lugar de ser agradecidos al buen consejo que les daban, con gran cólera respondieron: «La costumbre del concejo se ha de guardar, y la procesión ha de ir por donde ha ido otros años»; pero mi tío, enojado con la respuesta impertinente, con no menor enojo les dio por respuesta: «A la mala costumbre quebrarla la pierna. Por el hábito de san Pedro que se han de ir ellos solos, porque yo a mi casa me vuelvo». Querellaron dél; costole su dinero; pero otro año procuró el pueblo remediar aquellas pesadumbres.

VICARIO. Eso es irremediable: estudiantes nunca dejan de hacer las suyas, como mozos libres.

ALONSO. En efeto, padre, volví en busca de mis amos, que habían salido de semejante refriega como la mía, si no peor; y aunque dicen que mal de muchos es gozo, no lo fue para mí, porque tuve que limpiar todo el día cuatro manteos y bonetes, sin mi sombrero y ferreruelo. Pasose el nublado, comenzose a leer, iban a escuelas los de mi casa y yo acudía a comprar lo necesario para nuestra comida, y después íbame por los generales y oía al catedrático que más gusto me daba: unas veces entraba en Leyes, otras en Medicina, otras en Artes y Sagrada Teología, sin dejar los retóricos y matemáticos. Oía a

los unos, escuchaba a los otros y pegábanseme de cada uno dellos algunos principios, de suerte que quien me oyera hablar o disputar entendiera que era yo la misma sabiduría, siendo la propia confusión y el símbolo de la ignorancia de las ciencias de quien hablaba y argüía. ¡Oh, cuánto vale un fanfarrón presumido y una falsa apariencia y representación de lo que no es, y cuántos se engañan con una buena presencia, escogiendo lo peor no más de por la vista!

Acuérdome que un día iba un letrado con su mula y gualdrapa, con un lacayo delante y dos pajes detrás, con la gravedad y compostura posible, pero no de la opinión y letras que debiera. Estaban en un portal por donde él pasaba algunos gentileshombres, tasadores de vidas ajenas y gobernadores de la república, gente libre, que no perdonan a nadie, y, mirando al pasajero el uno dellos, dijo a los otros: «¿No veis lo que pasa? ¿Quién dirá que aquello no es verdad?». Así yo, con ser un zote, había cobrado con todos nombre de buen estudiante, y como calificaban mis cosas personas graves, cobraba cada día mayor opinión.

Tenía ya crédito; presumía, y lo que peor es, sin tener de qué; ya me preciaba de dar consejos a mis amos, reprehendiendo sus travesuras, el salir de noche a correr los tostadores de las castañeras, los pasteles, el pan y la fruta, el poco acudir a escuelas, el quedarse en la cama en viendo llover o nevar, el demasiado juego. Ellos me llamaban el procurador de los embargos; pero yo lloraba con justa razón el tiempo perdido, la hacienda de los pobres padres ausentes, engañados con una loca esperanza de ver a sus hijos medrados en saber, puestos en dignidades y gobiernos; mas, acabado el curso, vuélvense como se fueron, gastado en devaneos el tiempo, consumida la hacienda y sin letras. Venidos los martes y sábados, acudian mis estudiantes a la estafeta, recibían las cartas y, encendida una vela, las iban leyendo y quemando hasta llegar a la letra que decía: *El arriero lleva dineros, tocino...*

Entonces era el matar el fuego, guardar las cartas y esperar por horas el venidero amparo de sus trampas. Consideraba yo qué remedio podría ponerse a la demasiada libertad destos mozos, pues, como libres de la sujeción de los que respectaban, y con dineros y sin tener quien les vaya a la mano, gastan a su albedrío, no les bastando para un mes lo que era suficiente para todo un curso. Echaba de ver cuán prudentes eran los que a sus hijos daban lo necesario para su gasto por orden de los padres de la Compañía de Jesús, pues con su cordura y buenos consejos les estorban impertinentes gastos, evitando ocasiones que la demasiada sobra y abundancia les ofrece tan de ordinario. Esta era mi continua fatiga: vía que mis estudiantes podían estar descansados y quietos estudiando para remedio de sus viejos padres (que por ventura lo dejaban de comer para que ellos anduviesen lucidos y no con menos adorno que los que tenían mayores rentas), y obligados con tantos beneficios, de que debían dar gracias a Dios, hacíanlo como tengan el sueño.

Hay padres que son causa de la perdición de sus hijos por las malas costumbres con que los criaron, ciegos con el amor y afición de hijos, no poniendo freno a sus libertades, dejándolos seguir el camino de los vicios, adonde, como libres, sin orden ni gobierno, vienen a perderse, siendo la causa de todo el poco remedio y cuidado que pusieron en su

crianza, perdido el respeto que de derecho se les debe a los padres. Bien lo echaba de ver un discreto viejo, el cual, como estuviese ya cercano a la muerte, tan cargado de años y enfermedades como de riquezas, estrecho de bolsa y de condición, enemigo de que su hijo gastase un solo maravedí aun en lo necesario y forzoso que hubiese menester, entrándole a visitar una mañana el mancebo, le preguntó: «¿Como ha pasado vuesa merced la noche? Cómo va de dolores? ¿Ha dormido vuesa merced algo mejor?». Mas a su comedida pregunta respondió el anciano: «Hame ido, he dormido y estoy como vos me queréis y habéis menester para salir de padre y hacer de las vuestras». Acudían a nuestra posada algunos valentoncillos del hampa, «¡Viva quien vence!». Sacaban a rondar a mis llorados andaluces, y como suele decirse, «Dime con quien andas y decirte he quién eres»: a dos días los vi cargados de broqueles, espadachines de noche y de día, colete de ante, cota hasta la rodilla, mejores para escuela de Marte que para las de Bártulo y Baldo. No había cuchilladas en que no se hallasen, ni se cometía delito en que no estuviesen. Si se había de retular, ellos eran los retulantes, los Hércules de los bandos, los Aníbal de las pependencias; cada día la justicia seglar y eclesiástica en casa, siempre a sombras de tejados, sacándonos para las costas procesales basta los colchones de la cama. «Veisnos aquí sin estudio, sin dineros y con mala opinión de nuestros naturales. Pues ¡remedio ha de haber! Irnos a nuestra tierra será pesadumbre para los ancianos padres, dejado aparte que no hay blanca para el camino, y nos será muy mejor que el Señor nos abra los ojos y nos metamos en religión; que con esto taparemos a todos la boca, viendo tan loable vuelta de una vida tan libre y desalmada».

Este fue el paradero de mis amos, los cuales temerosos, así de la justicia como de sus padres y deudos, y más de sus deudas, porque hasta los manteos tenían empeñados, porque cuanto trujeron lo habían puesto en cobro... Como el otro hijo de un buen hidalgo, a quien enviándole su padre a Salamanca para que estudiase, dándole lo más que pudo para su curso, al salir de casa le dijo: «Ya ves, hijo mío, la poca hacienda que tenemos, y que entre tantos hermanos como tienes, no es posible sino que tengas muy poca hacienda de tu parte. Pídate por el amor que te tengo, y como padre a quien debes obedecer, que estudies y trabajes como persona que va a Salamanca no a otra cosa, y que gastes con prudencia lo que fuere necesario». Partiose el mozo, entró en escuelas, cursó algunos días. Paseando por la ciudad, acertó a ver una negra mujer que le llevó los ojos; dió en festejarla, servirla y pretenderla, gastando en esto más horas y tiempo que en los Baldos y consumiendo el dinero que había traído para seis meses. Afligido de verse sin blanca, escribió a su padre suplicándole le socorriese con cincuenta ducados y que no entendiese que había echado a mal lo que le había dado, pues en Dios y en su conciencia que lo había gastado con prudencia: verdad, pues así se llamaba su dama.

En efeto, mis licenciados en una de las religiones que mejor les pareció recibieron el hábito; y yo, viéndome huérfano, solo y desamparado (que el Señor no me llevó por ese camino fraileSCO), busqué modo de vivir; y viendo que un capitán de infantería levantaba gente para Italia, le fui a hablar para pedirle me llevase en su compañía, prometiéndole de servirle en todo cuanto me mandase. No se hizo mucho de rogar el capitán, y pareciéndole que le estaba a cuento el recebirme, haciéndome grandes ofertas si con él me iba, me recibió, y yo quedé con él con demasiado contento.

CAPÍTULO SEGUNDO

Cuenta la jornada que hizo con el capitán, y los sucesos que tuvo en su compañía.

Ya yo entendí, padre mío, que había echado un clavo a la rueda de la Fortuna y que después de tantos trabajos había aportado al puerto del verdadero sosiego; y cuán engañado estaba mostrómelo bien presto el mal proceder de mi capitán... Pero estará vuesa paternidad cansado, y será mejor dejarlo para otro día.

VICARIO. No, hermano, que le prometo que gusto de oírle. Y, pues es temprano, acabe ese discurso; que aún no son las cuatro, y nos falta más de hora y media para tañer a completas.

ALONSO. En efeto, el bueno de mi amo hacía de mí más transformaciones que un Ovidio, porque unas veces quería que le sirviese de soldado para las pagas, otras de mochiller para el servirle (que, como ya crecido de cuerpo, sabíame aplicar a su gusto y a lo que mayor necesidad tenía de mi persona). Era el buen hombre ancho de conciencia, nada escrupuloso, todo lo remitía a la misericordia de Dios y nada dejaba para su justicia; de suerte que, con ser yo algo más libre de lo que debiera, podíame dar quince y falta.

Llegamos una tarde a un lugarcillo de pocos vecinos, adonde estando alojados los soldados, echaron ojo a unos carneros que pacían en una cerca no muy apartada del pueblo, y llegada la noche, que fue oscura y acomodada a su propósito, cuatro compañeros fueron a visitarlos, trayendo consigo a la vuelta al cuerpo de guarda ocho dellos. Venida la mañana, vino el dueño a quejarse a mi amo con notables extremos por el hurto que le habían hecho, diciendo cómo de diez y siete carneros no le habían dejado más de nueve, y que él sabía que soldados suyos se los habían tomado aquella noche. Mi capitán, muy enojado con el pobre pastor, le dijo: «¡Sois un villano mal nacido! Y mentís; que no traigo yo en mi compañía gente de ese modo. Si mis soldados fueran, no dejaran ninguno; y harta probanza se ha hecho en su favor en lo que habéis dicho; que no son ellos hombres de tan buen contento que os dejaran, no digo yo nueve, ni aun uno solo».

A este modo iba despachando no pocas quejas que de su gente le traían los huéspedes adonde nos alojaban. Y llegando a pedir justicia otro pobre labrador, diciéndole: «Señor, tengo en mi casa un huésped tan mal acondicionado y tan terrible, que no le puedo contentar con los regalos que le traigo a mesa: pídemelos imposibles y lo que no se halla en esta tierra; trátame mal y ha puesto en mí las manos. Vuesa merced me ampare y remedie estos daños». Oíale el bueno de mi amo, y, vuelto para el querellante, que estaba tan lleno de temor como de lágrimas, haciendo burla dél con una falsa risa, le despachó, diciendo: «¡Sois un grosero ignorante! ¿No echáis de ver que ese hombre os pide dineros? Dádselos, que con ellos le volveréis pacífico, amoroso y más blando que una cera».

VICARIO. No debía de ser cristiano ese hombre.

ALONSO. ¡Oh cuántas veces tomábamos boletas para tres y no era más de uno el que había de ir a la posada, y las demás las íbamos acomodando a veinte y cuatro reales! No había gallina, por voladora que fuese, que pudiese escapar de nuestras manos; de modo que, llegando a una aldea, adonde los alcaldes nos alojaron, un vecino del pueblo, que tenía experiencia de nuestro mal trato, puso en cobro aquella noche todas las aves, y en unas tinajas grandes que tenía las fue metiendo, cubriéndolas con estopas y algunas libras de lino; en otra tinaja puso al gallo, disimulándole como a sus mujeres. Llegamos a esta sazón nosotros, deshambriosos y que no nos hartara con una vaca, y, en entrando en su posada, le dimos las buenas noches, (que malas fueron para él): «¡Ea, huésped! De cenar, matad unas aves; que no somos más de cuatro amigos y tres criados, y con seis que se asen y unos torreznos con huevos, y otras zarandajillas que se añadan, pasaremos lo mejor que si en mi casa las hubiera; pero, señores, desengañense, que están en la más pobre posada del pueblo: cinco hijos tengo; mi mujer ha dos meses que no se levanta de la cama, de un mal parto. Nuestra comida ordinaria es un poco de oveja en cecina con unas migas: si ésas quieren, sebo hay, aunque con el tiempo estará rancio: vino, no es muy bueno por estar algo vinagre; pero, con todo, se podrá beber; que más vale que agua: aunque es poco, otro día habrá más».

Mis compañeros empezaron a alborotarse, pidiéndole Ave Fénix empanada, o, si no, que les guisase los higadillos de sus hijos y las orejas de su mujer; mas yo, que de mi natural condición era más piadoso y blando, los apaciguaba, diciéndoles que no estábamos en la China, adonde se come carne humana; que se buscasen algunos huevos, que con ellos y sopas en queso podríamos pasar, pues donde no hay, derecho se pierde.

En esta pendencia estábamos, y como ya debía de ser tarde, o por lo menos la media noche (reloj certísimo para los gallos), al que estaba escondido en la tinaja le pareció que ya era hora de recordar, y poniéndose en pie, alzó el cuello, meneó las alas, abrió el pico y dió señas de que estaba escondido. Yo, que aún me habían quedado algunos lúcidos intervalos de las Artes, hice aquesta consecuencia: «¿Hay canto de gallo? Luego gallo hay. Pues no estará solo; que adonde él está gallinas suele haber». Con esto nos levantamos los huéspedes de la lumbre, adonde estábamos sentados, y fuimos en seguimiento y busca del desdichado pregonero, al cual sacamos de su tinaja (que, como si él hubiera de hilar, estaba con gran cantidad de lino) y, pasándole a cuchillo, fuimos buscando sus concubinas (que del propio modo estaban repartidas), que en todas eran veinte y tres, y cinco gansos, y por la rebeldía fueron todos condenados a muerte sin admitir apelación ni ruegos; y, aunque a deshora, se pelaron y asaron, llegando con nuestra cena casi al amanecer, con sobrada comida para otros días; todo a costa de nuestro pobre huésped. No había echarnos dado falso: todo género de malicia alcanzábamos. Aunque una vez me costó bien caro, porque, como un día nos alojasen en casa de una pobre viuda, lo primero que hicimos fue el visitarla el gallinero y aposentillos que tenía la casa, aunque pequeña: dimos la vuelta a los trastos y alahajas; pero tan necesitado debía de ser el dueño, que no hallamos estorbo que nos fuese de provecho, o ella, esperando los lobos que la venían por convidados, con tiempo lo había puesto en cobro. Ya empezaba a hacer frío, por estar en los meses de invierno; y, echando nuestra cuenta, sacamos en limpio que no era posible sino que nuestra huéspeda o tuviese algún tocino o cecina, de que, a falta de qué comer algunos días, se remediase con ello.

Yo, que de la mala compañía de mis amigos se me habían pegado algunas tretillas y ya podía ser perro de busca, metí bien la cabeza por la chimenea, y vi en lo alto del humero colgado un entrelomo y algunas morcillas, que, aunque muy altas, no las tuve por negocio perdido; antes en viéndolas pudiera apostar que habían de ser mías. Llegose la noche, fuímonos a dormir (aunque para mí no había de haber sueño, sino velar, siendo vigilante y cuidadosa centinela); y estando sosegada la gente, dejé mi cama, busqué por la posada una escalera, mas fue me imposible el hallarla; y así, viendo unos esconces y agujeros por la pared, arrimando unos bancos, fui trepando a lo alto del humero o cañón de la chimenea hasta llegar junto de mi adobado. Al ruido que truje trasegando por la posada, despertó la viuda, y sospechando lo que podía ser,⁵ se levantó medio desnuda de la cama, viniéndose hacia donde yo estaba, maldiciendo a los soldados y a quien se los había echado: a los alcaldes y regidores del pueblo que tal consintieron; y escuchábamela yo con más miedo que vergüenza, y por no ser descubierto estaba yo quedo, esperando se volviese mi gruñidora vieja a su aposento. Mas no quiso mi desdichada fortuna que sucediese conforme deseaba; porque, o que para querer calentar agua para amasar, o sospechando que yo estaba en lo alto de la pared del cañón, o por quererlo así mi poca suerte, ella tomó cantidad de paja y leña y encendió una gran lumbre, subiendo al punto el humo a mis narices, y con la repentina llama comencé de sentir demasiado calor, de modo que si más me detengo saliera abrasado; pero por evitar semejante peligro escogí el menor, teniéndole por más seguro, aunque perdí el premio de mi trabajo; y así, dando una gran voz, diciendo: «¡Allá voy, vieja hechicera!», me dejé caer.

Al ruido comenzó la viuda a dar voces, no dejando santo del cielo que no llamase en su ayuda. Pedía socorro a la Santísima Trinidad, a todos sus vecinos llamaba por su nombre, que la valiesen, no tardando en venir, con sus muchos gritos, todo un barrio entero, con mis tres compañeros soldados, que yo había dejado durmiendo y bien descuidados de mi desgraciado suceso, que sin darles parte yo había intentado. Halláronme más negro, con el hollín y humo, que un etíope, chamuscado el cabello y cejas, oliendo el vestido a chamusquina, de modo que no me podían sufrir. Soseguelos contándoles mi desgracia y la ocasión de estar de aquella manera. Riéronse mucho a mi costa, contáronselo a mi capitán y a los demás soldados, que no poco solemnizaron la fiesta, trayendo por refrán de allí adelante: «Decilde a Alonso que alcance morcillas». Fue Dios servido que quedase bueno y que con el humo abriese los ojos para echar de ver el mal estado en que estaba. Y queriendo suplir los defetos y faltas pasadas, de allí adelante fui siempre el amparo y favorecedor de mis huéspedes, corrigiendo a mis compañeros cuando vía hacer algún agravio a los labradores: poníales delante el gran trabajo que pasaban desde su sementera hasta el coger del trigo; el rigor del erizado invierno, sus insufribles fríos, nieves y escarchas; el intolerable calor del sol; su poco regalo, pues contentos con una cabeza de ajos o cebolla, y, cuando mucho, con un poco de cecina mal curada, se ponen a la inclemencia de los cielos, y con su continuo cansancio sustentan al regalado rico, que en su cama blanda se vuelve del otro lado cuando sale él a ver las resplandecientes estrellas.

Decíales: «Señores, advertid que estos que nos tienen en sus casas no son herejes ni enemigos de nuestra santa fe católica, sino fieles cristianos viejos, y que la guerra que vamos a hacer no es contra ellos, ni Su Majestad gusta que de ningún modo se les haga

agravio, antes en su favor, con justa razón, cada día promulga pragmáticas y libertades, echando de ver el provecho y utilidad que se saca de su ordinario y continuo trabajo; y estimarlos en poco es contra toda justicia, pues nuestros primeros padres labradores fueron, y con su continuo trabajo y sudor pasaron los años de su vida cultivando la tierra y descubriendo sus entrañas, obligándola a que les diese algún fruto para su sustento y comida, y que lo que ahora hacen las bestias y brutos del campo algún día lo hicieron los hombres, juntándose dos dellos y tirando de un arado, hasta que la industria y buen discurso humano halló que los animales podían hacer lo que hacían los hombres, y los escusasen de tan intolerable fatiga».

Poníales delante las ofensas de Dios y la obligación que tenían a restituir los daños que causaban, y que no cumplían con decir: «Comer tengo, en su defensa voy, por mí tendrán hacienda y vida, pues pongo la mía a riesgo para que ellos estén seguros»; pues la naturaleza con poco se contenta, y si los dan de comer lo que es suficiente y justo, no pidan gollorías, y, si los defienden, no los destruyan y acaben procurando asolar su hacienda y beber su sangre; demás que no se cumple con decir: «No lo tengo para restituir lo que hurté»; pues, ya que no lo hay para volverlo, penarlo tiene, y pagarlo, o que en este mundo o que en el otro.

Contábales lo que vi a un buen labrador: arrojando la semilla de trigo, decía a voces: «Una para Dios, otra para nós y ciento para los soldados»; y así sucede muchas veces, que el pobre no se atreve a demediar de pan, y por tener contento al soldado y que no le maltrate no sabe regalos que hacerle. Estas y otras cosas les amonestaba a mis compañeros, y mejor tengan ellos el sueño que lo hacían. Y aun me atrevía a decírselas al capitán; que no le eran de mucho gusto, por parecerle que era atrevimiento un mozuelo particular dar consejo a quien no me le pedía; y pluguiera a Dios él le tomara, que yo aseguro que no le sucediera la desdicha que por él vino.

Y fue que, llegando a un lugar de Castilla la Vieja, nos alojaron los alcaldes adonde no nos hicieron aquel agasajo ni trataron con el amor y regalo que mi capitán y soldados quisieran; y como de su condición eran soberbios y venían mal acostumbrados de los alojamientos pasados, desmandáronse un poco, tratando muy mal a los alcaldes y regidores del pueblo.

Los vecinos que vieron lo que pasaba, apellidaron libertad y favor de las demás aldeas; tocaron la campana, a cuyo sonido, como ejambres de abejas, acudieron innumerables labradores, que los más viejos no llegaban a veinte y seis años, gentiles mozos y robustos: cuál con honda, cuál con chuzo, y otros cargados de piedras, empezaron a disparar sobre nosotros tan espeso granizo, que en poco rato no quedó soldado que no pusiese pies en polvorosa, y muchos dellos malheridos. Fueron siguiendo su alcance aquella gente indómita; y viendo tan gran rebelión mi desgraciado capitán, recogiendo sus soldados, quería darles alguna satisfacción y sosegarlos, para cuyo efeto, haciendo algunas señas al campo contrario con un pañuelo blanco, comenzó de llegarse a ellos. Poco sabían de guerra los aldeanos, que, viendo venir su mortal enemigo, como rabiosos perros arremetieron para él con chuzos y ahijadas, y, derribándole en tierra, la menor tajada vino a ser la oreja. De modo que el pobre caballero hubo de acabar miserablemente

a manos de su soberbia, pues no poniendo nada de su casa, costándole tan poco el hablar bien, pudiera estorbar tantos desasosiegos y pesadumbres, tantos gastos y asolamientos de casas y haciendas, causado todo por no haber querido darme crédito y tener en poco los consejos que cada día le daba.

VICARIO. Y ¿en qué paró el negocio?

ALONSO. Muerto el capitán, los soldados desmayaron, huyendo cada uno a más correr, procurando poner en salvo la vida de los que ya nos venían en los alcances, como hombres perdidos y rematados, que a voces decían: «¡No quede ninguno! ¡Mueran, mueran; que tanto han de costar todos como el muerto!». Bien pudiéramos, aunque más temerosos estábamos, resistir a los que iban en nuestro seguimiento con seis arcabuces que había entre nosotros; pero sucedíonos la más notable travesura que se puede imaginar (si es lícito llamarla así, habiendo sido gran atrevimiento y desvergüenza de los que tal hicieron).

Y fue que una noche (como solíamos otras) entramos en una cerca de un labrador buscando alguna ropa blanca o sayas que suelen tender de día y dejarlas hasta que se enjuguen (que no reparamos mucho en ello, pues mojadas o como estuvieran las aplicáramos a nuevo poseedor y dueño). Fuimos buscando de una parte a otra, y no hallamos cosa alguna en que poder pecar; y por habernos quitado la ocasión de entre las manos, tentamos las puertas circunvecinas; pero estaban tan atrancadas y fuertes, que no nos fue posible derribar ninguna, aunque más diligencia pusimos en ello. Echando de ver nuestra poca ventura y la mucha de nuestros descuidados y dormidos dueños y apesarados del mal lance, miramos a un esconce del cercado, y hallamos ocho colmenas arrimadas a una pared; y para no volvernos a la posada sin alguna presa y tan sin algo como habíamos venido, convidados de la mucha claridad de la luna, semejante en su luz a la del día, una a una les quitamos sus cubiertas, y con mucha facilidad, por ser invierno y estar las abejas como entorpecidas con la demasiada frialdad (que a ser verano ellas sirvieran de nuestro alguacil), fuimos sacando de cada corcho los panales que mejor nos parecían, echándolos en algunos lienzos, y, por no perder nada, vaciando la pólvora de los frascos, los hinchimos de miel, deseando tener alguna cosa con que desayunarnos. ¡Negro licor y golosina cara!, pues cuando tuvimos necesidad de defensa, nos faltó munición con que poder dar fuego. Al fin, escogimos por más seguro el correr por aquellos pinares que aguardar a enemigos, que rogándoles más se embravecen, y, determinados, rompen montes de dificultades.

VICARIO. ¿Es posible que tan mal término tengan los soldados con los labradores?

ALONSO. No se entiende, padre, que todos han de tener un mismo proceder, una mala correspondencia y un mal trato para sus huéspedes; que como hay hijos de muchos padres, así también son diversos en condición, en costumbres y naturaleza. De buenos y de malos se compone una república; y en el más cultivado jardín, si nacen apacibles y olorosas flores, a veces también nace la malva y la vengativa ortiga; sino que es el trabajo que por un malo pierden muchos que verdaderamente son virtuosos, justos y buenos. Y después que yo salí de la soldadesca he conocido de todo género de gente, a unos que su

buen trato obligaba a darles la sangre, y a otros que sacársela parecía ser obra de caridad; a lo menos fuera quitar un escándalo de la república y un estorbo de la paz y quietud de los pueblos adonde habitaban.

De ejemplo podría servir lo que nos sucedió un día que llegamos a un lugar de los más ricos del Andalucía, y a la fama de estar tan sobrados los labradores, era poco para mis compañeros prometerse montes de oro; y no se contentaron los mochilleros con sombrero, medias y zapatos, después de haberse satisfecho regaladamente los estómagos. Alojáronnos a mí y a otros tres soldados en la casa de una recién desposada, moza de buen parecer, aseada, rica y huérfana. Llegada la hora del comer, puso la huéspeda la mesa con mucha limpieza, y con tanta curiosidad y aseo como si ella nos hubiera convidado o nos hubiera traído a la posada con muchos ruegos. Miró uno de mis amigos lo que se había traído, y, llamando a la mujer, con mucha ira, la dijo:

«¡Villana mal nacida! ¿Esta es mesa para soldados? Si cojo un garrote, yo os enseñaré cómo habéis de tratar a los hombres de bien como nosotros». «Pues ¿qué les falta a vuestras mercedes? (replicó la labradora). Manteles he puesto limpios, servilletas cogidas, pan, cuchillos y salero; lo asado y cocido luego vendrá, que ya lo sacan». «Sois una descomedida grosera (respondió mi amigo), y si me levanto, yo os enseñaré lo que no sabéis. Lo primero que habíades de hacer, en tendiendo los manteles, era poner a cada uno un doblón, o, por lo menos, un real de a ocho en cada comida que nos diéades, y con esto no os dirán nada; que este era el principio para entrar con buen pie».

Alborotose la desposadilla, y al ruido acertó a llegar el novio con otros cuatro deudos suyos, mozos robustos, fuertes y de pocos años; y tomando la demanda por la mozuela, fue ventura y misericordia de Dios no quedar allí todos perdidos. De modo que en lugar de defendernos, tuvimos necesidad, para que nos dejasen, de apaciguarlos, echándonos a amor de cabildo.

VICARIO. Muy bien es que en las casas ajenas sean los hombres comedidos; y no me espanto que una sinrazón haga perder a un hombre la paciencia. Y, en efeto, hermano, ¿en qué vinieron a parar luego que murió su capitán y ellos fueron huyendo?

ALONSO. Cada uno, padre, tiró por su parte, sin aguardarnos los unos a los otros, y yo por la mía vine a dar a una villa diez leguas del lugar adonde nos sucedió la desgracia. Y andúvelas en menos de ocho lloras; adonde podrá vuesa paternidad colegir cuánto puede el temor, pues no hay posta que así corra: tenía yo qué andar en aquel camino, otro tiempo, en dos días (y aun no pudiera, según era delicado y espacioso), y, sin cansarme y con ánimo de andar otro tanto, en tan breves horas le anduve entonces.

Nunca había dejado mi media sotanilla, ferreruelo largo y cuello bajo (hábito decente, más propio de estudiante que de soldado); y así, con algún disimulo, por si acaso venían tras mí, pues aún no estaba seguro, di una vuelta por el pueblo y fuime a la iglesia, adonde hice una devota y larga oración a Dios, suplicándole me librase de tantos peligros como me amenazaban; y en verme tan devoto y afligido, le dio deseo al sacristán de saber quién yo era y lo que pretendía, y, llegándose a mí, me preguntó cuál fuese la causa de mi

melancolía, de adónde era, qué buscaba y si había menester alguna cosa que él pudiese hacer por mí. Visto su buen término, le di las gracias, diciéndole cómo buscaba adonde acomodarme por algún tiempo y mientras mis deudos me favorecían para pasar mis estudios el venidero curso, pues ya era tarde para poderle ganar aquel año.

«A buen tiempo habéis venido (me dijo el sacristán), porque habrá ocho días que se me fue de casa un mozuelo que yo había criado, y en su lugar, si es que gustáis, podéis entrar vos; que en lo que toca a trataros bien, pagándoos lo que se concertare, correrá por mi cuenta, y sé que no os quejaréis de mí. Sólo reparo en si tenéis alguna persona en esta villa que os acredite y conozca, para que yo os pueda fiar el tesoro y riqueza desta santa iglesia, con lo poco que veréis en mi posada». «Eso, señor (respondí), de pedirme fiador será imposible, porque mis padres fueron de muy lejos desta tierra, y no sé que haya persona que me conozca: a mis obras me remito, a quien doy por abono del buen servicio que prometo haceros, y no os pesará de haberme recibido». «Ahora bien, en el nombre de Dios yo quiero meteros en mi casa (dijo el buen hombre). En buen pie vais; y encomendaos al Señor y tocad a la plegaria; que, pues son las doce, ya es hora de comer, si nos lo quisiere dar nuestra huéspeda».

Y pues ya también es hora de recogernos, si fuere gusto de vuesa paternidad, pues estamos lejos de nuestro convento y el sol va ya algo de caída, nos podremos ir acercando más hacia casa; que vuesa paternidad anda algo enfermo, y el sereno de la noche no le puede hacer ningún provecho: dejado aparte que el rocío que cae a estos tiempos hace notable daño a la cabeza.

VICARIO. Bien dice, hermano; vuelva la hoja y tenga memoria adónde lo dejamos, porque no se pierda punto de nuestro cuento.

ALONSO. Vuestra paternidad descuide; que interés mío es acertar a servirle.

CAPÍTULO TERCERO

Entra Alonso en casa del sacristán, y cuenta al vicario lo que le sucedió con él en la iglesia y en lo tocante del servicio del templo.

VICARIO. Bien me acuerdo, hermano, que quedamos anoche en la casa del sacristán, y que ya era hora de comer, cuando ningún mozo suele faltar de la posada. Ahora proseguí con vuestro discurso; que por lo que me da de contento, me obliga a que os esté con mucha atención.

ALONSO. Nunca tuve amo a quien sirviese con mayor voluntad y cuidado. Y a no ser él tan áspero conmigo, verdaderamente, padre, jamás le dejara; pero como yo de cuando en cuando le decía algunas cosas que él no quisiera oír, enojábaseme más de lo que fuera justo, quiriendo andar conmigo como con el adelantado, jugando puño en rostro; que, en efeto, aunque sean verdades las que se dicen, siempre traen consigo algún mal sabor y desabrimiento. Madrugaba los días de fiesta antes que amaneciese, a tañer al alba, y con

las campanas mudaba de sonos de modo que se podía danzar cuando yo tañía, como si fuera mi son el de la más templada campana o vigüela. Tenía fama en el lugar de buen músico campanil, y aunque por esto me iba aborreciendo el negro de mi amo (que, en efeto, la envidia hasta en el pecho de un sacristán halla asiento y morada), cantábamos los dos a 6 En el orig.: ‘sacristan’. coros los *Kyries*, la *Gloria* y *Credo*, con tanta suavidad como unos gansos.

Pues ¿qué si mi dueño daba en hacer de garganta? Podía gastar media hora cada paso, y, como siempre andaba acatarrado y ronco, sonaba como una noria, No digo de la mía, desabrida y áspera, pues basta para disculparme el conocer mi falta y confesarla yo por mi boca. Decíale yo muchas veces no cantase el *Laudate Dominum* ni la *Magnificat anima mea*, pues tales cantos para dar gusto a quien los oye, hanse de dejar para aquellos a quien repartió el Cielo con mano liberal sus gracias y dones. Enojábase mi sacristán en ver que yo le iba siempre contra su inclinación, y por quitarme de pesadumbres dejábale cantar días y noches a costa de los pobres que forzosamente le habían de estar oyendo. Enfadábame de ver el modo que tenía de andar por la iglesia, el poco respeto a los altares y a las sagradas imágenes, y más pasando por delante del altar mayor, adonde estaba el verdadero cuerpo de Cristo nuestro señor. Llamele un día que le vi de buen humor, y díjele: «Entró en una iglesia, digamos como esta que tenemos, por sacristán della un mozuelo de mi traza, y, como nuevo, ejercitábase en todo género de curiosidad y limpieza, así para el servicio del altar como de su sacristía: andaba por el templo con todo recato y reverencia; en llegando a alguna imagen de Cristo nuestro señor, de la sagrada Virgen, o que fuese de algún santo, limpiábale, haciendo su humillación y acatamiento con una profunda humildad y devoción: deuda debida a su grandeza. Acabose el año de noviciado, y creciendo así en humor como en presunción, no se curaba de medir los pasos poco a poco (y para danzante no era de provecho, pues no sabía con qué modestia había de andar por la casa de Dios): corría de una parte a otra del altar, y tal vez hubo que se llevó de un paso cuatro escalones. Sacudiendo el polvo de los santos, llegaba al rostro y barba sin género de comedimiento ni respeto; y si ponía las frontaleras, sábanas o palia, si antes iba como a nivel, ya andaba todo como de prestado, caído de un lado, tuerto del otro, arrastrando, sin guardar proporción ni orden en la compostura y adorno. Réfame de puro enfadado de su mal modo de proceder; decíasele para que se enmendase y corrigiese; pero dábame por disculpa ser ya sacristán antiguo, y como muy de casa, no reparar en niñerías ni hacer caudal de aquello en que cuando era moderno y nuevo reparaba. A tan disparatada respuesta le repliqué, diciendo: «Hermano mío, los muy antiguos y privados de los reyes, que están en su servicio, de ninguna suerte les han de perder ni pierden el respeto que con justo título se debe a su grandeza y majestad, ni por antigüedad que tengan en palacio se conoce en ellos desenvoltura ni acción que contradiga al respeto debido a la real presencia. Pues si en los príncipes de la tierra hay este miramiento y cortesía, ¿cuál será el que debe tener un gusanillo como vos, o, por mejor decir, una nada, con el que es la cifra de la grandeza y máquina de la tierra y cielos?». ¡Aplicación, señor sacristán! Vuesa merced anda de suerte algunas veces por la iglesia, que más parece correo de a las quince que persona que está en servicio de Dios y su culto divino; veo tratar las cosas sagradas no con el miramiento que se debe. Pues en verdad que me acuerdo haber leído que castigó Dios al sacerdote Helí porque sus hijos

sacaban la carne que se cocía para los sacrificios; y a Oza, que fue a tener el arca que se iba a caer, mató repentinamente».

Estas razones tomábalas mi señor unas veces con paciencia, otras con enojo, y, vuelto para mí con mucha cólera, me decía: «Mancebito predicador, yo no os pido consejos ni vos sois persona para darlos. Idos a pasear, y si no estáis muy contento, mudá de posada y no os enfadarán tanto mis cosas». Por quitarme de pleitos, dejábale sin volverle respuesta; que verdaderamente es cordura, en viendo a uno enojado, no darle más ocasión con réplicas, pues con esto se atajan muchas pesadumbres.

Íbame a mi iglesia, y allí no me faltaban cuando hallaba algunas reverendas viudas con tanto entretenimiento y plática como si estuvieran en su casa o en su estrado muy de propósito con sus visitas. Como yo había menester poco, llegábame a ellas y decíales:

«Señoras mías, adviertan que dice Dios por su profeta que su templo es casa de oración, y no de conversación, y que el venerable Beda enseña que el que habla en la iglesia no habla él, sino el Diablo en él. Y para que lo entiendan les quiero contar lo que le sucedió al gran padre san Benito, el cual, como una vez estuviese en oración en el coro, alzando los ojos, vio sentado en una cabeza del madero que salía de la pared del templo un espantoso y feo demonio. Reparó en lo que se ocupaba, y vio que muy apriesa estaba escribiendo en un pergamino lo que hablaban dos vejezuelas que estaban sentadas por bajo de donde él estaba, y dábanse tanta prisa en su plática, que aunque el escribano no lo hacía mal ni era perezoso ni escribía por hojas, metiendo la más letra que podía, alargando renglones y usando de abreviaturas, vínole a faltar en qué escribir, y enojado con el poco recado que había traído, asió con los dientes del pergamino para estirarle y que diese de sí; pero como tenía colmillos agudos, tirando con mucha fuerza, rompióse el pergamino y él se dio una gran calabazada en una esquina de la pared, que no fue de poca risa para el glorioso abad. Los monjes, viendo aquella inusitada descompostura en su prelado, deseosos de saber la causa, se la preguntaron, y el santo les respondió cómo por ver descalabrar al demonio había sido su risa de aquel modo. Bajó al cuerpo de la iglesia, reprehendió a las buenas viejas por lo mucho que habían hablado, dando ocasión al enemigo del linaje humano para que de todo cuanto entre las dos habían comunicado el acusador suyo lo tuviese puesto por memoria para el día del juicio, adonde ni una sola palabra se les perdonaría».

No se recibió mi cuento de buena gana; antes, llamándome procurador de los embargos, me hicieron que lo dejase a mal de mi grado. Pero lo que más me hacía perder la paciencia era el ver que hubiese atrevimiento en algunas personas para hacer sus conciertos y tratos ilícitos en la casa y templo de Dios. Acordábame del que edificó aquel tan rico como prudente y sabio rey al modelo y traza del Señor, figura y sombra del que ahora tenemos, mandándole que le labrase costosa y ricamente, con un soberano artificio: que sus paredes fuesen todas aforradas con planchas de lucido y finísimo oro, y que todo el tejado y chapitel suyo estuviese lleno de levantados, juntos y agudos asadores del mismo metal, de suerte que ninguna ave se pudiese sentar en él; y si acaso descortésmente no respetase el lugar sagrado (como sin razón ni entendimiento), de

ninguna manera aquello había de ser ni permitir sino de vuelo, no deteniéndose en lugar adonde tanta limpieza y adorno se pedía.

Pues si aun los pensamientos inevitables que tocan a la ofensa del Señor no es justo que los tengan los hombres, y si acaso les vienen, sin darles posada ni asiento alguno los han de dar de mano, ¿con cuánta más razón a las palabras y obras ilícitas? Quisiera yo que se usara en los templos lo que se acostumbra cuando riñen dos personas: tienen palabras, hanse injuriado, hay mucha gente de por medio que no los deja llegar a las manos, están coléricos, dan algunas voces, disimulan por entonces, y fían su pendencia para otra parte. Enojar a Dios y ofenderle de cualquiera suerte siempre es malo, y como fuere la ofensa será el pecado; pero circunstancias hay que agravan más la culpa y merecen más pena; y razón fuera, no a los ojos de Dios ni en su casa, ya que el mal ha de ser, sino en diferentes lugares solos y apartados tratar de semejantes conciertos, si algunos se tratan.

Acuérdome del modo con que la gentilidad entraba en el templo de sus ídolos, y aun dicen que los moros guardan hasta ahora inviolablemente en algunas partes aquella ceremonia; y es que cuando entran en sus mezquitas o casas de oración, dejan a la puerta los zapatos, entrando descalzos a pedir a sus dioses los favorezcan y los amparen. Había de llegarse Moisés a ver aquel maravilloso cuanto prodigioso milagro de la zarza que se ardía y no se quemaba, y mándanle que se descalce y vaya con respeto, porque está allí Dios; y acá en nuestra iglesia, que sabemos que está allí por presencia, asistencia y potencia, real y verdaderamente, no sé cómo vamos, y ya que calzados y poco advertidos, no con el miramiento y respeto que se debe.

A una persona curiosa y devota, para cierta fiesta, pintó un pintor un⁷ ingenioso y vistoso hierolífico sacado de lo que enseña Plinio en su *Natural Historia*; y fue que pintó un dragón a una parte, y puesto de rodillas ante él a un hombre, las manos juntas y los pies descalzos, los ojos en él con mucha devoción. En otra parte pintó una cruz y a otro hombre bien aderezado y compuesto, su rosario en la mano, hincada en tierra una rodilla como cazador, vuelto el rostro como que hablaba con otro o que miraba a los que venían. Tenían los dos rezadores su título. El del gentil decía: *Gentil*, y el del cristiano decía: *Cristiano*; y abajo estaban escritos estos versos, que decían así:

*Quizá viendo la figura
de los dos que ves rezar,
podríase bien dudar
si fue yerro de pintura;
mas puse el letrado llano
por no responder a mil
si el cristiano era gentil,
o el gentil era cristiano.*

Al que en el palacio real inconsideradamente echa mano a la espada tiene por pena el cortársela, por no haber respetado el lugar que con tanta razón se le debe todo miramiento y respeto. Pues ¿qué castigo merecerá el que donde asiste y está verdaderamente con el mismo poder y majestad que en el cielo, atrevidamente se arroja a lo que delante de un

hombre particular no se atreviera, ni aun lo intentara? Pena de muerte puso por castigo la pragmática real contra los agresores de la casa del Rey. Y pena de muerte también puso el *Eclesiástico*, capítulo 38, para aquellos que ofenden a Dios en su casa, diciendo: «El que peca en la presencia de Aquel que le hizo, cae en las manos del médico» (pone lo por venir por presente, porque para Dios todo es de una manera, lo que es y lo que ha de ser); y dice el Sabio: «El que no guarda respeto a la presencia de su Dios y a su casa caerá en las manos del médico, y ya que le conozca la enfermedad, no le curará, porque ha de tener al Señor por su contrario, de adonde procede toda salud y remedio; y cuando no, hará que le yerre la cura, para que no se libre de la enfermedad que le causó su culpa y pecado».

Entre las atrevidas refriegas que el Demonio, enemigo nuestro, tuvo con el Salvador del mundo, Cristo nuestro bien, la segunda fue en aquel famoso templo de Salomón, pidiéndole que si era hijo de Dios se arrojase de lo alto del pináculo o chapitel, que cierto estaba que no se haría mal ninguno: cosa maravillosa que le llevase a lugar sagrado, pudiéndole llevar a otra torre de las muchas que tenía la ciudad santa de Jerusalén; mas no sin causa, pues era aquel lugar dedicado a Dios, y en él buscaba alguna ofensa contra su majestad. Bien consideraba esto un santo perlado de nuestros tiempos, el cual puso excomunión en que luego incurriesen los que hablasen cosas ilícitas, hiciesen señas o provocasen a las mujeres que estaban en los lugares y templos sagrados a algún género de deshonestidad y desenvoltura. Asimismo quitó el representar comedias profanas y lascivas en las iglesias: hecho por cierto muy justo y mandamiento con mucha razón ordenado, digno de su prudencia, cristiandad y cordura. No menor era la pena que me afligía en ver la costumbre que tienen algunos gentileshombres de ponerse a las puertas de los templos para ver y juzgar las damas que entran o salen, hechos aranceles o aduanas de la buena o mala compostura, hermosura o fealdad de las señoras de la parroquia. Bien diferente modo y trato del que se guardaba en aquella república de los hebreos, pues en los actos públicos y juntas que tenían, por una parte iban las mujeres y por otra los hombres, y volvían ellos y ellas a sus casas sin verse ni hablarse; que esta fue la ocasión de haberse perdido Cristo, señor nuestro, en su sagrada niñez, porque la Madre, señora nuestra, entendía que había ido con su sagrado esposo, y el santo Josef imaginaba que a su sagrado niño Jesús, como a criatura, la santísima María, su esposa, le había llevado consigo. Volvieron a casa los celestiales esposos, y halláronse sin él y sin culpa de su dolorosa falta. Los que han de estar a las puertas de las iglesias, con justa razón y título han de ser, no los gentiles hombres y galanes, sino los pobres y necesitados que piden limosna, faltos de salud, desamparados de todos, para que en entrando a pedir mercedes al Rey del cielo, entren primero por la limosna y caridad; porque cuadra muy bien y es maravilloso modo de obligar al Señor para alcanzar de su majestad lo que se le pide, limosna y oración.

El andar los pobres y ciegos en las iglesias y dentro dellas pidiendo, enfadábame, y estorbaba cuanto podía aquella mala costumbre, diciéndoles que a la puerta del templo se podían salir a pedir, pues andar de persona en persona verdaderamente no sirve sino de estorbar a los que están encomendándose a Dios. Y ser justo lo que les amonestaba parece que lo decía aquella antigua costumbre de los romanos, los cuales a las puertas de sus iglesias y templos mandaban⁹ se pusiesen los pobres, y que allí pidiesen limosna, no

adentro, porque no fuesen estorbo a los que estaban adorando sus fingidos y falsos dioses, como consta de los *Actos de los sagrados Apóstoles*; porque como un día entrasen en un templo de la gentilidad en Roma los gloriosos santos san Juan Evangelista y san Bernabé, al entrar por las puertas comenzaron los pobres enfermos a pedirles que les socorriesen dándoles alguna limosna con que remediar su trabajo y necesidad. Los santos apóstoles, mirándoles, dijeron: «Hermanos, nosotros somos también pobres como vosotros: oro ni plata no lo tenemos ni acostumbramos a traerlo, pero lo que os podemos dar, eso os daremos de buena gana. Levantaos y recibid la sanidad que deseáis en el nombre de Jesucristo, señor nuestro y verdadero Dios»: milagrosa palabra y virtud divina, que así al punto pudo hacer tanto bien a los que tan necesitados estaban de remedio, dejándolos con entera salud, así del cuerpo como del alma, pues cierto habían de reconocer la merced que se les había hecho y confesar ser falsos los dioses que adoraban, y el verdadero y cierto el que predicaban los santos apóstoles. Así que su lugar de los pobres derechamente es el estar en los portales de las iglesias, que así lo acostumbraban también en aquella república hebrea, donde en los portales del templo estaban a recibir limosna innumerables necesitados enfermos; y de razón también a las puertas habían de estar los ciegos rezadores, para que con sus voces no divirtiesen a los que van a encomendarse al Señor. Y aun esto y lo otro sufriera de buena voluntad y con sobrada paciencia; pero ha llegado ya la desdicha a tanto, y por nuestros pecados la libertad de los hombres está tan en su punto, que ya en las iglesias, ermitas y templos no hay cosa segura, no hay cáliz, candelero, cruz, frontal, frontalera o sábana, que si se descuida el sacristán, no se hurte. Pues ¿qué si hay alguna fiesta, y se aderezan las paredes y cuelgan sedas? Ahí es ello el echar sus trazas, el desear que anochezca para coger la lámpara, tafetán o damasco o cuadro que se colgó algo bajo, o, por lo menos, ya que no se puede descolgar, sacar un jirón, y aproveche lo que aprovecharé, que será para ligas.

VICARIO. Notable maldad y atrevimiento, hurto y sacrilegio; que de cometer semejante pecado habían de temblar los hombres, y, por más necesidad que tuviesen, antes coser su boca con la pared y perecer de hambre que intentalle; cuanto más ponerlo por obra.

ALONSO. Bien echo yo de ver, padre mío, que estas cosas y otras semejantes no las hacen gente de bien ni honrada, sino desalmada, ruin y personas que no les falta más que morir para irse sin réplica a los calabozos y cárceles del Infierno; pero la lástima no es sino que sean cristianos (si lo son), y que haya habido algunos, y tan desalmados y que llegue a tanto el atrevimiento y desvergüenza, que a la misma Reina de los cielos y tierra, de su sacrosanta cabeza la hayan quitado la corona, joyas, sartas y vestidos, y que lo que no se atrevieran a hacer los mismos demonios haya manos sacrílegas que lo intenten; y que hayamos visto en nuestros días hurtar de la iglesia los vasos de plata donde se guarda el santo óleo y crisma, y que forzosamente se había de echar a mal, con tan poca reverencia y desacato; que si las cosas anduvieran como habían de andar, cada uno de los fieles había de ser guarda del templo, procurando su ornato, adorno y limpieza, sin haber más sacristán que los de la parroquia; y el cerrarse no se había de hacer sino por la decencia, no por temor que en él se cometiesen hurtos ni sacrilegios. Todas estas cosas, padre, se las decía a mi amo con ansia y lástima de mi corazón; y él mirábame y, muerto de risa, me respondía: «Hijo Alonso, presto os llevaremos al hospital de podridos. Por vida vuestra que mudéis hoja y no os metáis en gobernar el pueblo; que no es dado a vos,

ni yo he menester criado que me enseñe, sino que haga lo que yo le mandare. Ya tenéis cuerpo y años para aprender oficio; dos meses ha que estáis en mi casa; veis aquí lo que os debo; idos con Dios, que no os he menester».

No poco enfadado quedé con el mal término de mi sacristán; pero eché de ver que no podía hacer otra cosa ni que había de aprovechar el replicarle: le respondí que de muy buena gana dejaría su posada. Y así, dándome mi amo catorce reales (porque siete ganaba cada mes), alabando a Dios de verme con algún dinero para poder caminar, salí del pueblo un viernes de mañana y tomé el camino de Toledo. Pero, pues ya se va a poner el sol, y es justo vuesa paternidad se recoja, dejemoslo ahora; que ahí nos queda otro día en que podamos proseguir con nuestro discurso, pues todo este tiempo es el que nos da la Orden para que tengamos alguna recreación.

CAPÍTULO CUARTO

Cuenta Alonso cómo llegó a Toledo y entró a servir a un gentilhombre recién casado, y lo que le sucedió.

ALONSO. Quedamos ayer, padre vicario, en el camino de Toledo, ciudad de las más famosas de España, cabeza de reino, ilustre y rica, adonde llegué con los trabajos y penas que no podré encarecer ni contar a vuesa paternidad.

Era tiempo de invierno; habíanse hecho a una las cataratas del cielo con las nubes; había entrado el Sol en el signo Acuario y, así, venía agua a la tierra que era bendición de verla caer. La tierra mostraba campanillas; a cada paso sacaba a luz el arco del Apóstol vestido de maravillosos colores: verdadera señal de la tormenta que nos seguía (y a mí principalmente, porque iba a pie con tanto lodo y tan mojado, que no podía dar paso adelante).

Deparome Dios, para alivio de mis trabajos, un carro de mulas de los manchegos, que en ser grandes y bien aderezados, pueden llevar una casa. Enfadado ya de andar dos veces el camino con cada pie, volviendo atrás cuanto echaba adelante, agua arriba y agua abajo (pues las nubes se me habían conjurado y la tierra era un mar, según los arroyos cruzaban de una parte a otra), acordábame de aquel decir de los poetas, encareciendo el modo del correr de las fuentes y arroyuelos: muchas veces los llaman sierpes de cristal; mas para mí venenosos dragones eran (y no fingidos, pues así martirizaban mis carnes).

Cansado de tantas cuitas, sin poder dar paso, aborreciendo el poco dinero que llevaba, me llegué al carretero, que sobre el yugo iba picando a las mulas con deseo de llegar presto al parador del pueblo (que ya estaba cerca), a quien con humildes y amorosas razones le dije: «Suplico a vuesa merced, señor hidalgo, porque voy con poca salud y muy cansado del trabajo de dos días que ha que camino, se sirva por mi dinero de llevarme hasta Ocaña, pues, según veo, vuesa merced camina hacia allá; que en hacerlo recibiré merced, y no perderá nada en favorecerme». Oyome el manchego, y aunque se hizo de rogar un poco, con todo eso, viendo al ojo el interés y premio (tan poderoso para todos), me

respondió que subiese norabuena en el carro; y dándome la mano, tomé la posesión que deseaba. Aunque fue por poco tiempo, porque aquella tierra de la Mancha, en lloviendo mucho, párase de suerte, tan pegajosa y blanda, que no es posible dar un paso a pie, y a caballo aun es peor, por los atolladeros que se hacen, con ser, como es, aquella tierra de su naturaleza enjuta y seca.

Bien se echaba de ver en mi carro, pues el carril estaba tan abierto, que se cubría en él todo el cubo, y cada momento era menester apearme, vocear y animar las mulas, yo con gritos y mi compañero con votos y juramentos: renegaba de los pechos de su madre y de la leche que había mamado, su padre no mondaba ñíspos. Ni aun se echaba menos la soldadesca; que en buena mano estaba.

Aunque yo le iba bien a la mano, si es que se puede corregir una mala costumbre. Suélese traer por dicho común, para encarecer el mal término que alguno tiene en jurar, «Fulano jura como un carretero», y el mío no degeneraba del oficio, antes pudiera dar quince y falta al más desalmado desuellacaras. Sabe Dios con el miedo y pena que yo estaba considerando el castigo que Dios suele hacer en los juradores blasfemos (y que no me llevase a mí de calles, pues en cualquier borrasca el que mejor libra tiene qué contar toda la vida). No le quedó vara a mi Bootes terrestre que no la hiciese pedazos en las orejas de las desdichadas mulas; y compadecido yo del mal tratamiento, le pregunté, que no debiera: «Dígame, señor: el carro y las mulas ¿son de vuesa merced?». «¿Eso pregunta? (me respondió). ¡Pese a mi ánima! Si mías fueran ya las hubiera quemado. No son sino de un ladrón hereje de mi amo, que para que me vaya al Infierno me tiene en su casa». «Bien se echa de ver (le dije): en verdad que un ciego lo viera y un mudo lo hablara». «Pues ¿qué le parece, reniego de quien le parió? (replicó el enojado carretero). Que por el cielo de Dios que estoy por hacer del carro, de las mulas y dél un disparate, y que no ha de subir más a él, aunque reviente». «Como fuere servido lo hará vuesa merced», le respondí, por verle ya tan borracho de cólera como lo debía de estar de vino; y era cierto desfogar conmigo su enojo, como si yo hubiera llovido, hiciera los lodos y atascara las ruedas; pero debíase de decir por mí: «Por culpa de la bestia mataron al obispo».

A buen partido lo tuve el irme a pie, pues en subir y bajar del carro se me había de ir la tarde, saliendo, como salían a cada paso, tantos atolladeros. Ahorróme de gasto: guardé mi dinero (aunque era poco lo que me había quedado) y, animándome lo mejor que pude, llegué a Toledo: no vengan trabajos por un hombre como se pasan. Sentencia es de las madres viejas que «buen corazón quebranta mala ventura». En mí se pudo verificar, pues pareciéndome imposible poder acabar mi jornada con el cansancio y fatiga que llevaba, al cabo vine a salir con mi intento y a verme libre de tanto lodazal y atolladero. ¡Qué de veces que me acordé de aquellas palabras de Cristo nuestro señor, que, enojado con aquellos ingratos y desconocidos de su pueblo, previniéndolos de los trabajos y miserias en que se habían de ver, les dice: «Rogad al Señor que vuestra huida no sea en sábado ni en invierno»; y da la razón el sagrado texto, diciendo: porque en invierno son muchas las aguas, y los caminos no están acomodados para poder huir; y en el sábado, por ser día de fiesta para los hebreos, era vedado el poder caminar, sino señaladamente tanta distancia de pasos. Llegué a Toledo un lunes de mañana, alegre de verme en aquella imperial y noble ciudad: consideré su maravilloso sitio y fuerte muralla, su admirable alcázar, su

rica iglesia mayor, maravillosa y nombrada en el mundo por tantos y tan grandiosos títulos como tiene. Entré en la plaza de Zocodover, teatro un tiempo de galanes andaluces, descendientes de Agar, y ya por la misericordia de Dios de fieles cristianos. Anduve de una calle en otra embelesado, mirando la riqueza de los mercaderes, sus grandiosas tiendas, su proceder y trato tan honrado y noble. Mirábanme algunos, considerando en mí la atención con que notaba todas aquellas cosas; y entre los que pusieron en mí los ojos, fue un gentilhombre bien aderezado al uso de ahora: cuello azulado y abierto, calza entera de obra, sombrero con plumas, espada dorada, ferreruelo aforrado en felpa, guante de ámbar, y al cuello una vuelta de cadena de oro de moderado peso; el cual, llegándose a mí, me preguntó de qué tierra era, qué buscaba, pues al parecer era extranjero, si estaba acomodado o si quería servirle.

Respondí que de buena gana estaría con un amo que me tratase bien, pues estaba con razonable vestido para no echarle luego en costa, como otros criados mal aderezados. Díjele que era andaluz, que el deseo de ver a Toledo me había traído desde mi tierra; encarecíle el cuidado con que acudiría al servicio del dueño que tuviese; y de suerte le supe obligar, que, aficionado a mi buena traza y plática, me respondió: «Hermano, hallado habéis lo que buscábades; Dios os ha venido a ver, y si gustáis de iros conmigo, que yo tengo de recibir criado; y porque me parecéis hombre de bien, os quiero recibir para que me sirváis de paje». «Muy enhorabuena», le dije. Y, así, los dos nos fuimos juntos a su posada, que no era muy lejos de la plaza, y a poco espacio de tiempo me metió en una casa que me dijo ser la suya: subimos una escalera, pasamos un corredor, una cuadra y otra, llegando a una espaciosa sala, razonablemente aderezada de guadamaciles, cuatro sillas, tres taburetes, un bufete, una alfombra mediada con seis almohadas de terciopelo carmesí (estrado de alguna moderación para una señora ordinaria), y dio una voz mi amo, diciendo: «Señora, ¿estáis acá? ¿No hay quien me responda?». Y de otro aposento correspondiente a la sala salió una mujer, si lo era, porque a mí más me pareció monstruo o fantasma para asombro de los hombres que persona humana. Bien echo de ver, padre mío, que para la religión y observancia de los oídos de vuesa paternidad no son estas cosas, pues las palabras que escuchan siempre son puras, honestas y recatadas; pero, con todo eso, sin recelo alguno las puede oír, pues representación y memoria de mujer tan fea no habrá disciplina ni silicio de tanto provecho para refrenar los incendios y carnales apetitos.

Salió, pues, mi deseo de dama vestida a lo grave, alta de cuerpo, muy derecha sobre media vara de chapines, con sus virillas¹⁰ de plata de un gran jeme; lo que la faltaba de gruesa y corpulenta, sobraba de enjuta y reseca; tenía el rostro como el de María de Peñaranda, la Barbuda, y tanto, que se pudiera alzar los bigotes y dormir con bigoterías; carilarga, la nariz apia, quintada y vuelta al lado derecho; los ojos, uno mayor y más crecido que el otro, no iguales en el asiento, cuyas niñas, aunque no menores de edad, miraban a dos parroquias; cejijunta, cabello negro, tosco y grueso; frente corta y estrecha; boquihundida y de oreja a oreja; dientes anchos y apartados unos de otros al modo de almenas: verdadero retrato del que pintó un poeta mi conocido en estos versos:

*Nunca tal novia se vea:
flaca, negra, tuerta y fea;*

*y nuestro novio traidor
la mostraba más amor
que Calisto a Melibea.*

Mironos con gravedad, y algo risueña con el novio, a quien le dio el bienvenido, y, quitándose los guantes, mostró la mano, semejante a la de un oso: negra, vellosa y seca. Don Fernando (que así se llamaba mi señor), vuelto para mí, me dijo: «Veis aquí el dueño de mi vida: conocelda, y de hoy en adelante haced lo que os mandare; que ese será mi gusto». Y dando cuenta a su esposa de quién yo era, alabando mi ingenio, modo de proceder y habilidad, tomándola de la mano, se entró con ella en una cuadra, dejándome a mí en la sala solo, aguardando me diesen orden de lo que había de hacer. No tuve por bueno tanto silencio ni sentir ruido de otra gente: aguardé buen rato, quiteme la capa y sombrero, y, poniéndolo sobre una silla, muy de espacio me puse a considerar las desdichas de algunos hombres, la ceguedad y mal gusto de su elección, pues estando en su mano el casarse con mujer de buena suerte y traza, eligen para toda su vida lo que forzosamente ha de ser su martirio. Malo es dejarse llevar un hombre de un apetito desenfrenado y temerariamente arrojarse a lo que no debe por una vana y breve hermosura, que hoy es y mañana se pierde; pero si hay disculpa para un yerro, éste parece que le tiene. Pero en este mi amo no sé qué pueda decir, pues en su negra esposa estaban con justo título las cinco efes, y no tenía el nombre de Francisca.

Notaba los varios efetos de naturaleza, pues, con ser Toledo milagrosa criando bellísimas mujeres, sacó aquel espanto de la humana belleza; hallaba ser falso lo que dicen de las aguas del Tajo, atribuyendo a ellas el color y tez de las toledanas, pues también en sus orillas se había criado aquella más que morena o mulata. Veníaseme a la memoria la opinión de Galeno, que había oído en Salamanca, que enseña por lo exterior del cuerpo quién es cada uno, qué condición tiene, qué costumbre natural y término. Quejábame de mi fortuna, pronosticando con justa razón el mal paradero de mis desdichas, pues de tal cara ¿qué podía esperar?

En estas imaginaciones estaba ocupado, cuando mi amo me salió a llamar, diciendo: «Alonso, ven acá; que ya es hora de comer. Vamos a la plaza, compraremos algo, pues son dadas las doce»;¹¹ y dándome dos cestas, tomando mi capa y sombrero, salimos los dos de la posada, contándome en el camino cómo había tres días que se había desposado con aquella tarasca, aunque contra voluntad de sus padres, y que aunque no le hablaban, esperaba en Dios, metiéndose gente principal de por medio, todo pararía en bien, pues, en efeto, él se había casado muy a su gusto y principalmente, con una dama de tan buenas partes como la que había escogido para su regalo y descanso.

«Así tengas el sueño (dije yo entre mí). ¿Que es posible que haya hombres tan bárbaros como éste, tan sin ojos, que no vean con el sol lo que es más claro que su misma luz? ¿Y que sea tan grande la providencia del Señor, que en naciendo la escoba, no falte un jumento que guste de comerla; y que sea tanta la fuerza del santo sacramento del matrimonio, que casándose algunos con furias infernales, al punto se despachen ángeles que alcoholen los ojos de los desdichados que no vieron, para que miren las cosas muy al contrario de lo que verdaderamente se echa de ver, juzgando lo negro por lo blanco, lo

verde por azul, el cautiverio por libertad y el tormento y congoja por descanso, quietud y sosiego?». Culpé entonces con justa causa a los mozos libres que sin voluntad de sus padres, sin guardarles el respeto que se les debe, movidos de una loca y vana afición, atropellan con todo, errando siempre en una de tres cosas: o en la persona o en la calidad o en la hacienda; y cuando en esto no, disgustando a quien deben estar sujetos, y considerar que ellos mirarán mucho mejor lo que les está bien, como personas desapasionadas, maduros en consejo y experiencia y deseosos del aumento y prosperidad de su casa.

Por leyes justas de muchos reinos se prohíben las herencias a los hijos que escogen mujeres sin dar parte a sus padres, perdiéndoles el debido respeto y obediencia, no echando de ver los trabajos, las importunidades, los continuos cuidados, los gastos y costas que con ellos se tiene para su educación y crianza; antes pienso imaginan que todo se les debe, siendo tan al contrario, pues no hay paga para un padre, ni puede haber en la tierra mayor obligación y deuda tan debida ni tan mal pagada. El mayor contento que puede tener un viejo padre, cansado ya de vivir, y con la prolijidad de sus años lleno de enfermedades y dolores,¹² ver con su gusto y voluntad puesto en estado a su hijo, entrar por su casa, visitar a su mujer, esperar dellos nueva sucesión y aumento de su linaje; y si esto todo se le quita, ¿qué podrá sentir, qué alivio tendrá o qué contento, si lo que es a disgusto y contra voluntad, por bueno y rebueno que sea, causa pesadumbre y enojo?

Mi don Fernando por todo había pasado, no reparando en galas ni en las que había menester la señora su esposa. Andaba en pleito con su viejo padre, pidiendo alimentos y alegando ser principal y no tener oficio ni modo alguno de ganar de comer, aunque las ganas todos las teníamos, pues con ser cerca de las dos de la tarde, aún no habíamos traído la comida: plaga ordinaria de las casas de los señores, que, para hacer diferencia de la demás gente, hacen del día noche, y de la noche, que se hizo para quietud y sosiego de los hombres, quieren que sea perpetua vigilia y que sus criados anden hechos continuas centinelas.

Compró mi amo un cuarto de cabrito, fruta, pan, vino y carbón; porque, como caballero novel, no tenía en la posada cosa por junto, movido por ventura por aquel antiguo refrán, que «Vale más tienda cara que casa harta». Vueltos con nuestra porción, me dijo mi señor: «Alonso, por tu vida, haz lumbre y pon a asar ese cabrito; que no tenemos otra persona que lo pueda hacer sino tú; que querrá Dios que otro día estemos con más dineros que ahora y recibiremos una criada para que nos sirva». Yo, que de mi condición siempre fui amigo de dar gusto a todos y me aplicaba a cualquier obra manual destas, en poco tiempo puse en orden la comida, hice el pebre y, poniendo la mesa, llamé a mis amos, diciendo ser ya más de las tres de la tarde. Tomaron asientos, llegando con su comer y pláticas hasta más de las cuatro. Diéronme a mí mi ración y parte, en verdad no escasa, sino muy suficiente; que como no éramos más de as y dos y tres, no era menester gastar mucho para comer bien todos, principalmente con algunas zarandajillas que acompañaban, ya de principio, ya de postre.

Muy ufano y alegre estaba yo con los señores novios, sirviéndolos de fregata, cocinero, mayordomo y paje, y aun si pudieran hacerme dueña de tocas, tenían talle de que lo

fuese, hallando en mí para todo el sujeto que puede desearse; que nunca pierde un hombre por acomodarse a lo que se le ofrezca, principalmente en ocasión y necesidad tan urgente como la que teníamos nosotros entonces.

VICARIO. Así lo digo, hermano; que bien es que los hombres sepan de todo.

ALONSO. Muy alegre me hallaba con mis huéspedes, y más no teniendo vieja con quien pendenciar ni moza que me fuese a los alcances de sí hacía o no hacía; pero como el gasto fuese ordinario y el recibir nunca, dímonos tan buena maña como si se esperara algún juro para ayuda de nuestro sustento, que ya muy apriesa nos iba faltando, para cuyo remedio se acomodaban algunas alhauelas y joyas de mi señora, sortijas y cadena, dellas vendidas y dellas empeñadas con harto disgusto y pesadumbre de su merced. Acabose el pan de la boda, andando nuestra casa como la de un esgrimidor o escudero el más pobre, que aun pan no teníamos ni con qué comprarlo, y la señora mi ama pedía gullurías. Volvíase para su marido muy colérica, diciéndole cuán mal la trataba, el poco regalo que la hacía, no estimando una persona de tantas prendas como las suyas; y tanto venía a decir contra mi buen Juan, que, con tener una condición noble y ser de suyo pacífico y quieto, enemigo de pendencias, obligado de tantas sinrazones como le decía, de cuando en cuando alzaba la mano, emparejando entrambos carrillos.

Aquí era ello ¡Alza, Dios, tu ira! Los gritos llegaban al cielo. Juntábase el barrio, aunque por tener yo cuidado de cerrar las puertas de la calle no podía subir persona a despartirlos y ponerlos en paz; y para sosegar los vecinos y que no me hundiesen las puertas con las aldabas, abría las ventanas, asomábame a los balcones, diciendo: «No tengan pena: no son más que puñadas. No será nada: que no hay sangre ni se verá espada fuera de su lugar».

Y, con todo, iba más creciendo la guerra entre los dos, porque mi señora era libre y don Fernando ligero de manos, y no se descuidaba a menudo de dar en ella como en real de enemigos. Y yo, que me los miraba y me estaba quedo, acordándoseme que «quien desparte lleva la peor parte», y también del otro dicho común: «Entre dos muelas molares nunca metas tus pulgares», hacíame cuenta: «Marido y mujer son; si ahora riñen, a la noche dormirán juntos: parar tiene la pendencia de una manera o de otra: callando ella, o cansándose él de pegarla».

VICARIO. Eso me parece, hermano, a lo que le sucedió a un caminante que yo conocí, por extremo flemático, el cual como viniese a nuestro convento en tiempo trabajoso de hielos, por ser cerca de Navidad, viendo el camino de los Angostinos (camino muy peligroso y inescusable a nuestro convento), temiéndose no deslicíase en él la bestia en que venía y diese con él el monte abajo, parecióle ser más seguro apearse y pasar lo que le quedaba de puerto a pie; y acertó en hacerlo, porque, en apeándose, la cabalgadura lo hizo tan bien, que sin poderse detener comenzó a rodar de un peñasco en otro por la ladera del monte, llevándose consigo cojín y portamanteo. Y viendo tan desgraciado suceso el bueno de mi caminante, puesto en lo alto del camino mirándole, decía con mucha paciencia: «Parar tienes, que no es eterna la cuesta: fin ha de tener tu caída, suelo llano ha de haber para ti».

ALONSO. Así es la verdad, que no hay pendencia que, bien o mal, no tenga su fin. Pero, padre, confieso mi culpa, que me bañaba en agua rosada cuando vía que la daban los mayores golpes y mojicones, que hacía esta cuenta conmigo: «Mala cara y sin dote, y gruñidora, descomedida y mal hablada, sacúdanla el polvo; poco es. Por Dios que no os tengo de quitar».

Bien duraba el nublado más de una hora, dejando en rehenes mucha parte de sus cerdosos cabellos por la sala. Íbase mi señor fuera, molido de andar a caza, y mi casada recogíase a llorar sus desdichas a su retrete, y yo poníame a considerar el poco juicio de algunas personas que se atreven a tomar mujer, y a una obligación tan grande de mantenerla, sin tener oficio, renta ni modo de vivir. ¿Quién vio locura semejante? No puede pasar un hombre solo sin obligaciones ni respetos humanos, y busca compañía y nuevos gastos: cuidado ordinario, pesadumbre y fatiga continua, y más si por dicha carga de hijos. «Tú, que no puedes, llévame a cuestras», se podrá decir por esto, y revienta con la carga que tomaste como impertinente majadero. Acuérdomme de cierta letrilla que, cuando mozo, oí cantar a este propósito, que decía en esta forma:

*Que se case un don Guillote
con una dama sin dote,
bien puede ser;
mas que no dé en pocos días
por un pan sus damerías,
no puede ser.*

Procure mudar estado el caballero mozo que tiene renta; busque mujer el que tiene oficio con que sustentarla, y el que no le aprendió ni tiene habilidad para ganar de comer estese solo; que mejor es llorar con un ojo que con dos, y no dar materiales para edificios de obras pías, hospitales y casas de huérfanos desamparados. Y no es bien que responda el que en semejante materia pecare: «Esta fue mi suerte, mi fortuna lo quiso»; que todo es mentira: que adonde está el entendimiento y razón no hay estrellas que fuercen el libre albedrío, conforme a lo que enseña en su *Estravagante* el pontífice Sixto V, si no es que hayamos de decir lo que dijo aquel enfadado estudiante.

VICARIO. Gustaré de oírlo: cuéntelo, hermano.

ALONSO. Ahorcaban en Salamanca a un ladroncillo, y para verle morir estaba llena la plaza de gente, así en las ventanas como en todo el sitio del lugar donde se ajusticiaba. Estaba ya el condenado en la escalera de la horca haciendo gran llanto, llorando su poca suerte, la deshonra de su linaje y deudos, el poco favor de sus amigos y conocidos, sus mal logrados años y cortedad de vida. Entre los que miraban al afligido mozo estaba una buena vieja viuda, de reverendas tocas; y enfadada de verle llorar de aquel modo, con mucho enojo a grandes voces comenzó a decir: «Ello había de ser, esa era tu suerte; paciencia, que nadie puede huir de lo que su estrella le tiene señalado».

Repitió esto no pocas veces: de modo que enfadado un estudiante gorrón que estaba a su lado, de oírla, alzó la mano y dióla una gran bofetada, diciéndola: «No se aflija ni llore; tenga paciencia, por su vida; que ello había de ser, y de lo que está determinado nadie se escapa». «Casa de mantener, castillo de guerrear», se suele decir, y con justo título, pues como para una guerra son necesarios tantos gastos, tantas máquinas y aparatos; así, para el gobierno y sustento necesario y ordinario conviene que tengan los casados algún género de arrimo para sobrellevar las cargas de tan pesado yugo como es el del matrimonio. Habiendo celebrado ya sus funerales obsequias y planteando sus desdichas, mi mal acondicionada dueña veníase para mí como quien busca compañía con quien consolarse, ayudándola a recoger las lágrimas que por aquel rostro de San Onofre caían. Pedíame parecer, culpando el mal trato y término de su velado; mas yo, como amigo de decir verdades y que la conocía muy bien quién ella era, como si la hubiera parido, la comencé a decir palabras semejantes, exhortándola a que no se arrojase tanto de lengua, pues en mujeres de bien y principales es éste un caso y vicio muy digno de reprehensión. Díjela cómo, después que el glorioso apóstol y predicador de las gentes, san Pablo, dejó hecha una larga y copiosa exhortación a los casados, amonestándoles a que quieran entrañablemente y estimen a sus mujeres, diciéndoles que se han de querer y amar como amó Dios a su Iglesia; que por su respeto se puede dejar el padre y madre, que no se aparten de su lado, que de 13 dos cuerpos que son y dos voluntades, se haga una voluntad, un cuerpo, un sí, un no, sin haber en ellos contrariedad ni cosa que desdiga de un perfeto y santo querer y afición; y después de hecho este largo preámbulo a los casados, acaba el Apóstol cerrando su discurso con solas dos palabras, diciendo: «Las mujeres teman a sus maridos». «Bien echo de ver que fue disparate el dicho de un hablador que decía haber de ser las mujeres como las lámparas: de día y de noche colgadas, y cuando las hubiesen menester mandar alguna cosa, bajarlas, pero por tiempo limitado. Así que, señora, que mi señor don Fernando estime y quiera a vuesa merced, que la dé gusto y la regale, es mucha razón; y también lo es que se le guarde su respeto, y que con él nadie se vaya del pie a la mano, pues es consecuencia bien clara que todo ha de llover sobre vuesa merced; que, en efeto, por lo más delgado ha de quebrar la soga.

Yo conocí una mujer que los más días podía ser padre santo, por andar tan acompañada de cardenales rostro y brazos, y muy consolada decía a sus vecinas: “El bellaco muy bien me pegó de golpes y bien señalada me dejó, pero a fe que le dije cuanto quería, y que mi lengüita la dejé bien lavada en sus libertades y traiciones”. Toledana me dicen que era una vecina de una casada que la mayor parte del año había menester cirujano que la curase, y, compadecida de sus trabajos, un día que la fue a ver, la preguntó qué fuese la causa de tanto mal y poca paz como siempre tenía. La mujer soltó la maldita y, hecha un Lucifer, la dijo: “¿Qué puede ser, sino estar yo sujeta a un tan mal hombre, amancebado, jugador, mal cristiano y de malos respetos?”. “Pues para todo eso yo os daré un remedio eficacísimo que tengo guardado con gran secreto (la respondió la amiga); y no lo digáis a nadie, por vuestra vida, porque importa mucho el estar callado, y es negocio de mucha estima y habéis de quedar con él libre de todas vuestras persecuciones y desventuras”.

Codiciosa la casada de semejante oferta, no la quiso dejar hasta que la entregó su vecina una redomilla de agua, diciéndola: “Hermana mía, en entrando que entre vuestro marido riñendo o dando voces, como tiene de costumbre, sin deteneros un punto id volando y

tomad un trago desta agua, y por cosas que os diga no lo echéis de la boca, porque tiene tan gran eficacia, que os defenderá de la cólera y mala condición de ese mal hombre, de modo que jamás se atreva a poner manos en vos, volviéndole apacible, amable y, de un demonio que es agora, un cordero, un ángel para cuantos con él trataren”. Agradeció el presente la dama, recibió la redoma con su agua de virtudes y aguardó la hora de cenar.

Despedida la vecina, vino el amo de casa, y dando a su mujer un poco de cabrito, la dijo: “Tome eso y aderécelo luego, porque quiero cenar. Conténtese con la comida que hoy me dio, y no tengamos más en que entender”. La casada que vio a su marido algo enojado y que había menester poco para echarlo todo a doce, tomando su redoma, se la echó a pechos, guardando una gran bocanada della, y, cerrando la boca de suerte que no se la perdiese gota de agua, asó su cabrito, puso la mesa, llamó a su marido por señas, diole de cenar sin hablarle palabra y, acabada la cena, alzó los manteles con tanto silencio, que el buen hombre quedó admirado de ver semejante milagro como el que había experimentado con su palabrera mujer.

Siguiente día sucedió lo mismo. No sabiendo a qué poderse echar el bien que tenía y dando gracias a Dios, la dijo: “Si así fuédes siempre, otro gallo os cantaría, y no tendrían qué contar los vecinos de lo que con vos paso”. Entonces la dueña, pareciéndole que ya era tiempo de reventar y salir de madre, volviéndose a lo que de antes, le respondió: “¡Mal hombre! Bien se echa de ver la lástima que todos me tienen y quien vos sois, pues, movida de compasión doña Juana, me dio una redomilla con agua, que de ángeles debe de ser sin duda, pues tal efeto y obra ha hecho con vos, pues con sólo tenerla en la boca ha mudado vuestra infernal cólera en un silencio tan grande estos dos días, y de un tigre rabioso, en un hombre apacible y manso. Y harta desdicha mía es que me haya yo de aprovechar destas distilaciones, quintasencias y mezclas de yerbas para poder vivir con quien mi desventura y pecados míos hubieron de juntarme para acabar mi vida miserablemente”. “¡Oh loca y simple mujer! (la respondió el marido). ¿No echas de ver que esa tu amiga, con eso que te aconsejó, dándote esa redomilla de agua que tuvieses en la boca sin tragarla ni echarla, fue decirte que no fueses respostona, mal hablada, sino que con un callar y santo silencio vencieses los mayores enojos y pesadumbres que yo trujese? ¿Es posible que no ves los grandes bienes que has sacado con ese poco callar que has tenido estos días y los grandes daños que te acarrearán tus malas palabras y el pretender que no quede por ti el campo?”. Así que, señora, aplicación a la obra; el ejemplo está en la mano. Toda la culpa de la poca paz de casa, vuesa merced la tiene, y desta perpetua guerra es siempre la causa: tijeletas han de ser, aunque se hunda el mundo. Como la otra, a quien no la pudiendo sufrir su marido, la arrojó en el río, y aunque se ahogaba y el raudal de la corriente la llevaba dando vueltas con ella, de cuando en cuando sacaba la mano afuera y, juntando los dos dedos y apartándolos, ya que no podía con la lengua, por señas daba a entender *tijeletas*.

Y dé vuesa merced gracias a Dios, la dije, que no tiene suegra en casa; que aquí fuera ello, pues la mejor, con haberla hecho de azúcar, dicen algunas nueras que amargaba; y una de barro, con estar en un almario, descalabró a su nuera, queriéndola mudar a otra parte». Contela un cuentecillo a este propósito, que por no cansar a vuesa paternidad le dejo.

VICARIO. Bien puede referirle, hermano; que temprano es y la tarde tenemos por nuestra.

ALONSO. Pues gusta dello vuesa paternidad, habré de hacerlo. Casose un caballero andaluz con una dama de Castilla la Vieja, moza, noble y rica, y para efetuar el casamiento, entre las condiciones que se pusieron fue una que el marido no sacase en tiempo alguno a su mujer de la ciudad, por ser voluntad suya el haber de vivir con sus deudos y adonde tenía la hacienda de sus padres. El caballero prometió de hacerlo así, como lo hizo, viviendo como buenos casados en recíproco amor algunos años. La dama, que sabía ya que su marido tenía madre, deseosa de verla y de traerla a su casa (por ventura por asegurar más su partido), un día que con su marido más que otras veces trabó larga conversación y plática, muy encarecidamente le rogó que por darla gusto la trujese a su madre, pues era razón que, correspondiendo ella a las muchas obligaciones que le tenía, para pagarle en algo con particulares veras, sirviese ella y estimase a su señora, pues una viuda sola y ausente de su hijo, y de tanto tiempo, aunque muy rica, no era posible sino pasar muchos trabajos y pesadumbres: lances forzosos de la soledad y ausencia.

Agradeció el caballero las buenas razones de su bien intencionada mujer, y respondiola: «De muy buena gana, señora, hiciera yo lo que me pedís, pero tenemos paz, por la misericordia de Dios, y si mi madre estuviese en vuestra compañía, no sé cómo os llevaríades con ella: dos tocas a un fuego siempre tienen discordia, y mejor os está vivir vuestra suegra cincuenta leguas de vuestra casa que dentro della. No os canséis, que no ha de vivir con vos». «Pues no es vuestro gusto el dármele (respondió la dama), para mi consuelo haced que traigan un retrato de mi señora, pues ya que no merezco el verla y servirla, a lo menos, considerando su imagen, podré hacer cuenta que la miran mis ojos». «De muy buena gana haré lo que pedís», respondió el caballero; y poniendo la mayor diligencia que pudo, hizo que con brevedad le trujesen un retrato de su madre, tan bien acabado y con tanta perfección como si naturalmente fuera el mismo original. Recibióle con sobrada alegría, y para muestra del grande respeto que guardaba a su suegra y en lo que le estimaba, hízole hacer un costoso cuadro, dorole y púsole frontero de su estrado y en parte donde jamás le perdiere de vista. Mirábale siempre cuando se levantaba y sentaba o salía, haciéndole una gran reverencia y cortesía, bien como si fuera la imagen de algún santo.

Pasaron días y algunos meses, y, como todo cansa, fuela enfadando tanta sobra de crianza. Tan impertinente miraba ya a su retratada señora, con tanto desamor y enfado, que a no dar que decir la echara en el pozo. Buscaba ocasión para ponerla en otra parte, pero no se atrevía por el respeto de su marido; y como una tarde estuviese merendando con sus criadas en el estrado, antojósele que la pintada suegra la estaba mirando, a quien con una desenfrenada cólera la dijo razones semejantes: «¡Cauteloso testigo, enfadoso huésped, espía ordinaria, amigo fingido! ¿Qué me quieres? Si como, me miras, si lloro; no te apartas de mí, y sin ser Dios te tengo presente; pero, pues la venganza está en mi mano, yo la tomaré de tus agravios». Y diciendo esto, con el cuchillo que en la mano tenía, la dio una gran cuchillada por la cara, de modo que rompió media vara del lienzo.

A esta refriega acertó a entrar el discreto marido, y viendo semejante pleito y tan sin ocasión, riéndose de su loca mujer, la dijo: «Bien te lo decía yo, que no era bien traer contigo a mi madre, por conocer tu condición y término y ser todas vosotras, poco más o menos, de un mismo natural y término: mal sufriera el vivo original quien no pudo sufrir el traslado. No tienes que pedirme otra vez que te traiga a tu señora, pues aun pintada no la tengo de dejar en tu compañía».

VICARIO. No me parece mal el cuentecillo, y el consuelo que la daba a su toledana.

ALONSO. También la dije: «Cuando uno no quiere, dos no barajan». Ello es cierto que si dos coléricos andan juntos, ha de haber poca paz en su compañía, principalmente si no hay en ellos prudencia y amor. Para un desabrido y mal acondicionado, necesario ha de ser un pacífico, cuerdo, sufrido y prudente que sobrelleve las impertinencias que se ofrecieren, no que las regule ejecutándolas por mal término, adelgazando las cosas que han de ser de enojo y pesadumbre. Este era mi ordinario sermón, y oíale la señora mi ama como si le pedricara alguno de los vecinos de Argel; mas poco hacía al caso, que, al fin, fin, venía a llover todo sobre su cabeza; y cuando andaban los dos a «sal acá traidor» y vía que se levantaba alguna gran borrasca y polvareda, pidiendo favor a los Cielos, amparo a los santos y remedio a la justicia y vecinos, retirándome a otro aposento seguro y libre, decía entre mí: «Allá darás rayo, en las costillas de mi ama, pues ella se lo busca y buena cabeza tiene para chichones».

¡Oh qué bueno que era para adevino, pues como quinta carta de participantes, todas aquellas bendiciones venían a caer sobre la pobre señora! Luego alzaba la voz pidiendo confesión y cirujano, y tan en tanto venía el barbero a tomar la sangre, aunque no llevaba más el uno que el otro: buenas razones sí, y cortesías en abundancia; que, dinero, para pan lo tomáramos de muy buena gana el señor mi amo y yo, pues había desto la necesidad que puedo encarecer, pues los más días amanecíamos sin blanca, y comíamos sobre tarja de fiado, hasta que el padre de mi señor, movido de compasión y ruegos (o que por quitarse de pleitos; que también le pusimos demanda pidiéndole alimentos), atento a su nobleza y no tener orden de ganar de comer, y el mucho gasto que tenía en su casa con las obligaciones de mujer y criados y esperanza de hijos (que aunque no los había, hubimos de añadir una mentira diciendo que mi ama estaba preñada —que era como si hubiera de parir un elefante—, pues aun hasta las peticiones tienen trazas que realzan más lo que se pide para mover a lástima y compasión a los jueces, inclinándolos a que favorezcan con mayores veras a la parte que pone la demanda), hubo de señalar para cada añodocientos ducados (que eran como cuatro maravedís para la condición de mi señora, según el ánimo que tenía de gastar y grandes confianzas de la misericordia y providencia divina, a quien todo quería dejarlo, sin mirar a noche ni a mañana). Principalmente, como era tan cumplida de narices, olió luego el dinero que le daba el suegro, y sin reparar en el gasto de casa ni en las muchas deudas que se debían, fue lo aplicando para un faldellín de damasco con unos franjones de oro. Aquí perdí yo, padre, la paciencia, y, como si lo hubiera de pagar, tomé la demanda por mi señor. Di muchas voces, reprehendí con palabras retóricas su poco miramiento, afeé su mal proceder, pues viéndonos morir de hambre, lo que había de ser nuestro remedio y sustento de todo un

año lo quería hundir en una gala y traje de tan poca importancia, gastando más en hechuras que su merced trujo de dote.

Entonces, padre mío, eché de ver el trabajo y miseria a que se obliga el hombre casado con una mujer impertinente, que sólo por su gusto atropella con tantas obligaciones forzosas a quien necesariamente había de acudir, dando de mano a cosas que ni van ni vienen. Y para alivio de mi demasiada cólera respondíame mi huéspeda: «¿No veis, Alonso, que las señoras como yo han de andar al uso, y el ser quien soy me obliga a quitármelo de la boca por el qué dirán? Decidme, por vuestra vida, ¿hemos de ser todos iguales? ¿No ha de haber diferencia del vestido de la mujer ordinaria al de la que es noble y principal? Bueno fuera, por cierto, que una persona como yo, de tan buenas partes y prendas, hubiese de andar como una pobretona mal nacida y de humildes padres». Yo entonces, aunque enfadado de su mucha simpleza y bobería, no dejaba de darla bastantes satisfacciones, diciéndola: «Las que son nobles y tienen qué gastar en galas, triunfen y adornen su persona y casa, pues fue Dios servido de darles renta para ello; mas las que tienen necesidad y pobreza acomódense con los tiempos, que no siempre son unos, y hayle para corrección de gastos y para alargarse con prudencia en ellos. No todos los nobles son ricos, ni con la buena sangre vinieron los tesoros del mundo, porque el tener o no tener gracia es de por sí y don que le da Dios al que es su Majestad servido. Y aunque es verdad que las riquezas y bienes temporales son guarda y adorno de la nobleza y buen nacimiento, y con ellos se aumenta y conserva mejor, son sin número los que tienen necesidad, y sería mala consecuencia: «Soy noble, luego rico; y el que lo fuere trátese como tal»; que justo es que use de los bienes que le ha dado el Señor, pero el que no, aunque su descendencia sea de los godos, razón será no se alargue a más de lo que puede, ni el qué dirán le obligue a salir de compás y término, hable el que hablare y diga el que dijere; que por una mala lengua y mal decir no ha de hacer uno más de lo que sus fuerzas alcanzan».

Y para confirmación de lo que la decía, conté a mi ama el presente cuento, que hace a propósito, padre vicario, para lo que cada uno quiere decir: cómo no se debe andar con tantos gustos y pareceres como de ordinario hay en los hombres.

VICARIO. Holgaré de oírle.

ALONSO. Fue en esta manera: Caminaban un día de verano un pobre hombre, ya de buena edad, y una mujer con un muchacho de pocos años. Llevaban delante consigo un jumentillo, que servía de llevarles un poco de ropa que tenían: carga tan moderada y poca, que podía ir bien a la ligera. Acertó a pasar cerca dellos un caminante, y mirando a los tres que iban por el camino y el jumento desembarazado, algo enojado les dijo: «¿Hay tan poco saber de personas, que lleven ahí una bestia holgando y sin carga, y que una mujer, de su natural para poco, delicada y flaca, vaya a pie? Tened juicio, buen viejo, que yo os ayudaré; y suba en ese jumento esa buena mujer; que mejor irá en él que no reventando por las asperezas deste monte».

Pareciole bien al casado lo que el pasajero le había dicho, y llegándose a una peña, hizo que su mujer fuese caballera, y los dos siguiéndola iban a pie. Poco anduvieron, cuando

otro que venía por el mismo camino les salió al encuentro, y saludándoles, les dijo: «Harto mejor fuera, padre honrado, que un hombre como vos, de tantos días, que es milagro poderos tener en pie, fuera caballero y ocupara aquel animal, y no la mujer que llevais en él, pues las de su género de suyo son inclinadas a pasearse, y esta era ocasión en que pudiera sacar los pies de mal año, habiéndosela ofrecido de caminar a pie, y como buen bailador menearlos apriesa. Bajad, hermana, y suba ese buen viejo; que sus años y canas están pidiendo lo que yo os digo».

A tan buenas razones obedeció la casada: apeose y subió su marido en el jumento, prosiguiendo su viaje, adonde de allí a poco rato encontraron unos caminantes, que, mirando al hombre caballero y a la mujer y mozuelo en seguimiento suyo, con muy grandes risadas empezaron a hacer burla dél, diciendo: «¡Salvaje! Apeaos y tened vergüenza: ¿no veis que va ese niño despeado, sin aliento y con tan grande calor, y que vos, tan grande como vuestro abuelo, sin reparar en nada, vais hecho una bestia, pudiendo andar harto mejor y con más descanso que ese pobrecito que os sigue?».

Confuso el padre, bajó de su jumento, poniendo en él al hijuelo, y siguiéndole los dos casados, hasta que, viniendo nueva gente, le dijeron: «Subid en esa bestia con ese muchacho; que poca carga será, y la que lleva ahora es casi nada, y a ratos iréis mudando de personas, y no reventando en seguimiento de quien camina tan sin pesadumbre por verse holgado y con tan poco peso». Cuadrole al anciano el consejo que le daban, y poniendo al muchacho delante, subió el atrás, con ánimo que de allí a un rato bajaría él y podría ir caballera su mujer, y así, con algún descanso, mudándose, acabar su jornada.

Mas durole poco su sosiego, porque, como viniesen otros pasajeros y viesan al padre y al hijuelo sobre el jumento, comenzaron a darles matraca, diciendo: «¡Buen año! ¿No veis? Dos van caballeros, y ¡con qué conciencia! Alquilado debe de ser el asnillo, pues a ser propio no lo hicieran con él de la suerte que vemos ni tan mal le trataran. ¡Hideputa, buen hombre, qué buen alma tiene! ¡Buena llegará la bestia a la posada! Apostaré que del gran cansancio no puede comer bocado. Bajad enhorabuena o en la otra, que buenos cuartos tenéis y cerca está el pueblo, y no quitéis la vida a ese jumento, siquiera porque es vuestro prójimo». Estas razones le dijeron al labrador, y conociendo entonces bien a la clara los varios pareceres y natural condición que guardan los hombres en materia de su gusto y opinión, vuelto a su mujer y al hijuelo, los dijo: «No hay que reparar en lo que pueden decir de nosotros; que el qué dirán de las gentes es bobería, si no es locura. Cada uno se acomode como pudiere y alargue el pie conforme a la sabana; que, si a mí me falta, el que dice o murmura ni lo da ni lo presta, y él se queda con su dicho y yo con lo que tengo entonces o me falta. Vase él a su casa dejándome a mí en la mía. Vámonos como pudiéremos con nuestro jumento, y diga lo que le agradare cada uno». «¿Qué le parece a vuesa merced del cuento? ¿Cuádrala por ventura, o enfádola con lo que la he dicho?», pregunté a mi señora, y respondiome: «Bien está; pero veamos lo que se ha de hacer; que lo que se usa dicen que no se escusa. ¿Qué remedio pondré yo en los vestidos hechos en tiempo de doña Jimena? Cada día hay nuevos trajes; la guarnición que ayer se echaba hoy no se echa, y es fuerza haberme de acomodar al estilo y traza de tantos gustos y vestirme del modo que las demás señoras de Toledo».

«Razón y justicia fuera (la dije) si vuesa merced tuviera con qué; pero es lástima no tener un real en casa; y, cuando le hubiera, valiera más para comer que para bien parecer; que «donde fuerza hay, derecho se pierde». ¿Qué imagina vuesa merced que es uso, o por mejor decir, abuso? ¿Qué principio tuvo? ¿Quién son sus valedores y quién le sustenta? Pues yo se lo quiero decir, pues veo que está algo dudosa. Llega un galán o dama a una iglesia, o entra en una conversación donde hay algunas amigas (o que no lo sean, pues no nos hace al caso); imaginó la noche antes el vestirse una ropa o saya, o, si es hombre, ponerse un cuello, ferreruelo o sombrero con la traza y hechura que le dio la veleta; míranla las otras o los otros, alaban su traje, suben a las nubes su buen gusto, proponen de imitarle, cortan por aquel modelo, otro día, de vestir, y veis aquí metido en casa el uso nuevo. Así que, señora, dé vuesa merced en no usar lo que las otras y quiebre una vez el ojo al Diablo, y verá cómo no falta quien siga sus pisadas y alabe su buena determinación y propósito».

«No decís bien, Alonso (replicó mi ama al cabo de haberme yo quebrado la cabeza con mi larga arenga): todas traen lo que pido a don Fernando; ello ha de ser, falte donde faltare». Terrible caso e insufrible resolución es, padre vicario, la de una mujer impertinente: nones dijo y nones fueron; y aunque se hundiera el mundo había de ser lo que pedía, no bastando para apartarla de su parecer e injusta demanda razones eficaces ni el vernos que habíamos de morir de hambre todo un año, ni lapoca esperanza de nuevos alimentos. En efeto, se hubo de hacer el negro faldellín o manteo azul, guarnecido a las mil maravillas de oro de Milán a costa de nuestro venidero y perpetuo ayuno. Púsosele un día de Pascua, que fue lo mismo que si se le pusieran a un dromedario o camello; y lo peor es que imaginaba la pobre dueña que salía muy vistosa; y fuéralo, sin duda, a salir puesta con una carátula, y no con su cara. Todas estas cosas llevábalas mi señor don Fernando con una paciencia para alabar a Dios que le crió; porque verdaderamente algunos días podían hacer dél cuanto quisieran, y el salir de sus casillas jugando de puño, era a más no poder, forzado ya de las malas palabras de la que escogió por su esposa y compañera; y echábalo yo de ver manifiestamente, pues no habiendo comido en todo aquel día sino un poco de pan y unas amacenas, y con ser día de Pascua no tener en casa bocado de carne ni con qué comprarle, muy alegre se bajaba a un escritorio que tenía, adonde muy de espacio se ponía a escribir algunos sonetos, romances y redondillas; que esta mercadería tenía granjeada en el tiempo de sus locos desvelos.

¡Oh qué de veces, perdido el juicio, escribió más mentiras y desatinos que en sus *Transformaciones* el ingenioso Ovidio! No había estrellas para los ojos de su dama, plata para la frente, carmín para mejillas ni oro para cabellos. Los dientes podían comprar los boticarios para hacer tabletas, pues eran orientales perlas, y los de Africa y Persia venir por arcos para sus saetas. Pues ¿qué si sacaba al moro Gazul a jugar cañas? Poníale tan lleno de plumas como si fuera pavo real, con más gallardetes y banderillas que navío de alto borde, con más divisas que dechado de niña que se muestra a labrar, y con más motes y rétulos que cajas de confiteros.

Hízonos Dios merced de que en este tiempo saliese la cédula real del católico rey don Felipe Tercero, nuestro señor, en que mandaba desterrar los moriscos de España, arrancando de nuestra tierra tan perniciosa semilla; y con esta nueva mudó de sujeto,

dejando a los devotos del falso profeta por seguir las humildes chozas de los pastores: bajábase a los arroyuelos a buscar las sierpes y cristales; sacaba a cantar los zagalejos (que verdaderamente era cargo de conciencia que en mitad del invierno y echando el Señor chuzos de nieve y hielo, a media noche estuviesen cantando al son de su vigüelilla de arco o rabelejo, sin temer el frío y sin quebrarse cuerdas del instrumento, y si se quebraban, al punto las ponían por la mucha abundancia y por estar todo tan a mano, y la tenían, aunque más helaba, para templarlas). Hacía algunos romances tan derretidos de las crueldades de los pastores y de sus desdenes, que moviera a risa a cuantos le oyeran.

Allí convidaba a los montes a que le escuchasen, a los ríos y fuentes a que detuviesen el raudal de su curso, a las estrellas contaba sus cuitas y a los animales de las selvas llamaba a que le hiciesen compañía; y a mí, que tenía más gana de cenar que de escuchar semejantes locuras, me los leía, encareciendo los versos, el modo de decir, los altos conceptos (traídos tan a punto, que a ser de calza de aguja fueran de más provecho). Recitábalos con tantas acciones, así de ojos como de boca y manos, que más parecía organista que poeta: vicio ordinario de algunos músicos y costumbre digna de reprehensión, pues siendo la música de suyo tan apacible y gustosa al sentido de oír, la desdoran de modo, haciéndola tan aborrecible a la vista, que fueran más propios para espantaniños o matachines que para dar alegría y contento con su canto, debiéndose decir por los tales: «¡Quién no os viese y os oyese!».

Y ya que más de una hora había estado oyendo sus locuras y amorosas quejas, preguntábame: «¿Qué te parece, Alonso? ¿Pudiera decir más Lope de Vega o alguno de los que le igualan en su agudeza y modo de decir? ¿Qué me dices destos pensamientos?». «¿Qué quiere vuesa merced que le diga (le respondí) sino que quisiera más tener qué comer? Estas cosas, señor, eran buenas para sobrecena, satisfecho el estómago y a la lumbre; que con tanto desmayo y sin esperanza de tener qué llegar a la boca, ni hace provecho ni entra en gusto».

«Paréceme (le dije) que vuesa merced hace conmigo lo que un montañés hidalgo con sus hijos. Llegábase la hora de comer o cenar y no había pan en casa, y para acallarlos abría un arca y sacaba della un gran libro, donde tenía escrita toda su descendencia desde sus tataragüelos, así por línea recta como transversal, refiriendo más parentela que tuvo nuestro primer padre.¹⁶ Y, habiéndoles quebrado la cabeza con su genealogía, decía: “Gracias a Dios, hijos míos, que tenéis buen padre y que sois hidalgos y ninguno os podrá decir que es mejor que vosotros”. Y, oyéndole uno de los muchachos, le respondió: “Más quisiera ser villano y tener qué comer muy bien”». «No es la miel para la boca del jumento, ni las perlas y piedras preciosas se han de dar a los animales cerdosos», me respondió el señor don Fernando; con cuya respuesta algo yo enfadado, por estarlo ya, y muy mucho, de sus cosas y de ver el poco sentimiento que tenía de nuestros trabajos, procuré de allí adelante dar de mano a sus pesadumbres, o, por mejor decir, a las mías propias, y dejarle cuando más descuidado estuviere. Y así, un día de fiesta, sin hablarle palabra ni dejar dicho adónde me iba, salí de Toledo para Madrid con harto poco dinero y a pie; que siempre en esto fui gran discípulo del seráfico padre san Francisco, aunque contra mi voluntad. Y porque me parece que ya vuesa paternidad querrá que nos vamos al

convento, pues el sol se quiere poner, quédese aquí nuestro discurso; que otro día daré razón de lo que me sucedió en la Corte.

VICARIO. Prométele, hermano, que gusto tanto de oírle, que gustara que nos quedaran otras cuatro horas de la tarde; mas el tiempo corre y la obligación nos fuerza a dejarlo todo por la obediencia: para mañana se quede; que buen día me aguarda de entretenimiento y gusto con su jornada.

CAPÍTULO QUINTO

Día siguiente, cuenta Alonso lo que le sucedió en Madrid, y cómo entró en servicio de un letrado que iba por Alcalde Mayor de Córdoba.

ALONSO. Quedamos en el camino de Madrid, doce leguas de Toledo, y no muy cortas para quien las había de andar a pie como yo, con el continuo trabajo que solía andar mis jornadas, no me faltando en todo mi viaje conjuración de nubes, torbellinos de agua y piedra, y tantos lodos, que para andar una legua era necesario un día entero.

Llegué con no pequeña pesadumbre a Illescas, y sin irme a mesón, de puro devoto, me fui derecho a visitar el sagrado santuario de tanta estima, y con mucha razón tan famoso en toda Castilla, de la sagrada imagen de la Madre de Dios, señora nuestra. Adoré en aquel sumptuoso templo de la caridad a la Emperatriz de los Cielos, consideré sus riquezas, visité su grandioso hospital, remedio de tantos pobres necesitados del favor humano; y habiéndome encomendado al Señor y a su divina providencia, salí a buscar un pedazo de pan (porque de Toledo no saqué sino algunos cuartos, y tan pocos, que no eran suficientes para poder llegar con ellos a la villa de Madrid, adonde caminaba).

Preciame siempre de ser fiel, y con haber servido a don Fernando algunos meses, y de todo cuanto estuve en su casa no haber recibido sino unos zapatos, con todo eso, no le fui en cargo valoría de seis reales; porque, en efeto, padre, esto de tener que restituir es negocio grave, y es mucho mejor que le deban a un hombre que no tener que volver, y la restitución ha de ser como la descomuniación, que, justa o injusta, se ha de temer. Y aquel príncipe de los publicanos, tan generoso de ánimo como pequeño de cuerpo, el Zaqueo, dando cuenta de su vida a Cristo señor nuestro, le dijo: «Si tengo para mí o sospecho que por mi mal trato engañé a alguno o le llevé más de lo que era razón, en pago de mi delito le vuelvo cuatro veces más de lo que le había llevado».

Harto quisiera quedarme por algunos días en el hospital de la villa, fingiéndome enfermo, y descansar del gran trabajo que había pasado (pues verdaderamente yo era propio para imagen de agua, pues en saliendo a campo raso se escurecía el cielo, condensábanse las nubes, alborotábase el aire y, conjurados contra mí todos cuatro elementos, había de llover sin réplica, aunque fuese contra mi voluntad); pero temime, padre, no me sucediese lo que a un pobre con el gran obispo de Turón, el cual deseando sacarle algún dinero (que aun hasta los pobres tienen sus estratagemas), como supiese que el glorioso san Martín era tan caritativo y limosnero, llamando a otro compañero suyo tal como él, le dijo:

«Tendeos en ese suelo, y yo os cubriré con esta capa, y cuando pase el obispo diré que os habéis caído muerto, y pedirle he que me socorra para ayuda a vuestro entierro, y él, como persona que sabe bien hacerlo, con generosa y liberal mano nos dará una gran limosna». Como lo dijo lo hicieron; mas, pensando burlar al santo el fingido muerto, se murió de veras; que no quiere Dios que se burlen con sus siervos y amigos. Y burlas semejantes jamás fueron buenas; antes aborrecí juegos y entretenimientos en que se lastiman y dan golpes unos a otros, quedando con aquellos bárbaros pasatiempos, ya sin ojos, pies, brazos, o, por lo menos, lastimados, los que son de juego.

En efeto, temí, imaginando: «Si por ventura yo me finjo enfermo, podría ser que me quedase por tal»; y para mi condición era prebenda demasiado costosa y no poco aborrecida el ser pedigüeño; y, aunque pobre, no del modo de un ciego de Andalucía, el cual como fuese algo corto de vista (y no totalmente sin ella de modo que no pudiera trabajar y ganar de comer de otra suerte), tentole la codicia y procuró pasar la plaza de ciego; y para esto buscó un muchacho, tomó un palo en que arrimarse y a grandes voces comenzó a pedir limosna, obligándose él a que rezaría la oración de san Gregorio, la del Justo Juez, el Apartamiento del cuerpo y el alma, y la de las once mil vírgenes, con su gloriosa reina santa Úrsula. Los demás ciegos de su lugar tuvieron notable envidia, y querellaron del nuevo opositor, por quitarles su ordinario sustento, teniendo, como tenía, bastante vista para cualquier oficio y ganar con él su comida. Oyó las partes el juez, y, arrimándose a la voluntad de los contrarios, desterró del pueblo al fingido Longinos, el cual saliendo a cumplir la sentencia, llamando a su lazarillo y consolándose con él, le dijo: «Anda acá, niño, no se te dé un cuarto; que yo espero en Dios que antes de un año tengo de estar muy ciego, para vengarme de mis enemigos».

Así, yo dilaté y desistí de aquella cátedra para otra ocasión de mayor necesidad, pues es posada de las tres que no pueden faltar a los pobres: cárcel, iglesia o hospital. Bien echaba de ver el gusto que había de tener por algunos días, sabiendo nuevas de Italia, de Constantinopla, de las Indias, el modo que se ha de tener en el real Palacio para buen gobierno de todo el reino; pues todas estas cosas los pobres las tratan y comunican cada día en los hospitales y tabernas, como cuentos de horno. Pero, al fin, animándome con la consideración del breve camino que me quedaba de solas seis leguas, salí a pedir entre gente caritativa algún dinerillo; que siempre el Señor socorre a los necesitados en tales ocasiones con gente buena, y, contento con la moderada limosna que allegué, seguí mi jornada de Madrid, aunque siempre el cielo me negó su cara, y en lugar de su luciente luminaria, tenía cuidado de cuando en cuando quitarme el polvo de los zapatos regando la tierra con sobrada abundancia (propio tiempo para que no se perdiese don Beltrán con la mucha polvareda), y así proseguí hasta entrar en la grandiosa villa de Madrid, que con el adorno de tan maravillosas fuentes como tiene, no fueron necesarias las que tan acosado y afligido me traían.

Entré en la Corte, adonde, admirado de ver tan gran número de gente por todas las calles, di mil gracias a Dios, considerando su gran providencia, que con tanta facilidad da para todos tan bastante sustento a manos llenas, sin que se pueda temer falta de cuanto se pueda pedir y desear, así de regalos de la mar como de la tierra. Fuime derecho al real

Palacio, allí consideré su grandeza, notando tantos señores como andaban por aquellos patios de una parte a otra, la muchedumbre de los pretendientes, cada hora esperando lo que por tantos meses y años no acaba de llegar, acabándose antes muchas veces la vida, cansada ya, y con justa razón, de tan prolijas esperanzas.

Consideré, entre los muchos letrados que allí andaban, a uno de buen talle, no poco alegre y contento, a quien otros muchos daban mil parabienes, y él, en correspondencia de las muchas ofertas que le hacían, agradecido, les volvía amigable respuesta. Por saber qué fuese me llegué a un mozuelo que cerca del corro estaba, a quien le pregunté, diciendo: «Por vida de vuesa merced, señor hidalgo, que me diga por qué le dan tantos parabienes estos señores a este letrado que tan alegre está en medio dellos? ¿Por ventura hase casado? ¿Trayle algo la flota que ha venido de Indias o ha heredado algún mayorazgo?».

«¡Cuerpo de tal con él! (me respondió el mancebo). Y ¿no los ha de recibir de muy buena gana los parabienes que le dieren? Pues Su Majestad le ha hecho merced de la vara de Córdoba, que la tomaran más de diez y ocho de los que están a su lado, aunque les costara mil ducados, siendo, como es, el oficio que lleva de teniente mayor, de mucha ganancia y de mayor honra. Y más de cuatro estarán envidiosos de su buena fortuna. «Dios nos la dé a todos (le dije), que bien la habemos menester». Y, despidiéndome del mancebo, estuve imaginando cuán bien me estaría entrar a servir aquel teniente, pues era forzoso haber de recibir criados para entrar en Córdoba con alguna autoridad, conforme el cargo y dignidad que llevaba. Y por no perder la ocasión que se me había ofrecido, detúveme un poco, hasta ver a solas a mi letrado.

Queriendo ya irse a su posada y llegándome a él, con mucha cortesía, le dije: «Esta mañana entré en esta Corte a procurar acomodarme con algún caballero para servirle: he sabido que vuesa merced ha de ir a Córdoba por juez, y si acaso ha de recibir algún criado, y mi persona fuere necesaria para el servicio de vuesa merced, iré de buena voluntad en su compañía; que en lo que toca a saber agradar y dar gusto en cuanto se me mandare, ninguno podrá hacerme ventaja: sé leer, escribir y contar, y algún poco de latín, para cuando se ofreciere algún texto, mirarle o interpretarle».

Pareciole bien a mi letrado, y contentole mi plática; y no era mucho, porque venía yo razonablemente vestido, que no era poco alivio para mi amo no tener que gastar en componerme, y más para salir de Madrid (dragón que consume tantas haciendas de pretendientes y negociantes); y así, me respondió: «Yo tengo de recibir dos criados, y por parecerme vos hombre de bien, seréis el uno si me dais quien os conozca y fíe». «Eso, señor, será imposible (le dije): soy forastero; estoy de mi tierra muy lejos, y aunque la Corte es madre de tantos advenedizos, no sé quién haya en ella de mi patria; cuanto más que ni tengo necesidad de que vuesa merced gaste ninguna cosa en vestirme por el presente, ni me ha de dar tanta cantidad de dinero que me obligue a volver las espaldas y dejar de servir a vuesa merced, dejado aparte que más peco de fiel que de ladrón». Agradole a mi teniente lo que le respondí, y muy satisfecho me dijo: «Por vida del Rey que os tengo de llevar conmigo venga lo que viniere; que a vos os he menester yo, que sois hombre de humor». Con esto quedé recibido por paje, y fuimos aperciendo nuestra partida, que fue también en breve tiempo.

Después de haber jurado en el Consejo, partimos de Madrid un lunes de mañana, con muy buena comodidad, así de mulas como de regalos para nuestro camino; que no sé qué se tiene esto de ir a gobernar y estar puestos los hombres en alguna dignidad y grandeza, que luego hallan quien los preste, quien los sirva y regale; y con ser mi amo un pobre letrado, sin mil ducados de renta, ni aun ciento de principal, luego, en viéndole con vara, salieron mercaderes a fiarle y amigos a prestarle, y lo que no pudiera hallar veinte días antes, entonces se lo traían a su casa a pedir de boca y medida de su deseo.

En cinco días llegamos a Córdoba, donde los señores regidores dieron la posesión a mi amo, y empezó a gobernar muy a gusto de aquellos por cuyo arancel y determinación se gobernaba la república; porque, como poderosos, así en calidad como en cantidad, hacían lo que querían y salíanse con ello; y con los tales, por ánimo que tenga un juez y riguroso que se quiera mostrar, anda falto en irles a la mano y a los delitos que cometen: y si lo sabe y entiende, desimula y calla, como si no lo supiese y oyese.

VICARIO. Antes que pase adelante, deseo saber por qué se dijo el Potro de Córdoba; que, aunque toda mi vida lo he oído decir, no sé la causa.

ALONSO. Tiene la ciudad de Córdoba, entre otras muchas cosas grandes que tiene, una anchurosa y bien dispuesta plaza, y en medio della una admirable fuente, de adonde sale un levantado pilar, y en su remate, con un pedestral maravilloso de jaspe, un bien labrado potro del grandor de un becerro hasta de seis meses; y como otras ciudades tienen insignes obras, maravillosos edificios (como Segovia su puente, Roma sus agujas, Egipto sus pirámides y Rodas, en un tiempo, su coloso), así, por estar hecho con tanto primor aquel potro, tiene fama por todo el mundo; dejado aparte que por ser tierra tan fértil y adonde se le crían a Su Majestad los mejores caballos que se traen para su servicio, para decir bien de un potro, decimos «el de Córdoba»; como para engrandecer un buen paño, decimos «el de Londres», y el buen refino y negro, «de Segovia», por labrarse en ella los mejores paños que se fabrican en toda España.

De aquí se tomó denominación de un equívoco maravilloso para la una y otra ciudad, pues cuando sale un mozuelo travieso, mal inclinado y de depravadas costumbres, suele llamarse por epitecto: «Vos, hermano, potrico sois de Córdoba; refino podéis ser de Segovia». Y aun aquel divino y admirable ingenio natural de Córdoba guardó este modo de decir en unos versos que hizo, adonde, dando a entender que pecaba más de malicia que de ignorancia, dijo en una sátira: «Busquen otro; que yo he nacido en el Potro»; y es porque en aquel barrio y plazuela, como en el Azoguejo de Segovia, se crían mozuelos que pueden dar quince y falta a los que más se precian y presumen de saber, entender y penetrar las cosas más arduas y dificultosas, así para bien como para todo género de vicio. Y, dejado todo esto aparte, es lástima grande que la pena y rigor, el castigo y condenación padezcan los pobres y que poco pueden, y los poderosos y ricos, sin ningún temor, a rienda suelta anden de noche y de día, como si no hubiese justicia para ellos. Yo, pues, como procurador de embargos, en todo me metía, todo lo mormuraba, y, a lo menos por decirlo no había de quedar: de modo que tenían que hacer más conmigo los de la Audiencia para que callase, que con el teniente mi señor para que desimulase sus faltas.

Estábamos un día de buena conformidad, así algunos escribanos como regidores de Córdoba, y mirándome a mí uno dellos, con mucha risa dijo a mi amo: «Ahí está Alonso, que yo apostaré que en pocos meses ha de perder la vista, como la judía de Zaragoza, llorando duelos ajenos: es persona de gran caridad, mucho gobierno; es procurador de enfadados, o él lo está de todos; da consejos a quien no se los pide ni agradece». «Ya yo lo veo (respondí entonces); que sin remedio ha de ser todo cuanto he dicho y pudiere decir de aquí adelante, pues mudar las cosas por diferente orden y estilo que siempre han tenido sería detener al sol en su curso, quitar al fuego que no queme, y a la piedra que no baje a su centro. Ya veo cumplida aquella fábula, que verdaderamente parece que habla con nuestra república, como si en realidad de verdad hubiera visto lo que en ella pasa y se consiente tan de ordinario».

«¿Fabulita tenemos? ¡Bueno! (dijo el teniente). Por vida de Alonso, que por dar gusto a estos caballeros la cuentas, en pago del atrevimiento que tienes en hablar tan libre en presencia de sus mercedes». «Pues vuesa merced lo manda, va de cuento (le respondí). Y es en esta forma:

Llegose el tiempo en que los animales querían hacer bastante satisfacción de los delitos y culpas en que habían caído, confesando sus yerros con persona tan hábil y suficiente como era necesario para este ministerio; y así por ser en todas sus cosas tan astuta, como por tener noticia de todos los culpados, fue elegida para juez la raposa; y llegando ante ella, como cabeza de todos los animales, el león, y habiendo hecho largo preámbulo de quién era, de su fortaleza, majestad y dominio que tenía sobre todas las bestias, propuso sus culpas, diciendo: “Un cierto día me hallé con un cierto género de hambre, aunque no con sobrada necesidad que me forzase a hacer lo que hice, y fue que, habiendo cerca de mí un rebaño de carneros que descuidadamente pacían cerca de mi cueva, salí para hacer alguna presa en ellos. Sintíome el pastor que venía en su guarda, y, temeroso de mi vista, no quiso aguardarme; antes, en lugar de defender su ganado, echó a correr. Yo entonces, más a mi salvo, sin tener estorbo que me fuese a la mano, así de un carnero y comile. Luego di tras otros tres, y, aunque ya harto y demasiadamente satisfecho mi estómago, despedacé otros seis o siete sólo por hacer mal, llevado por la inclinación de mi naturaleza y crueldad; y aun estoy por decir que a no haberse ido la mala guarda (que, medroso, se puso en cobro), no saliera bien de mis dientes y uñas. Esto es lo que me sucedió de pocos días a esta parte de que puedo hacer memoria y acusarme. Decidme, pues, lo que os parece”.

“Poco hay que decir en eso (respondió la raposa), ni habrá nadie que pueda culpar caso semejante, siendo, como es, el león cabeza y dueño de todos los animales, su rey y señor absoluto, así por ser el más fuerte como por tener ya el señorío de todos ellos; y a un poderoso todo le es lícito: que sean diez los comidos o veinte los hurtados no hay en qué reparar; guardáranse ellos y no se pusieran donde les quitaran la vida, dando ocasión y como convidándose a que los comiesen, pues el león comer tiene lo que hallare a mal recado”.

Llegó luego el oso, y dijo: “Hermana, hartas cosas tengo que decirte y de que acusarme; y entre las que más agravan mi conciencia es una travesura que hice una noche destas, y fue que entré por las bardas de una cerca y hallé arrimadas a una pared cuatro colmenas de una pobre labradora, tan llenas de miel como las había menester mi apetito desenfrenado que llevaba conmigo: así de las dos debajo de mis brazos y caminé a mi cueva con ellas, y habiéndolas dejado en puerto seguro, volví por las que estaban en depósito, haciendo dellas lo que de las otras pasadas. Arrepentido vengo; quisiera volverlas, aunque será quitarme el comer por algunos días. ¿Qué os parece, por vuestra vida?”.

“Lo que os puedo responder (dijo el juez) será lo que comúnmente se dice: de una colmena ciento, y de cien colmenas ninguna. No hay granjería en el mundo con menos carga ni escrúpulo: son bienes los de las abejas que Dios los da y Dios los quita: haga cuenta el dueño que se murieron de una helada, acabando con ellas el rigor del invierno, pues perdellas por aquí o por otra vía todo se sale allá y todo es perder; cuanto más que vuesa merced comer tiene y no ha de morir de hambre; que pues el Señor le crió, sustento ha de tener de cualquier suerte que lo hallare. No tenga pena, goce de su miel y buen provecho le haga; que cosas de comer llevaderas son, y no para tenerlas por negocio de mucha importancia”.

En estas razones llegó el lobo, apesarado por extremo de los continuos robos en que de ordinario se ejercita, y acusose de no haber dejado oveja que no robase, yegua ni buey que no hubiese muerto, y muchas veces aun a los mismos pastores haberse atrevido, a quien, hallándolos con poca defensa, había quitado la vida, y a otros mordido y maltratado. Pero la astuta raposa le animó diciendo: “Harto trabajo tenéis, hermano lobo, en haber de andar siempre a sombras de tejados, de día metido entre las peñas, de noche afligido, ya con el perro, ya con el pastor que os persigue. Válgaos vuestra ventura, comed de lo que halláredes y cada uno mire por su hacienda, pues vos hacéis vuestro oficio; que vuestros padres no os dejaron más renta que el valeros por vuestro pico, y el tiempo que dejáredes de saltar los ganados habéis de perecer. Quéjese quien quisiere, cada uno mire por sí conforme su obligación”.

Despachado fue el lobo cuando llegó el jumento, y, contando sus cuitas, dijo al juez: “Yo soy un animal verdaderamente criado para un continuo trabajo y ordinaria pesadumbre; estoy con un amo tan pobre, que los más de los días de cada semana me da la ración en dinero, o con el medio celemín en los cascos. Qué color tenga la cebada no lo puedo saber, ni aun de solo paja no quiere satisfacer mi deshambrido vientre, procurando ponerme en un continuo ayuno. De mi mal tratamiento no espero enmienda, ni tengo esperanza de que se han de acabar mis congojas, porque de cualquier modo salgo maltratado de toda refriega. Si ando mucho, llevo palos; si no aguijo, palos; si me echo, los tengo ciertos; siendo en mí la más liviana culpa un grave y facineroso delito (que aun hasta las bestias es necesario que tengan ventura). Iba los días pasados tan cargado de ropa como cansado del mucho trabajo y poco comer, y acertando a pasar por un sembrado de un verde y crecido alcacer, bailome en el ojo y, deseoso de tan buen refresco, no quise perder la ocasión, sino meterla en casa: alargué el cuello y mordí dél, sacando entre los dientes algunas pocas y mal logradas espigas que ya estaban en cierne”.

“¡Oh ladrón! (respondió el juez). Pues ¿cómo, siendo ajeno, tanto atrevimiento? Que os den muchos palos, que reventéis con la carga, pues nacistes para eso. ¿Al sembrado que estaba para granar echastes vos vuestros atrevidos dientes? ¡Fuego en ellos y en tal descompostura y atrevimiento!”.

Bien semejante es la fábula a lo que vemos cada día: para el poderoso y rico blandura y amor, sobrellevar sus defetos, el castigo moderado, la corrección entre compadres, como si no fuese; al pobre, al sin favor, al desamparado y solo, en cogiéndole en algún desmán y travesura, la menor tajada sea la oreja. Pocas son galeras, aunque se eche por diez años, al que merece muerte; que, en efeto, para los desgraciados se hizo la horca. ¿Han notado vuestas mercedes la vara de un alcalde de corte, la de un corregidor o juez ordinario y las de sus alguaciles y porteros? Pues entiendan que no es sin misterio los unos traellas delgadas y los otros gruesas; y es la diferencia que el alguacil o portero cumple con poner en ejecución lo que su superior le manda; pero la del juez ha de ser vara que tan presto se incline para el necesitado y pobre como para el poderoso y rico, que haga a todas partes, sin exceptar personas ni guardar respetos a calidades ni señoríos; que verdaderamente no son delgadas las varas de los jueces; por lo que dijo un poeta en unas coplas de un romance, en esta forma:

*¡Qué de varas han torcido
codicia, amistad y miedo,
por ser ellas muy delgadas
y asir de la punta el peso!*

Y no quiero decir con esto que sean desabridos y mal acondicionados los jueces, ni vocingleros, pues lo que se puede hacer con blandura y amor, mal hecho será llevado por violencia y fuerza de armas. De Filipo, rey de Macedonia, padre de aquel grande emperador Alejandro, se cuenta que llegó una mujer viuda a pedirle la hiciese merced de perdonar a su hijo, que estaba condenado a muerte, y el piadoso monarca se puso a llorar con ella; los grandes que con él estaban, viendo semejante extremo en la majestad de su rey, le dijeron: “Señor, si tanto es el sentimiento de ver que muere ese mancebo, bien se le podéis dar libre a su madre; que en vuestra voluntad está su vida o su muerte; y si no queréis sino que muera, no hay para qué llorarle”. Pero respondióle Filipo: “Ya que no se le puedo dar libre, pues sería ir contra justicia el no quitarle la vida, doyla a su madre lo que puedo, que son lágrimas: evidente señal y muestra del sentimiento que tengo de no poder hacer lo que me pide”.

En el reino de Aragón se tenía por costumbre, cuando de noche rondaba la justicia, en llegando a alguna esquina de la calle por donde pasaba, dar uno o dos golpes con el baston que llevaba, para que se entendiese que iba por allí la justicia, pretendiendo con esto gobernar la ciudad más con blandura que con aspereza. A un juez conocí yo que cuando sentenciaba o condenaba a alguno, lo hacía con una boca tan de risa y con tan buenas y comedidas palabras, que obligaba a no apelar, por más rigurosa que fuese la sentencia que había ordenado, aunque le costaba al reo dos tantos más de lo que debía

pagar por el delito que le acusaban: tanto como esto puede el buen término y comedimiento de un juez.

Y no puedo dejar de contar lo que vi en cierto pueblo deste reino, por si acaso hubiese enmienda en lo que tienen ya establecido por ley los señores jueces, de modo que cuando les hacen cargo de semejantes sinrazones, responden convenir así por vía de buen gobierno, y que de otra suerte era imposible verificarse¹⁸ las causas ni poder castigar los delitos; aunque yo pudiera responderles que todas las leyes se han de entender con un buen discurso y distinción, porque lo demás es confundirlas y agraviar a los inocentes que ni se hallaron en la casa cuando sucedió aquella desgracia, o estaban en parte donde no podían ser testigos de semejantes culpas.

Hubo, pues, cierto día en una plaza de un pueblo deste reino una gran pendencia entre los hijos de vecinos y gente forastera. Al ruido de las armas y al poner paz acudió gran número de los que por allí se hallaron, y entre los que salieron de sus casas a la refriega fue un barbero, que, tomando la horquilla con que solía colgar las bacías a su puerta cuando sacaba la tienda, vino a más correr entre los que se acuchillaban, diciendo a voces: “¡Paz, paz!”; pero eran tantos los de la riña y andaba el negocio de suerte, que no pudieron dejar de salir algunos heridos. Diose noticia a la justicia, acudió luego con escribano y fiscal, haciendo averiguación de la causa, y, como suele ser de ordinario, llevaron a la cárcel casi los más vecinos del barrio, los más cercanos de adonde habían sucedido las cuchilladas; y entre los presos hubo de ser el barbero que salió con el palo. En la prisión cada uno por su procurador alegó de su derecho, dando su descargo, y, averiguada la culpa, los que no la tenían fueron condenados a que pagasen a doce reales y saliesen libres. El barbero, que por solo haber salido vía que le llevaban su dinero, aunque contra su voluntad, por salir de la prisión hubo de pagar.

Y no pasaron muchos días cuando, otra tarde, se levantó otra gresca como la pasada frontero de la casa del barbero, y él, que se preciaba de asistir a su oficio como hombre de bien, que lo era, asió de su vara y, metiéndose en medio de los que reñían, a grandes voces comenzó a decir: “¡Mueran, muera!” No tardaron en venir juez, escribano y alguaciles, y prendieron los delincuentes; llevaron también al barbero a la cárcel, y como en la pendencia no hubiese ningún herido, con facilidad salieron de la prisión, aunque no sin costas, pues vino a pagar el barbero veinte y cuatro reales por la mortandad que había gritado.

Mas, como en casa del tahúr dure poco el alegría, y él en sintiendo algún alboroto no podía dejar de salir, como la gansa de Cantipalos, ofreciose otra riña, y salió a dar en qué entender a los alguaciles; y, como ya escarmentado de las cosas pasadas, mudó de estilo, y jugando de su horcón a modo de montante, a grandes voces repetía: “¡Paz! ¡Guerra, muera! ¡Guerra! ¡Paz!”. Prendió la justicia a los del alboroto, y no se quedó en la posada nuestro barbero, el cual saliendo a visitarse y siendo preguntado por qué le habían preso, respondió: “Señores, yo soy desgraciado; y de serlo y de no tener quien me favorezca, me ha costado más que yo ganaré en seis semanas por más que trabaje. Por meter paz me condenaron en doce reales; después, viendo que con la paz me había ido tan mal, en la segunda pendencia dije: *¡Mueran, muera!*, y también, aunque no hubo sangre, fui

condenado en gastos de justicia; agora me trujeron a la prisión por decir: *¡Paz, guerra, mueran, paz!* Suplico a vuestras mercedes me digan qué he de hacer, qué diré, o, cuando viere matarse los hombres, adónde tengo de irme; porque no hay que dudar sino que será menester alguna renta para tantas condenaciones como cada día me hacen”. Dio mucha risa a los jueces el modo de proceder del buen hombre, y mandaron que saliese libre y sin costas, y de allí adelante se fueron a la mano en semejantes causas, aunque presto se cansaron, volviéndose a lo que antes solían.

¿Qué me responderán deste cuento? (les pregunté a los que me escuchaban). Pues verdaderamente es lo que sucede en este lugar: si lo oíste o lo dejaste de ver, págalo, y salga de adonde saliere; que las diligencias que se hacen o hicieren no será razón queden sin premio, y el escribano y fiscal llevar tienen sus derechos; que por eso compraron semejantes oficios y dieron su dinero. Y aun esto bien pudiera sufrirse, a no haber de por medio algunos malos tratamientos y algunas palabras injuriosas, indignas con justa razón de los que gobiernan la república. No le basta su desdicha a un pobre hombre, y verse preso en una cárcel, cargado de hierro, sino que para alivio de sus trabajos ha de ver indignado contra sí al juez, terrible al escribano y al fiscal insufrible, y al alcaide y portero de la cárcel no de peor¹⁹ condición que los demás.

Estaba el desdichado rico avariento abrasándose en vivo fuego, muriendo de sed y deseoso de una gota de agua, y llama para que le socorra a Abrahán, pidiéndole que le envíe a Lázaro, y para obligarle le da nombre de padre, y el santo viejo patriarca, pudiéndole decir que mentía (pues tan ruines hijos y miserables nunca él los tuvo), por no afligirle y desconsolarle más le responde: “Hijo, en el mundo tuviste los regalos posibles y Lázaro estuvo lleno de miserias y trabajos. Trocose la suerte: tú agora padeces y Lázaro descansa: grande es la distancia del un lugar a otro; y así, no es posible lo que pides”. Ya que no le socorre, no le trata mal ni se enoja con él; ni es bien que el juez jamás se enoje con el reo, antes se compadezca y duela de sus miserias, y considere cuán frágil y de cuán poca consideración es el hombre, pues por la flaqueza y mal natural suyo deja la virtud y el bien, y se arroja precipitadamente a la torpeza y perdición suya, sin temer la pena y castigo que le aguarda. Y no deje de admitir apelación cuando se la pidieren, si por ventura hay lugar para no ejecutar la sentencia; que harto mejor es vaya visto el negocio que fuere grave por muchos ojos, y que no se atropelle la vida de un hombre: si merece azotes o galeras, senténciese en ellas norabuena; pero ¿qué importa que otro mayor tribunal lo confirme?, pues con esto se satisface el condenado y el juez cumple con su conciencia y se libra de muchas pesadumbres con decir: “Otros lo vieron, justificadamente está vista su causa y se ejecutó lo que merecía”. No todo se ha de entender de una manera; distinción quieren las cosas; que aunque tiene peso la justicia, razón es siempre se incline a la piedad y compasión.

Rico en misericordia se llama Cristo señor nuestro, por preciarse tanto de misericordioso, y no por eso deja de ser infinita su justicia: llega a venderle Judas y, dándole la paz que no traía, le pregunta: “Amigo, ¿a qué vienes?”, pudiéndole condenar al punto a los infiernos, como juez universal que era de vivos y muertos, y más, que tardó poco en irse a los abismos: prisión bien merecida a quien él era y había sido. Aquella vara del Profeta con tantos ojos, esto significaba, que quien vela todo lo mira, y tatea las cosas con razón

y prudencia. Este es el camino carretero por donde han ido las personas cuerdas, y echar por vereda o atajo diferente será para que se diga aquel común refrán: “A los viejos hasta los codos, y a los mozos hasta los hombros”».

VICARIO. Recibiré merced y caridad que me declare ese adagio, porque verdaderamente no puede dejar de tener encerrado en sí alguna buena sentencia.

ALONSO. En tiempo de muchas aguas, como las que yo solía pasar, padre vicario, se suele humedecer tanto la tierra, que, con ser de su naturaleza fría y seca, parece estar tan deleznable con demasiada humedad, que por todas partes arroja arroyos y fuentes de agua. Los hombres ya de edad, que no miran en galas, en saliendo a sus negocios, no reparando en el lodo que se les ha de pegar en zapatos o medias, sino en ir más seguros, echan por medio de la calle a costa de mojarse más de lo que querían; pero los mozuelos pisaverdes, a quien no es razón que ni aun los elementos se les atrevan, antes les veneren y guarden respeto, echan por diferente senda, arrímanse a la pared, ponen la punta del pie en una y otra pedrezuela, y, como mal fundamento, cuando más descuidados, al mejor tiempo toman la paja con el cerebro y con las espaldas miden el suelo, como don Bueso. La necesidad suele decirse que hace maestros, pero yo no diré sino que la experiencia, y que es madre del saber y del buen gobierno; por eso dice Tulio que el entendimiento, la razón y consejo estaba en los viejos, porque, como ya caídos en las cosas y ejercitados en todo, podían gobernar las repúblicas, lo que no tienen los mozuelos de pocos años. Estas y otras cosas les contaba a aquellos señores de la Audiencia que me escuchaban con mi amo; y, como eran hijos de tantas madres, así tuvieron varios los pareceres: culpaban unos mi libertad, otros quisieran que el teniente me hiciera llevar a la cárcel por el atrevimiento que había tenido; aunque no faltó entre ellos quien volvió por mí, diciendo que mi intento había sido bueno y que debían agradecerme los buenos consejos que los había dado.

VICARIO. Si ello va a decir verdad, hermano Alonso, demasiado anduvo: no está el mundo para ese lenguaje; verdades apuradas no se escuchan, desengaños no se reciben; priva la mentira, gobierna la lisonja y adulación, y la doblez y mal trato está en su punto. Yo no me maravillo sino cómo no le dieron el pago que merecían tan libres razones como les dijo.

ALONSO. De eso procuré yo guardarme; porque viendo que ya me traían sobre ojo llamándome el hablador, y casi los más de Córdoba me señalaban con el dedo, determiné de dar cantonada a mi señor y quitarme de malas lenguas, pues, sin dar ocasión ni merecerlo yo ni mi buen trato, así taberneros como gente de la plaza me llamaban el soplancillo: oficio de que jamás no sólo no me precio, sino que le aborrezco. Válgales a los que lo son el interés que quisieren, siquiera anden a medias o a tercias partes con la justicia y escribanos, indigna cosa de hombres de bien; y yo, como me preciaba de serlo, procuraba siempre huir de semejantes negociaciones y ganancias.

Aguardé una noche que salí de ronda con mi teniente, y, habiendo visitado tabernas y bodegones, pasteleros y casas de posadas, llegamos a un mesón donde hallé un hombre con dos machos que estaba de partida para Sevilla, habiendo de salir de la posada al

amanecer: vi el cielo abierto, y con tan buena ocasión asila por el copete; porque de mi natural inclinación fui siempre amigo de andar los pies altos del suelo, principalmente por tierra tan cálida como Andalucía.

Tres meses había que estaba en su servicio del teniente mi amo, y en todo este tiempo no me había dado siquiera un par de zapatos; de modo que le consideraba con ánimo de que jamás podría sacar dél un real, procurando, como buen cobrador, que se fuese comido por servido: orden que suele guardarse agora en algunas casas, no dando salario a los criados, sino aprovechándolos en los negocios que se ofrecen, y que de allí saquen ellos lo que su industria y modo pudiere granjear, así de la una parte como de la otra, haciendo a dos manos como buen oficial. Habíame dado mi señor el día antes, para el gasto de toda la semana, cuarenta y cuatro reales, que, echando bien la cuenta de tres meses de servicio, venía yo a salir a razón de a catorce reales, dos más a menos que sobraban; y habiendo hecho el cómputo con mi conciencia, me di por libre, pareciéndome que todo se salía allá, tomar lo que se me debía o pedirlo a mi señor, pues casi se era uno.

No hay para qué trate agora si pequé o no en hacer lo que hice; que en negocio de opiniones no faltará quien me defienda; pero, en efeto, dejeme de cuentos y, dejando acostado a mi dueño, di la vuelta al mesón; que a tardar algo más no fuera de provecho, porque el arriero había ya aparejado sus machos y, hecha la cuenta con la huésped, estaba ya fuera del portal para ponerse en camino. Disimuleme y no le hablé palabra, porque no me conociesen los huéspedes, y habiendo salido de la ciudad buen rato, y yo en su seguimiento, llegándome a él, le di los buenos días, diciéndole cómo había oído decir que su viaje era el mismo que yo llevaba, y, si no lo tenía por pesadumbre le serviría en su jornada, pagándole la merced y buena obra que me hiciese de a ratos llevarme caballero, pues iban desembarazados los dos mulos. Agradeció mi ofrecimiento y, diciéndome que no repararía en la paga, me dio el pie para que subiese en uno de aquellos dromedarios (que, según estaban albardados, podían ser acémilas de algún grande). Proseguimos nuestro camino con algún sosiego y contento, dando vaya a los pasajeros que encontrábamos, engañando con risa y voces el gran trabajo y cansancio del camino, que no era poco en tiempo de tanto calor y por tierra que parecía ser hija del Sol, según era de calurosa, que no sin causa la llaman Sierra Morena. Un martes, aciago para mí, llegamos por la tarde a una venta con ánimo de dormir aquella noche en ella y tomar la madrugada, como otras veces habíamos hecho; pero volviéosenos el sueño del perro; porque, como por nuestra ventura tuviese una hijuela de buena edad el ventero y yo fuese mozo barbiponiente (y, aunque no muy demasiado de bien vestido, no de mal parecer), bailela en el ojo al demonio de la moza, y llegándose a mí, me dijo: «Mancebo, bien veo que no le es lícito a una doncella como yo soy atreverse a echar en corro lo que por terceras personas fuera bien se tratase; pero, aunque con justa causa puede culpar mi desenvoltura y el ser tan excesivamente libre, el amor que le he cobrado en este poco de tiempo que le he visto, es de suerte que me fuerza a que atropelle con todo y, habiendo de ser yo la rogada, venga a rogarle: fuerzas son de estrellas y oculta inclinación, que no se puede alcanzar la causa de adonde procede tan gran mudanza como la que vengo a ver. En mí hallará mujer que le estime y adore sus pensamientos; si gusta de quedarse conmigo en casa, hija soy del huésped; no hay otra heredera para lo poco o mucho que se ganare; el puesto es admirable y acreditado, y con su buena ayuda nos ha de hacer el

Señor mil mercedes». Atónito escuché las razones de la mozuela, y, a ser inclinado al santo matrimonio no me estuviera mal responderla bien; pero, aunque mozo, hice una breve consideración: «Mujer de buena cara, moza y con hacienda, y que me ruega, y a mí, que aun casi no me ha visto, no es ello demasiado bueno, ni aun mediado: mejor me será llorar con un ojo que con dos». Y así, mostrándome agradecido a mi amartelada doncella, la dije: «Por cierto, señora, yo quisiera ser una persona de mayor caudal del que tengo, para serviros; pero soy tan pobre, que me parece que os hago mucho bien en deciros de no. Dos árboles secos tarde dan fruto: yo estimo vuestra voluntad, y quedaos con Dios, que es muy tarde, y para quien ha de madrugar, como nosotros, necesario será tomar un poco de sueño».

VICARIO. Demasiada de buena respuesta para tan loca desenvoltura y libertad. Y ¿qué le respondió la loquilla?

ALONSO. ¡Aquí fue Troya!, pues como si la dijera que nació en las malvas, alzó la voz pidiendo socorro y que la valiesen defendiéndola de mí, que estaba hecho otro casto Josef, con su aficionada o inficionada señora. «No hay ira como la de la mujer», dice el Sabio, y púdelo yo experimentar en mi persona bien a mi costa, pues, con estar la venta tres leguas de poblado, en un punto me cercaron seis hombres como unos filisteos, sin el padre y la madre de mi gritadora dama muchacha. «¿Ésas tenéis? (la dije). ¡Guarda, Diablo! ¡Líbreme el Señor de vos como del Infierno! ¡Aun bien siquiera que no estoy debajo del pesado yugo del matrimonio! Libertad tengo, pues en mi mano está el perderme o ganarme. Yo miraré por mí, siguiendo el consejo del Sabio, que dice: «Harto mejor es vivir el hombre en una soledad y desierto que hacer vida con una mujer mal acondicionada, pendenciera y gritona». «Hermano, hermano, poco ruido y menos voces (me replicó el padre de la moza); y dé gracias a Dios que no le molemos a palos por el atrevimiento que ha tenido de inquietarme la muchacha. Ya le conozco; que no es la vez primera ni la cuarta que ha venido a mi casa; y, pues callo, dé la mano, y quédese con ella, que haré cuenta que tengo dos hijos». «¡Aquí de Dios, que me casan!», pudiera responderle, como cuando daba voces el otro poeta; mas, viéndome cercado, y sin persona que me pudiese favorecer y sin esperanza de remedio, algo más tierno, mirando al viejo padre y a los alanos que me tenían asido, les di por respuesta:

«Déjenme vuestas mercedes; que no soy aguja que me tengo de perder. Si yo soy el que gano en hacer lo que me mandan, no hay qué replicar, sino obedecer y darles gusto. Sólo aviso, porque después no se quejen de mi mal término y proceder, que soy un pobre mozo, sin tener adonde Dios envíe su celestial rocío, no amigo de trabajar, aplicado al descanso y sosiego, más desabrido que bien acondicionado; puesto el ferreruelo al hombro, todo el mundo es mío, porque no tengo viña ni hogar. Si con estas faltas me quieren, alto al agua, y cada uno nade lo que pudiere y supiere».

VICARIO. A lo menos sus padres no podían pecar de ignorancia, pues los desengañaba diciéndoles aun más de lo que le preguntaban.

ALONSO. Aquí, padre, se podía echar de ver manifiestamente la ceguedad de algunos padres, pues teniendo en su vecindad y barrio personas convenientes para meterlos en su

casa, van a buscar lejos de su tierra a quien ni conocen en costumbres ni en calidad ni hacienda, pareciéndoles que como vengan de fuera es lo mejor, debiendo considerar aquella común sentencia de las madres viejas: «Al hijo de tu vecino quítale el moco y métele en tu casa».

Espantoso caso: ¿quién imaginara sino que habían de responderme: «Sois un bellaco pícaro, mal nacido; salíos de la venta, y no os vea yo en todos los días de vuestra vida; que si por acá volvéis os sacaré el hígado?». Pero no lo hicieron desta suerte, sino con mucho amor y blandura me prometieron de hacer por mí cuanto les fuese posible, como por un hijo que de nuevo les había dado Dios. No obligados ni con mi buen modo de proceder ni buenas palabras, quedé recibido por su yerno, celebrando su buena suerte y dando los huéspedes el parabién a mi nueva y aborrecida esposa; y yo desde aquel punto empecé luego a ser presumido, haciéndome grave y representando lo que no era ni en ningún tiempo esperaba ser, pues aunque delante de tantos testigos di la mano de marido a mi engañada novia, sólo fue por librarme de algún mal tratamiento, o, por lo menos, de entrar por algunos días en una cárcel, pagando los delitos que no habían cometido mis culpas.

VICARIO. Pues bien, ¿como se libró de tan grande aprieto?

ALONSO. Eso y más puede hacer una disimulada apariencia, con fingir una alegría y contento el que tiene una tristeza interior y una infernal melancolía. ¡Oh cuántos venden a los que tratan y comunican como amigos con unas palabras amorosas y blandas! ¡Cuántos prometen hacer bien y favor, que son los principales contrarios y fiscales de los que están llenos de esperanzas de ser defendidos y amparados! ¡Cuántos, engañados con promesas fingidas, han gastado su salud, su tiempo y hacienda sin haber podido ver logrados sus deseos!

VICARIO. Eso que dice, hermano, lo enseñó el santo y real profeta David, en el Salmo ciento treinta y dos, que dice: «Los que con capa de paz engañan a sus hermanos, disimulando el veneno que tienen sus dañadas entrañas...».

ALONSO. Habíamos gastado, padre, en demandas y respuestas gran parte de la noche (de modo que con ser ya el postrer cuarto de la luna, en su menguante, ya había mostrado su apacible rostro a los necesitados de su prestada luz), cuando mi compañero, deseoso de entrar en Sevilla aquel día (pues para once leguas que le faltaban era forzoso tomar la madrugada), apercebida su recua, hecha la cuenta del gasto (que, como sucesor de aquel nuevo trato, la hice admirablemente y le di finiquito de todo, entregando el recibo a mis señores y forzados suegros, que no fue de poco contento para ellos el ver con cuánta gracia me iba imponiendo en el nuevo oficio, esperando de mi habilidad un gran catedrático de venteros), salió de casa con sus machos, despidiéndose de mí con alguna ternera. Mas yo echele el ojo al camino que tomaba, y habiendo bien como una hora que había salido, como viese divertidos los de mi venta, los unos en aderezar la cena y los otros en poner la mesa, como que me llegaba a cerrar la puerta, me salí fuera en seguimiento de mi arriero, diciendo al salir de la posada lo que dijo una señora que entró en la religión, al tiempo que la portera cerró las puertas del monasterio: «Quédate con

Dios, mundo, con tus criados»; y yo dije: «A Dios, mujer; el que te quisiere, ése te lleve»; y, poniendo pies en polvorosa, comencé a correr de modo que no me alcanzara el más ligero galgo; pero tal miedo había yo cobrado a mi casamiento, y tales alas me ponía el temor en todos mis antojos, recelándome de los que me habían de seguir; aunque, bien mirado, ni sé para qué, pues ninguna cosa les era en cargo sino el estar roncós de las voces que impertinente tuvieron como bárbaros; que los que mas gritos dan, éstos suele decirse que tienen mayor justicia. Ya el sol andaba bien a lo descubierto, mostrando sus rayos por toda la tierra, cuando vine en el alcance de mi antiguo compañero, que, como me conociese de lejos, maravillado, se detuvo para esperarme, y en llegando le di los buenos días. Preguntome la ocasión de haber dejado mi esposa y suegros; mas yo le respondí que lo remitía para contárselo por el camino, que tuve hartó que contar. Diome el pie para que subiese en un macho, echando de ver cuán cansado estaría, pues le había podido alcanzar. Pedile que nos diésemos priesa: lo uno, por entrar con tiempo en Sevilla, lo otro, porque si alguno viniese en nuestro seguimiento, no pudiese alcanzarnos. El amigo era tan hombre de bien que lo puso por obra; y así, antes de la oración llegamos a la puerta de la ciudad.

Lo que en ella me sucedió y el amo que tuve, para mañana, siendo Dios servido, se lo contaré a vuesa paternidad, porque, por ser tan largo este discurso y ser ya hora de que nos recojamos al convento, será razón se quede para otro día, pues nos quedan otros cuatro para recreación antes de entrar en Cuaresma.

VICARIO. Muy bien dice, hermano; que los religiosos parecen muy bien en su monasterio antes que la noche descoja su manto de escuridad y tinieblas: para mañana se quede lo sucedido en Sevilla.

CAPÍTULO SEXTO

Cuenta Alonso al vicario cómo entró a servir en Sevilla a un médico.

VICARIO. Acuérdome, hermano, que quedó nuestro discurso en Sevilla, y, a lo menos, no podría culparme de que me falta memoria: señal cierta de que me da mucho contento su apacible conversación y el ver los varios caminos por donde le traía la Fortuna. Bien puede proseguir; que yo le escucharé atento, de buena voluntad.

ALONSO. Llegamos, como dije, a la gran ciudad de Sevilla, madre de tantos extranjeros y archivo de las riquezas del mundo. Acababa de llegar la flota y entretúveme aquella noche en ver las luminarias y alegría universal de todos los ciudadanos, la salva de los galeones y el regocijo de grandes y pequeños. Llegada la mañana, despedido de mi compañero, salí al río, donde me fue de provecho mi buena diligencia y trabajo, ayudando a traer a la ciudad algunas cosas ligeras de las que desembarcaban (ejercicio en que se ocupan en aquellos tiempos innumerables holgazanes con no pequeño interés y granjería); pero yo, como de mi natural fuese delicado y mis fuerzas no tantas como las de Fierabrás, sentía el traer carga, dolíanme los hombros y cada brazo me pesaba mucho más que los tercios que había de traer sobre mis costillas.

Y considerando que no había yo nacido para semejante trato, y que a costa de mayor ganancia, me sería mas saludable buscar otro modo de vivir con más sosiego, dejé el Arenal y víneme a la Lonja a buscar quien me diese de comer sin que yo tuviese cuidado de prevenillo (que, en efeto, una vieja costumbre mala es de olvidar, y el bien hasta que se pierde no se conoce): aquel no tener yo cuidado, cuando servía, qué comeré mañana no teniendo dineros, el no hallarlos por más que los buscase con prendas, el ir de vecino en vecino con mi rostro más encendido que salserilla de color de Granada, acórdandome de aquel dicho antiguo: «Si quieres saber cuánto vale un real, pídele prestado». Tenía por negocio más cuerdo quitarme de pesadumbres y que todos estos cuidados otros los llevasen, socorriendo mis necesidades, pues, en efeto, aunque con el amo, por bueno que sea, se padecen no pocas prolijidades, por lo menos dél ha de colgar el saber cómo se mantendrá su casa, el sustento de su familia, el aderezo y vestidos de sus criados, el mirar por ellos, y, si fuere menester, quitarlo de sí para darlo a los que le sirven, a trueco de tenerlos contentos.

VICARIO. Así es verdad, que el vestido del criado y buen tratamiento dicen quién es el señor, y un mozuelo mal intencionado, habladorcillo, podrá descomponer la casa de más calidad y crédito, pues los criados suelen llamarse enemigos no escusados, siendo forzoso el servirse dellos y no poderlos dejar de ningún modo, si no es que se diga por cada uno: «Mandaldo y haceldo vos».

ALONSO. Esa, padre, es la ocasión de ser los monasterios y casas de religiosos tan bien servidas, con tanta puntualidad, sin que jamás falte en su buena traza y orden una tilde. El padre fray Pedro es portero, fray Antonio refitolero, fray Francisco cocinero: cada uno en su oficio gente virtuosa y hombres de bien, que saben ya lo que han de hacer, y acude cada uno sin tener ayo que le encamine ni mayordomo o maestresala que le corrija.

En efeto, yo anduve a buscar a quien pudiese servir; que aunque ya tenía bastante edad y cuerpo para arrimarme a algún oficio, no sé qué hallaba de contradicción en mí para no deprenderle, pareciéndome ser demasiada sujeción y trabajo para un mozo como yo era, criado siempre con libertad y anchura, amigo de no sujetarme a la mala condición desabrida de unos maestros que sobre cualquier niñería tratan a un pobre aprendiz como si le hubiesen comprado para su humilde y perpetuo esclavo.

Bien echaba de ver lo mal que lo hacía en dejar pasar el tiempo (la cosa más preciosa de la vida y de mayor estima), y que me había de suceder a mí lo que hallaba por experiencia en otros, que, olvidados de su vejez, de muchachos servían de pajes a los señores; de mancebos, de gentileshombres; de mayor edad, de escuderos. Llégase el tener muchos años; vienen con ellos la poca salud, madre de pocas fuerzas, y variedad de enfermedades, sujeto aborrecible aun de los mismos hijos; pues ¿qué se ha de hacer, enfadando a los que habéis servido y debéis agradar antes que dar pesadumbres con tantas importunidades y miserias? El remedio es fácil: dando con vuestro cuerpo en un hospital donde haya cama de incurables; que si hay males que no tienen cura, ¿quién jamás le pudo hallar para no ser viejo?

No se me escondía nada, y lo peor era que, con entenderlo, nunca me pude mover a ser oficial: trato y ejercicio loable y digno de estimar en mucho, pues con un continuo trabajo no solo aparta a sus dueños de innumerables vicios (que, como de caudalosa fuente nacen de la ociosidad), sino que también los levanta y da la mano para grandes bienes de fortuna. «Quien tiene oficio tiene beneficio», dice el común refrán, y desdichado del hombre que está sin él y sin renta, cargado de casa, familia y obligaciones.

Pero no tan malo, pues ya buscaba en qué entretenerme, por no andar perdido; y así, encomendándome a Dios, estuve mirando un rato a la mucha gente que pasaba de una parte a otra por aquella calle donde yo estaba (que, aun con ser tan anchurosa, unos a otros se estorbaban el paso). Vi entre los que estaba con atención mirando, que pasaba un hombre de buena edad, gentil presencia y bien aderezado, con una gruesa mula con su gualdrapa (propio hábito de letrado o médico), y reparé en que tras él no iba ningún criado, ni lacayo delante; y pareciéndome que el Cielo me había deparado aquella comodidad sin que me costase mucho el buscarla, fuime tras él hasta una casa no muy lejos de allí, adonde se apeó, y yo llegué a tenerle del estribo.

Y con mucho comedimiento, quitado mi sombrero, con demasiada cortesía le pregunté si tenía necesidad de recibir alguno en su servicio, porque yo había llegado en aquel punto a la ciudad, y era persona que le podía servir con el cuidado y diligencia que echaría de ver y a mí me fuese posible. «Verdaderamente, hermano (me respondió el doctor), como mi arte y modo de vivir es tan trabajoso, y, aunque contra mi voluntad, tan forzoso de que andemos tres (como el oficio de tejedor, lanzaire, maestro y quien haga las canillas; y en el mío yo, mozo y mula), no puedo escusarme de recebiros. Cansaros tenéis, porque, gracias a Dios, tengo muchos que visitar, pero para eso es el pagaros bien, regalaros y hacer de mi parte el mejor tratamiento que pudiere».

VICARIO. Poco era menester para concertaros los dos, porque la mayor parte del camino ya estaba andado.

ALONSO. Así es verdad, pues, remitiéndole a lo que echase de ver de mi buen trato y servicio, dejamos el concierto para adelante; y acabando de visitar nuestros enfermos a mediodía, fuimos a casa, donde nos tenían ya apercebida la comida, que bien la habíamos menester después de tan largo paseo como el que habíamos traído.

Gane de comer el médico cuanto quisiere, tenga el crédito y opinión que pudiere desear, todo es poco para el continuo trabajo y cuidado de su vida: el no tener hora segura de día ni de noche, fiesta ni Pascua para su descanso y quietud (cosa concedida al más trabajado oficial y al más vil y sujeto esclavo, pues hasta los galeotes tienen invierno en que las galeras no salen del puerto, esperando al apacible tiempo de la primavera); mas el médico, aunque se conjuren contra él las nubes, despidiendo temerosos rayos y más agua que arroja el Nilo cuando caudaloso riega los campos de toda Egipto, y la tierra envíe de sí más fuego que el volcán de Sicilia, ha de salir a visitar, y sufrir así la inclemencia del tiempo que corriere, ya del gran frío del invierno, ya del intolerable calor del verano, como las impertinencias y desabrimientos de algunos inconsiderados enfermos, que, a trueco de su gusto, no reparan en la grande incomodidad y fatiga que han de pasar los que

los vienen a servir. Yo, a lo menos, lo que yo sé decir de mí, que si en el siglo estuviera y cargado de hijos, a ninguno dellos dejara estudiar semejante facultad, escarmentado de lo que vi pasar al bueno de mi amo. Dejo aparte las impertinentes razones del vulgo, aquel decirme cuando pasaba por alguna calle detrás de la mula: «Veis allí al criado del matasanos».

VICARIO. Eso, hermano, es falta de poco saber y tener gana de hablar, porque al médico no le llaman los sanos, ni él va a curar sino a los enfermos; a éstos cure él y no los mate; que de los buenos y sin enfermedad yo le absolveré y daré por libre.

ALONSO. De sol a sol está señalado el trabajo de un cavador, sus horas tienen los oficiales para trabajar y para el descanso; sólo para nosotros había de ser sin intermisión alguna. Llegaba la luz del alba y, hecho vigilante centinela, me daba prisa mi dueño a que dejase de dormir, no satisfechos, ni aun mediados los ojos de lo que habían estado tanto tiempo abiertos. Llegaba a mediodía mi médico hecho pedazos, harto de sufrir y padecer de unos y de otros, y con harta poca ganancia; porque lo que suele decirse que Galeno da riquezas, y Justiniano honras y dignidades, verdaderamente, padre, que es falso, pues de manifiesto los juristas en todo se aventajan, así en los gobiernos y preeminencias como en aprovechamientos y ganancias. Ya se pasó el tiempo en que contaban que los médicos, pareciéndoles indigna cosa recibir paga por sus visitas, volvían la mano para atrás, como teniéndolo por cosa indigna que se premiase con el dinero un deseo y una prompta voluntad de procurar la salud del enfermo; pero ya en nuestros miserables tiempos, antes es necesario abrir las manos y ponerlas delante, y aun pedir que los paguen; y con todas estas ceremonias sea el Señor servido que tenga efeto la buena diligencia.

Acuérdome de un médico, que pidiendo a un herido le pagase lo que le había visitado y curado, le respondió: «¿Qué sedas o paños me dio vuesa merced, o qué mercaderías puso de su casa, que así quiere llevarme mi hacienda?». Porque, en efeto, padre, tres caras dicen que tiene el médico: una de ángel, otra de hombre y otra de demonio. La de ángel es cuando la enfermedad aprieta, los accidentes crecen, la sed fatiga y la calentura atormenta; entonces venga el médico, denle lo que pidiere, que todo es poco como me dé remedio. Mejórase la enfermedad, duerme el enfermo, come mejor, y en todo hay alivio; entonces, si el médico viene a casa, entrará, no con aquel aplauso y gusto del enfermo que solía antes, sino como una persona particular que es de algún efeto para la pretensión que tiene del señor que ya va convaleciendo; pero cuando salió de peligro, con notable mejoría, libre ya de aquellas pasadas congojas, si acaso viene el médico a visitar, como ha de llevar la paga de su trabajo, entonces es el mostrarle mal rostro, y de modo que, si tiene buen juicio, echará de ver de cuán mala gana reciben su visita; que esto quiso decir aquel poeta en sus versos latinos:

*Dum locus est morbis,
medico promittitur orbis;
morbo fugiente,
medicus recedit a mente.*

Mientras hay enfermedad se le promete al médico cuanto oro y plata encierra la tierra, pero en llegando uno a estar bueno, olvida el bien que recibió y al que fue causa de su salud; y esto es lo de menos si se llega a contar la continua murmuración y mal hablar del vulgo, aquel entender que está en mano de los médicos que no se mueran los que curan, dependiendo, como depende, la verdadera salud y vida del Autor della.

VICARIO. Así lo dice el Profeta, cuando, preguntando, propone al pueblo: «¿Por ventura los médicos podrán resucitar?». Y en otra parte: «Yo mataré y haré que vivan, heriré y los daré sanos».

ALONSO. Pues es lo bueno que no saben hacer distinción del que sabe y es docto del ignorante y de poco juicio, dando más crédito a un ensalmador y al dicho de una mujer que en su vida supo más que andar en los cuidados de su casa y familia, que a los más expertos y cursados en la facultad de medicina. Acuérdomme que un día, para ir a ver a un enfermo dos leguas de Valencia, llamaron a un catedrático de la Universidad, de los más graves y de mayor opinión. Él que iba con el que había venido a llamarle, al salir de la puerta de la ciudad le dijo: «Señor doctor, yo querría, con su buena licencia de vuesa merced, antes que nos alejemos de la ciudad, que quedase concertado con vuesa merced lo que me ha de llevar por este camino y visita; que, en efeto, *quien destaja no baraja*». «Sea como quisiéredes (respondió el médico): dos leguas son adonde me lleváis, bien merezco cincuenta reales, y más haciendo el tiempo riguroso que hace de calor». Riose el hombre, y haciendo mofa y burla dél, le dijo: «¡Bueno par Dios! ¡Cincuenta reales! Pues para eso más vale llevar uno bueno»; y era el que llevaba el catedrático de Aforismos, la letura más grave de las escuelas.

VICARIO. Y ¿en qué paró el negocio?

ALONSO. Gustó tanto de la simple respuesta el bueno del doctor, que con mucha risa le respondió: «No se trate más de precio: vamos norabuena; que lo que me diéredes quiero tomar y quedaré muy contento, sin daros pesadumbre por la paga». Llegados al lugar, entró a ver el enfermo, y hallóle tan cercano a la muerte, que a lo que más se atrevió fue a ordenarle una untura para el corazón y un cordial para que pudiese alentar un poco y recibir el santísimo sacramento de la Eucaristía y confesarse, porque habían hecho poco caso de la enfermedad, siendo, como era de suyo, tan grave. Entrose a descansar un rato el médico; mas no fue por mucho tiempo, porque, llamándole muy apriesa, hubo de salir luego del aposento donde estaba; y por muy presto que salió, halló muerto al enfermo. La mujer, que estaba presente a tan desgraciado suceso, salió al encuentro al doctor y, tomándole por la mano, le llevó a la cama donde estaba su difunto marido y, mostrándole grande cólera, le dijo: «¡Venga acá! ¡Mire lo que ha hecho! ¿A esto le trujeron a mi casa, a matarme mi marido y a llevarme mi hacienda? Bien haya Roma, que no quiso que en setecientos años hubiese médicos en la ciudad, porque entendían, y con justa razón, los romanos que ellos eran la verdadera peste de la república».

Con estas razones tan desbaratadas de la inconsiderada mujer quedose mi catedrático como fuera de sí, y bajándose al portal de casa, pidió la mula y, sin despedirse ni

aguardar a que le pagasen, tomó el camino de Valencia, maldiciendo su jornada, a quien le había traído y a los maestros que tan trabajosa ciencia le habían enseñado.

VICARIO. Y en efeto, hermano, ¿tanto tiempo como esa mujer dijo estuvo Roma sin tener quien curase los enfermos y heridos? Y a los médicos que entonces estaban en la ciudad ¿los desterró el Senado?

ALONSO. La gente docta, virtuosa y de buen trato siempre fue estimada de su república; que los que Roma, como personas inútiles y de ningún fruto, echó de su imperio fueron charlatanes, hombres sin fundamento ni razón, saltaenbancos que curaban, como dicen, «¡Dios te la depare buena!», no mirando edad, tiempo, ocasión ni sujeto: cosas tan necesarias para poder curar, que sin ellas sería como poner una espada en las manos de un hombre loco. Y aun Galeno, reprehendiendo a Tesalo, dice las mismas palabras (por haber dicho que en seis meses sacaría él un médico consumado con tal que él fuese su maestro); y decía: «Bien dice Tesalo; porque no digo yo en seis meses, sino en seis días podrás hacer que sepa lo que tú sabes; porque quien no guarda indicación ninguna ni repara en cosas que contradicen la curación, desde luego cure sin estudiar ni ver libro».

Estos tales eran los que salieron de Roma, no obstante que siempre tuvieron los romanos discretos y sabios cirujanos que los curasen, pues era forzoso el haber de curar los heridos en las continuas guerras que de ordinario tenían, y, por consiguiente, nunca faltó entre ellos médico, pues para ser uno buen cirujano forzosamente ha de saber medicina o no poder ejercitar bien su arte.

VICARIO. Así me parece a mí; que sin un buen discurso y modo de proceder mal se podrá gobernar un hombre en un caso de tanta importancia como es la salud humana.

ALONSO. Dejo aparte, padre, lo que enseña el *Eclesiástico* en el capítulo, en el verso 1, donde dice: «Honra al médico, pues tienes necesidad dél. Criole el Altísimo, y toda medicina viene de la mano de Dios; la paga y premio recibirá del Rey, su saber y prudencia le levantará y delante de los grandes y gente ilustre será alabado. La mano poderosa de Dios crió de la tierra la medicina y remedios, y el varón cuerdo y prudente no los ha de menospreciar». Y en otra parte dijo: «Hijo, cuando estuvieres malo, mira por tí y no desmayes, sino ruega al Señor; que Él te curará. Y si a Él con oración y sacrificios le pides la salud (y juntamente con las limosnas que hicieres), llama al médico que te visite; y repara que le crió el Señor y que es razón estimarle y que te visite y cure, porque sus obras son necesarias y sin él no se puede pasar. Forzoso es haber de estar los hombres enfermos, y forzoso es también haberlos de curar los médicos, y los que los curan procurarán su sosiego, su alivio en los dolores y trabajos que los ven pasar, y rogarán a Dios por su salud y por sabiduría para alcanzarla». Hasta aquí el Sabio rey; veamos, pues, lo que podrán decir los que se alargan más de lo que debieran contra una sentencia tan necesaria, provechosa y de tanta virtud.

Pero este daño y trabajo, padre, no está de parte de la medicina, sino de muchos indignos de preciarse della, y por los tales vienen a perder, o, a lo menos, tienen mal nombre acerca de ignorantes y que poco saben, los que son doctos y prudentes médicos. ¡Oh

cuántos se han desvelado, así en dicho como por escrito, en decir mal desta divina ciencia y de sus secuaces, y han culpado la incertidumbre de las enfermedades interiores, diciendo que cómo en una arca cerrada se puede acertar y saber lo que está dentro! ¿Cómo las pasiones del alma se podrán remediar por conjeturas, siendo el conocimiento dellas reservado a Dios, infinita y verdadera sabiduría, a quien nada se le esconde, hasta los más secretos y ocultos pensamientos? Y así es verdad; que no todas las enfermedades se dejan conocer, y por discreto y docto que sea un médico, no todo lo puede alcanzar; que también hay cosas que de suyo son incurables, y más cuando interviene la voluntad del Cielo de que padezca el enfermo y que no le aprovechen de ningún modo los remedios que le aplican; que esto es lo que suelen decir con muy justa causa los filósofos: «Aquí está encubierta alguna cosa divina».

Y verdaderamente tienen razón, pues cuando se aplica a un hombre que está afligido, doloroso y fatigado con una calentura ardiente, con una sed insaciable (que con tener la cama de manera que para otro cualquiera había de ser de mucho regalo, es para él de gran fatiga, pues aun caber en ella no puede), a quien para remediarle y darle algún género de alivio no hay en la botica medicina ni bastan las fuentes más frías ni la abundancia de los más caudalosos ríos para mitigar y aplacar su rabiosa sed, ¿quién podrá negar sino que este tal que así padece por celestial y oculto juicio reservado al Cielo, conviene estar en aquel terrible y inevitable potro a que se condenó la naturaleza humana por la culpa de nuestro mal entendido padre?

Pero, con todo eso, por la mayor parte bien manifiesto está, y la experiencia ordinaria cada día lo muestra, de cuánto provecho sea en el mundo la medicina, y que el Señor la instituyó y ordenó para remedio de tantos males a quien estamos sujetos, y que el negarlo es error manifiesto contra toda verdad, pues la misma Sabiduría dice que el hombre sabio no la menospreciará.

Estas y otras cosas peores afligían al pobre de mi amo. Considerábase algunos días sin paciencia, y más cuando sus enfermos se partían contra su voluntad desta vida miserable y corta a la otra eterna y perdurable. Aquí era ello el afligirse, el melancolizarse; y verdaderamente tenía razón, porque siempre le echaban la culpa que le había sangrado, o no le purgó, o le visitó tarde y no cada día dos veces.

VICARIO. Hermano, esa es plaga vieja de los médicos; porque, en efeto, ningún hombre murió porque había de morir de aquel mal, sino por la poca diligencia de quien le curaba.

ALONSO. Aun si cuando se muere uno se atribuyese a la divina voluntad, como cuando se sirve el Señor de enviar la salud, aun no tan malo; pero es compasión que ordinariamente tiene Dios parte en la vida, como principal instrumento y autor della, y ¿no quieren que la tenga cuando acierta a venir la muerte del enfermo? Si siempre los médicos curasen y diesen remedio a los enfermos, ¿que les faltara? Eso era asimilarse al divino poder, en cuya mano está el alargar o acortar la vida; que el médico no puede

hacer más que aplicar a su tiempo la medicina y remedio conveniente, y que obre Dios conforme su divina voluntad.

Acuérdome haber oído contar de los que iban a Francia a que su rey les curase de lamparones (enfermedad trabajosa y rebelde), que, en llegando a la presencia del Rey, puestos de rodillas, les dice: «El Rey te bendice y te toca; Dios te sane». Así que el tener bueno o mal suceso, de Arriba ha de venir, y por eficaces remedios que aplique un hombre, no son bastantes para dar salud cuando el Cielo determina otra cosa; que entonces Hipócrates, Galenos ni Avicenas no son de provecho; y así lo dijo un cierto poeta en una redondilla, aunque con término grosero, desta manera:

*Cuando Dios se determina
a no remediar los males,
no aprovechan ni cordiales
ni el caldo de la gallina.*

Y no es éste el menor trabajo que se padece, pues aquí entran como principales pesadumbres las enemistades de los demás médicos, el procurar derribar los unos a los otros, la poca cortesía que algunos se guardan, el procurar aniquilar al compañero para levantar de punto su opinión y letras. «Quien es de tu oficio es tu enemigo», se suele decir, y tiene razón el que lo dijo, pues es lástima la poca paz y amor que se suele tener entre los que ejercitan tan divina ciencia, debiendo amarse y quererse, siquiera porque el desamor y poco crédito de los que atropellan redundan en agravio y daño de sus mismas personas, pues todos siguen una facultad, tienen un objeto, tiran a un blanco, y, al cabo al cabo, el que más sabe es hombre y puede engañarse.

Pedíanle a mi amo algunos deudos y amigos de los enfermos que visitaba, cuando estaban ya cercanos para morir, que los dijese a qué hora de la noche acabarían, pareciéndoles que el médico experimentado y docto tiene obligación de saber día y hora en que ha de morir el enfermo, siendo, como es, engaño manifiesto, pues esto es negocio reservado a la eterna sabiduría del Señor, y por más que un hombre pretenda alcanzar, es cierto el quedarse corto y engañado muchas veces. Y la experiencia enseña que, con ser algunas enfermedades peligrosas y de suyo mortales, cuando los asistentes están a la mira esperando el último fin del afligido paciente, entonces, con una súbita e inopinada evacuación, contra toda humana esperanza se reparan las fuerzas, cobran aliento los pulsos, y el ya muerto en la opinión de todos vuelve a nueva vida; que esto es lo que dijo un autor grave desta facultad: «Muchas veces en la medicina suceden monstruos»; porque se han visto las enfermedades que de suyo parecían fáciles y de poca consideración, haber tenido desastrado suceso, y las que se tenían por incurables y sin remedio, con facilidad alcanzarle; que no todo lo pueden saber los hombres, por letrados que sean, y muchas cosas reserva el Señor para sí que no es su voluntad que se entiendan; y así lo declaró, diciendo: «Si se supiese la hora en que había de venir el ladrón, yo seguro que estuviese alerta y con mucho cuidado el padre de familias, y que no dejaría ni daría lugar a que derribase algún portillo para robar el tesoro y riquezas que tenía».

VICARIO. Eso, hermano, dícelo Cristo señor nuestro para amonestarnos a que siempre estemos prevenidos, pues no sabemos el tiempo ni la hora en que nos ha de llamar ni qué muerte habemos de tener.

ALONSO. Así es, padre, pero enfadábame yo de que mi amo señalaba no solo el día, sino la hora, y la desmenuzaba y partía en cuartos; y si pudiera determinar minutos en que el enfermo había de morir, hiciéralo sin duda, según era de presumido; y aunque sabía, y muy bien, lo más ordinario era engañarse y cobrar mala opinión con los que le oían colgados de su lengua como de un oráculo. Harto se lo reñía yo, pero era cansarme sin provecho, porque, en lugar de agradecer mis saludables consejos, me decía: «¡Andá enhorabuena o en la otra! Limpiá vos la mula y tenelda a punto, y no os metáis en lo que ni habéis estudiado ni sabéis».

VICARIO. No decía mal vuestro amo.

ALONSO. Andaba yo al uso deste tiempo, pues conocía que algunos presumidos que hablaban más de lo que debían eran los que menos sabían y entendían. ¡Qué de personas, padre, he visto entremetidas en negocios y oficios ajenos, habladores de ventaja, jueces temerarios, sentenciando las causas a su albedrío, sin advertir ni reparar si hay culpa o está inocente el acusado! ¡Qué de cuidadosos de las vidas ajenas y qué de descuidados de las suyas propias! ¡Qué de gobernadores de la república que tienen destruida su hacienda y su casa por no saberla regir ni gobernar! El verdadero saber es el conocimiento de sí mismo y entender la cortedad del entendimiento de los hombres, pues el que más presume, ése yerra con más facilidad; que a esto hace aquel común adagio: *Et aliquando bonus dormitat Homerus*; de cuando en cuando también sabe dar su cabezada el buen Homero; y yo sé que insignes médicos muchas veces se han engañado.

Testigo desta verdad será Matía de Gradi, que a su mujer la aguardó dos años a que pariese, siendo enfermedad oculta para él y mal entendida la grandeza del vientre (si no fue que el grande deseo que tenía de verse con hijos le cegase), aunque sabía que el buen viejo Hipócrates, cuando más se alarga a un término de un preñado, es once meses, y no debiera él añadir otros trece, haciéndolo veinticuatro. Y el mismo Galeno cuenta de sí que estaba engañado en el conocimiento de la enfermedad que padecía, y al cabo conoció su error, aunque en el modo de curar poca era la diferencia.

Pasaderas eran todas estas cosas, y bien se pudieran llevar a mi amo, si no hallara en él unas cóleras tan impertinentes, que, aunque de mi natural yo soy pacífico, ni se las podía llevar ni me bastaba la paciencia para poderlas sufrir; porque querer un hombre corregir a un vulgo es pretender meter en un puño la grandeza del mar, y cifrar la máquina de la tierra en un pequeño y estrecho mapa. Harto le iba yo a la mano, poniéndole delante de los ojos mil verdaderas historias, así de la Escritura sagrada como de humanas letras; mas todo era predicar en desierto cuando consideraba el crédito y opinión que tenían algunos del pueblo a quien él conocía sin experiencia ni saber, y que éstos eran los estimados y queridos de la república, a quien se escuchaba y se les hacía aplauso, dando más crédito a sus locuras que a los saludables y sabios consejos de los letrados y bien entendidos médicos.

Pues cuando se venía a tratar de los ensalmadores y curadores, aquí era ello el perder el juicio y, como loco furioso, dar voces al cielo, pidiendo remedio a tanta desenvoltura; y en parte no andaba muy descaminado.

VICARIO. Pues, hermano, ¿qué siente acerca de eso?

ALONSO. Lo que siento, padre, es que está un pobre médico harto de estudiar toda su vida, sin tener otro modo de vivir sino andar de casa en casa todos los días, visitando a unos y curando a otros, y por muchos años habiendo primero cursado las escuelas, practicado con insignes y experimentados maestros, y, al cabo, como la ciencia es grande, la vida corta y peligroso el saber juzgar cada cosa como es, yerra, conoce mal, y no alcanza lo que pretende, que es el remedio y salud del enfermo.

Pues si esto es así, como lo es, ¿cómo lo podrá hacer un charlatán sin letras, sin haber visto libro, sin maestros que hayan enseñado? Y la otra pobre vieja, rueca o almohadilla, con más remedios que Joanes de Vigo, más retórica que Marco Tulio²⁹ y más habladora que un mal poeta, ¿cómo ha de poder curar lo que ni sabe ni entiende? Todo lo aplica al ojo. Embargo o lombrices: a esto va la proa y fuerzas de su cura, «Dé adonde diere», con una horma calzan a todos, siquiera sea el sujeto de seis, de veinte, de treinta o tenga más edad; la opinión nos sobra: ella nos dará de comer, aunque se yerre en cuanto se pusiere mano.

¡Oh ceguedad del vulgo novelero! Llamas al zapatero para que te calce, al sastre, que te vista, y al maestro del oficio que tienes necesidad, y en lo que tanto te importa, como tu salud y bien, dejas de llamar al médico (que, por lo menos, ha de conocer el mal que te aflige y te ha de dar saludable remedio), por traer a tu casa a quien no lo entiende ni sabe, y, si presume, es por lo que vio o lo oyó decir.

Pero estas cosas son irremediables; y no es de agora, que de atrás es, y tiene su origen y principio tan enfadoso, que a Galeno le hacía perder el juicio y a mi amo el poco o mucho que tenía; y yo no andaba menos, pues considerando el trabajo que tenía tan de ordinario, la sequedad de mi médico, el no haber día que pudiese dejar de salir a ser correo de a pie y a las veinte (y aun era poco, según se andaba); pero, por enfadado que yo anduviese, mucho más lo estaba mi amo; y como un día le viese hacer grandes exclamaciones, le dije: «Vuesa merced no tiene que cansarse; que mientras no tuviere las propiedades y condiciones de un maravilloso hieroglífico, donde se pinta por excelencia el buen médico, ni tiene por qué quejarse ni hay para qué se queje». Oyolo mi doctor y, aunque algo sentido, me dijo: «Agora veamos tus bachillerías: habla y escucharé. Di lo que quisieres».

Yo, entonces, viendo la puerta abierta para mi deseo, comencé a decirle deste modo:

«La antigüedad, para mostrarnos la propiedad y partes requisitas que es forzoso tenga el sabio y prudente médico, la dibujó desta suerte: pintó al dios Esculapio, padre de la

Medicina, muy barbado, en la cabeza un sombrero y por toquilla una guirnalda de laurel; tenía a su lado una hermosísima doncella con unas alas muy ligeras; en la mano derecha tenía un cetro en quien se enroscaba una culebra; junto dél una gallina y una lechuza; haciendo sombra al médico un dragón y un cuervo. Esta es la admirable pintura del perfectísimo médico». Y él entonces, riéndose, me rogó la fuese declarando.

VICARIO. Y aun yo también gustaré de oírla.

ALONSO. Pues escuche un rato vuesa paternidad, que de buena gana procuraré servirle. Lo primero, en figura del dios Esculapio se pintaba el buen médico porque los médicos tienen un no sé qué de gracia y don del Cielo más que los otros hombres, pues rehacen lo que Dios hace. Por el dicho de Aristóteles: *Eiusdem est artis facere et reficere*; de un mismo arte es hacer y rehacer. Rómpe un zapato, llámase para que le aderece un zapatero, y no a un sastre; cuando se cae una casa, a un carpintero pertenece el adobarla, y no a un platero; y cuando uno está malo, al médico se llama, que le cure. ¿Quién hizo al hombre? Dios. Cuando cae enfermo, ¿quién le cura? El médico. Luego alguna cosa tiene de divinidad.

Pintábase muy barbado porque el médico ha de ser viejo en el oficio, y no puede ser bueno el que es nuevo en el arte, por faltarle la experiencia, tan necesaria en la medicina. Nuevo médico, nueva peste en la patria, destrucción de sus padres, de todos sus deudos y de sus amigos. Demóstenes dijo que el entendimiento, la razón y el consejo estaba en los viejos, y en el hombre mozo la temeridad, poco juicio y menos saber. Recelábase aquella gloriosa mártir santa Águeda de que llegase a curarla el divino príncipe de la Iglesia, san Pedro, y entre otras cosas que la dijo para sosegarla, fue decirle: “Mira que soy viejo y que el Señor me envía a que te cure y sane”.

La doncella hermosa significa la salud, que todos la aman y apetecen, y principalmente la honestidad y recato que siempre debe guardar el médico, así en el hablar como en todas sus acciones, pues dél se hace tan gran confianza, dejándole entrar en los lugares y casas prohibidas a las demás personas y en los conventos de mayor recogimiento y clausura. Las alas significaban la presteza que ha de tener, no siendo perezoso para sus visitas, madrugando y trasnochando de día y de noche, pues tiene oficio de tan gran cuidado, y que en perdiendo la ocasión todo se pierde.

El sombrero mostraba el conocimiento que debe tener de los cielos, para saber en qué tiempo purga o sangra, si es menguante o creciente, si es conjunción o está llena, en qué signo hace su curso. El laurel por toquilla da a entender dos cosas: la primera, que ha de saber conocer las yerbas, sus propiedades y virtudes, entender de botica para la elección de las drogas y compuestos, así cordiales como ungüentos; la segunda, la victoria que se le debe al médico si venció la enfermedad.

El cetro muestra el imperio que ha de tener, aun con los mismos príncipes y reyes a quien curare. La culebra enseña la sagacidad y prudencia, por quien Cristo señor nuestro dice: *Estote prudentes sicut serpentes*; sed prudentes como las serpientes, que con la cola atapan el un oído y el otro le juntan con la tierra para no oír la voz del encantador.

La lechuza da a entender la vigilancia y cuidado para con los enfermos, que si tuvieran necesidad de tres visitas o cuatro, que se las haga, y no los olvide ni se descuide dellos. La gallina era muestra de dos cosas: la primera, que debe proveer de mantenimiento saludable al enfermo, quitándole lo que le ha de hacer mal; la segunda, que sienta el médico que cura, la enfermedad y fatiga del enfermo, como lo hace la gallina, que con no ver sus hijuelos con ella, se conoce que los tiene y que está criando; de quien el glorioso doctor san Agustín dice: *Etiam si pullos non videas, matrem esse agnosces*. En ella se echa de ver su enfermedad y que está criando, mirándola desalada, flaca, toda la pluma erizada, y tan inquieta, que no tiene un momento de quietud y sosiego. Pues ¿qué si son enfermos pobres, necesitados así de salud como de sustento? Aquí entra el favorecerlos y acariciarlos con mucho amor y blandura, no como el barbero que por amor de Dios quitaba la barba.

VICARIO. No deje de contármelo, que yo le escucharé con mucho gusto.

ALONSO. Venía de Salamanca un gentilhombre, estudiante gorrón, de buen hábito, tan alcanzado de dineros como presumido, y queriendo entrar en su pueblo, en una villa por donde acertó a pasar un día, se entró en la casa de un barbero, y viendo que el maestro se estaba mano sobre mano, le dijo que le hiciese merced de quitarle la barba.

El barbero, que no vivía de otra cosa sino de su oficio, llamó a su mujer, pidió un peinador limpio guarnecido, sacó un estuche dorado, afiló de presto una navaja, y aparejó la mejor tijera que tenía, y, poniéndole una silla de caderas, le hizo sentar en ella. Quitose el estudiante el cuello, bajó el jubón, y el maestro le puso un paño tan limpio y tan oloroso como si fuera para servicio del altar. Comenzó a quitarle el cabello curiosamente, tratándole con el respeto y crianza que su buena traza y talle merecía.

El estudiante, que no estaba acostumbrado a que le tratasen con tanta cortesía, y para tan chico santo como él era le parecía ser mucha aquella fiesta, porque su buenhechor no pecase de ignorancia, con voz humilde y baja le dijo: «Mire vuesa merced, señor, que estoy sin blanca, que pido limosna para poder ir a mi tierra, y que el trabajo que vuesa merced toma en quitarme el cabello ha de ser por amor de Dios».

Oyolo el barbero y, perdida la paciencia, vuelto para el pobre mancebo, con mucho enojo le dijo: «¡Cuerpo de Dios con el gorrón! ¿Y a eso venía agora? Ya yo me espantaba que tan de madrugada venía algo de provecho a mi casa. ¡Siéntese aquí!». Alzose pacíficamente el mozo de la silla en que estaba, sentáronle en un banquillo y, puestos otros lienzos de jerga (según eran gruesos y con el color de hollín), dejó la obra el maestro y en su lugar entró el aprendiz a acabar lo que el amo había comenzado (y por él debió de decirse: «En la barba del ruin se enseña»). La tijera era tal, y de modo la navaja, que a cada vuelta le iba desollando medio carrillo; pero como el negocio era de balde, sufría y callaba.

En esta ocasión estaba en un corredor alto de la casa, aullando, un galgo del barbero, y de suerte que era enfado para todos cuantos le oían; y el dueño, que había menester poco

para enojarse, comenzó a dar voces, diciendo: «Subid arriba, y mirad qué tiene aquel perro y por qué está aullando». Oyolo el estudiante, y mirando al barbero, le respondió: «No se espante vuesa merced de que gruña y aülle, porque le deben de estar quitando el pelo de por amor de Dios, como a mí».

VICARIO. No es malo el cuentecillo.

ALONSO. Y ya que sea caritativo y limosnero el médico, no ha de dar la limosna como el maldito Caín, lo peor de su casa, lo que no puede comer ni aprovechar, a sus criados; como solía hacerlo un gobernador de una villa, que yo conocí, el cual salía los viernes a las tablas del pescado, para ver del modo que se traía, si era a sus horas, en abundancia y de buen olor; y lo mismo los días de carne acudía a las visitas de las carnicerías, procurando que siempre estuviese suficientemente proveído lo necesario para los de su pueblo. Pero si algún carnero estaba muy flaco o algún pescado podrido y de mal olor, este tal, con grandes voces y cólera mandaba que luego lo llevasen a los pobres de la cárcel. Mirábalo yo y, sin hablar palabra, decía entre mí: «Estos pobres ¿son personas? Si este pescado es malo y dañoso, échese al río o entiérrenlo, y no se coma; no se dé de limosna, pues, en lugar de hacer bien, es dar ocasión de alguna grande enfermedad, y es cargo de conciencia que se permita semejante caso».

VICARIO. Demasiada de razón tiene, hermano Alonso.

ALONSO. Pero, volviendo a nuestro médico, dicen algunos que el glorioso apóstol san Pablo fue médico, fundándose en aquel aforismo que escribió a Timoteo, su discípulo, diciéndole que usase de un poco de vino por la flaqueza que tenía de estómago; y, como tal, decía: *Infirmitur quis in vobis, et ego non infirmor?*, ¿A quién le duele la cabeza, que no sienta yo su dolor, y a quién la uña, que no me compadezca dél?

El dragón y el cuervo significan dos cosas: la primera, que sepa de pronósticos, porque el dragón y el cuervo antes que llegue la mudanza del tiempo la conocen, y es bien que pronostique el suceso de la enfermedad, para que con tiempo el enfermo pueda hacer cuanto le fuere necesario para su alma y para su cuerpo, recibiendo los santos sacramentos y disponiendo de su hacienda y casa lo que mejor le estuviere; la segunda, que el cuervo y dragón se ceban siempre en carne podrida, condición forzosa para el médico; que no ha de ser asqueroso, sino llegarse al enfermo, mirarle con amor cuantas llagas tuviere, sin hacer extremos de mal olor, compadeciéndose de su miseria. Aquí también hace el ser caritativo y bueno, para que acierte en su curación y Dios le haga las mercedes y favores que suele hacer a los suyos, pues es cierto que la divina sabiduría no entra en ánimo malévolo». Oyome atentamente, holgose con el cuento, alabó mi ingenio y díjome que era habilidad la mía mal empleada, y que era costumbre y muy de ordinario estar en gente perdida. Enojeme del dicho (y fue milagro tener yo tanta paciencia al cabo de haber sido escudo de trabajos y terrero de impertinencias), y, echándome con la carga, le respondí: «Vuesa merced busque quien le sirva, y me pague seis meses que le he servido y he estado en su casa». Sintiólo en el alma, procuró aplacarme, y viendo que no era de provecho (y más, que por razón de estado lo tenía por caso de menos valer el rogarle, aunque le estaba bien que yo le sirviese), me dio cuatro ducados.

Y despidiéndome con algunas lágrimas de mi amo y de su familia, salí de su posada, deparándome Dios en breve tiempo cuanto pudiera desearse para no andar perdido como otros muchos de mi condición y trato.

Mas, según veo, el sol se da tanta priesa a dejarnos, que será forzoso se quede en este punto nuestra conversación, hasta el día siguiente, en que daré cuenta a vuesa paternidad de lo restante de mi vida hasta el estado en que estoy; que, pues vuesa paternidad me hace merced y gusta de oírme, razón es muy justa que no le enfade cuando ya es hora de irnos a nuestro convento.

VICARIO. Muy bien dice, hermano: para mañana se quede lo que resta de su discurso, que yo le oiré de muy buena voluntad; que lícito parece en tiempo de recreación no guardar el silencio que acostumbramos traer de ordinario.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Da cuenta Alonso de su jornada para Valencia y cómo entró a servir a una señora viuda valenciana.

ALONSO. Trabajos, padre vicario, son juros de por vida para los hombres, y para mí no podían faltar, pues eran la primera condición de mi vínculo y mayorazgo; y aunque ya pudiera tener hechos callos en sufrir, según se me ofrecía cada día, con todo eso, no sé qué se tiene el ser uno compuesto de carne y huesos, que a cada repiquete de campana luego orejea.

VICARIO. No me maravillo, hermano, que se sientan las penas, dolores y congojas; que, en efeto, no somos piedra.

ALONSO. Salí de mi médico no poco cansado, pero tal es el oficio para no cansar al más flemático y sufrido de los hombres: con su pan se lo coman lo que ganaron; que con harto sobrehueso lo llevan.

Cuando más mozo, había oído decir mil bienes de la ciudad de Valencia, y con deseo de ver puesto en práctica lo que por teórica me habían contado, con lo poco que había adquirido de caudal, determiné de visitar aquel reino, no reparando en el inmenso trabajo que me había de costar, así por el calor del verano como por el poco dinero que llevaba para tan largo camino. Rompí dificultades, puse mi hatillo a cuestras (que, como piedra movediza, no criaba moho, y como el conejo andaba lo más del año), sin temer que lo que estaba en el arca se apolillase, sin necesidad de sacar al aire la mañana de San Juan los vestidos de sobra.

Me puse en camino, y todo lo hallaba malo; y no era mucho, pues todo extremo tiene su vicio: no hay contento en esta vida, cuándo por carta de más, cuándo por menos. Mis antiguas jornadas solían ser húmedas, y esta valenciana me salió reseca: centelleaba el sol

y sus rayos hacían aberturas en la tierra con su demasiada sequedad. ¡Oh cuántas veces deseé lo que otras estimé en poco, afligiéndome de carecer de un poco de agua, alivio suficiente a mi demasiado cansancio!

Yo no puedo entender, padre, sino que iba dormido el que contó las leguas de la Mancha, pues verdaderamente no hay legua que no tenga legua y media de otras partes; y la razón pienso que es que, como los manchegos usan tanto de carros para sus tratos y granjerías, métense en ellos cuando caminan, adonde como en cama vienen a dormirse, no despertando hasta llegar a la venta o parador del pueblo, y deste modo no saben el tiempo que gastan en el camino ni el término de pasos que contienen las leguas.

Ordinariamente llegaba a la posada con un cansancio mortal, y con tan poco refrigerio, que aun agua dulce no se hallaba en la venta, y el verme pobre y caminar a pie desacreditaba mi persona para con los huéspedes; de modo que si les pedía pan, tocino, huevos o queso, era como si Dios no lo hubiera criado, aunque la posada estuviese suficientemente bastecida. Al fin, padre, para todo cuanto se ofreciere es bueno el tener y estar en posesión de hombres ricos, pues a los tales el mundo los venera, celebra sus dichos, escucha sus razones, lisonjea su trato y, si algo han menester, aunque nunca lo pidan, es cierto el hallarlo, pues los han de convidar con ello. Mas la pobreza y necesidad, y más en el tiempo que agora corre, ¿a quién no es enfadosa? ¿Quién la muestra buena cara? Solos los santos, menospreciadores de las riquezas de la tierra por alcanzar los bienes eternos, las dieron de mano, echando de ver el peligro y daño que tenían encubierto poseyéndolas; pero yo, como no era pobre de espíritu, no me pesara de tener más y más para ser de algún provecho al individuo de mi pobre y necesitada persona.

No vengan trabajos y penas como se pasan; que, pues a mí no me acabaron congojas en tan largo viaje, sin duda que los hombres son a prueba de arcabuz. Juzgue quien lo sabe lo que es caminar a pie con el rigor del sol y por arena; el que ha sufrido sed y no halló agua que beber cuando más fatigado estaba de calor diga su parecer; los que no han hallado un pedazo de pan entre sus deudos y conocidos podrán, como buenos testigos, dar a entender lo que yo pasé y sufrí en esta mi jornada de venta en venta y de lugar en lugar, hasta que fue Dios servido de que llegase a las murallas de Valencia, segunda Roma, así por su grandeza de gobierno, noble en gente ilustre, como famosa en religión cristiana, rica en insignes reliquias, adornada de maravillosas virtudes, fuerte en sus altos y levantados muros y mucho más en tantos y tan ilustres caballeros, celebrada por el mundo por maravillosa, no sólo madre de sus hijos, sino también acariciadora de extranjeros. Celebra, y con razón, la república de Génova el tener el sagrado plato en que celebró Cristo señor nuestro aquel sagrado misterio de la Cena, donde instituyó aquel celestial convite, asombro de los cielos, espanto de los hombres, cifra de su poder, y un *non plus ultra* de su amor; y mucho más puede celebrar su grandeza aquella insigne ciudad, pues tiene entre sus tesoros el sagrado y precioso cáliz en que el Salvador del humano linaje consagró, volviendo en aquella misteriosa cena la sustancia que era de vino en su preciosa sangre, como la sustancia del pan en su sacrosanto y precioso cuerpo. Y el Jueves Santo, en que se celebran los misterios de nuestra redención, con más propiedad se hace en Valencia, pues dentro desta sagrada joya se pone el divino cuerpo de nuestro Salvador y se cubre con un pedazo de la piedra del Santo Sepulcro, y deste

modo le encierra en el arca el arzobispo, que es quien aquel día celebra los divinos oficios.

VICARIO. Y ¿de qué suerte es ese sagrado vaso y qué grandeza tiene? ¿Es de plata o hecho de más precioso metal?

ALONSO. Aunque está guarnecido de fino oro, como son el pie y las asas, la calidad dél no es sino de una piedra como jaspe, cuyo color tira a una ágata como tostada. No con las manchas que suelen tener semejantes piedras; que, como la casa en que cenó Cristo nuestro señor era de hombre principal y rico, tenía para su servicio semejantes joyas de mucha estima, que hubieron de salir entonces a vista para muestra y ostentación del dueño que tenían; dejado aparte que el huésped de casa echaba de ver el bien que tenía en ella y que era obligación servirle y acariciarle lo mejor que pudiese, pues era el Príncipe de los Cielos y heredero de las eternidades, absoluto Señor de las riquezas y bienes de la tierra.

Pero, volviendo a nuestro propósito, entré en la ciudad sin que me detuviese en el hospital de San Vicente: lo uno, porque las guardas no me conocieron por forastero; y lo otro porque, como pobre, no vían en mí en qué poder reparar ni pecar (que, en efeto, el pobre seguro va de que le ofendan ni maltraten salteadores). Anduve por una y otra calle, maravillándome de ver tantos oficios que ocupan sus barrios, todos distintos, con tan maravillosa orden. Llegué al Estudio General, de donde han salido y salen cada día tan excelentes médicos (pues, sin adulación ni encarecimiento, en lo que es Medicina, ni los de Alcalá ni Salamanca los hacen ventaja). Visité el colegio del santo patriarca don Juan de Ribera, obra insigne y digna de tan ilustre y excelente prelado; pero como mi deseo fuese de acomodarme luego y no andarme holgazán, atalaya perdida de casas ajenas, preguntando por el padre de mozos, me fui en su busca a pedirle me hiciese merced de darme alguna buena comodidad.

«A buen tiempo llegáis (me dijo), porque una señora vecina mía, que habrá dos meses que está viuda, anda buscando un mozo como vos, que esté razonablemente tratado, que sepa leer y escribir, para que la sirva en los negocios que se la ofrecieren»; y sin que le respondiese cosa alguna, me llevó consigo dos o tres casas más abajo de la suya, adonde subimos por una escalera anchurosa y grande, pasando una y otra sala, hasta llegar a una cuadra donde estaba sentada en un estrado una venerable viuda de mediana edad y razonable parecer, a quien acompañaban dos mujeres: la una anciana y de tocas largas, y la otra de pocos años, y todas cargadas de luto. El ciudadano que conmigo iba habló con mucha cortesía a la señora de casa, proponiéndola los grandes deseos que tenía de servirla, y que su encomienda le había tenido cuidadoso hasta que su buena suerte me había traído a su posada. Agradecía la dueña sus palabras cortésmente, preguntando si tenía yo quien me conociese, para poder fiar de mí lo que se me entregase; y el señor que me había traído, asegurando sus dudas y allanando dificultades, me abonó de modo con mi ama, que, dejándola muy satisfecha y despidiéndose él, me quedé a servirla desde aquella noche; que lo fue para mí, según los trabajos que me siguieron, la hambre que sufrí y el mal galardón que saqué de mis buenos servicios.

VICARIO. Verdaderamente, hermano, que parece que la Fortuna en todas sus jornadas se le quería mostrar totalmente enemiga y contraria suya.

ALONSO. Ya, padre, mi sufrimiento tenía callos, o, a lo menos, los debiera tener para no sentir lo que en esta casa desta viuda pasó por mí, pues, por mucho que me alargue en contar mis desdichas, antes quedaré corto que sobrado en referirlas. Acuérdome que oía decir algunas veces de la suerte que solían regalarse las viudas, su buen trato, el buen orden y gobierno que tenían en su comer, su olla pequeña, pero bien bastecida y llena, la comida a su hora, su comodidad en todas las cosas, el no desvelarse, ni madrugar sin que haya salido el sol por toda la tierra, habiendo ya caminado la tercera parte su curso; mas todo esto hallelo bien al contrario. Verdad es que los primeros días que tomé la posesión de cuatro oficios que me aplicaron: mayordomo, ayo de un niño y maestro (por ser solo y heredero de lo poco que había), escudero de mi señora, despensero o comprador, paselo moderadamente, porque, por miserable que sea la casa, el primer año del mortuorio nunca falta de qué hacer dineros, o que se vende la joyuela o se empeña la prenda, hasta que, andando el tiempo, se da con todo al traste, y más si no hay quien lo gane como solía, pues sacando siempre con un ordinario gasto, presto se asuela todo.

Era la casa de mi señora de muy poca renta, y tan poca, que a los seis meses habíamos de comer de fiado, y con los gastos del entierro ayudó a que cayésemos más apriesa de lo que había de ser, llegando a lo sumo de necesidad y miseria; y lo peor era que, como éramos honrados y puntuosos, no se había de pedir nada, sino sufrir y callar, como dicen, pegando la boca a la pared. Acordábame en mi perpetuo ayuno de las sobras y abundancia que otras veces había tenido, sirviéndome aquellas memorias de mayor afligimiento y pena, pues si trabajaba, comía, y todos los duelos con pan son llevaderos; y entonces no había más que mirarnos unos a otros, dándonos a entender nuestros pensamientos con la vista, como si fuéramos espíritus angélicos.

Es Valencia tierra de grande caridad y de grandes limosnas, virtud que destierra la ira y enojo de Dios para no castigar los pecados y delitos que en aquel reino se cometen; y bien de manifiesto la experiencia me lo mostraba cada día en los milagrosos sucesos que vía en mí y en los de mi posada. Teníamos por vecinos algunos caballeros y a otros ciudadanos ricos, gente tan sobrada, que de lo que se echaba a mal en sus casas se pudiera sustentar muy descansadamente la de mi ama; y viendo el recogimiento y soledad que de ordinario guardaba, tenían cuidado de enviarla algún regalo de su mesa, que, aunque pocas veces, juntándose con la miseria que teníamos que comer, se venía a hacer algo para el socorro de aquel día. Estas y otras cosas eran ocasión de nuevo llanto para mi afligida dueña, sacando a plaza cada momento al mal logrado que pudría la tierra. El Sabio dice que es mejor ir a la casa del muerto que a los convites y bodas; pero, padre mío, esto de haber de ser siempre lágrimas a comer y cenar, si no es para anacoretas o para demasiado espirituales penitentes, ¿cómo será agradable, o quién podrá sufrirlo? Yo, pues, para que mi señora se divirtiese algún rato (si es que la podían dar lugar sus continuas imaginaciones de sus pasados gustos, sacando yo también fuerzas de flaqueza de mi delicado estómago, que para hablar estaba como hética de segunda especie), la contaba algunos cuentos a las noches cuando más afligida estaba, entre los cuales la dije... Pero vuesa paternidad se enfadará de oírme; mejor será dejarlo.

VICARIO. No hay para qué: prosiga, que de muy buena gana le escucho. Temprano es, para todo hay lugar; no le dé pena.

ALONSO. En un lugar de Castilla la Vieja, un día de Corpus, por la festividad y regocijo, hicieron una representación unos mozuelos labradores, y fue el auto de la *Cena de Cristo* nuestro señor: púsose en el tablado una mesa muy bien aderezada, sentáronse a comer los doce apóstoles con su Maestro, sacaron un cordero en una gran fuente de plata, hízose pedazos y fueron comiendo dél de tan buena gana como la que tendrían de almorzar unos mozos en lo mejor de su vida.

El que representaba la persona del glorioso evangelista san Juan, aunque estaba como dormido en el pecho del Señor, como vía que los demás apóstoles comían, de la manera que podía de cuando en cuando sacaba la mano y cogía del mejor bocado del cordero, y ayudaba a sus compañeros. El que hacía el personaje de Judas, enojado con el apóstol viendo que no guardaba la propiedad que debía, con mucha cólera le dijo: «O sois san Juan o no sois san Juan. Si sois san Juan, dormí y no comáis; y si no lo sois, comé y vaya otro a servir por vos».

«Esto mismo podría yo decir, señora (la decía); el ser viuda trae estas penas, la soledad, el encerramiento, la mortaja a los ojos, el luto, el llanto y lágrimas en casa, el negro y afligido estrado, señal de la muerte que se está deseando o esperando por la falta del adorado compañero y marido».

«Honra a las viudas que verdaderamente son viudas», dice el Apóstol: de suerte que da a entender que hay viudas fingidas, y, si lo son, que no lo parecen; que, en efeto, padre, en este teatro anchuroso del mundo cada uno hace su personaje, y representan muchos lo que no son. ¡Qué de ignorantes se tienen por discretos y doctos, que podrían volver a las escuelas y a primeros principios, y piensan ellos que son la cifra y suma del saber, en quien está encerrada como en depósito la verdadera ciencia y sabiduría! ¡Qué de fanfarrones pasean la plazas, habladores de ventaja y pesquisidores de vidas ajenas! ¡Qué de pródigos y generosos en repartir los bienes que no son suyos, siendo tan escasos y miserables, que aun viendo perecer a sus puertas a los pobres, no los saben dar un bocado de pan, ni aun una buena palabra, teniendo ánimo para gastar sus haciendas en juegos y devaneos impertinentes! ¡Qué de recogimiento fingido y mentiroso, siendo la clausura y encerramiento puertas del campo, soltura, libertad y apetito desenfrenado! ¡Oh cuántos se precian de graciosos y decidores, hablando más libremente de lo que debían, atribuyéndolo a discreción y gracia, siendo, como es, poco respeto a los que lo oyen, murmuración de los ausentes, por la mayor parte ofensa de Dios, quitando el honor y honra de su hermano y descubriendo faltas que ni se sabían ni se supieran, a no estar de por medio una infernal y descomulgada lengua!

Con estas cosas procuraba divertir a mi señora, animando su desconfianza y consolando su tristeza, aunque mis razones la eran de poco provecho, pues, pareciéndola que era mejor posada para su condición y poco caudal que della se hacía después de la falta de su marido, determinó de irse a una granja o alquería, que era como casa de campo, una legua

de la ciudad: recreo que en algún tiempo debía de ser de mucho gusto, por la mucha fruta que de su huerta se sacaba y los muchos naranjos que tenía; pero como se fuesen descuidando sus dueños, y así los árboles como los edificios de ordinario piden un continuo desvelo, labranza y reparo, y esto les hubiese faltado, ya no había cosa con cosa, tan perdida y asolada la heredad, que era como un desierto páramo. En este sitio, pues, hubimos de hacer nuestra morada mi señora, una moza de servicio, un niño y yo que servía de maestro, mayordomo y despensero cuando había qué gastar; que era milagro haberlo, por ser la casa de la misma miseria y desdicha.

VICARIO. Pues ¿cómo pasaban, o qué comían, hermano, tantas personas, si no había con qué traerlo?

ALONSO. Los más días se cocian acelgas; otras veces granadas y membrillos eran nuestro sustento; y tal vez nos aprovechábamos de las garrofas, fruta que en demasiada necesidad puede suplir la falta de más generosos mantenimientos. Y lo que más me maravillaba era el ver la entereza de mi buena viuda, el sufrir sin quejarse, el esperar sin desconfianza y el no tener con una apariencia y representación y gravedad, como si sobrarian en casa dos mil escudos en un talego, no habiendo los más días qué llegar a la boca; y todo esto por no dar su brazo a torcer.

Viendo, pues, una tan impertinente paciencia, tomando algunas alas de verme hecho como el gallo de casa (pues casi casi en no traer éramos todos unos), cobrando brío con la antigüedad de algunos meses que tenía de servicio, mostrándome un poco libre, la dije estas razones: «¿De qué sirve, señora, al enfermo debilitado y flaco hacer bravatas, presumir de valiente y sacar a otros a desafío, si no es posible tenerse en pie? Y al menesteroso y mendigo, ¿que le aprovechará formar torres de viento, fingir quimeras y desvelarse con uno y otro imposible, sin remedio de poderle alcanzar, por mayor trabajo y diligencia que se ponga? Todos vivimos de milagro, y el de los cinco panes y dos peces no hay casa donde no se ejecute, y principalmente en la nuestra; pero no hemos de estar esperando al cuervo que nos traiga el pan, ni que la cervatilla traiga llenos los pechos de leche para alivio del pobre caminante, seco de sed del demasiado cansancio y rigor del sol. Ya que no hay qué empeñar, véndase lo que ha quedado, y comamos, pues nosotros no somos espíritus, sino formados de carne y de hueso, cuyo alimento ha de ser cotidiano, palpable, y no por obra de entendimiento. Vida es intolerable la que en esta casa sufrimos, y cuatro bocas que tenemos están como si no fueran de provecho, pues por la demasiada abstinencia estamos ya tan adelgazados de cascos, que para poetas poco nos falta, y de desvanecidos hemos venido a estar con perpetuos vahídos de cabeza. Ponga vuesa merced orden en nuestra vida, pues no tiene más de ese niño, y es de diez a once años; acomódele con algún caballero de los muchos que hay en este reino, o vuesa merced y él estén juntos en alguna casa principal, que será cierto el hallarla; que deste modo se pasará con más alivio y descanso del que tenemos. Y cada uno de nosotros busque su remedio, y, si no, disponga de las posesiones que hay, y véndanse; que para eso son cuando no hay otra suerte para poder pasar».

Esto la dije, y, cual pisada serpiente, vuelta para mí, soltó la maldita, y no acabó de encarecer mi atrevimiento; de modo que estuve despedido de su posada; y pluguiera a Dios entonces la dejara, y no me sucediera lo que después vi por mis pecados.

VICARIO. Cuéntelo, hermano; que de buena gana le estoy atento, y no es tarde para irnos a casa.

ALONSO. Era mi señora mujer de muy buena traza, de mediana edad, moza entrada en años y virtuosa, y, aunque pobre, apartada de ocasiones y de dar que decir a sus vecinas; y, con todo eso, no faltó quien diese un tiento a su mucha honestidad, por más que estaba retirada en la soledad y páramo donde vivíamos, o moríamos, por mejor decir; y fue el caso en esta manera:

No muy lejos de nuestra alquería estaba una casa de un caballero que, aunque lo más del tiempo vivía dentro de Valencia, para los negocios que tocaban a la labranza del campo tenía con su heredad algunos esclavos, y entre ellos un mulato, mozo robusto de hasta veinte y seis años, gentil hombre y de buen rostro; el cual, aficionado de mi viuda, buscaba ocasión de dárselo a entender, pareciéndole que por ser pobre y sola podría tener mejor efeto su deshonesto amor.

Mi posada no se abría sino salido el sol, y el cerrarse era cierto antes que anocheciese, y como jamás della faltásemos o yo o la criada o el niño, que ya era de razonable edad, no se podía lograr su deseo, y su pretensión se iba alargando más de lo que él quisiera. Pero nuestra desdicha hubo de querer que un día la criada y yo fuésemos juntos a la ciudad a traer algunas cosas necesarias para nuestra semana, que por ser día de mercado entendíamos hallarlas más baratas. Salimos del alquería algo tarde, y el cielo comenzó a negar su luz con tan pardas y espesas nubes, que manifiestamente dio a entender el gran turbión de agua que había de enviar a la tierra, y granizo juntamente, comenzando a caer en tanta abundancia, que las calles en breve rato parecían arroyos, los arroyos (que allá llaman acequias) ríos, y el Turia, río humilde, cobró tanta soberbia, que se atrevió a llegar a los muros, con notable peligro de toda la ciudad. Confusos quedamos con el repentino asalto; el salir de Valencia era imposible, el dar aviso a mi ama no había con quién; si quedarnos, no teníamos adónde. Al fin, la moza y yo tuvimos por bien de irnos aquella noche a un mesón, pues no había otro remedio, hasta la mañana, y como lo determinamos lo pusimos por obra.

El pretendiente mulato, que no se descuidaba de pasear la puerta de su dama, como buen galgo olió lo que pasaba, y, no queriendo perder tan buena ocasión, aguardó a que entrase la noche, y por las paredes, que eran bajas, de la huerta entró a una ventana de la sala que por olvido se había quedado abierta, y de allí llegó a un aposento adonde estaba mi ama, bien descuidada de tan gran desdicha, quedando fuera de sí la pobre señora, viéndose sola, tan sin socorro ni favor humano y teniendo delante de sus ojos a un mozo atrevido, en una mano desnuda la espada y en la otra una daga, y como pudo, turbada y sin aliento, le preguntó diciendo: «¿Qué es esto, hermano? ¿Qué busca a tales horas en mi casa?».

Procuró el mulato animarla con amorosas razones, significándola el amor que la tenía y el mucho tiempo que había andado buscando semejante ocasión; propuso la soledad en que estaban, cuán sin testigos, pues su hijuelo, que podía serlo, estaba tan dormido; asegurola el silencio, y que si no concedía con su gusto, estaba determinado de quitarla la vida, pues con ese propósito, desesperado ya, había entrado en su casa. Mi ama, que verdaderamente tenía un buen discurso y más que razonable entendimiento, considerando la determinación precipitada de su Macías, procuró amansarle, y con las mejores palabras que pudo le respondió:

«En verdad, hermano, que no es de maravillar aficionarse un mancebo tan gentilhombre como vos sois de una mujer de mi traza y suerte; antes os debo agradecer la afición que, sin yo merecerlo, me habéis tenido; y perdonadme, porque no sabía yo el convidado tan bueno que había de tener; que, a saberlo, de otro modo os tratara y regalara; pero la noche es tan trabajosa y estamos tan a solas en este despoblado, que habréis de recibir la voluntad con que os recibiere y contentaros con la pobre cena que tuviéredes. Tomad esa luz, y vamos al portal, adonde están unas aves que podrán suplir la falta de la poca prevención; que mientras vos las asáis, yo podré apercebir lo demás que fuere necesario».

Dióle el mulato a su dama muchas gracias por el comedido ofrecimiento: fuese con ella, mataron dos gallinas y, aderezadas, hicieron lumbre, encargándose de asarlas el esclavo. Mi ama puso la mesa, sacó pan, buscó cuchillos y salero, aderezó platos, y dando a entender que iba a sacar manteles y tobajetas limpias de una arca que cerca de allí estaba en otro aposento, entrose en él y cerró con una aldaba lo mejor que pudo.

Al ruido del golpe volvió el mulato la cabeza y conoció quedar burlado; dejó el asador, y, llegándose a la puerta, la comenzó de rogar le abriese, porque, si no, la prometía de matarle su hijo (que junto a él estaba dormido) y luego quitarla a ella la vida, pues, ya desesperado, no repararía en los tormentos que le pudiesen dar (que, al fin, para un delito como el suyo era poco castigo la horca). Mas a sus amenazas, con varonil ánimo, le respondió mi ama: «Haz lo que quisieres, desventurado, y sé verdugo de ese ángel y envíale al Cielo, para donde se crió; que si pretendes, por perdonarle a él, que yo pierda mi honestidad, vives muy engañado; que primero, a tenerlas, perdiera mil vidas que consentir con tu torpe y deshonesto apetito».

Con estas razones quedó el mastinazo más embravecido, y, desesperado, con una infernal rabia asiendo al niño por un pie, empezó a darle grandes golpes en la pared y puerta del aposento adonde su madre estaba encerrada, de modo que le quitó la vida. Procuró luego quebrantar la puerta; mas, por ser tan fuerte, trabajaba en vano; y así, llegándose a un tabique, arrancó algunos ladrillos de la pared, haciendo en ella un gran agujero por donde poder entrar, sirviéndole de azadón y pico el asador con que estaba asando: de modo que, desmoronando con él pedazos de cal y ladrillos, hizo lugar suficiente para meter por él la cabeza y brazo, forcejando con lo demás del cuerpo para entrar en el aposento.

Mi señora que se vio perdida y tan cierta su muerte, cobrando algún ánimo en breve tiempo, entró en consejo consigo a solas de lo que había de hacer, y buscando en la cuadra con qué defenderse de su contrario, halló junto a sí una hacha o destal, y,

tomándole, con la mayor fuerza que pudo dio con él en la cabeza de su amante (que la tenía metida, y casi el medio cuerpo, por el agujero o concavidad que había hecho). El golpe fue de suerte que no tuvo necesidad de segundo, aunque, por sí o por no, acudió con otro, con que luego murió, habiendo acabado de matar al hijuelo (y con tan buena y santa estación, ¿quién habrá que ponga duda en su buena suerte y feliz tránsito?).

Llegada la mañana, mi moza y yo tomamos la madrugada y salimos de Valencia para nuestra alquería, adonde hallamos el buen recado referido. Dimos noticia a la justicia, y, enterada del caso, dio por libre a mi ama, alabando su mucha virtud y varonil pecho, y a mí y a mi compañera, por si teníamos alguna culpa, nos llevaron a la cárcel.

¡Aquí fue Troya, padre vicario! Porque no sabré decir los trabajos, las penas y desventuras que pasé en aquella impertinente prisión: la hambre de día, los malos tratamientos y culebras de noche, que los ya muy antiguos en la cárcel me echaban; el desasosiego de los ratones, que hasta las orejas querían roerme, y era menester estar de centinela para que me dejasen pestañas; el salir a la visita a oír un juez sin para qué airado, que me dijese: «No es posible sino que este bellaco lo sabía: concierto fue de entrambos. Désele tormento, y si confiesa, ahorcarle hemos». Pues ¿qué la buena gracia del escribano? ¡Oh padre, y cómo son verdaderos los refranes: «Pleito bueno, pleito malo, de tu mano al escribano»! ¡Oh cómo saben encarecer y desminuir los delitos!

Suele decirse que entrar en la cárcel, si es no es, un mes, y si algo, un año, y si nada, una semana; mas yo, como desdichado, veinte y seis días me llevé preso y en un calabozo; mas tal procurador tenía yo asalariado, y letrado de limosna. No sé qué se tiene esto del pagar, que todo lo facilita, y con este negro interés todos se mueven.

Bien lo echaba yo de ver por experiencia, pues aún hasta ahora estuviera entre los galeotes, si mi señora en persona no fuera a hablar a los jueces y los dijera de mí más bienes que males había padecido; y con este dicho, y abono de algunos que me conocían, me dieron por libre, saliendo de Santarsis como Juan de las Calzas Blancas, en piernas, a lo soldado, sin capa, sin sombrero ni cuello y trocada la ropilla (porque con la demasiada necesidad me había ido atreviendo a vender algunas prendezuelas, y como las costas del escribano, juez, fiscal y prisión sean inevitables, hube de hacer pago en lo que tenía; y le hiciera con el pellejo, a no tener otra cosa, a truco de salir de tan mala posada). Fuime derecho en casa de mi ama, y ella, en viéndome, lloró su hijo muerto y yo mis pobres alhajas. Consolámonos los unos a los otros: ella mi desnudez y yo a ella su soledad.

En esto estábamos cuando acertó a llegar a nuestra alquería un mayordomo del señor conde de Elda, deudo de mi señora, y dándole cuenta de sus trabajos y de los míos, me llevó consigo a Valencia, y en las casas del Conde, que era su posada, me vistió (y no como quiera, pues si hubiera de comprar el vestido que me dio de limosna, no le sacara con treinta escudos). Viéndome, pues, de modo que podía parecer delante de cualquier señor, por grave que fuese, despidiéndome del mayordomo y dándole innumerables gracias, determiné de salir de Valencia y dar la vuelta otra vez a Sevilla, adonde a mí parecer me había hallado mejor, por ser tierra más rica y abundosa y adonde por maravilla a ninguno le falta qué comer.

VICARIO. Hermano, baste por hoy, porque me parece que se va haciendo tarde y es hora de recogernos al monasterio.

ALONSO. Es muy justo: déjese nuestro discurso para otro día; que en él le daré cuenta a vuesa paternidad de lo que me sucedió en Sevilla segunda vez, cuando volví a ella.

CAPÍTULO OCTAVO

Da cuenta Alonso de la jornada de las Indias y de los trabajos que padeció.

VICARIO. Bien puede, hermano, empezar su cuento; que la tarde nos convida a entretenernos un rato.

ALONSO. Una de las ceguedades que padecen los hombres en esta miserable vida, padre vicario, y lo que más ha destruido y acabado el mundo, es la ambición y codicia de las riquezas, aquel adquerir y allegar con una sed insaciable, como si para siempre hubiéramos de ser moradores deste miserable suelo, siendo el término tan limitado y tan poco, que, comparado con una eternidad, no hay viento que así se pase ni ave tan ligera que con mayor presteza haga su curso.

Púdose con facilidad verificarse en mí esta proposición, pues, con tener ya pasado lo mejor de mis años, sabiendo manifiestamente lo poco que ya se vive, ciego y deseoso de valer y subir con alas al levantado estado de las riquezas, no reparando en tantos inconvenientes y trabajos como se me ofrecían, atropellando con todo, me arrojé al agua, fiado en una incierta esperanza y confiado en una casa de madera, por cimientto las aguas de un mar inconstante, sujeto a los vientos, y yo a la voluntad de un mal entendido e ignorante piloto. Bien descuidado estaba en Sevilla una tarde, después que volví de Valencia, en no pequeñas penalidades y trabajos (que nunca me faltaron), cuando, a puestas de sol, vi pasar cerca de mí un tropel de gente de buena capa, con más regocijo y contento que yo tenía; porque aunque ya estaba hecho a padecer, con todo eso, a cualquier repiquete de campana se me ponían delante montes de dificultades. Con una infernal melancolía, por saber el regocijo de los pasajeros los fui siguiendo y acercándome a ellos, de suerte que los pude escuchar la variedad de cosas de que iban tratando; y el uno dellos respondiendo a un amigo suyo de los que allí iban, le dijo: «En verdad, señor, que si yo hallara algún mozuelo de buena edad, que de muy buena gana le llevara en mi compañía y que en Méjico hiciera por él cuanto me fuera posible; que, en efeto, un hombre con una vara de Alguacil Mayor, y más en las Indias, visto está que ha de ser de mucho provecho para los que le sirvieren. Bien echo de ver que no ha de faltar quien me sirva, pero esto de haber de tuyo no sé qué se tiene, y el ser conocido y de una tierra, que, en siendo español, bien se puede contar por natural en tierras tan remotas».

Oí la plática, y como jamás tuve polilla en la lengua, no quise perder tan buena ocasión, y acercándome al que presidía, le dije: «Paréceme, señor, que vuesa merced anda a buscar

un criado, y si acaso yo soy de provecho y vuesa merced gustare de que yo le sirva, aquí estoy para cuanto me quisiere mandar».

No le parecieron mal mis razones al nuevo dueño que esperaba haberlo de ser mío, y, contento de oírme, me respondió: «De muy buena gana os llevaré conmigo a las Indias, y os prometo de favoreceros en lo que pudiere». Dile las gracias del ofrecimiento y, venida la noche, me fui con él a su posada.

VICARIO. Verdaderamente, hermano, que me maravillo considerando cuán fácilmente hallaba a quien servir y con cuánta facilidad se acomodaba.

ALONSO. Padre, la buena diligencia es madre de la buena ventura. Yo era entremetido y amigo de no andar hecho perdulario, como algunos que conocí en mi tiempo, holgazanes, vagamundos, que con escusa de «No hallo en qué trabajar», mano sobre mano, andan de casa en casa, no habiendo seguridad en ninguna y corriendo peligro todas aquellas que son participantes de su presencia, pudiéndolo todo remediar y quitar sospechas con sólo sufrir un poco de trabajo y acomodándose de modo que sea agradable e todos. Llegada la mañana, mi amo don Fadrique me hizo un largo razonamiento, contándome la jornada que habíamos de hacer para las Indias y que Su Majestad le había dado la vara de Alguacil Mayor de Méjico, con que esperaba, si Dios era servido, volver muy rico a España, y que tenía licencia para llevar consigo dos criados; pero que primero era importante hacer información, así de sus padres como de las buenas costumbres y de ser libres. «Fácil negocio es ése (le respondí), porque, si hay en Sevilla testigos para decir mal, quitando la fama, honra y crédito de quien ni conocieron ni oyeron decir, mejor los hallará para decir bien y acreditar a quien se lo pague, pues para semejantes ocasiones el amistad, los regalos, ofertas y dineros son de mucho provecho». «Bien me parece (respondió mi señor); pon luego en ejecución tu probanza, y mira que el lunes ha de partir el armada». Y yo, que tanto deseaba ver el Nuevo Mundo, dándome el parabién de las riquezas que en él había, teniéndolas ya aplicadas para mi regalo y vejez como si las poseyera y hubiera ganado, salí de la posada en busca de algunos amigos para mi abono y nueva información, deparándome mi buena suerte cuatro que, a pretender hábito de Alcántara, por sus dichos no le perdiera.

Llegose el lunes, y, metida nuestra ropa en el galeón *San Francisco*, con mucha alegría dando velas al viento, empezamos nuestro viaje con la prosperidad que se puede encarecer. Pero en la mar, padre, ha de haber de todo, y para saber de bien y de mal en la mar se aprende. Íbamos en nuestro galeón con el mayor contento del mundo, metidos ya en el golfo; pero duronos poco el alegría con una inopinada tormenta que nos vino, aunque primero de nuestro venidero daño no nos faltaron innumerables presagios, como fue ver descubiertos los delfines por el agua, siguiendo los unos a los otros; escurecerse el cielo, negando la claridad del sol, y, con ser mediodía, estar el aire como si fuera de noche, cubierto de negras y espesas nubes, alborotarse los vientos, encontrándose con tanta furia, que impedido el paso, como de celosos toros eran los bramidos. Con esto la mar descubría su centro, levantando sus olas hasta las estrellas, y nuestro pobre galeón subiendo a visitarlas y en breve rato bajando a los abismos.

Pues para remedio y alivio de nuestro trabajo, no se olvidaban las nubes de cuando en cuando enviarnos su fresco rocío, y tan frío, que se aventajaba al mismo hielo, mezclándose con él un grueso y espeso granizo, de modo que si de alguna ola salíamos libres, no podíamos dejar de quedar remojados, y aun se podía todo esto llevar con sobrada paciencia, a no ver ya tan cercana a nuestros ojos la guadaña de la amarilla muerte. Aquí era el dar alaridos, confesando cada cual sus defetos a voces, llamando a san Telmo, que nos socorriese. «Quien no sabe rezar métase en la mar», dice el común adagio, y con justa razón. En nosotros se pudiera ver la experiencia, pues no había hombre que tratase de otra cosa sino de hacer actos de verdadera contrición, pedir favor a los santos, prometer romerías, cuál a Jerusalén, Santiago o Guadalupe, cuál de ser religioso en el más recoleto monasterio.

Mirábamelos yo y consideraba cuán discreto anduvo aquel Hércules Egipcio, que, llegando a Cádiz y echando de ver tanta agua como se descubría, dejó escritas aquellas celebradas letras: *Non plus ultra*, de aquí no hay que pasar, como si dijera: Vengan trabajos y persecuciones por la tierra, pero en el agua ni por imaginación son llevaderos. De la tierra se crió el hombre, ella le sustenta y cría, en ella vive y a ella ha de volver, y que se halle mal sin ella es justa razón.

VICARIO. Según veo, hermano Alonso, muy mal está con los navegantes, y a mucho riesgo ponen su vida.

ALONSO. Así es la verdad, padre, pues hasta hoy ninguno ha navegado que no haya sido con extremo peligro; fuera de aquel segundo padre de las gentes, Noé, con el navío que anduvo sobre las aguas, como llevaba salvoconduto de Dios no pudo padecer naufragio; y los hombres, fiados en una incierta esperanza, imitando al primer inventor, que con traza del Cielo libró a sus hijos y tanto número de animales, arrojándose, como dicen, al agua, toman con sus manos la muerte y, codiciosos de humanas riquezas, vienen a dejar en la demanda lo que poseían y a perder cuanto estaba ganado: justa paga de su ambición y desenfrenada codicia.

VICARIO. En efeto, hermano, ¿el primer navegante fue Noé, y el primero que anduvo sobre las aguas con estas casas hechas de madera?

ALONSO. Así es la verdad, padre; porque antes del universal diluvio no había necesidad desta trabajosa traza para la común comunicación y contrato de una parte a otra, porque la tierra estaba toda junta, sin haber división de mares que la apartasen y dividiesen. Los montes y alturas que agora vemos todo era llano; no había estos cerros de bastas y duras peñas, con tantos altos y bajos; pero como los pecados de los habitantes del mundo irritasen a la divina Justicia, abriéndose las cataratas del cielo, anegó todos los vivientes, quedando solos libres los que con Noé estaban en el arca; y, acabado el diluvio, recogiendo después el agua, hizo división de tantas tierras, islas y montes, causados de las arenas que del raudal de la corriente eran traídas de una y otra parte, como amontonadas a un lugar y a otro.

Movido, pues, el gran Patriarca de la pobreza de sus hijos, deseando la muchedumbre y aumento dellos (o que por ser tantos en número que la tierra en que habitaban no era suficiente), fueron discurriendo por diversas partes, llevados por la divina Providencia, con nuevos navíos fabricados a la traza y modelo de su viejo padre Noé. Y aun de aquí vino que, llegando a Italia, le llamaron Jano, pintándole con dos caras, como persona que había visto el tiempo pasado antes del diluvio y vía también el presente en que estaba después de tan infelice ruina.

Mas, dejado esto a parte, que toca más a los historiadores, después de innumerables tormentas, hambres, necesidades (forzosos lances de los que navegan), llegamos a Méjico, adonde, saltando en tierra, dimos mil abrazos a nuestra antigua madre, materia primera de nuestro común enemigo y mayor contrario.

Tomó en la ciudad el señor mi amo posesión de la vara de Alguacil Mayor, y ejercitó el oficio de tal modo, que, dando gusto a todos, ganaba de comer y aun de cenar; que no se contradice el tener el mando y el palo para dar gusto y favor a sus amigos en las cosas que no son contra justicia y buen gobierno de la ciudad.

Yo también por mi parte me iba acomodando con mi señor, imitándole en lo bueno su condición y aplicando lo mejor que podía para gastos cuotidianos algunas niñerías, que por sí eran de poca monta y juntas subían a gran suma y cantidad; de modo que en breve tiempo, aunque entré en Méjico sin un cuarto, me vine a hallar con quinientos ducados ganados en buena guerra, de pura industria y diligencia mía, prometiéndome, si así iba creciendo mi caudal, en breve tiempo dos mil ducados.

No sé, padre, qué se tiene esto de desear un hombre subir a mayor fortuna, el verse metido en ocasiones de ganancias, el manosear cada día el dinero, pues con ser yo persona de moderada conciencia, algo estético (no tan perdido como algunos que yo conocía, que no dejaban roso ni velloso, y, en viendo la suya, como buenos tiradores, mataban la caza al vuelo), se me iban abriendo los ojos, no para seguir la virtud, sino para el aumento de mi caudal y hacienda, con ánimo de hacer algún grandioso empleo en que doblase mi ganancia. Y como lo imaginé lo puse por obra, pues comprando unos fardos de lienzo, los entregué a un capitán conocido de mi amo que pasaba al Pirú, y con su buena correspondencia y trato dentro de diez meses me envió diez mil reales, con que empecé a levantar cabeza, teniendo de mi parte a mi madrastra Fortuna, tan amiga entonces, que cosa no intenté ni en mercadería puse mano, que los dos tercios no hallase de provecho y ganancia. Con tanta priesa fui subiendo, que en breve tiempo llegué a lo que otro en muchos años, por más cuidado que tuviera, no pudiera llegar. Ya yo era el ejemplo de la buena suerte y ventura, el señalado con el dedo de los nobles de Méjico por la gran mudanza en tan pocos días, el estimado por la riqueza, el que podía prestar y dar favor a mi amo, por verle no con aquella sobra y abundancia que yo quisiera, pues algunas veces le prestaba para el gasto de casa, porque, aunque él llegó con buenos deseos de recogerse en la ciudad, y en el oficio que tenía ganar de comer, no los puso en ejecución; antes, con dos desaguaderos de jugar y damas, fue polilla de lo que había traído de España y destrucción de cuanto entraba en su posada, viniendo a ser el negocio de suerte, que andaba ya comido por servido. Pero yo, como hombre poderoso, vivía ya

en casa de por sí, tenía quien me sirviese, y mi señor acudía a mi posada, tratándome con respeto, como persona que me había menester; que estos son los milagros que se ven muchas veces y las vueltas que sabe dar la rueda de la Fortuna: suben unos con alas de viento, de adonde, precipitados, vienen a caer otros hasta lo inferior de la tierra; y si vuelven a nuevas pretensiones, son con pies de plomo.

¡Oh vidrio frágil y quebradizo! No son las Indias para todos: tantos perdularios andan por allá como por España, quizá fiados en que la comida no cuesta dineros y a ninguno le falta, y como no beba vino, en cualquiera casa se la daban. A muchos, padre, he visto ir a Indias y volver tan rotos como cuando salieron de su patria, granjeando solo del viaje algunos dolores perpetuos de brazos y piernas, tan rebeldes a la zarzaparrilla y palosanto, que ni bastan sudores ni azogue para echarlos fuera.

VICARIO. Ese, hermano, es el fruto que se coge de la sensualidad, y paga que se da luego de contado por el breve deleite que tuvieron.

ALONSO. En efeto, padre; a mí podían contarme por el más afortunado, más rico y de más crédito de la ciudad, respetado de todos por mi riqueza, como si por tenerla yo les hiciera a mis vecinos alguna merced, los favoreciera en algo, los tratara con más amor y caricia, o para remediar sus necesidades los fuera a visitar a sus casas; antes, en lugar de ser agradecido a las mercedes que Dios me había hecho, sacándome de un humilde y bajo estado para ponerme en el que otros tenían mejor merecido, había cobrado un espíritu altivo, una arrogancia insufrible, un mirar a los pobres tan a lo señor y grave, que con justa causa los que me habían conocido se pudieran maravillar de mi poco saber y demasiada locura.

¡Oh, cuántas veces por no llamar a uno de *vuesa merced*, allá por rodeos decía: «El señor Fulano querría esto, y no ha lugar!». ¡Cuán poco me costaba una buena palabra, y ya que no tenía miel en la orza, la pudiera tener en la boca, y granjear voluntades y afición de un vulgo! Que no hay cosa de mayor estima que ser amado y querido un hombre en el pueblo donde ha de vivir el tiempo que Dios le diere de vida, ni cosa peor ni que más se haya de evitar como cobrar nombre de mal criado, descortés y mal trato; como si el rico y noble, por ser afable y amoroso con todos, perdiese algo de ser quien es. Pero, al fin, el tener es como el saber: la ciencia dicen que causa hinchazón y que es hermana de la riqueza, pues engendra soberbia; bien al contrario de los dones y gracias del Cielo, pues es el más rico de bienes espirituales, más humilde, afable, amoroso y bien hablado, el más docto del conocimiento de mayor importancia, más sabio y entendido en echar de ver sus principios, fundamento y origen de adonde salió a la vida que tiene, cuya estabilidad y firmeza es un poco de aire, que, en faltando se acaba todo.

Ninguna cosa destas se me ponía delante, y como el que sabe de mucho mal poco bien le basta, con mis gananzuelas no había como yo molino de viento. ¡Oh, qué de vanidad criaron mis cascós, qué prolongadas esperanzas que tuve y cuántas promesas me hice con mi buena suerte, como si estuviera en mi mano ir prosiguiendo de un mismo modo, y las cosas del mundo no tuvieran vaivenes! El que más subido está, en la cumbre suele resbalar y hacerse las cejas, y el más levantado árbol con el tiempo se pierde, faltando

quien le corte, retrato de mi dicha: tenía abundancia de bienes, amigos que me favorecían y acreditaban mis negocios; navegaba en la prosperidad que podía desearse a vela y remo; y cuando más descuidado estuve, di con todo al traste, perdiendo en una hora lo que en muchos meses había adquirido. Tuve noticia que iban unos amigos míos, con quien yo tenía particular amistad, a la China, y que llevaban lienzos, paños y otras mercaderías que en aquel reino se gastan con grande ganancia de los mercaderes. Yo, pues, deseoso de salir de una vez de cuidado y quedar rico y poderoso para siempre, no contentándome con las mercaderías que tenía, busqué otra gran cantidad dellas (que por mi buena opinión todos gustaban de fiarme), y encomendando a mis compañeros aquella hacienda, con la demás cargazón que ellos traían, dando velas al viento, hicieron su viaje, tan desdichado y con tan poca ventura como mis pecados y mi sed insaciable de riquezas lo merecían. En la mar no hay cosa segura, y por buen viento que se lleve, no falta otro contrario que se oponga, como lo tuvieron cierto mis navegantes, que saliendo con gran prosperidad, a pocas leguas corrieron fortuna; de modo que, contentándose con las vidas, tuvieron por buen partido arrojar al agua cofres, fardes, cajas y la demás mercadería que llevaba la nave, que, ya desembarazada de aquella máquina de riquezas de que iba preñada, ligera y libre, con más seguridad de perderse, dio vuelta a Méjico, quedando con su venida cierto de mi desgracia y seguro de no tener qué perder, pues cuanto tenía en un día se acabó, mejor diré, en un punto: *Cantabit vacuus coram latrone viator*. Dice el poeta que el caminante que no lleva dineros ni joyas que le quiten, que no tendrá qué temer, y que viendo a los ladrones cantará sin pena, y yo también entonces pude decir: «Ya no tengo qué temer ni qué perder; pobre era, y pobre soy; la suerte se volvió al contrario: si representé rey siendo pícaro, pícaro me soy, venga lo que viniere».

VICARIO. Gracias a Dios, hermano, que le dio tan buen corazón para que así llevase tan grandes trabajos y penas.

ALONSO. Pues no pararon en esto, porque, sabida mi pérdida, empezaron a venir unas y otras demandas de mis acreedores, pretendiendo cada uno ser anterior su deuda; y yo, con un pecho varonil y fuerte, les respondía a todos: «Vuestas mercedes acudan al golfo, que él hará pago, que hartos bienes tiene en depósito; y si no se contentaren con tan buen fiador, aquí está mi persona». Con esta respuesta, algunos, movidos de compasión, volvían las espaldas; otros procuraban cobrar de adonde era imposible, por ser sin número lo que debía y nada lo que me había quedado; mas, con todo eso, quise ponerme en cobro acudiendo a la Iglesia, por no verme en otra cárcel como la pasada. Di cuenta a mi amo, y por su orden me presenté al juez, haciendo dejación de bienes, y tan pocos, que me hubieron de dar por libre, pues «a quien no tiene, el Rey le hace franco». Veme aquí vuesa paternidad solo, desnudo, desamparado de hacienda y de amigos; que, en viéndome pobre, ninguno me miraba a la cara, y si lo hacían era para deshonrarme, y con razón, pues fui causa para que a muchos dellos les alcanzase su ramalazo con mi pérdida, habiéndome algunos acreditado, otros prestado y otros salido por mis fiadores, y todos ellos pagado por mí, y, aunque recibida carta de lasto para haber de cobrar, sin ninguna esperanza de jamás haberlo de recibir. Pero ya que no los pagué, no fui yo como algunos que se alzan con ajenos bienes, que esconden lo mejor que tienen y, usurpando la hacienda que les dieron en confianza, retráense a la Iglesia para que sus acreedores, componiéndose con ellos a truco de que los paguen, les perdonen por lo menos la mitad

de la deuda, o aguarden por doblado tiempo; pero yo, padre, ni lo tenía ni lo jugué ni procuré perderlo; que si fuera el negocio como yo esperaba, ninguno se pudiera quejar de mí.

VICARIO. A lo menos, hermano, ya que no pecó de malicia, su culpa fue el ser codicioso demasiado. Contentárase con una más que razonable pasada, sin andar con tanta sed de bienes temporales; que era forzoso haber de perecer quien tan inconsideradamente se arrojaba en un piélagos tan grande como era la codicia que traía.

ALONSO. Si lo pequé, ya lo pagué con el cuatro tanto, pues no hay mayor tormento como el haber tenido algún bien y después verse en extrema necesidad, como ciego que perdió la vista estando con buenos ojos, sin memoria de nube o catarata; pero sólo el consuelo que me podía quedar era lo que cada uno podía decirme: «Por la mar lo ganaste, por la mar lo perdiste; y como mucho dello mal ganado, llegó el Fiscal del Cielo y quitótelo todo; que no fue poca misericordia el querer ejecutarte en esta vida para después hacer remisión de tus deudas en la otra».

Con estas consideraciones determiné de volverme a servir a mi antiguo amo el alguacil, a quien rogué me recibiese en su casa; que no hizo poco en acatarlo, porque, aunque sus ganancias eran muchas, estaba peor que yo, tan lleno de trampas y con tantas deudas y que no le alcanzaba la sal al agua, y en el gasto de casa andábamos siempre a «sal acá, traidor». Mas como no tenía otro remedio ni adónde me pudiese recoger, alabé a Dios con lo que tenía; que adonde fuerza hay, derecho se pierde. Y aun lo tuviera a mucha ventura si aquella comodidad que me había quedado me durara hasta volver a España; que, al fin, ya sabía su condición y, mal o bien, allá pasaba; pero para un desdichado no pueden faltar trágicos sucesos, y más para mí, que era terrero de desdichas, pues cuando más descuidado estaba del rayo que venía sobre mí, hubo de cogerme dándole a mi señor un dolor de costado, de tanta malicia, que al quinto día pasó desta miserable vida a la otra eterna, y con su muerte resucitaron todos los que de temor de la vara estaban muertos, y, entrándose por casa, no dejaron estaca en pared (aunque, para decir verdad, harto poco había). Quedé yo deste saco en la calle y en cuerpo, con mi espada debajo del brazo, como quien pide para el soldado, y a tiempo que los galeones de España acababan de llegar al puerto, siendo para mí esta nueva mi total consuelo; y acudiendo a la mar, hablé a un capitán, suplicándole me recibiese por soldado en su compañía. Prometió de hacerlo, y a pocos días, habiendo hecho la embarcación, partimos de Méjico y, con próspero viento venimos a Cádiz, trayendo nuestro galeón innumerables indios riquísimos, a quien Dios había dado buena suerte para traer a España tantos bienes, cuando yo venía tan pobre, que con solo haber comido y con cien reales que alcancé de paga llegué a Sevilla.

Pero, padre, ya se va haciendo de noche: déjese aquí nuestra plática; que ya es hora de acogernos a nuestro convento.

VICARIO. Bien dice, hermano, que ya es tarde. Vuelva hoja, y acuérdesele adónde dejamos el cuento.

CAPÍTULO NONO

Cuenta Alonso a su vicario cómo llegó a Sevilla, entró a servir a un autor de comedias, y lo que pasó con él.

VICARIO. Quedamos, hermano, en Sevilla, después de haber venido de Méjico. Y bien echará de ver que le escucho de buena gana, pues no le pierdo punto de sus jornadas. Prosiga con su discurso, que la tarde tenemos por nuestra.

ALONSO. Con no poca pesadumbre, imaginativo y suspenso, me vi a la orilla del rio de Sevilla, considerando mi corta ventura, la mala traza que tenía de vivir, el modo que había de guardar para adelante, adónde me podría acomodar para no dar al traste con el poco dineero que me había quedado, cuando, volviendo la cabeza, hallé cerca de mí un hombre de gentil presencia, bien aderezado, cuyo hábito obligaba a tenerle algún género de respeto.

Mirome con alguna afición y, viéndome melancólico, me preguntó: «Hidalgo, ¿es desta tierra?». «Sí soy (le respondí), y poco ha que llegué a esta ciudad, pues, como desgraciado, aunque vine en la flota, lo que ella viene de rica estoy yo de necesitado y pobre, y tanto, que habré de buscar a quien servir, pues no tengo otro remedio, y no será de nuevo para mí el saberlo hacer, pues en este ejercicio he gastado mucha parte de los años que tengo, y no con disgusto de los amos que he tenido». «Pues no llega a mal tiempo (dijo el gentilhombre), porque yo soy autor de una compañía de amigos que traigo conmigo en la representación, y, si gusta, podrá servirme para tener cuenta en el vestuario con la ropa y vestidos de la comedia; que, dejado a parte que le trataré y pagaré muy bien, podría ser que fuese de tan buena gracia, que se quedase con nosotros por uno de los representantes».

Yo, padre, que tenía alguna noticia del modo de vivir y trato con que se pasa en la comedia, no me pareció mal su ofrecimiento; y, por no perder tan buena ocasión, le respondí: «Antes, señor, recibiré mucha merced en quedar por su criado, y creo tengo de ser de más provecho que otro, porque soy buen escribano, leo bien y hago (aunque malos) algunos versos: peste que se me pegó de cuando fui un tiempo estudiante de Salamanca».

VICARIO. Tan bien avenidos los veo, que poco será menester para concertarlos.

ALONSO. Así es, padre; porque, diciéndole yo gustaba mucho de servirle, y habiéndome concertado con él de que me daría doce reales cada mes, nos fuimos los dos a la posada. Y en el camino me leyó la cartilla de lo que había de hacer, y fue el escribir cada día los carteles, ir a la una a guardar la puerta hasta que mi amo llegase a cobrar, y después acudir al vestuario a tener cuenta con los cofres y ropa que había de servir en la comedia.

Parecióme trabajo moderado y que para mi condición y natural había de ser muy llevadero. Prometí de hacerlo como se me proponía, y desde luego empecé a ejercitar mi

nuevo oficio. ¡Oh cuánto puedes, necesidad, y a cuánto obligas! ¡Qué de torres has echado por el suelo y cuántas dificultades has allanado! ¡Qué de voluntades has torcido y a qué de ignorantes has enseñado! Haces hablar los mudos, humillar los soberbios, das ánimo a los flacos; y a mí, que poco tiempo ha me vi en el cuerno de la luna, y que para que hablase una buena palabra era menester primero ser lisonjeado, me trujiste a la miseria y desdicha a que pudo venir un hombre para quien era poco la riqueza que en sus entrañas encierra la tierra, usurpa el mar y el sol engendra en los más ocultos e inhabitables montes.

A todo me hube de poner: unas veces servía de dragón en algunas comedias de santos, otras veces de muerto, si había representación de alguna tragedia; tal vez de bailarín, cuando el baile era de a seis (que, metido entre otros, razonablemente podía pasar con mis malas piernas). En los entremeses también hacía mi figura, procurando siempre dar gusto a mi amo, porque, si va a decir verdad, él lo merecía y yo me preciaba de hombre de bien y agradecido. No se podía decir por mí lo que de otro mozo, a quien alababa su señor por no conocerle su condición ni saber el intento con que hablaba con él... Pero paréceme que salgo de la materia; quédese para otro día.

VICARIO. No, hermano; dígalo, que despacio estamos y es muy temprano; que no serán las tres de la tarde.

ALONSO. Pues vuesa paternidad gusta, va de cuento. Servía a un caballero de Andalucía un mozuelo de buena edad y de mejor traza, con tanto cuidado y diligencia, que con justa causa pudiera ser envidiado de los más serviciales criados de su tiempo; y no contento con su continua puntualidad en todo cuanto se le mandaba, tenía unas razones tan comedidas y tan bien dichas, que obligaba a tenerle particular amor y afición. Su ordinario decir era: «Dios quite de mis días y ponga en los de vuesa merced».

El caballero, con estas cosas tan agradecido y obligado, no se llegaba a corrillo, conversación o visita, que no se hiciese de la merced que Dios le había hecho en depararle un tan buen mozo como el que tenía. Contaba sus gracias, su cuidado, su fidelidad y, sobre todo, su grande amor, pues continuamente rogaba Dios quitase de sus días para poner en él: cosa bien contraria de lo que se usa en los criados destes tiempos, pues son como enemigos domésticos inevitables, que se han de querer y buscar aunque no queráis, y no hay pasar sin ellos.

Tuvo el caballero necesidad de hacer una breve jornada, y en su compañía hubo de llevar por lacayo o mozo de espuelas a su criado a quien tanto quería; el tiempo era por invierno, trabajoso, y el camino peor, por haber de pasar un puerto de grande aspereza: de modo que en la cumbre dél se levantó una borrasca, con tanto rigor, de un aire frigidísimo, que fue ventura con tanta ventisca no quedarse amo y mozo sepultados en aquella blanca y cuajada nieve. Animábanse los dos caminantes, ya con una bota que llevaban, ya con gritos que servían para que las mulas cobrasen esfuerzo y no atollasen perdiendo la vereda, que ya estaba casi cubierta.

Considerando, pues, el gran peligro en que estaban y el trabajo que padecían, dijo el mozo a su amo: «¡Señor, señor! Estos son los días que yo suplico a Dios quite de mí y ponga en vuesa merced, para que mejor se conserve el individuo». Quedó con esto el caballero desengañado del criado que tenía, y de allí adelante dejó de alabar las lisonjas con que le trataba.

Pero mi autor hallaba en mi trato y modo con que le servía una llaneza y una admirable inclinación a favorecerle en cuanto era posible; de suerte que, cuando no fuera de tan buen entendimiento como era, manifiestamente echara de ver cuán sin doblez procedía en todas las cosas que estaban a mi cargo, que no eran de poca pesadumbre: ya en los caminos, porque habíamos de andar de quince en quince días de un pueblo en otro, hechos gitanos, con nieves y aguas; de venta en venta, pasando las incomodidades que en semejantes caminos se padecen.

Y no era el peor haber de contentar a tantos, adonde hay tan diferentes pareceres y gustos: cuál decía mal de la música, cuál del verso y mala traza de la comedia, de la pobreza de conceptos, del estilo y modo de decir tan llano y ordinario; si las mujeres eran ya de días, poco airosas; los representantes mal aderezados, de poco cuerpo, arrogantes, de malas acciones, cuál recitaba llorando, cuál se turbaba por no acordarse del pie que le daban, sin haber falta que no se dijese ni delito, por pequeño que fuese, que no se sacase al tablado; y lo que era peor: que los que más mal hablaban y con más libertad, eran o los que no lo entendían o habían entrado a oírnos de balde.

No pocas dificultades pasan los pobres autores, ya en los ensayos, ya en si salen mal las comedias; que no todas veces los poetas aciertan, y por una mala representación, aunque otras muchas hayan hecho buenas, enfadados los oyentes, no vuelven otro día; y con poca gente y menos ganancia, siendo mucho el gasto, quedan los pobres asolados y perdidos; y así, no hay autor que no esté empeñado, lleno de deudas, y por maravilla alguno llegó a ser rico. Si hay mucho calor, no se viene a la comedia; si el invierno es riguroso o llueve, no se puede salir de casa; si algún príncipe muere, quítase todo género de entretenimiento, y los comediantes han de dejar su trato y buscar qué comer o modo de vivir.

VICARIO. Yo me acuerdo, hermano, que, estando en el siglo, entre personas doctas oía decir mal de las comedias, por ser acto donde se ofende Dios, aprendiéndose en él libertad, deshonestidad y cosas que la malicia humana cada día enseña.

ALONSO. En eso, padre, lo que puedo decir es que, reinando el sabio y prudente rey don Felipe Segundo, por evitar algunos inconvenientes y por mayor honestidad en las comedias, se quitó el representar las mujeres, por parecer que el verlas vestidas curiosamente, ya de su traje, ya del de varón cuando se ofrecía, incitaba a torpes y deshonestos deseos; y así, se mandó que en su lugar fuesen los representantes muchachos de mediana edad, y deste modo se representó algún tiempo. Después, pareciendo ser cosa tan impropia que a un varón se le dijese palabras amorosas, se le tomase la mano o llegase al rostro, se volvió la representación a lo que de antes, pero con algún límite; mandando a las mujeres, cuando se hubiesen de vestir de hombre, fuese el vestido de

modo que cubriese la rodilla, guardando en todas sus acciones honestidad y compostura, poniendo a las que tan justo mandamiento no obedeciesen, rigurosas y muy graves penas. Y me acuerdo haber quitado a una mujer que no saliese al tablado, porque se decía della que no representaba con aquella compostura y gravedad que era lícito en semejantes actos, procurando siempre que no desdijese a la política honestidad que debe guardarse, así en público como en secreto. Verdad es que los gentiles, como gente sin razón ni dios, como bárbaros sujetos a sus torpes y bestiales deleites, en sus representaciones procuraban de hacerlas tan al natural y propio, que si en la tragedia (como es forzoso) habían de morir dos o tres personas, en el mismo tablado les quitaban la vida los mismos representantes, y para esto sacaban de las cárceles los que estaban condenados a muerte, como se hizo muchas veces delante de los emperadores Daciano y Diocleciano: de suerte que, como fuese posible, se procuró siempre que la industria y arte se asimilase con naturaleza. Así le sucedió a san Ginés, representante, que, por hacer burla del sacramento del Bautismo, en una comedia que representaba delante del emperador romano se vino a bautizar, si en el agua no (por faltarle al ministro idólatra la intención de hacerle cristiano), después en el martirio consiguió el efeto del sacramento bautizándose en su misma sangre, por la confesión de Cristo señor nuestro.

En efeto, padre, en cuanto yo podía, procuraba volver por mi autor, y a los que decían que era cargo de conciencia dejarle estar tiempo en algún pueblo, inquietando los oficiales de su trabajo y llevándoles su hacienda, les daba por respuesta: «Si la paga de la comedia fuese excesiva y no se gastase en otras cosas más impertinentes y de mayor perdición y desasosiego, bien fuera estorbarlo; pero, si bien se mira, un autor con tanta costa, tantos salarios, portes de viajes, no salir jamás de un mesón o venta, ¿quién podrá imaginar lo que ha menester para cumplir su gasto tan excesivo? Pues ninguna cosa destas se hace sino a poder de dinero». Y a los que decían ser tiempo mal gastado dar oídos y vista a semejantes actos, llegándome a ellos, los conté el siguiente cuento...

VICARIO. Yo también holgaré de oírle.

ALONSO. En Salamanca, por estar vaca una cátedra de vísperas, se opusieron a ella algunos doctores graves de la Universidad, y habiendo leído por sus antigüedades los más dellos, como tienen de costumbre, uno de los opositores, dicha la lición, acabó alegando de su justicia con decir a los oyentes los grandes méritos que tenía para la pretensión que procuraba; sus muchas letras, su antigüedad en los estudios, su mucha virtud, nobleza y recogimiento, y que el señor doctor Fulano, su contrario y opositor suyo, aunque era verdad que sabía y tenía partes para poderle hacer merced de la cátedra, pero que, dejado aparte el no ser igual a sus méritos, era un hombre que jugaba y había echado a mal el tiempo que había de gastar en sus estudios.

El día siguiente leyó el último opositor, y acabada su lición, hizo a los estudiantes un breve razonamiento en esta forma: «El señor doctor Fulano, antecesor mío, en la lectura de ayer con mucha razón alabó su ingenio, su nobleza y virtudes, que son sin número y dignas de alabanza, a dejarme a mí, que soy su hermano, pues tuvimos un mismo padre, de adonde salimos todos los hombres del mundo. En lo demás, si he jugado o juego, tiene razón su merced, que sé jugar. Y así, suplico a vuestras mercedes que los que no saben

jugar no voten por mí, y que los que han jugado o juegan me hagan merced de favorecerme». Cayoles tan en gracia el dicho a los que le oyeron, que sin faltarle un voto le dieron la cátedra.

«Así que, señores, los que no gustan de oír comedias, los que tienen algún escrúpulo de escuchar algunas licenciosas razones y sienten distraerse de su recogimiento y virtud cuando van a oírlas, no las vean; que justo es apartarse de lo que les es dañoso y buscar lo bueno, pues es máxima del Filósofo que ninguna cosa en razón de mala se ha de apetecer y buscar; cuanto más que comedias se representan que se pueden oír de rodillas, como una de san Francisco, de la Concepción, y otras de muchos santos, adonde verdaderamente se reprehenden los vicios, se exhorta a seguir las virtudes y se toma ejemplo para la vida; y estas tales representaciones son las que alaba el glorioso doctor de la Iglesia san Agustín, y el angélico doctor santo Tomás, y permite el Derecho».

VICARIO. Para bien ser, hermano, así habían de ser: ejemplares, honestas, sin que se oyese en ellas ni se dijese cosa alguna malsonante ni descompuesta; los cantares y bailes que se dicen y hacen, que sirviesen sólo para un honesto entretenimiento, y que divirtiesen de los continuos trabajos que se padecen de ordinario; no que inciten y muevan a torpes y deshonestos pensamientos.

ALONSO. Está ya, padre, tan depravada la naturaleza y condición de los hombres, que son como la asquerosa y aborrecida araña, que de las más vistosas y saludables flores y olorosas yerbas viene a tomar el mortífero veneno; y por nuestra desdicha, en no siendo la representación de fabulosas, mentirosas, amorosas, enredos, invenciones y casos que admiren los ingenios y entendimientos de los oyentes, no dan gusto ni hay quien las vea, sacando, como se saca, de su verdadero quicio y camino para lo que se inventaron y permitieron las comedias, que en otros tiempos eran la sal de la república, el espejo de la vida, la entrada y lición de los ignorantes y el desengaño y luz de los que poco sabían.

Víase en ellas un mozo libre, vicioso y perdido, sin respetar a padres, ciego tras sus locos devaneos, en breves años sin hacienda y salud, puesto en un hospital; la dama, festejada del vulgo, servida de todos, enamorada de su hermosura y mocedad como otro Narciso en la flor y verdor de sus años, desengañada del tiempo a costa suya, olvidada ya de los que más celebraron sus dichos, estimaron sus desvíos y desdenes y, como sin seso, adoraron sus favores. Hallábase en ellas un criado mentiroso, un despensero ladrón, con más bolsas que Judas; un amigo fingido, un gracioso desvergonzado, adulador y descubridor de faltas ajenas y que no se sabían; un hablador maldiciente, mentiroso; una fingida hipócrita llorona; una casada descuidada de sus hijas y un padre sin cuidado de criar bien y refrenar libertad de sus hijos; un gobernador que se descuidaba del aprovechamiento y buen gobierno de su república y una criada destruidora del honor y hacienda de sus amos.

Estas eran las comedias antiguas: representaciones ejemplares, libros que enseñaban a bien vivir y en cada palabra decían una sentencia con que, satisfecho el entendimiento, viendo a la vista ya el premio, ya el castigo, seguía el uno por evitar el otro. Y si en nuestros miserables tiempos no se hacen ni representan con la rectitud y llaneza que solían, cuidado tiene el Real Consejo y las justicias de no permitir cosa que desdiga de la

honestidad, buen nombre y virtud. Y en el reino de Aragón jamás se permite representar comedia ninguna sin que primero no se haya censurado y corregido por el vicario o provisor de aquel obispado, y en hallando alguna falta, se les manda a los autores que no la representen.

VICARIO. Ahora dígame, hermano: acerca de los comediantes, ¿qué le parece? ¿Sería mejor que no los hubiese, o son de provecho a las repúblicas? Porque en verdad que holgaría de oír lo que siente acerca de la representación.

ALONSO. Pregúntame vuesa paternidad una dificultad, y no pequeña, pues me ha de ser forzoso responderle con la fábula del divorcio de la leona, cuyo testigo dicen que fue la raposa; y así, me ha de dar licencia para que la diga.

VICARIO. Yo le escucharé de muy buena gana. Bien puede decirla, que atento estoy.

ALONSO. Enojada la leona con su marido el león, viendo sus crueldades y desabrimientos que con ella tenía y el poco amor que la mostraba, procuró de apartarse dél y dejarle; y como el casamiento y vínculo del matrimonio no se pueda dirimir ni deshacer sin ligítima causa, pareciendo ante un juez que los dos eligieron de mancomún para este efeto y pleito, alegó la leona que su marido el león era insufrible, mal acondicionado, intolerable y, sobre todo, que el mal olor de boca que tenía bastaba a inficionar un ejército. Corriose mucho el león con este capítulo, y para su descargo pidió tiempo, en el cual quería presentar testigos, probando ser falso lo que la leona alegaba contra él.

Concediósele, y para su probanza llamó al lobo, a quien le dijo: «Ya, hermano, sabréis el pleito que la leona me ha puesto, las sinrazones que conmigo usa y la mala reputación en que forzosamente he de quedar si sale con lo que pretende. Por vida vuestra que miréis por mi justicia, pues no perderéis nada en favorecerme diciendo si es verdad que yo tengo mal olor de boca». Agradeció el lobo la buena voluntad que el león le mostraba, y pidióle que, abriendo la boca, le echase el vaho, y, haciéndolo así, le dijo: «Señor, si va a decir verdad, la leona tiene justicia, y a vos os huele mal el aliento». «¡Oh mala bestia! (respondió el león). Y ¿eso habéis de decir contra mí? Pero no os iréis sin castigo»; y, alzando la mano, con las uñas le hizo pedazos.

Y procurando de nuevo más testigos, llamó al oso, a quien le costó caro el decir lo que sentía. Pero, necesitado de buena probanza, y que los testigos hasta agora no le habían sido nada favorables, se fue en busca de la raposa, a quien rogó, pues sabía bien la razón que tenía, no dejase de ser en su favor; y para que entendiese estar de su parte la justicia, él quería dar bastante muestra, y, llegándose a ella, la boca abierta, la echó el vaho, diciendola que le oliese para poder decir con verdad si tenía mal olor o no. Atenta estuvo la raposa a cuanto el rey de los animales había dicho, y, por no ser parcial en pleito de adonde no podía salir muy bien, le respondió: «Prométoos, señor, que como soy tan desgraciada que de día no me dejan un punto, sino que de noche tengo de andar para hacer mi vida, y estas noches pasadas han sido tan frías y ha llovido tanto, con las muchas frialdades me ha venido un romadizo tan grande, que no me ha dejado narices ni

ojos: los unos para ver a qué parte vaya, y las narices para juzgar de olor; y así, no os puedo servir en lo que me mandáis; que, a no estar tan arromadizada hiciera cuanto quisierades».

La fábula responde a vuesa paternidad, pues lo que veo, padre, es que van a verlas personas doctas, discretas y de buen gusto, gente virtuosa, recogida y buena, y que dicen que el oír una buena comedia es el mejor rato que se puede tener y de mayor entretenimiento, y lo que es peor, que de mí sé decir que si me fuera lícito con este hábito ver las representaciones, ninguna perdiera; mas en juzgar yo en pro o en contra, ni me determino ni sabré dar mi parecer adonde hay tantos y tan buenos juicios de una y otra parte: cada uno siga lo que más gustare.

VICARIO. En efeto, hermano, ¿lo deja indeciso?

ALONSO. Esto es lo más seguro. Y volviendo a nuestro cuento (que ha rato que me divertí de la materia que trataba), estuve con mi autor año y medio (que fue milagro para mí perseverar tanto tiempo), y causolo el ser mi señor tan hombre de bien como era: hacíame buen tratamiento, dábame bien de comer cuanto quería, y pagábame mi soldada sin quedárseme con cosa alguna: negocio que obliga a un criado (si es que tiene buen juicio) a servir con más voluntad y veras; dejado aparte de que mi amo era virtuoso, gran limosnero, muy recogido, y en sus compañeros no consentía que hubiese mal trato ni término que desdijese de una buena correspondencia. Las mujeres que venían con él, aunque de muy buen parecer, eran honestas, virtuosas, y si algunas ha habido en otras compañías de buena opinión y fama, eran las que venían con nosotros por excelencia de las más recoletas.

Con estas cosas, y con tener yo amigos de mi humor y condición, me hallaba muy bien, y me estuviera algunos años deste modo, porque ya me iba alentando a salir al tablado y hacía algún papel de un embajador, paje o guarda; otras veces en acompañamiento tocaba el atambor si había guerra, y tal vez hubo que dije una coluna entera sin errarme, y de ver ensayar las comedias cada día, casi las sabía de coro.

Habíame prometido mi autor de que para el Corpus siguiente había de representar y darme ración como a los demás compañeros, diciéndome que tenía demasiada de buena gracia y buen talle para cuanto quisieran hacer de mí; y verdaderamente yo saliera con ser comediante, a no sucederle a mi amo una notable desgracia.

Y fue que, habiendo de representar un día la comedia del *Mercader amante*, de Aguilar el valenciano, y acudiendo mucha gente a la puerta, púsose mi amo a cobrar de los que entraban, y metiose entre los que iban pagando un mozuelo, con tanta priesa y fuerza, que, sin poderse valer mi autor, dio con él en el suelo, lastimándose un poco en la frente; y, enojado del mal término y de verse herido, dijo al mancebo: «¡Cuerpo de tal con él! ¡No mirara lo que hace y entrara con seso!». «Para quien él es, demasiado traigo», respondió el mancebo. Pero mi amo, que no había menester mucho y que no sabía de burlas ni sufrir semejantes desvergüenzas, diciendo y haciendo, con el talego del dinero que tenía en las manos le dio tal golpe en la cabeza, que le derribó muerto a sus pies.

Alborotose la gente, acudió la justicia, huyó mi dueño y púsose en cobro; y quedose la comedia, y todos los de la compañía, con la falta del pastor, quedamos como ovejas sin manso. Era muy aparentado en la ciudad el muerto, y procurando la venganza que ya no tenía remedio, asieron de los cofres del vestuario y toda la ropa que allí estaba, dejándonos sin ningún refugio; aunque yo no estaba el peor librado, pues siempre en mi pecho traía, para no menester, doscientos reales en escudos de oro, sin otras joyuelas de poco valor.

Y considerando lo que había de hacer antes que mi dinero se me acabase, determiné de volverme tercera vez a Sevilla, porque siempre en ella había hallado adonde acomodarme con más facilidad, pues, como en ciudad rica, a nadie falta en qué poder ganar de comer. No tuve corazón para despedirme de mi autor, compadecido de su desdicha; y así, habiendo oído pregonar una mula de retorno para Sevilla, que estaba treinta y seis leguas del pueblo de adonde salía, fui en su busca, concerteme con su dueño y luego partimos. Pero, porque parece que el cielo quiere hacer alguna mudanza, antes que llueva nos podremos ir, dejando en este punto nuestro comenzado suceso.

VICARIO. Vamos, hermano, y démonos priesa; que, si no me engaño, un gran golpe de agua nos ha de coger antes que lleguemos a nuestro convento; y advierta dónde queda con su discurso.

CAPÍTULO DÉCIMO

Da cuenta el hermano Alonso a su vicario cómo entró a servir a unas monjas y después vino a ser donado.

ALONSO. Una mala costumbre adquirida de muchos años, verdaderamente, Padre Vicario, que es muy mala de perder, y el que la deja no hace poco. Estaba yo acostumbrado a tener mi comida cierta, sin que anduviese puesta en opiniones, en si había de faltar a su hora; negocio que, bien considerado, no es el menor de los bienes poder descuidar de semejante carga, pues los trabajos que se padecen todos van encaminados a este pan de cada día, pues, como árboles puestos y plantados al revés, tenemos necesidad de ordinario riego para que este húmido radical de nuestra vida no se consuma y seque. Llegado a Sevilla (que en su camino quedamos, si bien tenemos memoria), di un doblón al dueño de la mula que me había traído y apeeme en la Lonja, donde me puse a considerar un rato del primer amo que allí había tenido y lo mucho que con él había pasado, hecho mozo de espuelas tras una mula trotona; que, como mi amo era hombre de opinión y Sevilla es grande, no había calle que no anduviese dos veces al día; y, echando de ver que tenía pocos dineros y que era forzoso el gastarlos o buscar algún arrimo en que entretenerme, puse los ojos en un religioso que acertó a pasar a caballo, y viéndole que iba solo, no queriendo perder la buena ocasión que se me ofrecía, le llamé, diciendo: «Padre, suplico a vuesa paternidad me espere y escuche». Volvió el fraile la cabeza, detuvo la mula y, en llegando yo, me dijo qué le quería. «Saber si soy mester acaso para servir a vuesa paternidad (le respondí); porque en cualquiera cosa que

me quiera ocupar lo sabré hacer con mucha diligencia». «Ahora pues, venid conmigo (me dio por respuesta); que yo soy vicario de unas señoras monjas y habéis llegado en ocasión que hemos despedido a un mancebo de vuestro cuerpo y talle, y podrá ser que os recibamos en su lugar y llevéis su salario, con la bendición de Dios». «Yo iré donde vuesa paternidad me mandare», le respondí.

Y así, con tan breve concierto, poniéndome bien la capa y sombrero, me fui tras él, y, entrando en la portería de un monasterio de religiosas bernardas, dándome la cabalgadura, que la recogiese, me dijo: «¿Cómo os llamáis, hermano?». «Mi nombre, padre (le respondí), es Alonso». «Así seáis vos como el nombre tenéis (replicó el vicario); pero suélese decir que no corresponden con las obras. Daos prisa, que es mediodía y los demás religiosos me estarán aguardando para comer». «Así lo haré», dije; y, desensillando la mula y poniéndola en el pesebre, entré en una cuadra, donde hallé sentados seis frailes, como que estaban para bendecir el refitorio.

Estúveles mirando y consideré el modo de las religiones, su manera de proceder y término, y como aun de lo que es sustento ordinario saben sacar mérito y aumento de nuevos bienes, bendiciendo a Dios, que tiene cuidado de acordarse dellos dándoles con liberal y generosa mano lo que es suficiente para su vida. No de la suerte que otros van a la mesa, que, imitando a las bestias, se sientan a ella sin hacer memoria del bien que reciben, pagando con ingratitud la largueza y misericordia que se usó con ellos, debiendo considerar cuántos en aquel tiempo y en aquella misma hora que a ellos se les ofrece con franca mano los regalados platos (que, aun aderezados con tantas diferencias de sainetes y salsas, hartos ya en ver tanta abundancia, postrado el gusto, no los apetece ni recibe), y están otros sin número virtuosos y buenos que, por no tenerlo ni con qué comprarlo, se holgaran de satisfacer su necesidad y hambre con la tercia parte que a ellos les sobra. Entraron, pues, los religiosos en el refitorio; bendecidas las mesas y dadas gracias, me dieron de comer a mí y a otro mozuelo menor que yo, a cuyo cargo me dijeron había de estar el acudir al servicio de los padres, así de la cocina como de lo que se ofreciese de algunos recados fuera del convento, y al mío, como ya mayor y de más cuidado, asistir en la sacristía y a lo que hubiesen menester las señoras religiosas, propiamente como ayuda de mayordomo, medio sacristán y mandadero entero. Y destos oficios, en comiendo que comí, el vicario me hizo un largo y prolijo razonamiento, encargándome la diligencia, puntualidad y silencio que había de aguardar, poniéndome delante el premio y paga tan cierta de mi trabajo; con que, por mayor que sea, a todos se les hace fácil y llevadero.

VICARIO. Deseo saber, hermano, cómo sin dar fianzas le recibian, habiéndole de entregar la plata y oro de la sacristía; que verdaderamente para mí muy dificultoso se me hiciera.

ALONSO. En otras partes, padre, siempre me pedían fiador; pero respondíales no ser posible el darle, por no tener quien me conociese; pero aquí no fue menester, porque mi vicario lo primero que me dijo, mirándome al rostro, fue sobornarme, diciéndome: «En verdad, Alonso, que tenéis cara de hombre de bien, y que en ella mostráis no haber de hacer ninguna vileza; y por eso por agora no trato de pedir os quien os fie». Y así, él satisfecho de mí y yo contento con él, sabiendo ya lo que había de hacer, no esperé a que

me lo dijese segunda vez: acudí a la iglesia al adorno de los altares, negocio en que pudiera graduarme, por estar tan cursado del otro año que tuve en el aldea, de aquel oficio. Reprehendía rigurosamente a los que hablaban mientras oían misa, y, porque no se enojasen conmigo, poniendo la reprehensión en el sacerdote, diciendo: «Señores, dice el padre que callen, que le perturban».

VICARIO. Poca advertencia, por cierto, de personas de buen juicio, pues procuran tener conversación y plática mientras se celebran tan misteriosos y divinos sacramentos.

ALONSO. Pues ha sido de suerte, que se cuenta de un hombre tan amigo de hablar en los oficios divinos, que habiendo de oír misa un día de fiesta, y diciéndose el evangelio postrero, preguntó al que tenía a su lado «¿Vistes si alzó la hostia el sacerdote?».

VICARIO. En verdad que estaba con buena devoción y bien atento para cumplir con las obligaciones de cristiano.

ALONSO. Acabábanse las misas y entraban luego otros géneros de ocupaciones, siendo correo de a pie para lo que me mandaban las apriesonadas por el Señor; y verdaderamente, padre, que lo hacía de muy buena gana, considerando que es obra meritoria el servir las y acudir a sus continuas necesidades, que es forzoso haberlas de tener.

Está preso en la cárcel uno por salteador, sacrílego, homicida, infiel, y deste tal es obra de caridad apiadarse, favorecerle y remediarle, con ser un desuellacaras, y ¿no será servicio agradable a Dios el favorecer a quien por su virtud y bondad, no por delitos, sino para agradar a Dios y servirle con más perfección, se emparedaron y metieron detrás de dos rejas? Criose el mundo para el hombre (y, con ser tan grande, aun es estrecho para él; que así lo lloraba aquel ambicioso Alejandro), y conténtanse con una estrecha casa, jaula para toda la vida, sin esperanza de haber de tener libertad ni salir de la prisión que escogieron. El considerar esto me ponía espuelas para acudir a cuanto me mandaban y a sufrir algunas prolijidades, que, como mujeres, no pueden dejar de tenerlas y de justicia el que las sirve las ha de llevar con particular paciencia, pues si tienen pies no pueden andar, y si manos, apriesonadas ¿de qué pueden servir?

Habíanme dado adonde me recogiese un aposentillo o celda pequeña, en la cual echando mi cartabón con particular cuidado y traza, hallé que la pared de la cama adonde dormía era correspondiente a una cuadra adonde se juntaban cada semana a capítulo las religiosas, así para el gobierno de su convento como para corrección de las faltas en que hubiesen caído. Yo, padre, que de mi natural condición era inclinado a experimentar y saber cuanto me fuese posible, de parte de noche, en la hora que con más silencio y quietud estaban mis frailes, poco a poco fui cavando la pared con un clavo semejante a una clavija grande, que para este efeto me ofreció la Fortuna, de modo que con facilidad vine a hacer un agujero bien acomodado por parte por donde no podía ser visto, para poder oír y entender cuanto en la sala tratasen y comunicasen las religiosas, como si entre ellas estuviera presente. Llegábase el día de la junta, que siempre era el viernes, día dedicado a sus penitencias; y sentada la Abadesa con sus monjas a capítulo, después de

haber dicho cada una sus faltas y culpas (de que ellas hacían mucho caudal, siendo verdaderamente tan ligeras que con agua bendita podían perdonarse), comenzaba la madre Abadesa su exhortación y plática, tan bien dicha y con tan buena gracia, que la pudieran oír los más curiosos y presumidos en la retórica: poníalas delante la grande obligación de su estado, la perfección que debían tener personas tan de la casa y familia de Dios, a quien tan para sí las había escogido sacándolas del mundo y traído a su palacio para sus verdaderas esposas; el ejemplo que debían dar a todos, así de su vida como de trato, conversación y plática; los peligros y ocasiones que a cada paso era forzoso se les ofreciesen, pues cuanto más apartadas y retiradas del siglo son más combatidas y perseguidas del Demonio, siendo condición suya procurar derribar y echar por el suelo los más altos y fuertes torreones, para quien con mayores veras apunta y asiesta su artillería, teniendo por mayor gloria la conquista de lo más dificultoso y difícil de alcanzar. Traíales a la memoria las promesas que hicieron, el premio cierto que esperaban, debido con justo título al animoso pecho con que dejaron los regalos del mundo.

Esto les decía, y yo me la escuchaba, y sus palabras hacían en mí notables efectos, considerando el modo y traza de vivir tan diferente en los hombres; el cuidado y recato con que están los virtuosos y el mucho descuido y demasiado olvido de tanta gente. Estas mis monjas no perdonaban la menor falta que cometían, sirviendo ellas mismas de fiscal, de reo y de juez en pequeños delitos; y acá, por grandes y atroces que sean, los disimulamos, paliando la culpa, como si se pudiera escusar la pena, o se tratara con quien no tiene ojos para mirar lo más escondido y oculto de las entrañas de la tierra.

Veníaseme a la memoria cuán injustamente y con cuán poca conciencia ha habido quien se atreva a decir mal de las religiosas, debiendo con justo título honrarlas, respetarlas y estimarlas en mucho, siquiera por la Casa en que están, por el Esposo que tienen y por la buena elección que hicieron. ¿No se respeta la casa de un rey, la de un embajador, la de un noble? Pues ¿por qué la de Dios no ha de tener sus preeminencias y señoríos? ¿No se mira el criado, se respeta el hijo, y a un deudo de un grande se le hace cortesía? Esposas son del que gobierna los cielos, y el mayor parentesco que tiene el mundo es el del divino Sacramento; y cuando esto no fuera bastante, en buena cortesía y correspondencia se debe honrar al sabio, al valeroso en armas, al cuerdo y prudente, al ejemplar y virtuoso, pues la verdadera prudencia fue el escoger el mejor estado, dejar la vanidad del siglo por lo verdadero y cierto, la libertad y regalos del mundo por la aspereza y rigor de un convento; y lo que más es, y la mayor victoria que uno puede alcanzar y donde muestra mayor ánimo y osadía, es en vencerse a sí mismo y en negar su propia voluntad, sujetándola por Cristo señor nuestro a quien le mande y rija y gobierne.

VICARIO. Tiene razón, hermano, porque verdaderamente más hizo Alejandro en entregar a Apeles aquella mujer que tanto quería, que en ganar los reinos que poseyó y sujetar los enemigos que tuvo debajo de su mano. Gran sacrificio es perder un hombre su gusto y dejar el libre albedrío en manos de un superior que le gobierne.

ALONSO. Eso que no es nada; para mí, padre, si no es por Dios no se puede perder la libertad. Y, aun viéndoles sin ella, hay hombres tan libres y de lenguas tan

descomulgadas, que si hallan en estas religiosas algún género de entretenimiento, es para ellos un caso gravísimo y aun delicto digno de un gran castigo. Pues mirad que en carne viven, y no en espíritu; de sujeto flaco son, y no de ángel. Algún género de alivio han de tener; que si todo es rigor y aspereza, acabarse todo y daremos con el edificio en tierra: tiempo ha de haber para la oración, para el coro, para el refitorio, y tiempo también para una honesta y virtuosa recreación y alivio.

Llegaron un día unos forasteros al convento de aquel ejemplo de santidad y penitencia san Antonio, y notaron que sus monjes tal vez se juntaban a conversación, donde en honestas pláticas se reían de algunos graciosos dichos de sus compañeros, otras veces corrían mostrando la ligereza de sus pies, y otras, para dar a entender la fortaleza que aun el continuo ayuno no les había quitado, tiraban la barra y saltaban: al fin, como mozos en quien el hervor de la sangre no podía dejar de hacer su costumbre. Maravillados de verlos los mal advertidos huéspedes, pusieron capítulos de la poca modestia de los religiosos, y a su acusación respondió el discreto Abad deste modo: tomó un ramo y, atando a las dos puntas un cordel, vino a formar un arco, y dándosele a uno de aquellos habladores, le dijo: «Tirad bien esa cuerda, cuanto pudieredes», y respondióle el que le tenía: «Padre, si con mucha fuerza se tira, quebrarse y no podrá servir; que la madera es delicada y no ha de poder sufrir lo que me mandáis». Entonces el santo viejo, algo enojado (y con mucha razón), les dijo a los maldicientes: «Débil es y de poco sujeto la naturaleza humana, y para caminar a la virtud es grande el trabajo que lleva; y, porque no falte a la mitad del camino, se le concede algún rato de sosiego y descanso».

Y si éste les faltase a unas señoras delicadas, ¿quién duda sino que fuera insufrible un tan ordinario y continuo ejercicio? Para esto se ordena el juntarse en comunidad algunos días de las Pascuas y otras fiestas ya señaladas para alguna recreación y regocijo.

VICARIO. Ejemplo será el nuestro, pues con guardar silencio en nuestra casa, y con tanto extremo, nos es permitido en este tiempo de Carnestolendas (aunque para los de nuestro hábito y religión siempre es Cuaresma) el salirnos a pasear por el campo a tomar el aire y a gozar del sol después de la demasiada clausura de nuestras celdas.

ALONSO. Yo aseguro, padre, que si el castigo que hizo Dios en algunos murmuradores lo hubiera de ejecutar agora, ¡qué de sarnosos y leprosos hubiera, y qué de otra suerte se fueran a la mano, y no se atrevieran a poner lengua en gente de la casa y familia del Señor!

VICARIO. Ya yo lo veo, hermano, pues porque unos muchachos llamaban calvo al otro santo profeta Eliseo, dos osos los hicieron pedazos, y la hermana de Moisés, María, por murmuradora se hinchó de lepra.

ALONSO. Ya, padre, con nosotros Dios no quiera usar de aquel rigor que antes acostumbraba, ni es el Dios de las venganzas, sino el de las misericordias, estrechando la vara de justicia cuando ya no se abre la boca que no sea para el deshonor del vecino; y, no contentos los murmuradores con lo seglar, no dejan bonete, capilla ni velo que no salga a la plaza, y de su vida muy por extenso no se haga platillo y conversación,

debiendo considerar que, por lo menos, cuenta tiene con su alma. Pues si tropieza no cae, y si cae es para levantare luego, al modo de las caídas del justo y bueno. Pero es sin remedio buscar remedio, y predicar en desierto cuando el atrevimiento está en su punto y para el bien todos cierran los oídos. Yo, pues, padre, pasaba todas estas pesadumbres lo mejor que podía, a veces con paciencia, otras sin ella, no me descuidando de acudir al servicio de mis monjas con la puntualidad que podía, hasta que, a causa de unas tercianas que me dieron, me fue forzoso haberme de ir a curar a un hospital, de adonde, hallándome algo mejor y considerando el poco término que guardaba en mi vida, pues estaba cierto el haberme de perder, por el poco sosiego que traía, no sosegando en la casa donde entraba a servir un año cabal (y, si lo estaba, medraba muy poco; que, en efeto, piedra movediza nunca cría moho), quise hacer libro nuevo y volverme con mis religiosas y servirlas como un esclavo, pues, al fin, aunque trabajaba, era razonable la comodidad que aquellas señoras me hacían. Pero en viendo que me vieron volver las espaldas, volvieron sus mercedes la voluntad, metiendo en mi lugar un mozuelo natural del pueblo y sobrino de un fraile de casa, que ocupó mi prebenda; y aunque yo alegué en mi abono mis pasados servicios, no me fueron de provecho, dando por disculpa el haberlas yo dejado y que me habían tenido por muerto, demás que no era justo despedir al que tenían recibido, por ser persona de mucho cuidado, propio para su condición, mozo liberal y callado.

Entonces yo perdí la paciencia, echando de ver la poca confianza que se ha de tener en el mundo, y más en servicios hechos en comunidad, pues «hacienda de muchos, lobos la comen»; y burlándose un poeta de los trabajos que había pasado un gentilhombre por una persona que no lo merecía, dándole vaya, le dijo en unos versos:

La ciudad te lo agradezca.

Quise servir adonde tuviese premio mi buena voluntad, agradecimiento mi diligencia y cuidado, y a quien jamás me dijese de no, queriendo yo estar en su servicio y no salirme de su casa; y más, que temí, llegada la vejez, no me faltase lo que a todos ordinariamente viene a faltar: a muchos he visto que sirvieron a los padres de los señores que heredaron la hacienda y mayorazgo, y no los buenos respetos y obligaciones de sus pasados; y viendo con pocas fuerzas y muchos años y enfermedades a los criados de sus antecesores, envíanlos a buscar a quien sirvieron, y ellos reciben nueva gente a quien acomodan, hasta que les llegue el tiempo que vino por los demás, pues, al fin, por maravilla se pierde una vieja y mala costumbre.

VICARIO. Razón fuera que los hijos miraran siempre por los criados antiguos de su casa, y a los que sirvieron a sus padres y agüelos los ampararan y socorrieran, primeramente en la vejez, que es la edad más combatida de necesidades y trabajos.

ALONSO. Eso es pedir peras al olmo, caridad a los avarientos, fidelidad en alarbes, sufrimiento en catalanes, flema en andaluces y secreto en muchachos. Acuérdomme de un buen hombre que tenía dos hijos desagradecidos a las obligaciones que tenían a su padre, y cómo se olvidaron dél y de lo que les había mandado y rogado cuando se moría; que, pues hace a nuestro propósito, brevemente se le contaré a vuesa paternidad.

VICARIO. Diga norabuena; que ya le escucho.

ALONSO. Hubo en una aldea un hidalgo tan rico de sangre noble cuanto pobre de bienes, gran cazador, ejercicio en que se entretenía de ordinario y con él sustentaba a su casa y familia. Criaba este hidalgo tres halcones de mucha estima, con esperanza que los había de vender en subido precio; pero atajándole la muerte sus pretensiones, viéndose cercano a ella, llamó a sus dos hijos, a quien, diciéndoles las obligaciones que le tenían y en la que estaban de ser hombres de bien y mirar a la virtud conforme a su calidad y los padres que habían tenido, les pidió con muchos ruegos, atento que él no tenía otra hacienda que dejarles sino aquellos tres pájaros de caza (que por la buena enseñanza que había hecho en ellos eran de mucha estima), que los llevasen a vender a la Corte, y el precio de los dos repartiesen entre ellos, como buenos hermanos, igualmente, sin que hubiese mejora ni pesadumbre alguna, y el precio del otro fuese para hacer bien por su alma. De cumplirlo como se les mandaba lo prometieron los mancebos.

Y, muerto el padre, parten los dos hijos para Madrid, donde procuraban vender sus pájaros. Llegaron a una posada, y por regalar los halcones los ataron a una alcándora con sus pigüelas y capirote, pero no tan bien, que no les sucediese una notable desgracia, porque, descuidándose en atar bien al uno dellos, y él se diese en sacudir el capirote, con mucha facilidad se le quitó, y haciendo fuerza, levantando el vuelo, rompió las pigüelas, y libre de la alcándora, voló a un árbol, de adonde, sin detenerse, subió por el aire de suerte que no pudo ser visto adónde paraba, ni el cascabel sirvió de seña, como otras veces, para cogerle.

El uno de los hermanos, viéndose ya sin remedio perdido el pájaro, dijo al otro mancebo: «Esto es hecho, no hay sino paciencia; tomemos cada uno su halcon, y aquel que se fue va va por el ánima de nuestro padre, que si está en el Cielo no ha menester oraciones; si en el Infierno, no le son de provecho; si en el Purgatorio, salir tiene forzosamente; que, en efecto, aquellas penas temporales son, y al fin se han de acabar tarde que temprano». Parecióle bien al mozuelo el dicho de su hermano; tomó cada uno lo que le cabía de partición, y el padre quedose como suelen quedar los que dejan tales hijos y testamentarios, que miran más por su provecho que por las obligaciones en que quedaron puestos y la confianza que se hizo dellos.

VICARIO. Para eso, hermano, los señores obispos tienen cuidado de que se les traigan todos los testamentos, y, viéndolos sus visitadores, procuran que se cumplan todas las mandas de los difuntos, no se fiando jamás de los sucesores: traza importante y muy conforme a la caridad cristiana.

ALONSO. Al fin, padre, enfadado ya de conocer tantas y tan varias condiciones, y echando de ver la vanidad del siglo, sus locas pretensiones, deseando tomar estado que fuese para mí, ya que no de alivio (porque en este valle de lágrimas no le puede haber), a lo menos que fuese donde estuviese cierto que era el más seguro para mi salvación y sosiego, vine a este convento, donde pedí a nuestro padre prior que de cualquiera suerte que gustase fuese servido de hacerme tanto bien que no me echase de su monasterio, sino

que en él, siquiera por donado, me recibiese, pues mi deseo no era otro sino servir y agradar a Dios y ocuparme en el servicio de tantos santos religiosos, siervos suyos.

Viendo mi buen celo nuestro padre, juntó capítulo, y sin faltarme voto me recibieron para donado deste santo convento, donde ha catorce años que vivo con más gusto y contento que si estuviera en los palacios de los monarcas de la tierra. Este es, en suma, el largo discurso de mi vida, con que he enfadado a vuesa paternidad sirviéndole estas tardes de entretenimiento, por habernos salido a entretener. Perdone mis faltas; que, como tosco en el decir, no lo he contado con la elegancia que los muy retóricos tienen de costumbre, verificándose en mí que ninguno puede dar más de lo que tiene.

FIN

SEGUNDA PARTE DE

ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS

Compuesto por el doctor JERÓNIMO DE ALCALÁ YÁÑEZ Y RIBERA, médico, vecino de la ciudad de Segovia.

Dirigida al doctor DON AGUSTÍN DAZA, Deán y Canónigo de la Santa y Catedral Iglesia de Segovia y Refrendario de Su Santidad en las signatures de Gracia y de Justicia. Con privilegio. En Valladolid, por Jerónimo Morillo, impresor de la Universidad.

Año MDCXXVI.

EL REY

POR cuanto por parte de vos, el doctor Jerónimo de Alcalá, nos fue fecha relación habíades compuesto un libro intitulado *Segunda parte de Alonso, mozo de muchos amos*, de que hacíades presentación, nos suplicastes os mandásemos dar licencia para lo poder imprimir y privilegio por veinte años o como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la premática que por Nós sobre ella fecha dispone, fue acordado que debíamos de mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razón, y Nós tuvimoslo por bien. Por la cual vos damos licencia y facultad para que por tiempo y espacio de diez años cumplidos, primeros siguientes que corran y se cuenten desde el día de la fecha desta nuestra cédula en adelante, vos o la persona que para ello vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podáis imprimir y vender el dicho libro que de suso se hace mención. Y por la presente damos licencia y facultad a cualquier impresor de nuestros reinos que nombráredes para que durante el dicho tiempo lo pueda imprimir, por el original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado y firmado al fin dél don Fernando de Vallejo, nuestro secretario y escribano de Cámara y uno de los que en el nuestro Consejo residen, con que antes y

primero que se venda le traigáis ante ellos juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, o traigáis fe en pública forma cómo por corrector por Nós nombrado se vio y corrigió la dicha impresión por el dicho original. Y mandamos al dicho impresor, que así imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego dél, ni entregue más de un solo libro, con el original, al autor y persona a cuya costa lo imprimiere, ni otra alguna, para efecto de la dicha corrección y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo; y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primero pliego, en el cual inmediatamente ponga esta nuestra licencia y la aprobación, tasa y erratas; ni lo podáis vender ni vendáis vos ni otra persona alguna hasta que esté el dicho libro en la forma susodicha, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la dicha premática y leyes de nuestros reinos que sobre ello disponen. Y mandamos que durante el dicho tiempo persona alguna, sin vuestra licencia, ni le pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere y vendiere haya perdido y pierda cualesquiera libros, moldes y aparejos que dél tuviere; y más, incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere, de la cual dicha pena sea la tercia parte para nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para el que lo denunciare. Y mandamos a los del nuestro Consejo, Presidente e Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa y Corte y Chancillerías, y otras cualesquiera justicias de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos, y a cada uno en su jurisdicción, así los que agora son como los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que ansí vos hacemos, ni contra ella no vayan ni pasen ni consientan ir ni pasar en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Fecha en Madrid, a 16 días del mes de diciembre de 1625 años.

YO, EL REY.

Por mandado del Rey, nuestro señor, don Sebastián de Contreras.

TASA

O, don Fernando de Vallejo, secretario del Rey nuestro señor y su escribano de Cámara más antiguo de los que residen en su Consejo, certifico que habiéndose visto por los señores dél un libro que compuso el doctor Jerónimo de Alcalá, intitulado *Segunda parte de Alonso, mozo de muchos amos*, que con licencia y privilegio de los dichos señores del Consejo fue impreso, tasaron cada pliego del dicho libro a cuatro maravedís; el cual tiene veinte pliegos, sin los principios ni erratas, que hasta ahora no están impresos, que al dicho precio suma y monta en papel veinte cuartos; y a el dicho precio mandaron se venda y no a más; y que esta tasa se ponga al principio y primer pliego de cada volumen, para que se sepa y entienda lo que por él se ha de pedir y llevar, sin que se esceda de la dicha tasación, como más largamente consta y parece por el auto y decreto original sobre ello dado, que está y queda en mi poder, a que me refiero. Y para que dello conste, de mandamiento de los dichos señores del Consejo y pedimiento de la parte del dicho doctor

Jerónimo de Alcalá, doy esta certificación, en la villa de Madrid, a 14 días del mes de noviembre de 1626 años.

Don Fernando de Vallejo.

FE DE ERRATAS

ESTE libro está fielmente correto y concuerda con su original. En Valladolid, a 10 de noviembre de 1626 años.

El maestro Rafael Sánchez.

APROBACIÓN DEL PADRE ABAD DE LOS GÜERTOS

Por comisión del señor doctor Jerónimo de Vega, Canónigo de Sigüenza y Provisor desta ciudad de Segovia, vi un libro que se intitula *Segunda parte de Alonso, mozo de muchos amos*; y, con ser segunda parte, la hallo tan digna de ser impresa como la primera. No sé qué se tienen los hijos primeros en la casa del alma, que parece se levantan con lo mejor de su origen, y debe de ser por atribución a los del cuerpo, que suelen salirse con lo más bien parado de su padre; que por eso Jacob llamó a su hijo Rubén (que fue el primero) su fortaleza: *Tu, fortitudo mea*; que sienten algunos fue decirle: «Tanto me ha costado el ser que te di, que casi nada me queda del mío para los demás». Pero el ingenio del doctor Jerónimo de Alcalá, padre destes hijos, aunque dio tanto ser al primero, como todos admiran, tan fecundo y entero se halla para el segundo que no sé cuál de los dos sea mayor ni primero; porque si el número y tiempo los destingue, la invectiva, ingenio, utilidad y limpieza de doctrina los iguala; y, según eso, digno es éste, como el primero, no sólo de la licencia que pide su autor sino de muchas gracias su trabajo. Fecha en el monasterio de los Huertos de Segovia, en 21 de octubre de 1625.

Fray Juan Gómez.

DEDICATORIA

A arrogancia, ingratitud y soberbia, así de Dios como de los hombres, siempre fue aborrecida; y, por el contrario, el agradecimiento, humildad y conocimiento de sí mismo estimado y favorecido. E ya que de lo primero no hallé en mí partes para presumir y alzarme a mayores (por ventura engañado de aquella antigua sentencia del Filósofo: *Suum cuique pulchrum est*, cada uno se aficiona de lo que hace), querría por lo segundo medrar con vuesa merced, amparándome con su sombra para salir a los ojos del vulgo, que, cual otro Argos, no ha de perdonar ni aun los pensamientos, censurando no sólo lo escrito sino también lo que se pudiera escribir. Obligara a vuesa merced a que favorezca a este vagabundo mozuelo la mucha merced que me hizo siempre el padre fray Antonio Daza, Guardián de Valladolid, Difinidor Custodio y al presente Comisario de la Curia Romana, hermano de vuesa merced; y la que recibí del padre fray Nuño Daza, su tío, Provincial que fue y Difinidor General de la sagrada religión del seráfico padre san

Francisco; demás de la natural inclinación de pretender servir siempre a vuesa merced, movido con tan justas causas como considero la mucha virtud, nobleza, letras, prudencia; el ser cabeza de un tan grave y principal cabildo como es el de la catedral y santa iglesia de Segovia (de adonde han sido dos tíos míos prebendados); la mucha estimación que han hecho siempre de su gran caudal de vuesa merced no sólo el señor Duque de Alburquerque, embajador que fue en Roma, sino también los tres Sumos Pontífices Paulo V, Gregorio XV y Urbano VIII, en cuyos pontificados fue vuesa merced secretario de la embajada de las Majestades Católicas don Felipe Tercero, que está en el Cielo, y don Felipe Cuarto nuestro señor, que Dios guarde: partes forzosas para que con tantos méritos le hayamos de ver sus servidores y criados de vuesa merced con mayores aumentos, como deseamos, a quien nuestro Señor, etc.

El doctor Alcalá Yáñez.

PROLOGO

Memoria tengo: no se me ha olvidado, discreto lector, de lo que prometí en el primer libro del mozo Alonso; y si escribí la segunda parte de su vida, puédote dar por disculpa lo que respondía un religioso y buen predicador a unos amigos suyos que le hacían cargo de que en los más de sus sermones siempre se salía del evangelio de la festividad que predicaba, metiéndose muy de ordinario a tratar de la pasión y muerte de Cristo señor nuestro, diciéndoles: «En todos los sermones debe el predicador exhortar a los oyentes al aborrecimiento de los vicios y amor de las virtudes. Pues ¿por qué camino con mejor título puedo yo cumplir con mi obligación, como poniendo delante un Dios hecho hombre por hacer bien al hombre, muerto por su remedio, y fatigado y cansado para que pudiese tener el hombre perpetuo descanso y sosiego?».

Así que no salgo del propósito, porque el predicar y escribir casi son compatibles y tienen un mismo objeto, y yo no salgo del punto: en el *Mozo* me estoy, del *Mozo* trato y con el *Mozo* acabaremos esta vez de enfadarte; y te prometo que no ha ser el parto de Pelaya. Sólo quiero que adviertas que, si acaso vinieren a tus manos primera, segunda y tercera parte de *Verdades para buena vida*, que no son libros hechos de ahora, sino que ha muchos años que tengo licencia de Su Majestad para imprimirle, y el no haber salido antes a luz ha sido la causa el ser el volumen tan grande, que, temeroso de la impresión, ni el libro se atrevió ni yo pude favorecerle, Y pues es el postrero el que llega a tus manos, trátalo como a hijuelo pequeño, a quien se sufren y sobrellevan innumerables faltas; y pues es forzoso haber de tenerlas este viandante, también lo será el haber de ser tú afable, benévolo y piadoso, mirando las cosas con ojos apacibles para que puedas con todos ser amable. *Vale*.

De don Juan Bravo de Mendoza al doctor Alcalá.

Décima.

Como sirve de alumbrar

al mundo el luciente sol,
vos, docto Isopo español,
servís, pero de enseñar.
Dueños os hace mudar
el deseo provechoso,
sin que achaque el perezoso
contra servicios tan buenos:
«Quien más sirve medra menos»,
pues medráis nombre glorioso.

Del licenciado don Josef de Aldana, canónigo de la santa iglesia de Segovia, al doctor Alcalá.

Décima.

Sirve Alonso, y escribiendo
tan dulcemente pintáis,
que porque vos escribáis
él no se cansa sirviendo.
Sale otra vez, y otra ofendo
vuestras alabanzas yo,
pues él mismo confesó
que debe más fama ya
a la pluma de Alcalá
que a la tierra que corrió.

De don Antonio de Zamora y Tapia al doctor Alcalá.

Décima.

En los amos que mudáis,
mozo de sabios consejos,
se echa bien de ver que lejos
del común camino andáis.
Mientras no lisonjeáis,
mentís y usáis de mal trato,
a ninguno tenéis grato;
pero proseguid, que al menos
seréis, para con los buenos,
de la verdad fiel retrato.

Del licenciado Juan de Quintela, clérigo, al doctor Alcalá.

Décima.

Despacha Alcalá este día
un mancebo graduado,
muy del todo autorizado,
de quien grandes cosas fía.
Por ese mundo le envía,
donde habrá conocimiento
de su virtud y talento;
que, aunque es verdad que en saber
viene por diez a valer,
en bondad vale por ciento.

Del licenciado Juan de Cajiguera, clérigo, al doctor Alcalá.

Décima.

Sabéis, Alcalá, escribir
con tal donaire y rebozo,
que enseñáis en vuestro *Mozo*
al mozo y viejo a vivir.
Introducisle a servir
en esta casa y aquella,
porque con industria bella
inquiera bien lo que pasa,
y, como ladrón de casa,
diga los secretos della.

De don Fernando Tello de San Román, caballero del hábito de Calatrava, al doctor Alcalá.

Décima.

Del veneno ponzoñoso
hace Andrómaco triaca:
salud y remedio saca
de un sujeto que es dañoso.
Así vos, doctor famoso,
con elocuencia divina,
vuestra pluma peregrina
con un elocuente hablar,
del dañoso murmurar
sacáis también medicina.

Del padre fray Matías de Sobremonte, predicador de la Orden de San Francisco,
al doctor Alcalá.

Décima.

De un peregrino sirviente
tú, maestro peregrino,
haces, ¡oh ingenio divino!,
otro maestro excelente.
Cursado, de puro oyente,
en experiencia estará;
por fuerza único será
en toda suerte de esciencias,
pues es primero en licencias
en la escuela de Alcalá.

Del licenciado Diego de Soto, clérigo, al libro del doctor Alcalá.

Décima.

Alonso, servil oyente
en la academia del mundo,
sale en su esciencia profundo
y en enseñarla eminente.
Y si echó el guante paciente
de necesidad precisa,
sus mejoras acredita
con el grado de Alcalá,
y en su profesión podrá
dar favor a quien le imita.

De Antonio Balbás Barahona al libro del doctor Alcalá.

Décima.

Un mozo que en el saber
arte y modo de vivir
nos puede a todos servir
de libro para aprender,
bien puede el mundo leer
lo que ha tan bien enseñado,
porque en lo que ha profesado
salga a mostrarnos que's hombre,
si rotulado en el nombre,

por Alcalá graduado.

Del licenciado don Baltasar Serrano y Tapia, clérigo, al doctor Alcalá.

Décima.

Mozo que al mundo servís
de saber y de enseñar,
y sois un cuerdo ejemplar
en cuanto hacéis y decís,
divinamente escribís
y contáis gallardamente
lo que sabéis a la gente,
multiplicando en la gloria
deste libro de memoria
la voz de sabio y prudente.

De don Francisco Horacio de Solier al libro del doctor Jerónimo de Alcalá.

Soneto.

Si quien mezcla lo dulce y provechoso,
doctrina y gusto dando juntamente,
el aplauso merece de la gente,
eterno nombre, título famoso,

bien merecéis, doctor, blasón famoso,
pues, siendo en tantas ciencias eminente,
os podéis del laurel ceñir la frente,
dejando a su patrón dél envidioso.

Hoy, Galeno español, habéis mostrado,
si a todos excedéis en el primero,
que a vos os excedéis en el segundo.

A tal servicio galardón ha dado
Eresma, con aplauso verdadero,
diciendo: «No hay tal mozo en todo el mundo».

De don Pedro Serrano y Tapia al doctor Alcalá.

Décima.

Ninguna alabanza hallamos
que os pueda, Alonso, igualar,
pues ha sabido agradar
un mozo de tantos amos.
Y, pues que tanto medramos
con vuestro alegre servicio
y no se os conoce vicio,
muy bien se puede decir
que quien acierta a servir
que jamás busque otro oficio.

De Alonso de Ledesma, el poeta, al doctor Alcalá.

Décima.

Hoy vuelve Alonso a servir
por más valer y medrar;
que el pobre que da en holgar
mal puede rico morir.
No quiere ocioso vivir,
cuya lección aprendió
del padre que le engendró,
el cual siempre está estudiando
y eternamente curando
del cargo que Dios le dio.

De doña María de Orozco Zúñiga y Vargas al doctor Alcalá.

Décima.

Pintar a Júpiter viejo
causaron sus desengaños:
que promovieron los años
su valor y su consejo.
Y así, siendo vos espejo
de prudencia que enseñáis,
injustamente os nombráis
mozo; mas dais a entender
que, aunque mozo en el saber,
nombre de viejo alcanzáis.

De Eugenio Velázquez, escribano del número de Segovia, al *Mozo* del doctor Alcalá.

Décima.

Mozo viejo: bien hacéis
en servir y no os cansar;
que esto de perseverar
es tan bueno como veis,
según el premio tenéis
de lo pasado y presente;
que quien sufre como siente
no se dará por sentido,
viéndose bien recibido
de todos por excelente.

Del licenciado Jerónimo de Castro Suárez al doctor Jerónimo de Alcalá y a su libro.

Décima.

De las escuelas del mundo
salís tan docto y tan sabio
que fuera haceros agravio
daros, Alonso, segundo.
En vuestro ingenio me fundo,
que a todos sirviendo está
del aviso que nos da;
a quien con razón llamamos:
«El *Mozo de muchos amos*
que nos ha dado Alcalá».

SEGUNDA PARTE DE

ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS

CAPÍTULO I

Juntos una tarde el cura de San Zoles y Alonso, ya ermitaño de la ermita de San Damián, le da cuenta de su nuevo estado y ocasión de haber dejado el hábito de donado.

CURA. ¿Es posible, hermano, que al cabo de tantos años como ha que le dejé en el reino de Navarra con aquellos santos monjes de su convento, le haya venido a ver en esta tierra, no sólo mudado el modo de vivir, sino también en hábito tan diferente como el que trae? Certifícole que aunque me lo juraran no lo creyera. Pero, al fin, mudable es la condición

de los hombres, y el Sabio nos dijo que no se alabe nadie hasta que muera: *Non laudes virum in vita sua.*

Acuérdome que un día, estando hablando con el vicario de su monasterio, acertó a pasar cerca de nosotros, y, haciéndome señas, me dijo: «Repare vuesa merced, señor licenciado, en aquel mozo; que le prometo que el mundo no tiene mejor pieza, y que, a no estar tan de partida, había de tener en esta casa algunos ratos de entretenimiento y gusto, refiriéndonos su vida y los muchos amos que tuvo en el siglo»; y, según noté, en verdad que le tenía muy buena voluntad.

ALONSO. Como esos milagros hace el tiempo; no hay cosa estable: el edificio más fuerte viene al suelo, los favores se acaban y las humanas confianzas salen engañosas. Ejemplo será⁵⁸ para todos, y, como escarmentado, podré quejarme sin provecho; aunque no es poco poder vivir ya desengañado, con la larga experiencia de mis prolijos y cansados días. Así es verdad; que yo también me acuerdo de haber visto en mi convento a vuesa merced algunas veces; y eché de ver que tenía amistad con el padre vicario: alivio entonces de mis trabajos, consuelo de mis penas y amparo de mis necesidades, y agora destrucción total de mi sosiego y forzosa causa de mi mudanza.

CURA. Enojado está, hermano; y aunque no sirva más de para que desfogue la mucha cólera que tiene en ese pecho, me obligará para servirle en que me dé por extenso larga cuenta de sus pesadumbres, y la ocasión y motivo que tuvo para venir a esta santa ermita de San Cosme, y ansimismo de todo el discurso de su vida desde que dejó el hábito de donado. Y para que con más voluntad tenga paciencia de hacer lo que le ruego, en breves razones le quiero decir quién soy y a lo que he venido a esta su ermita, si gusta de oírme.

ALONSO. Gran merced será para mí el querer vuesa merced emplearme en su servicio y en gustar de contarlo; y pues intenta ganarme por la mano, escucharé con la atención posible.

CURA. Sabrá, hermano, que yo soy natural de Lérida, donde hasta agora he asistido en todos mis estudios. Gradueme en aquella universidad de licenciado en los Sagrados Cánones; vine a Navarra, adonde el señor obispo me ha hecho merced de darme el curato de San Zoles. Tiene mi iglesia por anejo este santo templo, que en otro tiempo fue casa y recogimiento de los templarios, aunque agora está tan maltratada (en efeto, como edificio antiguo que no se habitaba). Tiene por vecindad este cercano soto, tan abundante de caza como el río de pesca. Y así yo (como recién venido a este curato), habiéndome, como dicen, tentado la tierra con unas tercianas dobles que tuve todo este verano, hallándome⁵⁹ algo mejor, determiné para mi convalecencia venirme a esta su casa para en ella divertirme unos ocho o diez días; demás que estando en su compañía podré asegurarme el haber de estar con mucho gusto. Y ansí, le pido que todas estas noches de ningún modo se descuide de verme; que, dejado aparte que recibiré mucha merced con sus visitas, será muy bien recibido y regalado con lo que hubiere en mi pobre celdilla. En suma, he dicho mi vida, y muy a la larga y no sucintamente, espero, hermano Alonso, me cuente la suya.

ALONSO. Bien quisiera escusarme; mas, siendo forzoso el obedecer, vuesa merced me esté atento, y cuando se cansare de oírme, con avisarme, protesto escusar el enfado.

CURA. Atento estoy; bien puede comenzar.

ALONSO. Estuve, señor, en el convento en que vuesa merced me vio algunos años, los mejores de mi mocedad, acudiendo al servicio y negocios, no sólo de la casa, sino también de algunos padres, y en particular del padre vicario, que en aquella era a banderas desplegadas daba en favorecerme. Pero como en todo haya mudanza, mudose el amor que me tenía en un enfado y desabrimiento, ansí en el mandarme lo que había de hacer, como si verdaderamente fuera su mortal enemigo.

Sentíalo yo en el alma; quejábame de mi poca suerte; las más veces tenía paciencia, y otras no guardaba el respecto que debía para mi superior, y, aunque entre dientes, oíalo su paternidad; de modo que con mis malas respuestas se acrecentaba más su cólera. *Tange montes, et fumigabunt*, dice la común sentencia. Mi vicario era monte de virtud, grande hombre de oración, caritativo, limosnero; mas, estando colérico, todo iba perdido, y más conmigo, a quien llamaba hechura de sus manos, y, como tal, procuraba deshacerme, tomando por medio otros muchos religiosos amigos suyos, a quien dando innumerables quejas de mi mal trato y término, les pidió le favoreciesen para quitarme el hábito, echándome del convento.

CURA. ¡Válgame Dios! Grande causa hubo de haber para tan gran venganza.

ALONSO. Entrando un día en una cárcel, por curiosidad llegué a preguntar a un mozuelo que vi en un calabozo con una cadena: «Dígame, gentilhombre, ¿por qué está aquí preso y con tantas prisiones?». Y él, con un despego y enfado notable, me respondió: «Por harto poco: le prometo a vuesa merced que sin culpa ha seis meses que me tiene aquí un ladrón de un escribano, un mal procurador que no hay hacerle mover sino a poder de dineros, y un juez que ha dado, sin para qué, en tomar ojeriza conmigo. Ya tengo hechos callos; venga lo que viniere, que con un palmo de pescuezo, cuando más rigor haya, podré pagar cuanto se me pidiere».

Compadeciéndome del mozo y movido a piedad, fui a verme con el alcaide, a quien dije: «¿Es posible, señor, que no hay quien se compadezca de aquel buen hombre, y que está padeciendo tantos meses ha sin culpa por no tener favor ni quien hable por él? ¡Que en Berbería no se usara tal crueldad y que esté en tierra de cristianos, desamparado de todo humano consuelo, y tan aprisionado como si fuera algún salteador de caminos! Pues en verdad que tengo de hacer por él lo que pudiere». Sonriose el alcaide, y mirándome, respondió: «Hermano mío, muy poquito sabéis. Ese mozo por quien mostráis tanta pena está condenado a muerte por haber quitado la vida a dos caminantes, escalado una casa y un palomar, descerrajado una ermita y robado della un cáliz y los ornamentos sagrados para decir misa, y, últimamente, porque, queriéndole prender, dio una estocada a un alguacil, de la cual aún no está fuera de peligro. Por vida vuestra que os vais por los demás presos y preguntaldes por qué están; que yo os aseguro que no hallaréis culpa en ninguno dellos».

Esto mismo podré yo decir, señor licenciado: para los desgraciados se hizo la horca, y quien no tiene dicha no había de nacer. Ve aquí vuesa merced conjurados contra mí los más de los frailes; y juntos en capítulo, propuestas mis culpas, me hicieron parecer en medio dellos y, habiéndome primero diciplinado (no con el amor que solían a otros, ni con aquella suavidad cuando decían sus defectos), me leyeron una bien injusta y rigurosa sentencia en que se me mandaba que al punto dejase el hábito que tenía y me saliese de su religión, notificándome que de ningún modo tendría remedio de quedar en su compañía.

Ya podrá vuesa merced entender lo que yo sentiría viendo que por tan livianas ocasiones como las que yo había dado me afrentaban de aquella suerte, sin hallar entre todos aquellos padres quien me favoreciese ni rogase por mí. Estuve suspenso un rato considerando qué respondería, y, ciego de enojo, no podía hablar palabra. Moviera entonces los diamantinos corazones con mi turbación, y no se movía el que era la principal causa de mi daño. Señor licenciado, ¡cuán diferente es la condición de Dios de la de los hombres! Oféndele un ignorante (que así le llama el Sabio: *Omnis peccans est ignorans*; todo pecador es falto de juicio), y pidiendo misericordia alcanza perdón; y por más que se deshaga en lágrimas para otro hombre miserable como él, no hallará una buena respuesta:

*Si quoties peccant homines sua fulmina mittat
Iuppiter, exiguo tempore solus erit.*

Si todas las veces, dijo el otro poeta, que pecan los hombres hubiese de enviar Júpiter rayos, en verdad que en poco tiempo se quedaría solo y que no tendría quien le ofreciese sacrificios. Cristo señor nuestro, verdadero ejemplo de mansedumbre, dice que deprendamos dél; y para obligarnos se pone por ejemplar, diciendo: *Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde*; mirad que soy manso y que no soy altivo de corazón ni soberbio, pues mi deseo es hacer bien y perdonar injurias. San Esteban ruega por sus enemigos; san Pablo dice de Dios que es misericordioso y que se compadece de los hombres, y ellos solos no saben tener misericordia ni compadecerse de los que ven en trabajos y miserias.

CURA. Hermano, eso es ser bueno infinitamente, pues, siendo infinito en bondad, infinitamente ha de amar a sus criaturas, infinitamente procurarlas su bien, su salud y remedio. El amor de los mortales es abreviado, mudable, quebradizo, que a un disgusto se acaba, con una palabra descompuesta se pierde y con una pequeña falta hace fin y término.

ALONSO. Así es verdad; y verificose en mí, pues tanto tiempo estuvo guardada aquella pesadumbre y cólera; bien semejante al caso que sucedió en una ciudad deste reino pocos meses ha; mas otro día lo diremos.

CURA. Cuéntelo agora; que temprano es y de buena gana le escucharé cuanto me dijere.

ALONSO. Había en cierto pueblo dos mancebos tan amigos y conformes en las voluntades como viciosos y distraídos en sus costumbres y mal modo de vivir; nada escrupulosos, ejercitándose siempre en quitar a descuidados caminantes no sólo la hacienda, sino también la vida. Entre los muchos robos que cometieron, acertaron un día a quitar a un pasajero una joya tan curiosa como de subido valor y precio, de modo que si se partía entre los dos era quitarla todo su ser, y llevársela el uno era perder el otro demasiado; y así, cada cual de los salteadores la codiciaba y tenía puesta en ella su afición, no queriendo de ningún modo quedar sin la presa. El mayor, que presumía más de valiente, habiéndole rogado primero al compañero que se la dejase, echando de ver que no aprovechaban con él buenas palabras, pretendió llevarlo a punta de lanza, y con demasiados fieros y algunas pesadas razones se hizo dueño de su codicia. El otro cómplice, menor en edad, en cuerpo y fuerzas, mal de su grado hubo de tener paciencia; pero disimuló su enojo, aguardando ocasión en que pudiese vengarse; y como si cosa alguna no hubiera pasado, hablaba y trataba con su mortal enemigo, verificándose en él lo que dice el real Profeta en el Salmo 136: *Qui loquuntur pacem cum proximo suo, mala autem in cordibus eorum*; publican paz y amor con sus hermanos, y están abrasándose el corazón con infernal aborrecimiento contra ellos.

Un día, pues, que, como otros muchos, acertaron a ir los dos a solas por unas alturas de un monte, tan estrecho por lo alto dél que ir juntos no era posible, y a los lados de la altura se iban desgajando innumerables pedazos de las peñas (que, bien miradas, aunque encumbradas y soberbias parecían llegar a las más levantadas nubes, se sustentaban y tenían como en el aire), hasta venir a dar en una profunda y admirable llanura; aquí, pues, llegando a lo más levantado del monte, el agraviado y atrevido mozo se asió fuertemente con su descuidado compañero y, abrazándose con él (no con abrazo de paz, sino de mortal odio que con él tenía), forcejó de suerte que le hizo venir, a mal de su grado, rodando por todas aquellas levantadas peñas. El otro, viendo el gran peligro que le amenazaba a la caída, no desamparó a su enemigo; antes le tuvo fuertemente asido, de modo que se le llevó tras sí al caer, rodando los dos juntos, tan abrazados y dando tan rigurosos golpes por aquellos riscos, que cuando llegaron a lo llano, al uno le faltaba poco para espirar y el otro no estaba muy fuera de acabar su vida; pero volviendo en sí al cabo de largo tiempo, y hallando a su contrario a su lado, que aún no había muerto, animándose lo mejor que pudo, cogió una piedra, y con algunos golpes que le dio con ella en la cabeza, le acabó de matar, quedando muy satisfecho y contento de haber salido con su pretensión.

CURA. Y ¿en qué paró ese mal hombre?

ALONSO. En lo que suelen parar todos los vengativos y desalmados, porque acertando a pasar por aquella llanura unos arrieros, hallando al un hombre muerto y al otro tan cercano a la muerte, los llevaron a la ciudad, y dando noticia a la justicia del caso, fue convencido el malhechor, y sin tormento confesó su delito, pagando su pecado en una horca. Y preguntándole el juez: «Venid acá. ¿No echábad de ver que si él os asía y caíades abrazado juntamente con vuestro enemigo, era forzoso haber de morir hecho pedazos y parar en el Infierno, como él está, si Dios por su misericordia no le dio arrepentimiento de sus pecados?». «No ignoraba yo (respondió el sentenciado mancebo)

el peligro a que me, ponía; pero, señor alcalde, a trueco de vengarme y quitar la vida al enemigo que tanto aborrecía, no digo yo una muerte, sino diez infiernos sufriera de muy buena gana, y eran pocos para mí».

CURA. ¡Loca determinación! Bien parece que ese mozo no tenía entendimiento; que, a tenerle, estimara el vivir y temblara de las penas de los condenados.

ALONSO. Mas volviendo a nuestro propósito, salió del capítulo cometido mi negocio al padre vicario y al padre de novicios; de modo que lo que sus paternidades hiciesen quedase por hecho y confirmado por todo el convento como última voluntad y determinación. Viendo, pues, yo a mis dos jueces, puesto de rodillas, mis manos juntas, les pedí misericordia y absolución de mis pasados yerros, protestando de allí adelante haber de ser un nuevo hombre, quitado de pesadumbres, sujeto a la voluntad de todos aquellos padres sin hacer excepción de ninguno dellos, diligente en el servicio de todo el convento, sin haber de tener jamás propio parecer ni querer a cuanto me dijeren.

CURA. Y ¿qué le respondieron a tan buenas razones?

ALONSO. Señor licenciado, cuando una persona grave se determina a poner en ejecución algún intento que tiene, solo Dios será posible apartarle dél y estorbárselo. No pudiera Demóstenes hablar con más elocuencia, ni un pobre llagado pedir limosna con más ruegos y lamentaciones, ni un niño con su madre ser más importuno y prolijo que yo estuve en aquella ocasión; mas pareciome que me aconteció a mí lo que a un cura, rector en el reino de Valencia antes que el Rey nuestro señor don Felipe Tercero, de gloriosa memoria, desterrase los moriscos de España.

Y fue que como el buen clérigo viese en aquellos infieles el poco respecto que tenían a las cosas sagradas, sus insufribles supersticiones, la inclinación notable a sus antiguos ritos y mahometanas ceremonias (que aun el vestido y traje de moros no le dejaban), considerando que su saludable doctrina y santos consejos era para ellos de poco o ningún fruto, celoso de su bien y afligido de su perdición, les dijo: «Paréceme, hermanos, que cuanto os predico por un oído os entra y por otro se os sale». Hallose a esta reprehensión un moro viejo, que debía de ser el de la barba vellida, y, mirando con algún sobrecejo al cura, en nombre de todos sus compañeros le respondió: «Antes, genior, ni entra, ni sale».

Todo era cansarme; no aprovechaba con mis padres cuanto les decía; y así, procuré de usar de otro medio, y con las mejores palabras que pude les dije: «Bien veo que el convento habrá, como es razón, mirado mi negocio y hecho en él lo que se debe hacer en cristiandad, religión y virtud, y que por mis defectos (que son grandes, yo lo confieso) me echan desta santa compañía; pero suplico a vuestras paternidades adviertan que yo no soy mío, y que no puedo estar libre de la promesa que tengo hecha de servir toda la vida a este santo convento. De suerte que, mirando este inconveniente, y que es de generosos ánimos perdonar injurias, y señal manifiesta de nobles pechos no reparar en niñerías ni en cosas tan fáciles como las que yo he hecho (puestas y consideradas en el sujeto mío que las cometió), vaya esta causa por cosa juzgada, y para en adelante yo ofrezco la enmienda».

«Hermano Alonso, no se le pongan semejantes escrúpulos delante de sus ojos: el haberse de ir es cierto (me respondió el vicario). Y para satisfacción suya, pues dice que es del convento, el convento no le quiere; estos padres le dan por libre y le absuelven del derecho que contra él podían tener, renuncian el bien que por su causa les podría venir, y gustan que se vaya de su casa, teniendo por mejor estar solos que tenerle en su compañía. Con esto, hermano, queda libre, sin obligación ninguna y absuelto de su voto».

CURA. Doctrina es ésa segura y llana; que el que es dueño de una posesión puede hacer della conforme a su voluntad y gusto.

ALONSO. Sucediome a mí lo que aconteció en un monasterio de los padres del seráfico padre san Francisco; y fue que el día de su festividad, como es razón y costumbre, soleniza su fiesta la Orden, así espiritualmente como corporal, haciendo mesa franca a los criados de su casa, amigos y personas con quien tiene particular amistad y obligación, siendo en tales días su refitorio común para religiosos y seglares; pero porque entre los que se convidan suelen algunos entremeterse, y a río vuelto ganancia para sus personas, algo atrevidas y de poco respecto, pónese un padre grave a la puerta, que va mirando los convidados para quitar las ocasiones que suelen suceder en semejantes juntas; como sucedió, porque entrando algunos señores eclesiásticos de la iglesia catedral y religiosos de otras órdenes, entre la demás gente que a bulto entraba se entremetió un gentilhombre, como otras muchas veces lo había usado, y ya por la costumbre y su poco respecto le traían muy sobre ojo, notado de todos y murmurado de los que solían asistir a la fiesta.

Ya que iba a entrar, el padre que servía de centinela y guarda le detuvo, diciéndole: «Téngase vuesa merced, que no es de los convidados ni ha de comer con nosotros». El buen hombre algo corrido, mudado el rostro de su natural color, respondió: «Suplico a vuesa paternidad me deje entrar, porque soy muy devoto de nuestro padre san Francisco, y tengo prometido de tales días como éstos comer en su refitorio con sus frailes». «No repare, señor de mi alma, en semejante promesa (replicó el padre), porque yo tengo bula de Su Santidad y de mi guardián para la absolución de ese voto; y así, digo que le absuelvo y le doy por libre; y así, se puede salir fuera o irse a comer a su casa, porque en nuestro convento no ha de tener lugar de desayunarse»; y cerrándole la puerta, le dejó solo.

CURA. Ansí, me parece que le puedo considerar despedido y sin remedio.

ALONSO. A lo menos, señor, ya que no le tenía, le rogué al vicario, por el amor que en otros felices tiempos me había mostrado, me hiciese merced de decirme qué culpas tan grandes eran las mías que no pudiesen admitir enmienda y tan sin esperanza se me negase el perdón dellas. Y, algo tierno, me respondió desta suerte: «Hermano Alonso, no entienda que se despide de nuestra casa por negocio ligero y de poco caudal, y que moverse unánimes y conformes todos los religiosos no ha sido sin mucha consideración. Todos los padres están enfadados de su mal modo de proceder, tiénenle por hablador y que se mete en negocios del gobierno del convento: cosa que no es permitida a un lego, cuanto más a un donado. El Prior quiere regir tus frailes sin que tenga quien sentencie sus

causas, si lo hizo bien o lo hizo mal. El hermano gobiérnese a sí (que no hará poco) y no se meta en gobiernos que ni le pertenecen ni los puede juzgar. En el tiempo que con nosotros ha morado no ha habido prior, vicario, predicador, sacristán ni portero que no hayan pasado por su arancel: negocio insufrible, y más de un mozo a quien de derecho se le debe poco respecto. Y si con buena intención y buen pecho (que en verdad que ansí lo tengo yo entendido) lo ha hecho o dicho, intenciones o voluntades júzguelas el Señor y no los hombres; y ansí, para evitar pesadumbres, quédese con Dios, y para su camino tome esos cincuenta reales, que yo quisiera darle muchos más, y en paz se quede». Y diciéndome esto, me sacó de la portería y, cerrando la puerta, me dejó en la calle.

Ya verá vuesa merced lo que podía sentir, solo en tierra ajena y sin la compañía de aquellos santos religiosos. Culpaba mi poca suerte, o, por mejor decir, mi poca discreción, poco saber y demasiado hablar, pues para vivir con quietud, yo, que tenía necesidad del favor y socorro ajeno, me había de hacer puente, sufrir con paciencia, llevar las condiciones de quien era más poderoso y tenía más fuerzas que yo, considerar el estado mío y no alzarme a mayores; que el querer subir a una torre sin escalera, locura es muy grande, pues es tan cierta la caída. Acordábame de un estudiante de Alcalá que, saliendo una noche por la villa, encontró una tropa de estudiantes, tan bien armados y apercebidos de broqueles, espadas y alabardas como si fueran a conquistar alguna fortaleza; y llegándose a él, le dijeron: «¿Quién vive?». El pobre mozo, más humilde que arrogante, respondió: «Quien vuestas mercedes quisieren». «Pues diga (dijo el uno dellos): ¡Viva el doctor Arroyo!». «¡Viva muy enhorabuena por muchos años ese señor doctor, y no se muera en toda su vida!», dando grandes voces dijo el estudiante. Y pasando a otra calle, le salió al encuentro otra compañía de retulantes, no menos apercebidos y cargados de armas que los pasados, y, en viéndole, le preguntaron: «¿Quién vive?». Mas él, que no quería pleitos con ninguno dellos, sino morir como fiel cristiano, muy de espacio, con todos los sacramentos de nuestra santa madre Iglesia, respondió: «¡Viva mil años más que el viejo Matusalén el que vuestas mercedes gustaren, y muera el que se hubiere de morir!». Palabras bastantes para que sin pesadumbre alguna le dejasen ir su camino.

Señor licenciado, cada uno sea gobernador de su familia; que el juzgar vidas ajenas, procurando saber cómo vive el vecino, eso, señor, en lo espiritual hágalo el Obispo y en lo temporal el Corregidor; que a ellos pertenece, como a centinelas de la república cristiana, y no a mí, hablador de ventaja, cuidadoso del bien ajeno y olvidado del principal fruto y provecho mío.

CURA. De esa suerte, no tiene de qué quejarse de su vicario, pues ofendido, y con razón, así él como los demás religiosos, justamente tomaron la venganza de la libertad con que los hablaba.

ALONSO. Ya yo lo veo, que ni yo hacía lo que debía ni las cosas andan agora como debían de andar. Priva la lisonja, está en su punto la mentira, no hay fe que se guarde; y la verdad, ya que no puede faltar por mucho que se adelgace, de puro flaca está en los huesos; pero quéjome de mi padre vicario de que, viéndome en el tiempo de mi noviciado (si es que así lo puedo llamar) y después dél, algo libre, ¿por qué no me reprehendía, y,

yéndome a la mano, estorbaba mi libertad? Crieme libre, hablador, sin guardar respecto en el decir, sin hacer distinción de personas, ¿qué podía sacar, sino ser aborrecido de todos, señalado con el dedo y echarme de la compañía y junta de tantos buenos? ¡Oh, cómo dijo bien aquel poeta en su romance!:

*Si la vara nace
aviesa y torcida,
poco la aprovechan
ramas que la arriman.*

Cuando veo, señor, que en los conventos, para doctrinar los novicios e imponerlos en las cosas tocantes a su religión escogen los prelados para maestros las personas de más virtud, más recogimiento, prudentes y cuerdos, alabo su buen proceder y bendigo su buena determinación. La primera leche que se da a los novicios, el primer alimento de naturaleza, es eficiente causa de sus buenas o malas costumbres. El ama de Nerón, para que saliese riguroso y cruel, se untaba los pechos con sangre cada vez que le quería dar de mamar o allegarle a sí, aunque no le hubiese de dar leche; y cómo salió lo dirán los victoriosos mártires, gloria de la Iglesia y corona de nuestra sagrada religión. Y Horacio, en su *Arte poética*, dando testimonio desta verdad, dijo:

Quo semel est imbuta recens, servabit odorem, testa diu.

En el vaso nuevo, si echares algún licor oloroso y suave, aunque se gaste y consuma, siempre permanece. Aprendan y escarmienten en mí aquellos a quien toca criar, imponer, enseñar y doctrinar la libre juventud de los mozuelos, potros sin freno, gente sin razón, cuyo deseo es vivir sin rienda, amigos de su libertad y apetito; los que, para pasar tiempo, no reparando en el daño que hacen, tomando los naipes con sus hijuelos, procuran entretenerse un rato, sacando de aquel juego fuego para su hacienda, destrucción de su casa y muchas veces pérdida de su salud y vida, sirviéndoles de maestros de maldad los que habían de ser ejemplo para la virtud, dechado de recogimiento y verdaderos padres cristianos de sus hijos. Un virtuoso poeta, contando las miserias de nuestros infelices tiempos, dejó escrito en unas quintillas:

*Quedó el hombre tan malsano
y de tan mal proceder,
tan pesado, de liviano,
que no se puede tener
si Dios no le da la mano.
En nada sabe acertar;
siempre le veréis errar,
inclinado de manera,
que si el pecar virtud fuera,
no pecara por pecar.*

Sapientem pone in via, dice el Espíritu Santo: a la persona de entendimiento y razón ponle en el camino; que él se irá por allí si tú se le mostrares como debes. Pero no

guardas ese consejo, pues en lugar de guiarle bien y doctrinarle, le llevas por vereda que, por lo menos, ha de ser su paradero y fin desasosiegos, pesadumbres, pependencias, pérdida de su hacienda, o, por mejor decir, de la tuya, pues en Alcalá o Salamanca, con los malos principios que le criaste y con amigos que allá se le juntan, no habiendo quien le vaya a la mano, en pocos días pone en cobro lo que era bastante para pasar todo el curso. Y tú tienes la culpa de todo; que le enseñaste lo que él no sabía y por ventura no lo aprendiera.

Había de sacrificar el patriarca Abraham al mancebo Isac, hijo suyo, único heredero de su casa; y con ser tan obediente al mandamiento de Dios y de su padre (que el mismo mozuelo subió el monte arriba llevando la leña con que había de ser quemado), no quiere fiarse dél el viejo y prudente padre, sino que le ata de pies y manos para que con el miedo del riguroso alfanje no ponga algún estorbo en la ejecución del sacrificio. Y tú, que ya tienes larga experiencia de los hijos de tus vecinos y de las malas costumbres del tuyo, tanto te quieres fiar dél, que no reparas en el veneno que le das a beber y en las letras de perdición que le estás enseñando. ¿Nunca ha oído vuesa merced, señor cura, decir lo de Ursón, rey de Francia, que por haberle criado una osa fue príncipe valeroso, de increíbles fuerzas; y de otro muchacho, porque le crió una cabra, ser tan ligero y corredor que hacía ventaja al más veloz caballo?

CURA. También yo me acuerdo de haber leído de una mala costumbre de un mozuelo a quien crió una lechona, que no tenía sosiego ni cabía en sí si cada día no se desnudaba y se metía en algún cenagal: costumbre que tomó de quien le dio la leche; cosa que causaba grande admiración a cuantos lo vían.

ALONSO. Bien se conoce esta verdad en los católicos príncipes nuestros, que Dios guarde, pues entre las condiciones que ha de tener el ama que los ha de criar, ha de ser que no beba vino ni lo haya bebido en ningún tiempo.

Pero volviendo, señor, a mi propósito, la queja que yo puedo tener de mi padre vicario es no haberle hallado siempre constante en hacerme merced, cansándose y enfadándose tan presto en favorecerme, pudiendo, como podía, no sólo con el Prior, sino con todos sus amigos, haberlo hecho de suerte que me perdonasen y con una ligera penitencia me quedase en el monasterio; pero al fin, esto fue el desengaño que conviene tener cada uno de la poca confianza que se ha de tener de los hombres, en quien más ligera que la veleta se muda la voluntad, y cuando más constante se imaginó, entonces con mayor facilidad se quiebra y falta.

CURA. Eso, hermano, díjolo el Profeta rey, enseñando en quién se ha de confiar y desengañando a cada uno adónde había de poner su confianza, cuando dijo: *Maledictus homo qui confidit in homine*, sea maldito el hombre que pone en el hombre su confianza; y en otra parte: *Nolite confidere in principibus in quibus non est salus*; no queráis, dice, poner vuestras esperanzas en los poderosos del mundo, porque en ellos no está la salud.

ALONSO. Así es la verdad, porque si empezó a favorecerme, faltome al mejor tiempo, sucediéndome a mí lo que le sucedió a un lego de la orden del bienaventurado santo Domingo con otro su amigo, fraile del seráfico padre san Francisco, en esta manera:

Caminaban un día dos religiosos legos que servían en sus conventos de limosneros, allegando por los lugares la limosna y caridad que los hacían para el sustento de los religiosos que estaban en la ciudad, donde tenían su convento; y como estos dos grandes patriarcas, santo Domingo y san Francisco, tuvieron tanta amistad mientras vivieron, dura con sus hijos hasta el día de hoy esta afición y amor, como verdaderos hermanos. Y los dos legos, como tales, caminaban juntos, favoreciéndose el uno al otro en lo que se les podía ofrecer. Sucedió que en el camino llegasen a un paso bien trabajoso de un río, que, aunque no muy hondo, por ser verano y traer no demasiada agua, con todo eso, por no haber puente y ser muy anchuroso, había de ser fuerza el pasarle con gran dificultad y trabajo.

Viendo el río el lego dominico, dijo a su compañero: «El pasar, hermano mío, es forzoso; no tenemos puente, el vado es fácil y sin peligro. Tú, conforme a tu regla, estás descalzo: lo que se puede hacer aquí es que alces un poco el hábito y me lleves a cuestras; que, pues eres mozo y de buena fuerza, podrás bien hacerlo, y desta suerte pasaremos con facilidad de la otra parte». «Bien me parece», respondió el religioso francisco; y poniendo haldas en cinta, tomó en sus espaldas a su compañero y comenzó de vadear el río lo mejor que pudo. El fraile era grueso y pesado, el vado no muy bueno, por las muchas piedras que tenía, y a cada paso con la mucha carga iba tropezando: de modo que a la mitad del camino se halló rendido.

Y no pudiendo ya dar paso adelante el fingido Eneas, alzó la cabeza y preguntó a su compañero: «Hermano, ¿por ventura trae consigo algún dinero?». «Sí traigo, aunque poco (respondió el dominico), porque, si bien me acuerdo, hasta seis reales me debieron de quedar hoy en la faltriquera». «¡Pobre de mí! ¡No me avisara con tiempo (replicó el francisco); y no que me ha hecho ir contra mi regla y que haya cometido un pecado contra mi religión! ¿No sabe que los hijos de mi gran padre no podemos llevar dineros? Quédese con Dios, y otra vez no tenga conmigo semejante término; que a no ser tanta nuestra amistad, no sé qué me hiciera». Y diciendo y haciendo, dio con la carga en la mitad del río, dejando al pobre lego que se escusaba de descalzarse para pasar el río, mojado desde los pies a la cabeza.

CURA. No es malo el cuentecillo. En efecto, hermano, él quedó fuera del convento, desamparado de sus amigos, sin esperanza de volver a él y con el dinero que le dieron para ayuda de su viaje.

ALONSO. Sí, señor. Y animándome, saqué fuerzas de flaqueza y metime en un monte cerca de la ciudad, adonde empezaron de nuevo mis desventuras y desdichas. Poco más de una legua había caminado por aquella espesura, cuando no muy lejos de adonde estaba vi que salía gran cantidad de humo, y coligiendo, como buen filósofo, que sin falta allí había lumbre (y, si lumbre, que algunos estarían haciéndola), porque ya era cerca de anochecer y corría un aire demasiado frío, procuré de enderezar mi jornada hacia aquella parte, no siendo menester caminar mucho, porque inopinadamente sentí que me abrazaban por las espaldas. Volví la cabeza y halleme asido de dos hombres, no tan hermosos como flamencos o ingleses, sino amulatados, mal vestidos y de malos rostros. Dilos el bienvenidos, sabe Dios con qué ansia de mi corazón, preguntándoles qué me

mandaban en su servicio; y ellos, a lo gitano, ceceando un poco, me dijeron que me fuese con ellos a su aduar, porque allí estaba el señor Conde. «En buenas manos he caído (dije entre mí); no dejaremos de medrar; buena noche se me apareja». Pero al fin, haciendo de la fuerza virtud, les respondí: «Vamos, señores, donde vuestras mercedes gustaren». Y guiando por la espesura del monte, llevándome en medio para no perderme de ojo, me preguntaron dónde estaba el jumento en que venía, o adónde le había dejado. «Conmigo viene siempre (les respondí); que, como tan devoto del padre san Francisco, soy mal jinete de a caballo, y por ahorrarme de costa véngome a pie». Con estas y otras pláticas llegamos al aduar de los hermanos, que con los silbos que mis guardas habían dado antes de llegar buen rato, para señal de la caza que llevaban, nos estaban aguardando; y más de un tiro de piedra nos salieron a recibir dos gitanillas y tres muchachos con gran regocijo. Preguntáronnos si venían otros pasajeros con nosotros. «Solo viene; que, a tardarse más en llegar a nuestro puesto, sin traer nada nos volvíamos», respondieron mis centinelas; y yo, deseoso ya de ver en qué paraba mi desdicha, me vine a hallar entre más de cuarenta, entre hombres y mujeres, sin los muchachos que entre ellos andaban desnudos en carnes, de razonable edad.

Presentáronme ante el señor Conde, persona a quien todos ellos respectaban y tenían por su juez y gobernador de aquella desconcertada república; y recibíendome con algún agasajo, me hizo desnudar hasta la camisa, dejándome como cuando salí del vientre de mi madre. Repartiose mi ropa entre los muchachos desnudos, y los pocos dineros entre todos. Estúveme yo mirando mis desdichas mudo, sin replicar en cosa, obediente a cuanto me mandaba, y decía entre mí: «¡Oh, si siempre hubiera sido tan callado, cuánto me valiera! Por lo menos, ya que no tuviera amo, no me echaran del convento aquellos santos religiosos. Pero ya es hecho, venga lo que viniere; que con la muerte todo se acaba». Y no faltó de la junta quien pretendía que se me diese, alegando ser razón de estado quitarme la vida porque no los descubriese; y a no haber otros mejor intencionados, que, movidos de lástima de verme afligido y tan congojado, que rogaron por mí, tuviera efecto su mal deseo; que en todas las juntas hay buenos y malos pareceres. Ya verá vuesa merced cómo podía yo estar: hecho un segundo Adán y sin tener una hoja de higuera con que cubrirme, repartidas mis pobres alhajas entre aquellos sayones; que aun el calzado que tenía me le pidió Catalina para su muchacho Juanillo.

Y yo, por imitar de todo punto al pacífico Job, me descalcé y se lo di, acordándome de un pobre pasajero que caminando por Cataluña cayó en manos de unos bandoleros. Desnudáronle, y habiéndole mirado lo que llevaba, le hallaron sesenta reales, y preguntándole adónde había de ir, respondió que a cumplir una promesa a la virgen de Monserrate. «Cerca está vuestra jornada (dijo el que había tomado el dinero): de aquí al convento hay doce leguas. Tomad esos siete reales que esos señores os hacen merced, y caminad con la paz de Dios». El buen hombre, desesperado de ver el mal trato de aquella mala gente y cuán contra conciencia le quitaban su remedio, con mucha cólera le dijo: «¿Hay maldad como ésta? Yo pediré al Cielo justicia, y el día del juicio os lo demandaré mal y caramente». El ladrón que oyó sus amenazas, riéndose dél, le detuvo, diciendo: «Si hasta el día del juicio me lo fías, déjalo acá todo y camina sin blanca»; y no le dejó un solo maravedí para su camino.

Así yo, hacer bravatas, maldecir mi suerte ni a mis contrarios, parecíame disparate, bien como lo que suele suceder en algunas casas: hurtan una sábana, toalla o camisa, y el dueño a quien se hurtó toda su cólera y pesadumbre le parece que se le alivia maldiciendo de quinta carta a quien se la llevó; pide a Dios que le sirva de mortaja, que para las puñaladas y heridas que le han de dar le sirvan de hilas y paños; y sirve todo esto no más de aumentar pecados y ofensas del Señor, y al cabo sin provecho alguno.

A un caballero andaluz habíasele huido un esclavo que tenía y llevádosele a Argel algunas joyas de oro o plata. En tiempo que los padres de la Santísima Trinidad venían de hacer un rescate, a quien pidió muy encarecidamente trajesen a España una carta a tal ciudad y tal barrio, porque importaba se diese a cierto caballero a quien venía el sobreescrito, los padres lo hicieron como lo prometieron, y, dando su encomienda, abrió el dueño el pliego, y halló un capítulo que decía:

Hallábame con poca salud en esa ciudad, y con menos gusto; y así, procuré de volverme a mi tierra con algunas joyuelas de que tuve necesidad. Vuesa merced me perdone, y si para algo fuere de algún provecho, no tiene sino emplearme en su servicio, a quien nuestro Señor, etc. De Argel y de junio a tantos. Alí Mahomet.

Leída la carta del fugitivo esclavo, paseándose el caballero con mucho enojo, con descompasados pasos, a voces (que le podían oír en la calle), le comenzó a decir: «¡Ah, perro, si te cojo; y cuál te tengo de parar, que no te conozca la galga perra que te parió!». Y el bueno del amo estaba en Castilla y el galgazo en Berbería.

CURA. En verdad que estaban cerca los dos para tomar la venganza que pretendía.

ALONSO. Señor licenciado, si por maldecir y por simples obsecraciones se hubiesen de remediar las cosas y me volviesen lo hurtado, o en algún tiempo lo esperase, verdaderamente, si puede haber disculpa, disculpa habría; pero que le deshagan, que le amortajen o que lobos le coman, ¿qué saco yo de aquello? A lo menos, cuando me acierto a hallar en semejantes ocasiones, cuando oigo decir: «La maldición de Dios te caiga», «Arrastrado te veas», «No tengas ventura en cosa que pusieres mano», como buen monaguillo respondo: «Con tu pan te lo comas; si tuvieres qué cenar, cenas, y si despertares, te levantes»; y volviéndome a los maldicientes, les digo: «Cada uno mire por sí y abra el ojo; que estamos en tiempo que a vuelta de cabeza no hay cosa segura. El puerto de Arrebatacapas es nuestra tierra, y de restituir o volver lo ajeno se usa ya muy poco; cartas de descomunión para gente depravada son de poco provecho, siendo como el rayo, que hace ceniza la espada, dejando la vaina sin lesión alguna».

Yo, pues, sin maldecir ni poner excusa, di toda mi ropa hasta quedar en carnes; sólo por la honestidad guardé una mantilleja que me solía servir a mis achaques de estómago y entonces la apliqué como paños menores, y aun éstos no me quisieron perdonar, porque llegándose a mí otra gitánilla, me dijo: «Muestra, muestra; que con ese paño abrigaremos la tripa de Antoñito, que anda muerto de frío». «No es de provecho (la respondí), porque, aunque es paño, está muy viejo, roto y muy raído, sin ningún pelo». «Como quiera que sea, aprovechará», replicó la mala vieja; y sin querer aguardar más respuesta ni excusa,

me la quitó, deseando en aquel punto yo volverme algún salvaje para que con el vello cubriese mi desnudez y deshonestidad.

Pero sin duda alguna aquella desalmada mujer había leído aquel canon de Avicena que dice: *Etiam in vilibus, summa virtus inest*; también en las cosas de poca estima y precio hay grande virtud. El mal de su hijuelo quería que se curase a mi costa, no reparando en el daño que a mí se me podría seguir.

CURA. «Mal ajeno del pelo cuelga», suele decirse. Cada uno mira por su interés, y venga lo que viniere por su vecino.

ALONSO. Conforme a eso, señor cura, me acuerdo haber sucedido un caso en un lugar deste reino; y fue que entró a comer en una casa de posadas un pobre caminante, y habiéndole regalado de lo que había y él pidió, hecha la cuenta y pagado al huésped, a vuelta de cabeza le cogió los manteles; y como si no hubiera hecho el hurto, llevándolos revueltos al cuerpo y bien cubierto con su capa, se salió de la posada. El dueño, que no era nada simple, requiriendo la mesa, echó de ver la falta; siguió al ladrón y a pocos pasos dio con él. Quitole la capa, dejando de manifiesto lo que buscaba; tratole mal de palabra y aun de obra, dejando en rehenes algunas puñadas y coces, reprehendiendo su descortesía y atrevimiento. Mas a todos estos trabajos, con mucha humildad, el afligido mozo respondía diciendo: «No se maraville vuesa merced deste negocio ni dé tantas voces por esta niñería; porque yo soy muy enfermo del estómago, y me han ordenado los médicos que me ponga a raíz del pecho una servilleta o manteles nuevos; halleme los de vuesa merced a mano, y pareciéndome bien acomodados a mi propósito y necesidad, me los puse en el estómago, con que voy sintiendo un poco de mejoría». «Pues, bellaco pícaro, ¿habíalo yo de pagar, o mis manteles tenían la culpa de vuestro dolor? ¡Daldos acá! Y agradeced que no os hago dar docientos azotes». «Yo los doy por recibidos, señor honrado», respondió el pobre hombre; entregó su hurto y dio gracias a Dios de verse libre.

Pero a mí no me iban sucediendo las cosas con tanta felicidad; antes imagino que si me pudieran quitar las orejas para coserlas a Periquito o Andresito (si les faltaban, o para cuando se las cortasen), que no estaban muy seguras en mi cabeza. Al fin, sin andar en pujas, me hallé sin mis alhajas, en cueros. La noche iba viniendo, levantábase un airecillo fresco, con alguna niebla que moderadamente humedecía la tierra, juntamente con mis pobres carnes sujetas a tantas desventuras. Acordábaseme de mi pobre celdilla y abundante refitorio, y que por lo menos a aquella hora ya habrían tañido a recogerse los frailes a dormir, pues habían de levantarse a maitines, y el estado en que entonces me hallaba era el descanso y sosiego, para mí la muerte, remate y fin de todos los trabajos. Esto consideraba cuando oí al Conde de mis contrarios que daba grandes voces con Isabel para que aderezase de cenar. Y mientras se adereza, se podrá quedar aquí, si vuesa merced es servido, pues ya es hora de recogerse, y a mí también me faltan algunas devociones que suelo rezar antes que me acueste.

CURA. Sea, hermano, como mandare; y para mañana en este puesto le aguardo; que aunque la casa es grande, como, en efecto, monasterio o habitación de caballeros, y cada

uno estamos en nuestro cuarto tan apartado, ruégole que mañana tome trabajo de venirse a mi aposento, pues sabe será suficiente ocasión para gastarme mis melancolías y divertirme de mis pesadumbres.

ALONSO. Digo que haré cuanto vuesa merced me mandare sin faltar un punto; y tenga memoria adónde quedamos con nuestra desgracia.

CAPÍTULO II

Cuenta Alonso al cura los trabajos que pasó con los gitanos, su trato y modo de vivir, y cómo se vino a Zaragoza.

CURA. Quedamos, hermano, cuando quería cenar el Conde de gitanos y daba mucha prisa que se aderezase.

ALONSO. Así es verdad, que en ese punto lo dejamos anoche. Y así, a las voces que dio el legislador de aquella república, salió Isabel con media cabra (que, según entendí después, la otra media se había comido por la mañana), hurtada, según su costumbre, del ható de unos pastores que cerca de allí estaban, y, no reparando en si era mortecina o estaba manida, la puso en un asador de palo; y los unos y los otros ayudando a traer leña (que la había en abundancia), hicieron maravillosa lumbre, alivio para mi desnudez y remedio para mi frío. Arose la cabra con brevedad y, sin buscar apetitosas salsas, en unos platos de madera fueron partiendo la carne los que servían de trinchantes, todos alrededor de una sábana, que sirvió en el suelo de manteles. La noche era oscura, mas no faltaba luz, por ser la lumbre del fuego bastante para alumbrar tres veces más gente que allí había. Viendo que cenaban, aparteme a un lado por no ser convidado de por fuerza, cuando una de las gitanas, tomando del plato unas dos costillas, me llamó diciendo que tomase aquello poco de carne y pan, siquiera porque no pudiese decir «mal provecho os haga». Agradecí el presente (que, para decir verdad, como había entrado en calor, de la vecindad de la lumbre, ya se iba picando mi molino). Y, dándome fatiga la hambre, eché el diente a mis costillas, y, con tener buena dentadura, no pude hacer mella (ni aun las pudiera quebrantar el mejor lebrel de Irlanda, según estaban de duras), y mis compañeros, no reparando en galas, comían de su cabra o cabrón como si fuera de una bien manida y gruesa gallina, y de cuando en cuando empinaban un cántaro de agua, porque vino no se usaba en aquella compañía ni debía de llegar a tanto el gasto.

Mirábamelos yo y alababa al Señor viendo que lo que yo no podía comer era tan sabroso y agradable para aquella pobre gente, y que no echaban menos los regalados manjares de los palacios de los monarcas y príncipes del mundo; demás que con ser aquella una comida tan grosera y a tal hora, y la bebida no vino, sino agua salobre, desabrida (bastante tal sustento para que el más robusto animal reventase), así los viejos como las mujeres y niños estaban fuertes, con unas colores de rostro y vigor con todas sus acciones, como si verdaderamente estuvieran de ordinario mirando por su salud con particular vigilancia y cuidado, o tuvieran delante de sus ojos para cada comida el *De victus ratione* o el *Régimen salernitano*. Echaba de ver ser verdadero el dicho del

Filósofo, que dice que naturaleza con poco se contenta: *Natura parvo contenta est*; y lo que decía Diógenes, que si él tuviera pan y agua continuamente, que compitiera con los dioses en felicidad y riquezas. Tardaron los hermanos gitanos una larga hora en su cena, y la mía fue tan breve, que no fue vista ni oída, por no haber sido más de pan; porque, aunque me convidaron a beber, no me atreví a probarlo, mirando por el individuo, sabiendo que el agua me había de dar algún dolor de tripas con su demasiada frialdad y no estar yo mostrado a beberla sin un poco de vino. Era ya más de media noche cuando los compañeros se comenzaron a recoger; dellos arrimados a unos pinos y otros sobre un poquillo de hato que allí tenían. Yo que me vía cercado de tantas y tan varias imaginaciones, servía de vigilante centinela, acudiendo a la lumbre y añadiéndola muy a menudo nueva materia porque no se acabase y sin su calor llegase yo a las puertas de la muerte. En este ejercicio estuve ocupado más de cinco horas, hasta que llegó la mañana, tan perezosa en dar su luz como de mí estaba deseada.

Comenzó el Aurora a derramar su aljófara, como si allí estuviera su simplón amante que hubiera de tener compasión de su llanto. Entonces yo, algo más consolado viendo que ya se ausentaban las tinieblas y que sobre el común azul se iban matizando algunas colores, busqué con qué cubrir mis remojadas carnes, deparándome Dios unos pellejos de carnero, que, vueltos la lana para dentro, con unas soguillas me fui liando el cuerpo de modo que podía pasar entre los que no me conocían por uno de los más recoletos anacoretas o por un san Onofre.

Ya rayaba el sol los montes más humildes cuando aquellos bárbaros fueron despertando, porque, del modo que si durmieran entre algodón y cubiertos con finísimas mantas, no les pudiera durar más el sueño: providencia divina, que con no dejar poco o mucho de llover más de once horas y estar todos sin cosa que pudiese darles algún amparo y defensa contra la inclemencia del frío, como si estuvieran en camas de campo, así estuvieron con tanta quietud y sosiego. Verdad es que la costumbre en ellos ha hecho naturaleza, y sacarlos de semejante trato de vivir era quitarles la vida.

Viéndome hecho un retrato del precursor Bautista, descubiertos los brazos y piernas, se comenzaron a reír de mí cuantos me miraban, alabando mi industria, pues acomodándome con las cosas, daba muestra de la habilidad que tenía. Mas de poco me pudo servir, porque una de las gitanas, dando muchos gritos y amenazándome con algunas afrentosas palabras, me pidió que al punto me quitase mi nuevo vestido, porque aquel era el hato en que ella solía dormir, sirviéndola aquellas pieles de mullidos colchones. Vi que tenía razón, por haberme hecho dueño de hacienda ajena: despojeme al punto de aquel disfraz, quedando, como antes, en pelota.

Dos días estuve de aquella suerte; y muchos más fueran, a no acertar a morir en aquella ocasión un gitano, que por estar muy enfermo y demasiado viejo vino a pagar su acostumbrada deuda, a que se condenó en el punto de su nacimiento, siendo el primero que dio principio a morir naturalmente.

CURA. ¿Qué es lo que dice, hermano? ¿La muerte puédese evitar? ¿No es forzoso el morir a todo viviente?

ALONSO. Sí, señor: obligados están los hombres a esta forzosa deuda después del pecado de nuestro primer padre; pero, señor, esta gente *non sancta* muere en la horca lo más ordinario, y cuando de allí escapa, es su sepultura la mar, por haber traído por su habitación y morada las galeras. Ver el entierro y funeras obsequias que sus mayores amigos hicieron con aquel pobre difunto, le prometo a vuesa merced, señor licenciado, que eran de no pequeña consideración: en parte para lastimarse, y por otra de mucha risa, viendo tan locas ceremonias y bárbaros ritos tan guardados en semejantes ocasiones. Dos mozos hicieron un gran hoyo o sepultura, donde dejaron metido, aunque descubierto, el cuerpo del difunto, echando con él algunos panes y poca moneda, como si para el camino del otro mundo lo hubiera menester. Luego, de dos en dos, iban las gitanas, tendidos sus cabellos, arañando su rostro, y la que más ensangrentadas sacaba las uñas a su parecer cumplía mejor con su oficio. A la postre iban los hombres, llamando a los santos, y principalmente al divino Bautista, con quien ellos tienen particular devoción, pidiéndole a gritos, como si fuera sordo, que socorriese al difunto y le alcanzase perdón de sus culpas. Roncos ya de dar voces, iban a echarle tierra; pero yo les rogué se detuviesen un poco mientras les decía dos palabras. Otorgose mi petición; y con la mayor humildad que pude les dije semejantes razones: «Este vuestro compañero es ya ido a gozar de Dios; que de su buena vida y muerte eso se puede esperar. Hase cumplido con vuestra obligación, así en encomendarle al Señor como en darle sepultura a su cuerpo, el cual que se entierre vestido o desnudo hace poco al caso, y a mí con lo que se ha de comer la tierra me podéis remediar, dándome licencia, ya que me quitasteis lo poco que traía, para que le desnude y ponga sus vestidos; que si lo hacéis, remediáis mi probeza y desnudez, poniéndome en obligación para que siempre me acuerde deste bien logrado en todas mis oraciones». Parecióles bien a todos lo que les dije; que no fue poco entre tantos no haber quien lo contradijese. Mandáronme que le desnudase, y yo, obediente, le quité al muerto el vestido que tenía, con que cubrí mis carnes, quedando en el traje, aunque no en la condición y costumbres, como cualquiera de mis gitanos. El cuerpo volví a la sepultura, y, cubierto de tierra, le dejé hasta el día del Juicio, que salga a dar cuenta, como cada uno de nosotros.

CURA. Y él, hermano, ¿quedose con aquella compañía?

ALONSO. Viéndome vestido, bien pudiera salir al primer lugar, buscando alguna comodidad en que entretenerme para pasar mi vida; pero considereme en cuerpo, como gentilhombre, y que no sabía si aquel vestido era hurtado, y por ventura, por ser de color, me le conocieran (que si fuera negro quitara el ser tan ocasionado para dar conmigo en una cárcel); demás que si me detenía algunos días con ellos, pudiera ser granjear alguna capa con que cubrirme, o quitándosela a alguno de aquellos bienaventurados a vuelta de cabeza (que, pues ellos me habían robado, sería ganar indulgencia). No porque yo fuese tan codicioso y avariento como aquel tirano de Siracusa, Dionisio, el cual, entrando en un templo, vio a uno de los dioses que la loca gentilidad adoraba, cubierto con una capa de brocado, y llamando a uno de los sacerdotes, le dijo: «Quitade aquella capa a aquel dios, y ponédsela de bayeta, que abriga en invierno y es ligera para verano, y la que él tiene llevádmela a mi palacio».

Ni tampoco imitaba al otro francés, que, codicioso de adquirir riquezas, ninguna dificultad ni trabajo se le ponía delante, pues hallándose un día en un sermón del Juicio, adonde un famoso predicador decía a los oyentes el desgraciado fin a que ha de venir esta máquina y redondez de la tierra, las espantosas y tremendas señales que han de preceder antes que se acabe, la venida de aquel infernal dragón del Antecristo, azote de la Iglesia (pues derramará más sangre de católicos que pudieron verter todos cuantos tiranos emperadores ha habido desde que comenzaron a perseguir a los fieles, así ellos como sus adelantados). Refería los tesoros que había de tener, el oro, plata, perlas y piedras preciosas (habiendo de ser señor de las riquezas que tiene en sí no sólo la tierra, sino también el mar), y que todo lo daría a los que le siguiesen, dándole adoración y teniéndole por verdadero Mesías. Acabose el sermón, y en bajando del púlpito el predicador, llegose a él el francés y, llamándole aparte, le preguntó, diciéndole: «Padre, el que porta tanto argén, ¿cuándo venirá?».

Yo, pues, aguardaba mi ocasión, y tan en tanto rogué al Conde me entretuviese con aquellos sus compañeros algunos días, dándome por el servicio que hiciese alguna cosa, conforme fuese su voluntad, pues no me faltaba entendimiento para ayudarles en el oficio en que me pusiesen. No le pareció mal lo que pedía, y llamando a un compañero suyo, hizo que me llevasen más adentro del monte cuanto un buen cuarto de legua, adonde estaban trabajando algunos gitanos haciendo barrenas, trébedes, cuchares y tenazas. Mi compañero dio el recaudo que traía al que allí servía de maestro en aquella herrería, y luego me entregó un mazo de los que los herreros llaman mozo o martillo grande de golpe, mandándome tuviese cuidado en el golpear, que no me encontrase con los otros que también servían en el ayunque de tirar el hierro. No fue menester conmigo segunda lición, porque a dos días podía competir con los mejores oficiales del cojo Vulcano. En este trabajo me entretuve algún tiempo, hasta que se labraron cantidad de piezas para poder llevar a vender por aquellos lugares.

CURA. Y ¿cómo iba de comer?

ALONSO. Eso, señor, por maravilla faltaba, porque algunos de los compañeros acudían a los lugares a traer pan, queso, tocino, carne de macho, por el dinero, y muchas veces sin blanca, pues en descuidándose alguna gallina, ganso, ternera o lechón, aunque pesase cinco o seis arrobas, era todo de mostrenco, aplicándose para los que estaban en espera de alguna aventura. De modo que algunas veces se comía muy regaladamente y otras no tanto, por andar los labradores nuestros vecinos con más cuidado y diligencia de lo que habíamos menester; de suerte que, como si vieran algún lobo en medio de su ganado o algún rayo que caía en sus panes estando ya para segar, sazonado y seco, o cuando algún oscuro y tenebroso nublado, después de espantosos y terribles truenos, sobre alguna abundante y ya madura viña quiere arrojar crecido granizo, no de otra suerte los escarmentados mozos unos a otros se llamaban, diciendo a grandes voces: «¡Guarda el gitano! ¡Cierra tu casa! ¡Recoge esos pollos, que viene el milano!».

CURA. Aun si la prevención servía de algo no andaban descaminados.

ALONSO. Del ladrón de casa con dificultad se puede el hombre guardar, porque a vuelta de cabeza les hurtaban cuanto querían: ya el lienzo, ya las sayas de sus mujeres, lino o, por lo menos, alguna manta o sábana de la cama: ¡Oh, cuántas veces me llevaron consigo algunas de las gitanas (que, como al fin mujeres, también tienen temor) y por aquellas vecinas aldeas entraban a pedir por las casas significando su pobreza y necesidad, llamando a las mozas para decirlas la buenaventura, y a los mozos la buena suerte que habían de tener, pidiendo primero el cuarto o el real para poder hacer la señal de la cruz! Y con estas palabras lisonjeras sacaban lo que podían, ya que no en dinero, por ser de ordinario mala su cosecha, en tocino: socorro suficiente para sus hijuelos y maridos. Mirábamelas yo y reíame de la simplicidad de aquellos bárbaros, y, a veces, enojado, no me pudiendo ir a la mano, con mucha cólera reprehendía su poco saber, pues daban crédito a tantas liviandades y fingidas razones, quedando tan contentas y satisfechas las que esperaban casarse, con lo que les decía la gitana, como si verdaderamente se lo dijera un apóstol.

CURA. Diga, hermano, ya que anduvo con esas mujeres, ¿por ventura saben algo? ¿Alcanzan alguna ciencia, o sus pasados enseñaronlas algunas señales para conocimiento de lo por venir?

ALONSO. ¿Qué ventura puede dar la que siempre anda corrida, sin sosiego ni descanso alguno, la que no sabe su suerte ni las cárceles en que por la mayor parte y de ordinario vienen a parar? Que, a saberlo, guardáranse y estorbaran innumerables afrentas y trabajos en que cada día las vemos. Verdad es que por la comunicación que tuvieron los egipcios con los hebreos, estando cautivos en el poderío de aquel endurecido rey, aprendieron dellos y tomaron conocimiento para muchas ciencias, sirviendo para esto, en el segundo cautiverio de los israelitas, los libros que escribió aquel tan sabio como discreto rey Salomón; dejado aparte que Egipto es tierra muy aparejada para la contemplación de la astrología, por no llover en ningún tiempo, pues para regarse los campos sembrados y árboles, dos veces al año sale el Nilo, y abundantemente los deja tan fértiles con su riego que no hay necesidad de más agua. De adonde con la serenidad del cielo, sin un nublado ni pequeña nube que estorbe la claridad y luz del dorado sol ni perturbe la de la plateada luna, estando las estrellas, ansí errantes como fijas, en su natural resplandor, tuvieron ocasión bastante para la contemplación de los celestiales astros. Pero estos nuestros gitanos, que en su vida vieron la mar, sino cuando los echan a galeras (que si las cumplen y no pagan con el pellejo, que es lo más ordinario, vuelven tales, que más están para un hospital de incurables que para quedarse de noche al sereno), criados en un monte, adonde atienden más a buscar de comer que a estudios ni ejercicios de letras, ¿de qué lo han de saber? El vulgo novelero no sólo los tiene por astrólogos, sino también por adivinos; de suerte que me acuerdo de una burla que hizo una gitana en un pueblo donde yo vivía, para confirmación de lo que digo a vuesa merced.

Y fue que, como esta gente anda siempre mirando cómo podrá hacer mejor algunos de los empleos en que se ejercita (y en decir gitano parece que trae aparejada ejecución, como cédula reconocida), hallándose en un lugar deste reino, se allegó a una casa donde halló sola a la señora della, que era una viuda moza, rica, sin hijos y de buen parecer, a quien, saludándola primero, dicha la arenga que llevaba estudiada, no dejando mancebo, viudo

ni casado, noble, galán dotado de mil gracias que no anduviese muerto por ella, la dijo: «Señora, yo te he cobrado mucha afición, y por saber que está en ti bien empleada la riqueza que tienes, aunque vives tan descuidada de tu gran dicha, te quiero descubrir este secreto: sabrás, pues, que en tu bodega tienes un gran tesoro; y para sacarle tiene gran dificultad, porque está encantado y no se ha de aprovechar dél si no fuere víspera de san Juan. Agora estamos a diez y ocho de junio, y hasta veinte y tres nos faltan cinco días; tan en tanto allega tú algunas joyuelas⁶⁶ de oro o plata y alguna moneda, como no sea de cobre, y ten seis velas de cera blanca o amarilla, que para el tiempo que te digo yo acudiré con otra mi compañera y sacaremos tanta abundancia de riquezas, que puedas vivir con ellas de modo que te envidien todos los de tu pueblo». A estas razones, la ignorante viuda, pareciéndola que ya tenía en su poder todo el oro de Arabia y plata del Potosí, la dio bastante crédito.

Llegose el señalado día, y fueron tan puntuales las dos gitanas como deseadas de la engañada señora; y preguntada si había tenido cuidado con lo que la habían encomendado y diciendo que sí, replicó la gitana: «Mira, señora, el oro llama al oro, y la plata a la plata: enciéndanse estas velas y bajemos abajo antes que sea más tarde, porque haya lugar a los conjuros».

Con esto bajaron las tres: la viuda y las dos gitanas; y encendidas las velas, puestas en sus candeleros a modo de círculo, pusieron en medio un jarro de plata con algunos reales de a ocho y de a cuatro, unos corales con sus extremos de oro, otras joyuelas de poco valor; y diciendo al ama que se tornasen juntamente a la escalera por donde habían bajado a la bodega, puestas las manos estuvieron todas por un rato como quien hace oración.

Y diciendo a la viuda que aguardase, se volvieron a bajar las dos gitanas, haciendo entre las dos un coloquio, hablando y respondiendo a veces, mudando de manera la voz como si en la bodega hubieran entrado cuatro o seis personas, diciendo: «Señor san Juanito, ¿será posible sacar el tesoro que tienes escondido?». «Sí, porque poco os falta para que le gocéis», respondía la compañera gitana, mudando el habla en un tan delgado tiple como si fuera de un niño de cuatro o cinco años. Confusa la buena de la señora, estaba aguardando la deseada riqueza, cuando las dos gitanas llegaron a ella, diciéndola: «Ven, señora, acá arriba, que poco puede faltar para que veamos cumplido nuestro deseo, y tráenos la mejor saya que tuvieses en tu arca, ropa y manto, para que me vista y disfrace en otro traje del que agora tengo». No reparando en el engaño que la hacían, la simple mujer subió con ellas al portal y, dejándolas a solas, fue a sacar la ropa que le pedían, cuando las dos gitanas, viéndose libres, como ya tuviesen guardado el oro y plata que estaba depositado para el encanto, cogiendo la puerta de la calle, con ligeros pasos traspusieron el barrio. Volvió la engañada viuda con toda la ropa, y no hallando las que había dejado en espera, bajó a la bodega, donde, como vio la burla y hurto que la habían hecho llevándola sus joyas, comenzó a dar voces y a llorar sin provecho. Llegose toda la vecindad, a quien contó su desgracia, sirviendo más de risa y burlarse della que de tenerla lástima, alabando la agudeza de las ladronas.

CURA. Y ¿cobrose alguna cosa de lo que llevaron?

ALONSO. Una vez salidas de la puerta, ellas supieron ponerse en cobro, pues metidas en el monte no era posible hallarlas. De modo, señor, que estas son sus buenas venturas, su adivinar, el prevenir las cosas, el alcanzar los secretos de naturaleza y el tener conocimiento de las estrellas.

CURA. La necesidad, hermano, es madre de la industria, y la pobreza es causa de mil ingeniosas trazas de vivir.

ALONSO. A ese propósito le quiero contar a vuestra merced, señor licenciado, un caso que me sucedió a mí con un hidalgo de Sigüenza, andando yo en compañía de otros tales como estos engañadores; que, en efeto, no pudo dejar de pegárseme algo de sus agudezas y embustes. Y no sé qué se tiene esto de una mala compañía, que, por la mayor parte, aunque uno sea virtuoso, amigo de hacer bien, cortés, bien criado y recogido, viendo en su compañero con quien comunica y trata de ordinario todas estas virtudes al contrario mudadas y contrapuestas, ya por el amor que le tiene, ya por el mal ejemplo que se le pone siempre delante de los ojos, por la mayor parte viene a degenerar de lo que antes era y pervertirse de modo que parece otro, no habiendo quien le conozca: tanta es la fuerza de la mala compañía.

Yo, pues, aprendí a echar azogue en los oídos de los jumentos que habíamos de vender, limarlos los dientes (y arrancar algunos, como tuviese necesidad, volviéndole de ocho años a tres o cuatro); y lo que naturaleza era imposible alcanzar ni poner por obra, siendo ya tiempo pasado, contra toda opinión de toda buena filosofía, yo lo alcanzaba por mi mucha sutileza; de modo que en tres meses que con ellos estuve, les hacía ventaja, pudiéndoles dar, como dicen, quince y falta; y ninguno ya se me podía igualar, preciándome de que no se me pudiese dar dado falso.

CURA. ¡Oh, qué buena gracia era ésa para las señoras damas, a quien los años roban su hermosura haciendo surcos en su frente y mejillas y desportillando algunas almenas de su boca!

ALONSO. Ya, señor, para eso no es menester cuidado ni diligencia alguna, pues el elefante les da su marfil, la casa de Meca paja y la Otomana su nombre y apellido. En efeto, señor, llegando un día a un lugar con otro mi compañero en ocasión que a un hidalgo le habían hurtado de un escritorio cantidad de dinero y, afligido, andaba haciendo averiguaciones con la justicia (aunque las sospechas y más ciertos indicios eran de los criados de casa, a quien echaba la culpa de su hurto), viendo yo acaso la grita y vocería que andaba en la posada, ansí del dueño como de los de su familia, entremetiéndome sin ser llamado de ninguno dellos, dije a voces: «Por harto poco que a mí me diesen, dentro de doce horas podría decir quién tiene el dinero». Oyolo el señor de la posada y, llamándome, dijo: «Si eso fuese así como decís, a truco de vengarme de una traición y atrevimiento como se ha usado conmigo, prométoos, hermano, que os daría un ferreruero y sombrero con que anduviédes mejor puesto de lo que os veo». «Yo lo acepto (le respondí); y si no acertare, con no darme nada poco se habrá perdido».

«Y porque empecemos en nombre de Dios, llame vuesa merced a todos los criados de casa, sin que quede persona en ella que no se manifieste», dije al buen hombre; y él los llamó a todos, que en parientes y criados serían como veinte y una persona; y tomando yo otras tantas varillas de unos mimbres delgados, que pedí, del largor de media vara, las repartí entre todos, dando a cada uno la suya, diciéndoles: «Estas varas se me han de volver mañana a las diez del día, y verase en una dellas un estraño prodigio: que si alguno dellos, de los que aquí están, fuere el ladrón del dinero, la vara que volviere crecerá cuatro dedos más que las otras, dejando señalado con esto al autor del hurto; pero si no estuviere entre los que aquí estamos, todas las varas serán iguales y no se aumentará la vara del delincuente». Con esto se fueron los sirvientes, llevando sus varas consigo, con presupuesto que el día siguiente se me habían de volver a tal hora concertada, sin faltar ninguna de las varas.

Fuime con esto, y acudiendo al término señalado el dueño de casa, llamando su gente, vino con sus varas, pero no iguales, como yo las había dado; y fue que una mozuela, pensando que había de ser verdad lo que yo había dicho de que la vara del ladrón crecería cuatro dedos más que las otras, remordiéndola su conciencia y hallándose culpada, entró consigo en consejo y echó la cuenta diciendo: «Esta vara ha de crecer cuatro dedos; pues bueno será, antes que me afrente, quitárselos yo, y con lo que se ha de aumentar, vendrá a estar igual con las otras; y así, por mi buena industria quedaré libre y no seré conocida por ladrona».

Como lo imaginó lo puso por obra; y dándome todos sus varas iguales, llegó la mozuela con la suya, cuatro dedos más corta que las demás. Mirela yo con mucha disimulación, y díjela: «Hermana, vuelve el dinero a su dueño, y no te acontezca semejante delicto otra vez, porque no te afrenten».

Coloreó la moza, y con poco aprieto confesó su culpa. Volvió lo que había tomado: quedó muy contento el hidalgo y yo con muy grande opinión de adivino, siendo todo, como era, no más de un poco de buen discurso, que, como sucedió bien, pudiera engañarme y quedar corrido; pero, al fin, salí medrado de un capotillo pardo y un razonable sombrero, con que volví a los compañeros, que, sabido el caso, se maravillaron de mi industria, pues ya sabía más que todos ellos, haciéndolos ventaja en todo género de estratagemas; de suerte que, o por envidiosos de verme en algún aprovechamiento y mejor opinión acerca de nuestro Conde, o que por afición que me habían cobrado, uno de los amigos me llamó un día, diciéndome:

«Alonso, si me ayudares en un negocio que tengo imaginado, no sólo nos ha de ser para los dos de gran provecho, sino también de buena fama y reputación para con los vecinos destas aldeas. Es el caso: has de tomar una bolsa y pondrás en ella veinte reales, un poco de hilo negro, una aguja y dedal, y con esto te irás al lugar más cercano y, preguntando por el cura, le dirás deste modo: «Yo, señor, voy de camino y con harta necesidad; hame el Señor deparado una bolsa, y aunque pudiera con el dinero que tiene remediarme, con todo eso, viendo que es ajeno, no querría sino que su dueño se aprovechase dél y se le vuelva. Y para esto suplico a vuesa merced que, en diciendo misa, lo diga en la iglesia, para que si alguna persona sabe quién lo ha perdido, dando las señas y sin hallazgo se la

pueda volver; que a mí cualquiera limosna que se me haga es muy bastante; y no quiera Dios que ningún género de codicia reine en mí, porque desde que encontré con ello no puedo sosegar». Tú eres ladino, hablas claro y, no siendo conocido, podrás hacerlo fácilmente; y yo estaré a la mira de todo, y cuando se ofrezca pregonar la bolsa, saldré yo diciendo que es mía; daré las señas de lo que está dentro, entregarásmela, y lo que resultare, por experiencia lo has de ver fácilmente».

Pareciome bien su consejo; di el sí de hacerlo, concertamos el día de nuestra obra, que fue un domingo de madrugada, que salimos los dos juntos de nuestro aduar para llegar con tiempo a una villa que estaba dos grandes leguas de adonde teníamos la habitación. Quedose algo atrás mi compañero y yo solo entré en casa del cura: hallele acabando de rezar para irse a decir misa; hablele cortésmente; propuse mi demanda con tanta retórica, buen lenguaje y buenas razones como quien la traía bien estudiada. Alabó mi buen intento, admirado de ver que siendo pobre, necesitado y mendigo, teniendo en la mano la ocasión, no quería aprovecharme de ella, aun siendo lícito. Hablome con mucho respeto, teniéndome en posesión de un santo; llevome consigo a la iglesia, donde, después de haber dicho misa, hizo una breve plática a sus feligreses, diciendo que el que hubiese perdido una bolsa, acudiendo a él y dando señas de lo que tenía dentro, la volvería, porque él sabía dónde estaba. Encargó a todos me socorriesen con alguna limosna, exagerando ser yo un hombre de los más virtuosos y cuerdos que él había tratado y visto en todo el discurso de su vida. Poníame por ejemplo para todos aquellos que usurpan haciendas ajenas, pues, no tomándolo, sino siendo hallado, caminando con pobreza, obligado a pedir, buscaba dueño, pudiéndolo ser lícitamente, por algún tiempo a lo menos, forzado con la extrema necesidad que padecía.

Acabó con mis injustas alabanzas el buen sacerdote, cuando mi compañero entró por la puerta del templo y, alargando la cabeza, como que estaba escuchando lo que el cura iba diciendo, dijo a voces: «Señor licenciado, esa bolsa es mía, y yo la perdí ayer en tal parte; tiene dentro un dedal, un poco de hilo negro y aguja y tantos reales». «Así es la verdad (respondí yo entonces). Véisla aquí, lleváosla, y Dios os haga mucho bien con ella». Tomó posesión el gitano de lo que era suyo, sin haber quien lo contradijese, y yo comencé a recibir de todos los oyentes largas y cumplidas limosnas, alabando mi fidelidad, buen trato y buena conciencia: negocio de mucha estima para nuestros tiempos. Valiome la fingida traza setenta reales, ocho panes y comer con un regidor del pueblo, trayéndome todos los vecinos dél por un santo; pero tal hipocritón representaba yo: cabizbajo la cabeza y ladeada, los ojos bajos, inclinados al suelo, voz humilde y ronca, los brazos cruzados y bien cubiertos con la capa, el paso corto y modesto, y la mayor parte del cuerpo inclinada a la tierra. Gocé desta aparente santidad tres días, y, como ahogado, al cuarto me pareció ser justo volverme a mi antigua posada.

CURA. Harto mejor fuera estarse con ellos, pues tantas buenas obras le hacían; y pues tenía cobrada tan buena opinión, prométole que había de tener buen pie de altar.

ALONSO. No es negocio tan fácil como parece una fingida hipocresía, pues, dejada aparte la ofensa de Dios, aquel cuidado continuo de andar siempre como en centinela, si le ven descompuesto en habla, vestido, comida, rostro alegre, entretenimiento (aunque

sea lícito); aquel poner escrúpulo en lo que no hay en qué reparar, macilento el color (inclinado a amarillo o pardo); penitente del Infierno, aborrecido del Cielo, adonde no es posible que le reciban; desvelándose siempre en agradar a los ojos de los hombres con una falsa apariencia de santidad, siendo en la soberbia y ambición el mismo Lucifer, no es para todos: ha menester el que la tuviere una diabólica traza. Pero yo, señor licenciado, echaba de ver lo malo, y aunque de cuando en cuando deslizaba y caía en mil trabajos y desventuras, también tenía mis lúcidos intervalos, con que procuraba evitar algunos pecados, recogíendome a más perfección y buenas costumbres. No las había de hallar en el monte entre aquella buena gente, pero, con todo eso, me volví a mi antigua compañía, de quien fui muy bien recibido, principalmente del señor Conde, porque en mi ausencia había dicho que le había faltado su oráculo.

Estuve en su compañía algunos días, como en noviciado, aunque no se podía deprender cosa buena de semejante junta; pero, a lo menos, echaba de ver a cuánto puede llegar el sufrimiento y resistencia de los hombres, pues en pariendo alguna gitana, tomaba la criatura y en la más cercana fuente la lavaba de pies a cabeza, dejándola más limpia y pura que la misma nieve, no reparando en si hacía frío ni calor, ni la madre en meterse en el agua acabando de parir.

Considerando estos monstruos criados entre nosotros, daba gracias a Dios, que todo lo sustenta, y conforme la fuerza da los trabajos. Apelaba luego para las damas cortesanas, a quien el más delicado vientecillo las ofende, y a las criaturas de los príncipes, criados como entre algodón y vidrieras, y no por eso menos sujetos a menores enfermedades ni más robustos, antes por la misma razón afeminados, de poco natural y de más flaca complexión. Miraba entre ellos unos mozos robustos, de una fuerza y ligereza increíble, inclinados sólo al ejercicio de la herrería, ocupados en la fábrica de tenazas, martillos y barrenas; que no parece sino que el oficio en que tratan corresponde con las obras en que se ejercitan, pudiendo arrastrar una pica en Flandes y asaltar al más torreado castillo de enemigos de guerra, siendo su vida una campal batalla, corridos, acosados, sin haber lugar que los quiera admitir ni ciudad que no los aborrezca, como si no tuviesen la condición y natural de la loba, animal de tal naturaleza, que, estando parida, nunca acude a los ganados que andan cerca de su cueva, sino a los más distantes y apartados que se apacientan por el monte.

Yo, señor, aunque tenía tan mal ejemplar con lo que cada día estaba mirando, no había cosa que más aborreciese, pues, aunque malo, mi natural inclinación me llevaba a que siguiese otra vereda y camino más seguro y no tan ocasionado para perderme, pues, al cabo, quien anda de aquel modo en semejantes pasos, ya que se libre de un juez, no ha de faltar otro bien acondicionado, de quien, por bien que salga, si no fueren azotes, serán galeras.

Así, señor, por quitar ocasiones, confuso, imaginativo y melancólico, un día me metí por lo más espeso del monte bien (si me acuerdo) más de una legua, y, siendo ya casi al anochecer, vi arrimado a un roble un hombre muerto, que, según eché de ver, no había muchas horas que le habían quitado la vida. Llegueme a él, aunque con algún temor, y vile muy bien tratado: el vestido nuevo, de rico paño de mezcla, espada, daga y espuelas

doradas, una cadena de oro al cuello, y en todo su traje como que venía de camino. Mirele el pecho, y hallele con una mortal estocada; revolvile a un lado y, mirándole la faltriquera, le saqué un bolsico de oro con cincuenta escudos, sin otras monedas de plata. «No hay mal que no venga por bien (dije entre mí) ni ha hecho Dios a quien desampare, pues esta desgracia buena ventura la puedo llamar». Mirele algunos papeles que estaban en los bolsicos de los valones, que, leídos, parecían ser billetes de desafío; y mirando la firma, parecían en los nombres gente principal, porque en Navarra y Valencia si no son nobles no se ponen *don*; donde colegí que aquel mal logrado mozo por algunas pesadumbres que había tenido salió desafiado con algunos contrarios suyos, y, como desgraciado, hubo de quedar en la estacada y sin la vida.

CURA. Pues en verdad que por leyes del reino y *motu proprio* de Su Santidad están prohibidos semejantes desafíos, y que si alguno muere en ellos, queda descomulgado y, como a tal, se le niega eclesiástica sepultura.

ALONSO. Así es verdad; pero la desdicha es que con la negra caballería todo se atropella como si se hubiera de ir a morir por quince o veinte días y después volverse a lo de antes, y el alma propia fuese la de un vecino o se trajese por su alquiler hasta tal jornada, o la descomuniación no fuese más de veinte o treinta mil maravedís de pena: *Ubi ceciderit lignum, ibi manebit*; adonde cayere uno, allí estará para siempre; no por un millon de años, sino por una eternidad de Dios, que es sin fin. Pero el ciego no juzga de colores, y los hombres sin vista no reparan en su bien y vanse tras su mal.

Lastimeme del caso, y como a lo hecho no hay remedio, procuré el mío lo mejor que pude; tomé los dineros, y aplicándolos a mi servicio, puse la cadena debajo del jubón, y muy de espacio fui desnudando mi difunto, dejándole con algunos de sus vestidos, poniéndole a él algunas piezas de las que yo traía, con ánimo de hacer por su alma algunos sufragios; porque, en efeto, no era yo como aquel mal testamentario a quien un amigo suyo le había dejado cantidad de hacienda, y él, más codicioso de los bienes que habían entrado en su poder que del descanso y sosiego del difunto, amonestándole sus deudos a que dijese misas, diese limosnas, casase huérfanas, favoreciese hospitales y acudiese a otras obras de caridad, respondió: «No es necesario lo que me pedís, porque o está en el Infierno o en el Purgatorio o en el Cielo, porque en el Limbo no puede ser. Si en el Cielo, no tiene necesidad de ningún socorro, pues goza de los eternos bienes el que está con Dios; si en el Infierno, no tiene remedio, pues el bien que se hace por el condenado más tormento es para él; si en el Purgatorio, en parte está segura, y tarde o temprano, pagando lo que debe, saldrá de aquellas penas al verdadero descanso».

Pero yo propuse firmemente de hacer por él, y prométole a vuesa merced, como buen hermano, que no hay día que no le encomiendo a Dios, pues bien pudo ser darle Dios arrepentimiento para dolerse de sus culpas y contrición bastante a alcanzar perdón de sus pecados.

CURA. Grande es la misericordia de Dios; rico le llama el Profeta en ella; juicios son suyos, para él se queden, su Majestad lo puede hacer. Pero dígame, ¿es posible que con

un espectáculo semejante tuvo ánimo para desnudarle y ponerse sus vestidos, trocando con él lo que mejor le parecía del difunto?

ALONSO. Señor licenciado, es tan común y ordinaria la muerte y tantos los que vemos cada día irse desta vida a la otra, que verdaderamente no parece sino que la hemos perdido el miedo. Aristóteles dijo que de los males el más terrible era el morir; pero a mí no me maravilló como a nuestro primer padre Adán; que aunque le dijeron que había de morir por la inobediencia y pecado que había cometido, no sabía él qué cosa era muerte, no tenía de ella experiencia, hasta que vio al inocente Abel, hijuelo suyo, muerto a las manos del fratricida y maldito Caín, tendido en el suelo, quebrados los ojos, el rosicler de su hermoso rostro vuelto en pálido y aberrenjado y lívido color, sin mover miembro alguno y sin aliento el que pudiera tenerle para más de novecientos años, o, por lo menos, quinientos (que así se vivía en aquellos dorados tiempos); ni tampoco dejé de proseguir con lo que había comenzado, como les sucedió a unos convidados en Lacedemonia.

CURA. Holgaré de oírlo; prosiga, que con atención le oiré de buena gana.

ALONSO. En un regocijo que tuvieron unos ciudadanos de Lacedemonia, entre las fiestas que ordenaron, fue una en que hicieron un gran convite, asistiendo a él la mayor parte de los nobles y caballeros della, y estando sentados a las mesas, mediada la comida (que fue no poca ventura no ser al principio della), porque no hubiese fiesta sin azar, entró por la puerta de la sala un venerable viejo, tenido y respectado en la ciudad por filósofo. Traía sobre sus hombros un muerto, como suelen decir, aforado en lienzo o amortajado, y llegándose a la mesa, en medio della dejó caer el difunto, diciendo a voces: *Aspicite et comedite*; ved el presente que os traigo, y comed luego. Fue tanto el horror y pasmo que causó en todos los convidados, que ninguno pudo alargar más la mano al plato: tanta fue la fuerza de la consideración de la muerte entre aquellos idólatras. Y para corregirnos, dice la Sabiduría: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis*; acuérdate de lo que has de ser, y no pecarás, por más ocasiones que tengas y más el Demonio procure derribarte. Y aquella santa ceremonia con que entra la Iglesia nuestra madre cada principio de Cuaresma, poniéndonos ceniza en la frente, a esta misma razón va encaminada, diciendo: «Mira, hombre, que eres polvo y te has de volver en polvo»; pero sucédenos lo que se cuenta de las Indias, del río de la Plata; mas otro día lo contaré a vuesa merced.

CURA. Bien temprano es y con voluntad le escucho; prosiga con su cuento.

ALONSO. Hay en las Indias un caudaloso río, entre los otros muchos que hay en ellas, que llaman el río de la Plata, en cuyas márgenes se crían vistosos árboles de maravillosas frutas, sustento para los que habitan aquella tierra y para los innumerables monos que se crían en aquellas riberas; los cuales jugando y saltando, andan de rama en rama de aquella vistosa y agradable arboleda, de quien nacen tan crecidas ramas, que muchas dellas vienen a dar muy adentro del río. Los monos, entretenidos en sus juegos y descuidados del peligro y daño que les está amenazando, no saltan algunas veces con tanto cuidado que muchos dellos no vengán a caer en el raudal de la corriente: el ímpetu del agua es grande, el lugar de ado caen alto, anchuroso el río; y ansí, sin poderse valer,

por más que nadan, mueren ahogados. Al ruido, los que quedan en los árboles asoman las cabezas por ver lo que pasa, y, como espantados, dejan el juego por un rato; pero después vuelven a entretenerse, hasta que cae otro mono. Verdadero retrato de nuestra vida: cae en el río de la muerte nuestro vecino, amigo o pariente; espántanos el miedo de su desgracia, tíenenos por algunos días la memoria de aquella desdicha suspensos, temerosos y melancólicos; pero al cabo de poco tiempo pasa por nosotros lo que por los monos, hasta que cae otro con que se refresquen las pasadas especies de la imaginación.

Podemos andar ya entre los difuntos, y no con aquel temor de aquel gentilhombre soldado, de quien se cuenta que, habiéndosele muerto un grande amigo suyo, una noche se recogió en un aposento, y muy melancólico comenzó de llorar su falta y desgraciada suerte hasta que, ya vencido del trabajo y cansado de su llanto, se acostó en su cama dejando una vela encendida sobre un bufete que en el aposento tenía.

Pero no hizo más de meterse entre la ropa, cuando, volviendo la cabeza, vio cerca de sí al difunto amigo, tan macilento y descolorido, que le causó notable espanto. Miráronse los dos y sin hablarse palabra; mas echó de ver que poco a poco se iba desnudando hasta quedar en camisa, y dejando los vestidos sobre el bufete donde la vela estaba, se vino a la cama del amigo y, alzando la ropa, se metió con él. Temeroso el amigo vivo, no hacía sino retirarse, apartándose lo más que podía, llegando a sí las mantas por en medio y casi sacando las piernas afuera, pero no de suerte que el difunto no le tocase con la una de las suyas, tan helada y fría, que le pareció haberle penetrado todo el cuerpo con aquella frialdad, bien como si entre gran cantidad de nieve le hubieran sepultado; y quejoso de la mala vecindad que le hacía, le mostró algún desabrimiento con enojados ademanes; y el muerto, enfadado con la mala acogida que su amigo le había hecho, sin despegar la boca se volvió a vestir y, sin despedirse, se salió del aposento, dejándole tan fuera de sí, que en muchos meses no pudo perder la turbación que había cobrado con la visita de su difunto amigo.

CURA. En verdad, hermano, que no me maravillo, y que de muy mala gana llevara yo semejantes visitas como ésas.

ALONSO. Razón tiene vuesa merced; que por animoso que sea un hombre, forzosamente ha de temer las cosas de la otra vida. Y verificase esta verdad en el suceso de aquel mal rey Baltasar, tan desalmado, sin razón ni término, que, perdiendo el respecto a Dios, en sus fiestas y convites se servía con los vasos del templo dedicados al divino culto; y porque sólo vio escribir unas letras en la pared de la sala donde estaba, dice el sagrado texto que del temor que recibió se le desencajaron los huesos.

CURA. ¡Tal era la sentencia que se le notificaba!

ALONSO. No de menor consideración fue lo que me acuerdo haber leído en la *Vida de los padres del yermo*, en esta manera: En Alejandría moraba un hombre de tan malas costumbres, que a imitación de la hiena, no sólo se contentaba con robar a los vivos, sino que aun los muertos no estaban seguros dél en los sepulcros. Pues como un día viese llevar a la iglesia una mal lograda doncella, y en aquellos tiempos se acostumbrase

enterrar los muertos vestidos, y la difunta fuese muy rica y sola en su casa, procuraron sus padres de que su adorno no sólo fuese el más curioso que se hubiese llevado, sino también el más costoso y rico. Notolo todo el codicioso ladrón y, en viéndolo, se juzgó por su dueño, pareciéndole que aquella presa imposible era escaparse de sus manos, y para esto aguardó a la mitad de la noche, cuando la gente suele estar con mayor silencio; y llevando consigo unas llaves falsas y una linterna, se fue solo a la puerta del templo, y abriéndola buscó el sepulcro de la dama, que era como un suétano, adonde, no reparando en la ofensa de Dios en el temeroso acto en que se ponía, alzando una pequeña laude, bajó por unas escaleras de piedra a un espacioso lugar, donde estaban depositados algunos cuerpos de otros difuntos, y entre ellos el de aquella señora. Pero ya que llegaba al último paso, por no llevar con demasiado recato la luz de la linterna, o por encontrar con la pared de la bóveda, o algún aire que le dio de parte de dentro, al tiempo que bajaba se le murió la vela y quedó a oscuras; mas no por eso el atrevido mozo dejó de proseguir su desatinado intento, porque volviendo a subir por sus escalones, se fue a la lámpara del Santísimo Sacramento, donde habiendo encendido, se volvió a buscar su difunta dama, y comenzando desde los zarcillos, acabó con los zapatos y calzas que llevaba puestas, no perdonando jubón, saya, faldellín ni faja. Y como viese que la camisa que tenía vestida era nueva y muy labrada, parecióle que no cumplía con su demasiada codicia si se la dejaba puesta; y no contento con la demás ropa que la había quitado, la fue alzando la camisa; mas cuando la sacó las dos mangas, descubriendo el pecho, la muerta doncella se sentó en el suelo, y asiendo al ladrón de la mano, enojada, le dijo: «¿Es posible, mal hombre, que no te contentaras con las riquezas que me habías quitado, sino también procuras quitarme una pobre túnica con que cubría mis virginales carnes? Y ¿el cuerpo que jamás ha visto hombre humano has querido tratar tú tan indecentemente, no reparando en ser yo doncella y de tan buena fama en toda la ciudad? Pues sabe que el Señor, por tu descortesía y atrevimiento quiere que no quedes sin castigo y que yo tome la venganza deste delito»; y diciendo esto, con los dedos le sacó los ojos. El desdichado sacrílego, ya que se vio (aunque sin vista) libre, temeroso de la humana justicia, ya que no de la divina, lo mejor que pudo salió de su suétano y a tientos se vino a la puerta de la iglesia y, abriéndola, se fue a su casa para llorar amargamente su pecado, llevándose de camino hartos golpes y calabazadas, así por el templo como por la calle.

CURA. Eso, hermano, misericordia fue de Dios: no quitar a ese ladrón la vida, y dejarle con ella para que sin luz viese los malos pasos en que había andado cuando tenía ojos. ALONSO. En efecto, señor, trocado mi vestido con aquel caballero, di la vuelta por mi monte, con hartos miedo de no venir a dar con los contrarios del difunto mozo, y por desviarme más dellos, procuré meterme por lo más espeso, a imitación de aquel fugitivo francés,

*de noche por los caminos,
de día por los jarales,*

favoreciéndome la escuridad de las tinieblas, por ser el postrer cuarto del menguante y haber sido algo húmedo, que no fue poca ventura para mí. Paréceme que debí de caminar, aunque con gran trabajo, cinco leguas, porque el temor es admirable posta, que no repara en nuevo socorro de otra compañera, y así, todo se me hacía fácil.

Amaneciome cerca de poblado, y por haber traído la capa del muerto, para no ser conocido cogila muy bien y púsemela al hombro, como que venía de camino; que a llevarla tendida y entrar cubierto con ella, pudiera ser que alguno la conociera (que, según era de desgraciado, esto y más me pudiera suceder). Entré en el lugar, fui a una tienda, compré pan y queso, comí un bocado, y tomando dos tragos de vino, proseguí mi jornada, teniendo por más seguro, a costa de mis piernas, verme en el campo que con sosiego y dormido en alguna cárcel; pues, por si lo oíste o lo viste o pasaste por allí cuando el delito se cometió, aunque no tenga culpa, no muchos días, sino meses, suele tener de cárcel el pobre pasajero, y aun años, principalmente si no tiene favor de persona grave que hable por él.

Mi intento sólo era, lo más que pudiese, alejarme de aquella tierra, porque, escarmentando de la prisión que tuve en Valencia, en sólo pensar que me había de ver en otra refriega como la pasada se me acababa la vida; y para esto determiné de seguir el camino de Zaragoza. Informeme bien, para no errar; y confiado en la buena bolsa que llevaba, hallando a un carretero que iba al reino de Aragón, me concerté con él y, metiéndome en su carro, a pocas jornadas llegué a Zaragoza.

Pero ya, señor, es hora de recogernos: quédese aquí nuestro discurso hasta la siguiente noche; que yo tendré cuidado de acudir al servicio de vuesa merced, prosiguiendo con lo que me sucedió en Zaragoza el tiempo que en ella estuve.

CURA. Muy enhorabuena: como gustare estaré yo muy contento. Vaya a buenas noches y véngase mañana, que aquí le esperaré.

CAPÍTULO III

Cuenta Alonso la jornada de Zaragoza, y lo que le ucedió en ella

CURA. Quedamos, hermano, en el camino de Zaragoza, cuando caminaba metido en un carro.

ALONSO. Buena memoria tiene vuesa merced: que así es como lo dice. En efeto, prosiguiendo nuestro viaje, llegué en pocos días a la ciudad de Zaragoza, llamada en otro tiempo Saldúbar, y después por Augusto César, que la ganó y fabricó sus murallas, Cesaraugusta, de donde, corrompido el vocablo de Augusta, se llamó Zaragoza: ciudad insigne, no tanto por la grandeza de su vecindad, pues son quince mil y más sus vecinos, ni por la fábrica de sus casas y maravillosos edificios, ni por su famoso río Ebro (en cuya maravillosa puente hecha de piedra caben juntos cuatro coches, siendo la mejor que se conoce en nuestra España, sin la otra puente de madera, que sirve como resguardo de la principal para los carros); no por ser tan abundante en sí (que, sin tener necesidad de otras ciudades, dentro de su tierra coge trigo, aceite, vino y seda; que no sin causa se llama Zaragoza la harta, la abundosa, la sobrada, la rica); no por tener, como tiene, tantos señores de título (condes, duques y marqueses), tantos caballeros y ciudadanos nobles,

sino por ser el relicario y custodia de los innumerables santos mártires que en ella padecieron, honra de la militante Iglesia y gloria de aquella venturosa ciudad (de quien se dice que el día en que padecieron aquellos valerosos soldados de Cristo, como si fuera de un caudaloso río, así iba corriendo la sangre por las calles); y también por sus dos catedrales iglesias (la una donde tiene la silla el Arzobispo, y la otra adonde sobre aquel sagrado pilar la Emperatriz de los Cielos puso sus virginales plantas, visitando a su sobrino y patrón de nuestra España, Santiago) y por su grandioso hospital (pues tiene de ordinario más de seiscientos enfermos, que cura diversas enfermedades, y ochenta mil ducados de renta para regalarlos), y por sus estudios y doctísimas escuelas, donde se leen diversidad de cátedras de todas artes y ciencias, desde la Gramática, Retórica, Artes, Medicina, Cánones y Sagrada Teología, siendo segunda Salamanca en sus doctísimos doctores y catedráticos. Aquí, pues, llegué un lunes de mañana; y habiendo descansado, aunque poco, en un parador, despedido y pagado mi carretero, me fui a buscar una posada (que en Zaragoza las hay muchas y buenas) y encontré con una de una viuda, mujer de bien y con razonable hacienda (aunque, según hube de experimentar al cabo de tres años, era lo más del marido muerto, y como tutora de dos hijos mancebos que tenía, estaba todo en su poder). Recibiome con buena gracia, diome un aposento con su llave, y en comiendo un bocado, me salí por la ciudad buscando algún vestido para mudar el que traía (que era de camino), que no fuese de color, porque así pudiese mejor buscar alguna buena comodidad en que entretenerme. Llegué a la ropería, donde concerté un calzón de terciopelo con su ropilla, un ferreruero de raja negro, renovándome todo, desde el zapato hasta el cuello y sombrero; que como tenía buen fiador en mi bolsa, no reparaba mi ropero en darme cuanto le pedía, saliendo de sus manos más galán que Gerineldos, mostrándose ya la cadena (que traía encubierta) sobre el jubón a vista de todos. Representando con mi buena gracia y talle alguno de los caballeros de mayor renta, di un paseo por una y otra calle, poniendo todos en mí los ojos (con andar por todas partes diversidad de gente), mirándolos yo con rostro severo y grave.

Ya serían como las tres de la tarde cuando, volviendo la cabeza, vi un grande acompañamiento de señores que llevaban a cristianar a un niño. Metime entre ellos, acompañelos hasta la iglesia, halleme presente a aquel santo sacramento, primera puerta de nuestra salvación, y, habiéndose hecho el bautismo, como no tenía qué hacer, pareciome irme a la posada del infante, sirviendo de escudero, mientras se pasaba lo poco que quedaba de la tarde.

Púseme en procesión, cogiendo buen lugar entre todos, sirviendo de convidado, aunque no lo era, hasta entrar en una muy buena casa, al parecer de persona noble y rica, donde, subiendo por una escalera, pasado un corredor, entramos en una sala, donde en un estrado estaban aguardando a los demás que con nosotros venían algunas señoras que quedaron con la madre del niño. Hechas sus cortesías, dados sus parabienes, sentados ya todos (y yo, que no rehusé la carrera), salieron cuatro gentileshombres con sus fuentes y toallas al hombro, con la más regalada y abundante colación que vi en toda mi vida, sirviendo con diferencias de dulces, no una ni cuatro veces, sino seis y siete, requiriendo de cuando en cuando con el más regalado y precioso vino que se coge en el reino.

CURA. Y él, hermano, ¿pasaba plaza de convidado? ¡Comería y callaría como un santo!

ALONSO. Prométele a vuesa merced que quien me viera, que me juzgara por algún duque o conde. Acabose la colación, levantáronse los huéspedes a dar las gracias a la señora parida y al señor de casa, y yo entre ellos, por no ser ingrato al beneficio recibido. Llegándome a despedir, les eché más bendiciones que cuando se velaron, rogando a Dios que de allí a otro año, o en más breve tiempo, nos hallásemos en otra tal como aquella fiesta. Volví a mi posada regalado y con sobra de confitura; tuve qué guardar y qué repartir entre los huéspedes, contando lo que me había sucedido por mi buen comedimiento. Pasose la noche y, madrugando el martes (que como no tenía qué hacer, ni en qué ocuparme, no me hallaba), salime a entretener por la plaza para ver lo que tantas veces me habían contado de las muchas cosas que en ella se vendían, así de frutas como de todo género de caza, a buen precio; que la demasiada abundancia les hace bajar gran parte de su valor.

Considerelo, y hallé ser mucho menos lo que me habían encarecido de lo que yo hallaba por esperiencia. Fuime a oír misa, y habiéndome encomendado a Dios, queriéndome volver a mi posada, por ser ya cerca de las once, al punto que iba a salir por la iglesia, vi que entraban por ella como hasta treinta o más personas muy bien aderezadas.

Reparé y miré lo que era, y vi que venían acompañando una novia, al parecer persona principal, pues traía consigo gente de tan buena capa. Engolosinado yo de la buena suerte que había tenido el día antes y de la colación del bautismo, dije entre mí: «Yo apostaré que como hoy en la boda con los demás convidados»; acordándome de aquel cuentecillo de cierto mozuelo que porque la primera vez que echó mano a la espada y hirió a dos dellos con quien reñía, saliendo de la pendencia con nombre de valiente, cobró tanto ánimo, que a cualquiera palabrilla que le decían sacaba la hoja porque no se tomase de orín.

Así yo sabíame el camino, tenía lo por cierto, quise probar ventura y sacar el vientre de mal año, ahorrando la costa de aquel día. No miré si era aciago el martes, según algunos abusioneros, como si para desgracias, o cuando Dios es servido de enviar trabajos, fuese menester ser miércoles o sábado, pues todo depende de la voluntad divina. No sólo una hoja de un árbol se mueve sin particular providencia, por quien se gobierna no solo las superiores causas, sino las más ínfimas de la tierra.

CURA. Diga, hermano: pues ¿qué motivo tuvieron los antiguos para tener al martes por desgraciado y de poca ventura?

ALONSO. Eso, señor, tomaron fundamento de los planetas, a quien la loca gentilidad tuvieron por dioses, señalando a cada uno su día en que reinase y dándole su nombre, como a la Luna el lunes, el martes a Marte, dios de las batallas, y a Mercurio el miércoles. Pues como en las guerras de necesidad haya tan desastrados sucesos, muriendo en ellas los amigos, los deudos, los conocidos, de aquí tuvo principio el aborrecer el día del martes, evitando cuanto podían casarse en tales días ni hacer caminos ni pretender cosas que deseaban.

Pues los que tenemos fe y damos, como es razón, crédito a la verdad de las cosas, no hacemos caudal de semejantes agujeros, pues así al uno como al otro día le crió Dios para servicio del hombre, y su buena o mala suerte no es por él, sino por la determinación del Señor, que a cada uno da aquello que más le conviene para su bien y remedio. En el martes apartó Dios las aguas de la tierra, mandándola se descubriese y llevase fruto conforme determinaba. Y no mirando al dicho común ni reparando en supersticiones falsas y contra la religión cristiana, como rey católico, el rey don Felipe Tercero, nuestro señor, de gloriosa memoria, en martes se casó con la reina doña Margarita de Austria, nuestra señora, en la ciudad de Valencia, y fue dichoso casamiento: dígalo la venturosa sucesión que dejaron a nuestra España, el notable amor que siempre se tuvieron y la perpetua paz en que reinaron.

Pero, volviendo a nuestro propósito, dejé acabar la misa de los novios, asistiendo a los divinos oficios y sagradas. El autor amplía a 'todo' el dicho común que *sólo* emplea la bendiciones, como cada cual de los que le acompañaban; y al salir de la iglesia metime entre todos, haciendo mi figura de buen escudero. Llegamos a la casa de la novia, tan bien aderezada como para boda. Ya era cerca de la una, y aun hora de haber comido, según mi antigua costumbre; aunque no se tardaron mucho en darnos de comer, llamándonos a una grande sala, donde estaban puestas las mesas, tan bien aderezadas, limpias y curiosas como para tales días era necesario. Sentáronse todos, y yo, aunque no tomé el mejor lugar, escogí uno frontero de los novios.

Sacaron sus principios, fueron sirviendo sus antes, medios y postres, no dejando desde las perdices hasta los gruesos y manidos pavos, con tanta abundancia, que pudieran comer otros tantos como allí estábamos, y aun hubiera sobra. Entonces yo hice de las mías, cogiendo el mejor bocado, sirviendo de trinchante a los novios y regalando a otros que estaban a mi lado: hice dos o tres brindis a la salud de la señora casada y otro a la de todos los presentes.

Mirábanme y, como no me conocían, unos a otros preguntaban: «¿Quién es este gentilhomme de tan buena gracia?», respondiendo algunos: «Sin duda que debe de ser deudo de la novia o pariente del casado, que ha venido de fuera a este casamiento». Escuchabámelos yo; mas no por eso dejaba de proseguir en mis liberalidades de bolsa ajena, no perdiendo bocado que bien me estuviese; porque, señor, mozo vergonzoso no es para palacio, y los entremetidos y habladores hacen maravillas, buscavidas ganan de comer; encogidos, tímidos y que no saben arrojarse al turbión de aventuras mueren de hambre; y ansí, por no ser uno dellos, procuraba animarme, sacando fuerzas de flaqueza, aunque, si va a decir verdad, lo que comí me pudiera bastar para dos días.

Vinieron postres, alzáronse las mesas, diéronse gracias a Dios y a los convidados se pidió perdón del poco regalo; y despidiéndome yo con mucha cortesía, se quedaron mirando unos a otros, sin saber qué decirse de lo que conmigo había sucedido, sin haber persona que me conociese ni entender quién me hubiese traído a la boda.

Pero, al fin, yo procuraba valerme de mis trazas, y no solamente estas dos veces, sino otras muchas, me hallé en diversas fiestas y regocijos; que como iba tan bien puesto y mi

cadena de oro al cuello, teníanme todos por más de lo que era y pasaba plaza de algún caballero de los nobles de Zaragoza. Porque, señor licenciado, no sé qué se tiene esto de andar uno en buen hábito, y más en lugar que no es conocido, porque de ordinario le juzgan conforme viste; y así, yo procuraba, mientras podía, andar a lo bizarro, presumir en galas, pisar a lo grave, hablar más de lo que era menester y sentarme, ya que no en el mejor lugar, en el que más a propósito me parecía para mi comodidad y sosiego.

No hay secreto en esta vida, señor licenciado, ni cosa fingida que pueda permanecer: experimentelo en mí propio, pues, como hablador, por haberme alabado de los sucesos que había tenido con unos huéspedes de la posada, no hice más de apartarme dellos, cuando, como si fueran pregoneros, no quedó persona a quien no lo dijiesen, y de modo, que de allí adelante fue necesario retirarme a casa porque no me señalasen con el dedo por las calles por donde me paseaba, diciéndome hasta los muchachos: «¿Veis al de la cadenilla? Estas manchas tiene: no hay boda ni banquete donde no se halle. ¡Amigo de buenos bocados debe de ser! ¡Echalde calza, no se nos pierda de vista tan buena joya!». *Secretum meum mihi*, dijo el Filósofo: mi secreto para mí ha de ser; y si yo no callo, ¿qué maravilla es que otro lo diga y descubra mis faltas, ni tenga ley ni fe con quien no supo tener prudencia, teniendo ya edad para poder encubrir sus defetos?

Acuérdome que, siendo mozuelo, antes que los moriscos saliesen de España, que estando un día en un cigarral de Toledo entreteniéndome con unos muchachos morisquillos, les pregunté: «¿Cómo os llamáis, para que de aquí adelante no ignore vuestro nombre cuando os hubiere de nombrar?». El muchacho, con la simplicidad de criatura, me respondió: «¿Cuál nombre me pregunta, el de la calle o el de casa?». Yo que oí semejantes razones, eché de ver que no era sin algún misterio la respuesta, y le dije: «Pues ¿cómo? ¿Dos nombres tienes? Por tu vida que me los digas entrambos, que yo gustaré de saberlos»; y el niño entonces, sin hacerse mucho de rogar, me dijo: «Mire, señor, en casa me llamo Hamete, y en la calle Juanillo».

Pero que éste publicase quién él era, lo mal que sus padres le dotrinaban, la mala seta en que vivían y la pertinacia de sus errores, no era maravilla: era de tierna edad, sabía poco, decir tenía cuanto supiese, lo suyo y lo ajeno; mas una persona como la mía, más que primera cargado de años, que, con quitarme a menudo la barba, disimulaba ser ya pasante, ¿por qué había de ser hablador ni en mi perjuicio ni en el ajeno? Pues en lo uno es poca discreción, quitándome la honra, y en lo otro es pecado que con las riquezas que tiene el mundo no lo puedo pagar, siendo, como es, de más precio el buen nombre que las palabras, oro ni plata. *Melius est bonum nomen quam divitiae multae*, dijo el Sabio.

Pero a lo hecho enmienda y punto en boca; y pues puede un hombre comer para un día entero y tiene estómago para digerir mantenimientos de sustancia gruesa, que aun el fuego material parece que hiciera mucho en cocerla, ¿por qué no guardará en sí una palabra, cosa tan fácil y llevadera que en solo cerrar los labios, siendo, como es, materia de viento, se disimulan y encubren infinitos daños?

Yo, pues, para evitar los que había cometido, encerreme por algunos días en la posada, no saliendo de casa sino ya de noche o muy de mañana, cuando con más sosiego estaba la

gente. Con esta traza me fueron dejando y olvidándose la matraca que me daban; quiteme la cadena, que era como señuelo para que me mirasen; di en andar no tan a lo grave y señor. Sucediome con esto lo que a una señora viuda y rica, la cual, como no tuviese heredero y estuviese aficionada a un criado antiguo de su casa, mozo, hombre de bien y de buenos respetos, determinó de hacerle dueño de su hacienda casándose con él; y para esto, llamándole un día, le dio cuenta de su determinación y del amor que le tenía.

El mancebo reparando en la demasiada desigualdad de ama a criado, del no tener a verse en prosperidad y grandeza, turbado con tanto bien como otros con mucho mal, procuró, agradecido, estorbar el intento, significándola con muchas razones eficaces lo mal que parecería a cuantos la conocían y trataban el verla que, ya que mudaba de estado, escogía por marido a un hombre a quien ella le había levantado del polvo de la tierra, pudiendo acomodarse una mujer de tantas prendas, hermosa, moza y rica, con persona que la estimase, siendo a gusto de todos sus deudos, a quien tenía obligación de respetar, siendo, como era, de lo mejor de su pueblo.

Oyole la viuda y díjole: «Bien dices; quédese por ahora y quitemos todo género de murmuración, y saca el macho de el malogrado de tu amo; échale unas aguaderas en que puedas traer toda el agua que fuere menester para casa». El criado hizo lo que le mandaba, y acarreando el agua con el macho, admirábanse los vecinos, reprehendían el mal tratamiento de una bestia de tanta estima, pues la empleaban en el trabajo que era propio de un jumento. Preguntábale la señora al mancebo qué oía decir por la ciudad del nuevo ejercicio de aguador; y el mozo, apesarado, la respondió, diciendo: «Oigo tanto, que me pesa del mal nombre que vuesa merced ha cobrado con el vulgo, pues tiene en poco una joya que tanto estimó mi señor, que esté en el Cielo». Mas la dueña, riéndose, le volvió a mandar que prosiguiese en el nuevo oficio y no le dejase. Pasáronse algunos días, en que le volvió a preguntar qué se decía ya; si se acordaban del mal gobierno de su casa, del poco cuidado de su hacienda y poca estima de su macho, en algún tiempo tan regalado de su dueño. «Ya, señora (respondió el criado), como cosa común y ordinaria, aunque me ven, no hay quien me diga nada, ni se acuerdan del macho ni de su amo».

«Pues así será mi determinación: bien puedo casarme; que el decir durar puede, cuando más, ocho o quince días, y después con el tiempo se olvidará todo». Como a mí me sucedió; que en retirándome de no andar por algunos días y en mudándome de vestido, como si tal no hubiera pasado, así no hubo de mí memoria. Frecuentaba mis paseos por aquellas tan anchurosas calles, por donde, sin estorbarse, por algunas dellas caben juntos seis coches, y de mis paseos no dejé de sacar algún fruto, pues por ser de buen talle, razonable rostro, algo aseado y lucido, no faltó quien pusiese en mí los ojos.

CURA. ¡Oh pobre de mi hermano! Y ¿en eso había de venir a parar, en enamorado?

ALONSO. No, señor, mi afición fue lícita, santa y buena, pues fue enderezada para matrimonio, primero sacramento en el mundo, y tan necesario, que en él se aumentan los hombres y se ocupan las sillas que perdieron aquellos soberbios y desobedientes espíritus. Bien es verdad que no había cosa que más aborreciese que casarme, y que pudiera decir con el otro poeta en su romance:

*¡Aquí de Dios, que me casan!
¡Malos años, no hay justicia!*

Pero echando de ver que casarse era como ir a las Indias, que unos vuelven ricos y otros sin blanca, y no sabía cuál éstos había de ser, conforme a lo del Filósofo: *Uxorem duxisti, navigasti*; hasta casado, entrado has en el mar; y como en ella se levantan cuando muy quieta está las olas que llegan a las estrellas, y las combatidas naves, levantadas en montes de agua, unas veces llegan a las nubes y otras veces bajan al centro de la tierra, así los pobres casados padecen innumerables fortunas de dificultades y trabajos. Y el otro jurisconsulto, encareciendo las miserias de los que navegan, propio retrato de los que se casan, dijo: *Navigantes, neque inter vivos, neque inter mortuos connumerantur, sed est aliud genus hominum*. Los que pasan el mar ni se cuentan entre los vivos ni entre los muertos, sino que son otro género de hombres, que están tan cerca de la muerte como de la vida. Petronio Árbiter, poeta, aborrecía el casamiento de suerte, que en sus versos dijo:

*Pessima res uxor, poterit tamen utilis esse, si breviter.
Moriens breviter, det tibi quid, quidquid habet.*

Terrible es la mujer casada; y podrá ser de gran provecho si, muriéndose dentro de pocos días, le dejare por heredero de su hacienda. No ignoraba, señor licenciado, la excelencia y mejoría de estado que tienen los religiosos y los que conservan la limpieza y virginidad de sus cuerpos, semejantes a los que asisten con el Cordero celestial, y que el estado del viudo es más perfecto que el de casado; pero para el flaco y que no quiere conservarse en tanta perfección, como dice el predicador de las gentes san Pablo: *Melius est nubere quam uri*; mejor es casarse que quemarse. Así yo, no sé por cuáles respetos, interviniendo algunos amigos que de mi posada se me allegaron, vine a mostrar alguna afición para mudar nuevo trato de vida; y para esto, como hubiese oído que cerca de mi casa vivía una viuda rica, de mediana edad, no tan hermosa como la fundadora de Cartago ni tan servida ni codiciada como Policena, me determiné de mi parte se le diese un recado, ofreciéndome por su servidor y verdadero amante con debido contrato de matrimonio. No se descuidaron los casamenteros, pues, como personas cuidadosas y que me hacían merced, en solos dos días me llevaron a vistas.

CURA. En verdad, hermano, que me ha de contar las gracias de la señora novia; que, pues la noche es larga, entretenemos hemos con su visita.

ALONSO. Tan presente la tengo en la hora de ahora como cuando Dios la tenía en este siglo; y así, me costará poco el cansar mi memoria en lo que vuesa merced me manda. Era mi bien lograda mujer pasante en edad, de razonable cara, aunque con algunas arrugas, surcos de los años sesenta y dos que tenía, desmoronadas las almenas de la boca, con cuatro o seis portillos, que se divisaban no demasiado, por un poco de bozo con que se cubrían, aunque no bastante al disimulo de dos grandes colmillos que salían afuera; anchurosa la frente, razonable nariz, buenos ojos, pero corta de vista; no muy alta de cuerpo ni muy baja; para su cabello no eran menester tranzados, porque de una enfermedad o corrimiento me dijeron no le había quedado cañón en su cabeza; y toda ella

era de modo, que, a llamarse Marina, se pudiera decir por mi mujer aquella letrilla que compuso un poeta de otra novia, cuando la llevaban a la iglesia:

*Moveraos Marina a risa
sirviendo de juguetillo,
pues la llevan de un colmillo
cuando sale novia a misa.*

Con sus tachas, buenas o malas, aceté con su envite, y no me descontentó, por parecerme que era de buen entendimiento (por las pocas y buenas razones que me dijo); que, si de edad más que suficiente, consideré que era lo que a mí más me convenía, llevando mujer que me aconsejase de gobierno, y para mi regalo la que había menester, sin andarme a domar potros, mozuelas de todo el día en la ventana, edad codiciosa de ser vista, desproporcionada para una persona como la mía. Habiendo dejado a una parte el año climatérico, ayudando mi buen propósito verla con casa de suyo bien alhajada y con oficio de comadre (que por lo menos en una ciudad como Zaragoza, teniendo el crédito que tenía, era forzoso ganar de comer para todos y salir con su industria mejorado), mostreme el rato que con mi viuda estuve más elocuente que el griego Demóstenes, más amoroso que Macías y más derretido que un portugués: lance forzoso de los días primeros del noviciado.

Despedime de mi señora, concertando el día de nuestro desposorio (que con los amigos que se me allegaron, aunque extranjero, se pudo negociar fácilmente, alegando todos ser soltero, conocerme por hombre de bien, buen cristiano, temeroso de Dios y de buena conciencia). Con esto tuvo efecto lo que pretendía, y con la brevedad posible me desposé y recibí la bendición de nuestra madre la Iglesia, celebrando mis bodas con el regocijo y contento que puedo encarecer a vuesa merced, pronosticándome para adelante una vida quieta y sosegada y de mucho descanso.

CURA. ¡Gracias a Dios, hermano!; que salió de con amos, y que le veo ya señor de su casa, rico y de buena ventura.

ALONSO. Engañanse los hombres y prométense vida cuando están a las puertas de la muerte, conforme a lo que escribió un poeta en cuatro versos:

*Del prometer al cumplir
¡qué leguas hay de distancia,
y qué de cosas se esperan
con engañosa esperanza!*

Trocose la suerte, y antes de acabarse el pan de la boda empezaron mis nuevos trabajos y desventuras: descubrió la hilaza mi señora mujer y dio señal de quién era. No trató verdad conmigo, pues no contentándose con ser viuda, vieja y con dos hijos mayores que su padre (que, en sabiendo la mudanza de estado, vinieron de veinte leguas de donde residían, para quedarse en nuestra compañía), que a dos por tres, por una palabra que la hablaba, nunca pisada serpiente del descuidado y tosco pie del labrador grosero volvió

con más ira, meneando la ponzoñosa lengua, como la víbora de mi compañera (dada para purgatorio de mis grandes culpas) se volvía para mí, de suerte que si la pendencia empezaba a las seis de la mañana, había de durar hasta las seis de otro día, porque se cumpliesen las veinte y cuatro horas y no quedase falto el término por su ocasión.

Mírase en el dote, en la nobleza, en la hermosura, en si es sana o enferma una mujer para casarse o meterse monja, y no se repara en los dotes del alma, en la discreción, en las costumbres, en el buen natural, en el ser afable, bien acondicionada, honesta, recogida y que no haya de ser verdugo del desdichado que la ha de llevar. Riquezas, bienes temporales, honras y nobleza herédanse de los padres; mas la buena mujer dice la Sabiduría que es don de Dios: *Honores et divitiae dantur a patre, uxor autem bona a Deo. In manibus tuis sortes meae*, dice el Profeta; en tus manos, señor, está mi suerte. Y quien la hubo buena, estime su dicha, y quien no, tal indulgencia tendrá de sus pecados, si pacíficamente sufriere lo que sufrí, lo que padecí y lo que llevé, sin darlo a entender a mis vecinos, que como no habían de remediar mis desdichas, callábamelas yo y disimulaba, cerrando la puerta de mi casa, diciendo lo que el otro santo afligido, ayunque en sufrimiento de miserias y desventuras: *Haec quae patimur, peccata nostra meruere*; si padezco persecuciones y trabajos, pecados son míos, bien los merezco.

Verdad es, señor licenciado, que si quisiera presumir de valiente y arrojado, no me atreviera por temor de los dos alanos que tenía a los lados, dos mozotes, que el que menos tenía pasaba de veinte y cinco, para decir y hacer de modo que eran tres al mohíno, y yo, como buen Juan, había de sufrir y callar.

Acordábame de un manchego recién casado, a quien deparó Dios una compañera bien semejante a la que yo tenía, que habiéndole contado los casamenteros su vida y milagros, en desposándose que se desposó, la miró la cabeza y brazos, y preguntándole ella qué ceremonia era aquélla, la respondió: «Hanme dicho, señora, que es vuesa merced muy mal acondicionada y que a pesadumbres quitó la vida al otro malogrado; y hallo por mi cuenta que es testimonio que la levantan, pues con haber poco más de quince días que enviudó, no tiene señal en el rostro ni cicatrices en la cabeza; el brazo está entero y yo no hallo lesión alguna; de donde colijo que debe de ser vuesa merced una santa; que a ser tal como me dijeron y tan desabrida de condición, no era posible sino que alguna vez saliera de madre el pacífico marido mi antecesor, dejando impresas algunas señales de su cólera». Y palabras fueron éstas de tanta eficacia para la recién desposada, que en cuanto duró su matrimonio nunca tuvo pesadumbre con su marido, temerosa de lo que al principio le había oído decir.

CURA. No me parece bien semejante trato, que ha de ser verdugo de su mujer el hombre casado; antes la ha de amar, respetar y querer; que el andar de otro modo es de gente bárbara, sin Dios ni ley y razón, y que el que se casa no recibe a su mujer por esclava, sino por su compañera, alivio de sus trabajos, consuelo de sus penas y medio eficaz para el fruto que se consigue del matrimonio.

ALONSO. Así es verdad, que jamás me pareció bien el jugar de manos, el mal tratamiento, el hablar con descortesía, el maldecir a los casamenteros; dejado aparte que

es de gente ruin y baja usar de semejante término, como si ellos tuvieran la culpa de sus pesadumbres. Pero, señor, el medio que tomaba para estorbar algunos daños que suelen seguir de demandas y respuestas, era tomar la capa y salirme de casa, siguiendo el consejo de el Sabio: *Date locum irae*; dad lugar a la ira, dejad pasar aquel primer ímpetu y no encendáis más el fuego de la cólera.

Hacíalo así el filósofo Sócrates; el cual, como estuviese casado con una víbora, un día fueron tantas las voces que dio y palabras descomedidas que dijo al pobre marido, que, por evitar algún descendimiento de manos, tuvo por bien de bajarse al patio y dejarla decir hasta que se cansase. La desbaratada mujer, no contenta con lo que había dicho y hecho, viendo el poco caso que Sócrates hacía della y que estaba al cabo de la escalera, tomó un caldero lleno de agua y echósele encima. El buen hombre, en lugar de tomar venganza de semejante atrevimiento, riéndose, la dijo: «Ya yo me espantaba, señora, que dejaba de llover, habiendo atronado tanto».

CURA. Ejemplo fue ese para los maridos impertinentes que agora se usan, para los que por liviana causa ponen a sus mujeres como a las hijas del Cid, para los holgazanes que procuran que ellas trabajen cuando ellos se pasean, teniendo obligación de sustentar su casa con su trabajo y sudor cuando no tiene renta con que poder hacerlo.

ALONSO. A ese propósito me acuerdo haber oído decir de un bellaco mal acondicionado, que por liviana ocasión que la pobre mujer le daba, llegándose a ella con amorosas y fingidas razones, con voz alta, de suerte que sus vecinas le oyesen, la decía: «¡Válgala Dios, hermana! ¿No callará y mudará esa mala condición que tiene?». Y con esto la daba un pellizco que la dejaba fuera de sí con el dolor que sentía. La pobre casada pedía justicia al Cielo de sus agravios, favor a sus vecinos, que culpaban sus gritos oyendo las buenas palabras del taimado marido, alabándole por un santo y a ella teniéndola en reputación de una mujer sin término, razón ni entendimiento.

CURA. Ahora dígame, hermano, ¿de qué modo empezó a llevarse tan mal con esa señora? ¿Qué principio tuvo? ¿Qué ocasión la dio?

ALONSO. Dos capítulos me puso; y con lo que más procuró, entre otras cosas, para hacerme cargo, fue el decir que era yo desabrido, desamorado, seco, sin jugo, y que no la mostraba el amor que ella quisiera.

CURA. En eso, razón tenía.

ALONSO. Ya los tiempos no corren como solían: las ternezas y azucaradas razones son propias de desvanecidos poetas, que no dejan diosa, sol, luna, estrella, aurora, clavel ni azucena que no las comparen con sus damas: van al mar, sacan las perlas para sus dientes y estiman en poco el oro de Arabia para compararlo con sus cabellos, como si no pudiesen tener liendres y de en cuando en cuando criar otras sabandijas. Hacía burla de un aficionado poeta otro que, aunque lo era, no lo estaba; y con una redondilla le dijo, dándole matraca:

*Venturosa fregoncilla,
pues mereció cada hora
ser llamada bella aurora,
siendo moza de zorrilla.*

Llamar *corazón, alma, vida y paraíso* un hombre a su mujer, señor licenciado, bien se ve que es mentira. Yo, como persona amiga de verdad, nunca pude inclinarme a semejantes razones; y para bien de paz la rogué que se contentase con ser señora de su casa, con ser la regalada, la querida; y con esto aun no estaba alegre: señal certísima y patonómica de su mala inclinación.

Yo, señor, de mi natural era encogido, nada desenvuelto, y pedirme más que *sí o no*, era pedir peras al olmo: retrato verdadero (si no era el original) del Macías que, enamorado de una ninfa por quien andaba muerto, quejándose de su ausencia y desfogando el pecho del incendio en que se abrasaba, adquiriendo nuevo espíritu que le alentase, suspirando dijo:

*Suspiro, ve a Magdalena,
vete a Magdalena, y dile
que si está hilando, que hile,
que hile muy enhorabuena.*

No topaba aun en esto solo el estar conmigo tan desabrida mi mal acondicionada consorte, sino que deseaba que me ajustase yo tan a su gusto, que no hubiese más de un querer, una voluntad con la suya: de modo que de dos sujetos quedase propiamente en sólo uno, sin haber división, siendo impertinencia lo que me pedía, como en otras cosas tenía de costumbre.

CURA. Diga, hermano, y ¿qué era?

ALONSO. Como ella era viuda, del pasado marido tenía guardados unos jubones, tan al justo, que había de ser el que se los pusiera tan parecido a los sayones que se solían pintar en el martirio de algún santo; y con este gentil aderezo quería que saliese yo a dar que reír por la ciudad y que me corriesen los niños. Diome un día un sayo tan cumplido de guarnición, tan corto de talle y ancho de manga, que se debió de acordar dél y de lo guarnecido un poeta cuando dijo el aderezo con que salió una novia mal aderezada:

*La guarnición era tal,
que entiendo que el oficial,
al tiempo que la cortó,
sin duda que imaginó
que era para algún frontal.
Muy labradas a carreras
las mangas, y tan groseras,
que, cuando se descogían,
con el viento parecían*

dos grandisimas banderas.

Procuraba yo meterla por camino (que era⁸⁰ como predicar en desierto), diciéndola: «Advertid, señora, que ya se pasó el tiempo del conde don Peranzules, y que nuestra España de cada día usa nuevos trajes, no bastando premáticas y provisiones para remediar tan innumerables gastos, sacando cada uno nueva traza, nuevo modo de vestir, no más de cómo le pasó por la cabeza, imitándole todos como a verdadero restaurador de las galas y de mayor curiosidad, ya perdida en el mundo. Usa el italiano, el francés, el flamenco, el inglés, el turco, el indio, desde que tuvo principio su nación, de una misma forma de vestido, sin haber mudado el uno el sombrero ni el otro el turbante, y sólo el español es variable, no habiendo camaleón que así mude de colores como él de trajes y diversas hechuras; que ésta debió de ser la ocasión que tomó el otro pintor, que retratando todas las naciones, a cada una la fue vistiendo con el hábito que siempre ha guardado, y llegando al español, pintole en carnes y con un paño entero al hombro, y esta letra por orla:

*Él se corta de vestir,
y aunque pase de lo justo,
andaré siempre a su gusto».*

CURA. En verdad, hermano, que tiene razón; que aun con tener yo más de cincuenta años, poco más o menos, tengo experiencia de la diversidad de zapatos que se han usado, tan diferentes en su hechura, porque unos vi redondos, otros puntiagudos, de una suela, de dos, y de tres y de cuatro; otros romos, con orejas y sin ellas, largos de pala y corta; y si en el calzado es esto, ¿qué será en lo demás?

ALONSO. Lo que veo, señor, es que como las edades se van acabando y el mundo va siempre como la rueda de la Fortuna, dando vueltas, viénese a usar al presente lo que se había usado en tiempo de don Pelayo; y estas melenas y guedejas que vuesa merced ve usar a los galancetes, no es de agora, que así las traían los soldados del Cid; y de aquí a treinta años, si Dios es servido, vendrá otro uso, y lo que hay de sobra de cabellos en esta era, en la venidera ha de ser estar todos calvos; que no habrá otra dificultad más de decir uno: «Esto vi en la Corte, Fulano traía la cabeza desta suerte». En las Indias se tiene por honra la calvicie, y es de modo que los muy poblados de cabello, para imitar a los que no le tienen, a navaja procuran quitárselo, siendo monos de naturaleza; que no hay reino que no tenga su plaga.

Mas, volviendo a nuestro propósito, el ser yo tan bien acondicionado imagino que fue la razón de ser mi ama tan desabrida y terrible conmigo, y quisiera ser⁸¹ yo como un casado de quien se cuenta que, por ser tan mal acondicionado, su mujer le quitaba cuantas ocasiones echaba de ver que le podían causar algún enojo, escarmentada de que todas las pesadumbres de su casa las había de pagar ella, como principal fiador de sus impertinencias.

Pues como un día la hubiese enviado dos libras de peces, diciéndola el que los trujo que los aderezase luego para cenar, porque ya venía su marido, como persona de cuidado,

procuró tener la cena a punto, puesta su mesa de suerte que, aunque su condición era terrible, no tuviese en qué topar para salir de juicio con su demasiada cólera, como acostumbraba de ordinario. Llegose la hora de la cena, vino a su posada el huésped; con la gracia que solía, o con mucha peor, pidió le sacase qué comer, y ella trujo unos peces fritos. «¡Oh mala mujer! ¿Qué has hecho? (dijo el marido). Yo no los quería de esa suerte, sino cocidos». «También los hay como los queréis», respondió la casada, y, sin detenerse, se los puso en la mesa. «No sabéis darme gusto en cosa (replicó con mucho enojo el dueño de casa); que adonde había peces tan crecidos, más sabrosos fueran asados y con pimienta y agrura, y no de esa suerte». «No parece sino que estaba yo imaginando lo que habíades de pedirme: también los tengo asados, pimienta está molida y naranjas no os pueden faltar, que dos tenéis en vuestra mesa», respondió la buena casada.

CURA. Por malo que fuese un hombre, no era posible llevarse mal con tal mujer, y más adivinándole los pensamientos para cuanto la pedía.

ALONSO. Así lo digo yo, señor, que «cuando uno no quiere, dos no barajan». Pero la mi compañera no andaba conmigo de ese modo, sino que si la decía blanco, había de ser negro; y si azul, colorado. Era un espíritu de contradicción, dada de Dios para purgatorio de mis graves culpas. Su plática común y sus pensamientos eran: «Así yo me vea con unas tocas largas y monjil, y me saque de poder de este holgazán de mi marido»; y aunque por dos o tres veces estuve para ello (que cuantos me vían afirmaban no haber de ser posible vivir, ayudando ella por su parte a sacarlos verdaderos), con todo eso, me tuve firme y no quiso el Señor quedase en la demanda, sucediendo por mí lo que a un pobre hombre, a quien su mujer le trataba tan mal, con estar tan débil y flaco de unas calenturas que tenía, que sus vecinas, movidas de compasión, y el médico que le curaba, la comenzaron a reprehender con alguna aspereza, diciéndola: «Mirad que es cargo de conciencia no tener cuidado con este enfermo, y más teniéndole tan a la muerte y vos tan obligada a mirar por su regalo y no dejarle morir de hambre. Mirad por él enhorabuena o en la otra, o, si no, llévenle a un hospital; que más regalado estará allí que en vuestro poder». «¿Eso me dicen a mí y en mi cara? Pues en verdad que está allí colgada la gallina y que va comiendo della», dijo la descuidada enfermera, y con mucha cólera. Y el médico con mucha flema la respondió: «Ya yo veo que es verdad lo que decís; que el ave allí está colgada; y se habrá comido la cabeza, que ésa falta: los sesos le valdrán más que un pisto, y no quedará ahíto ni será menester echarle melecina contra el embargo».

Dábame en cara los más días en que yo no la truje ninguna hacienda, y que me sustentaba y me daba de comer sin ganarla un real; y no echaba de ver a sus galeotes, paseantes de día y de noche, que para sacarlos cada mes de la cárcel no tenía hacienda, ni fueran bastantes muchos ducados para aliviar la pereza de un escribano, los pasos lerdos de un procurador, el acriminar las cosas de un fiscal y aplacar el rigor de un enojado juez. Y sele decir a vuesa merced que ya que no sobran, era demasiada mi solicitud, mis humillaciones, mis ruegos, mi buena plática y buena retórica; de modo que todos esos señores solían decir que con mi crianza y buenas razones los tenía obligados para hacer por mí cuanto les pidiese; dejado aparte que, siquiera por ser su ordinario escudero, merecía suficiente salario para mi congrua sustentación, porque yo era el que la acompañaba a cuantos partos la llamaban.

Verdad es que no se perdía nada, porque, como ya conocido por marido de la señora comadre, la parida, el señor de la casa, la madre, tía o hermana, nunca dejaban de regalarme, principalmente si el parto iba largo y nos quedábamos toda la noche en vela, no me descuidando de ganar las albricias de ser infante o infanta (que si daba buena nueva a quien deseaba varón, era poco darme un ferreruero y ropilla).

Haciéndoseme todo mortal veneno con los desabrimientos de mi huésped, procuré de hablar a algunas vecinas y amigas; comuniquelo con su confesor, que era una alma bendita, y aunque se corrigió por algunos días, durole poco la enmienda, volviéndose a lo que antes, si no peor; viniéndola a suceder lo que a una gata regalada de la diosa Venus... Mas quede por ahora para otro día, que ya estará vuesa merced cansado de oírme.

CURA. Prosiga, hermano; que, a sentirme cansado, yo se lo dijera.

ALONSO. Tenía una gata la diosa Venus, que había criado desde pequeñuela, tan regalada, lucida y gruesa como suelen ser las de un refitorio. Tanto la amaba, que si fuera galán no la pudiera decir mayores requiebros; del modo que algunas doncellas simples, que en teniendo un falderillo, no hay madre que a su hijo puesto a los pechos le diga mayores locuras, llamándole rey, papa, emperador, duque, marqués.

Como ellas suelen mostrar su demasiada afición con encarecimiento y amorosas razones, así nuestra diosa debía de ser algo niñera, y por el amor que la tenía, para mostrársele más de veras, la pareció ser justo volverla en una dueña honrada. Como lo imaginó y trazó lo puso por obra, y con absoluto poder la volvió en una hermosa y bien dispuesta dueña reverenda, de tocas largas.

Sucedió que en este tiempo, por la merced que se le hizo a Hércules en satisfacción de su desgraciada muerte por el mal consejo del vengativo Centauro con la engañada Dianira (quedando con su ensangrentada camisa hecha otro volcán de fuego, y su padre Júpiter para honrarle le volvió en luciente estrella), todas las diosas y ninfas de los ríos, agradecidas a tan señalada merced y liberalidad, dándole las gracias, de una en una le fueron haciendo un franco y regalado convite, adonde no sólo acudió el famoso dios, sino todos los demás dioses, juntamente con sus mujeres, desde Saturno hasta el remojado Neptuno; y así, le vino a caer el día de su fiesta a la diosa Venus.

Puestas las mesas, sentados los dioses, comenzada la música de Orfeo, atendiendo todos a la suavidad de su vihuela, acertó a salir por la sala un ratón paseándose de una parte a otra, no con poca risa de los convidados, viendo un animalejo con tanta desenvoltura (que verdaderamente, si no fuera por el mal olor que causa y por ser tan nocivo adonde anda, no dejando cosa que no roiga ni esté segura de sus dienteillos, pudiera servir de juguete y tenerle por entretenimiento).

Fue en ocasión el caso en que acertó a salir la señora dueña de la diosa, antes gata y ya con tan reverendas tocas, que quien la viera forzosamente la había de juzgar por una grande y reverenda viuda. Traía al hombro una toalla, en la una mano una fuente de oro y

en la otra un aguamanil de lo mismo: insignias de los que han de dar agua a manos a los convidados. Llegó a la mitad de la sala, hizo la reverencia a los dioses, y como el ratoncillo volviese a su paseo, fuéronse los ojos, y sin reparar a lo que venía, a la gravedad del lugar y a los que la habían de ver en tal desacato, y a ser ya persona de cuenta y que ya no era gata como antes, ni a la merced recibida, arrojó la fuente, derribó la toalla, dejó caer el aguamanil y, alzándose las sayas y tocas, comenzó a correr tan desaforadamente por la sala, que a pocos lances y saltos con la boca vino a coger el animalejo; y como si hubiera hecho una gran hazaña, se le puso en la falda de su señora, como solía en otros tiempos. Miráronse los dioses unos a otros, las diosas y ninfas se azoraron un poco y, algo melindrosas, dieron muestras de algún sobresalto de miedo. Corriose Venus de la afrenta que la había hecho su sonlocada dueña y, hecha un fuego de cólera, vuelta para la mal inconsiderada sirvienta, la dijo: «Gata fuiste, y gata serás; y pues al cabo de tantos años que te he criado te vuelves a tu natural inclinación, deja el grave monjil y reverendas tocas y coge los ratones que vieres; que quien nace para ser ruín y de bajos pensamientos, sacarle de oficios groseros y de poca estima para que suba a honrosos cargos y dignidades es quitar al sol que dé su luz, a la piedra que no baje a su centro, y al fuego que no se apague y muera con el agua, su mortal enemiga». Esto dijo la diosa, y al punto volvió la reverenda dueña a lo que antes era, quedándose en forma de gata.

Ya sospecho que vuesa merced me tiene entendido. Mi señora mujer disimuló su natural inclinación, tuvo paz conmigo algunos días, cansose del bien y buscó mi mal; y si antes era vocinglera, maldiciente, gruñidora y mal hablada (que con la vejez, que por su mala inclinación), de allí adelante fue pregonero en el gritar, tarabilla de molino en desasosiego contra mí y un mortal enemigo y solícito fiscal de mis ligeras culpas.

Pasé esta vida de galeras dos años y medio y catorce días: cinco mil años para mi tormento; pero «quien presto se determina, también se arrepiente presto», dijo un poeta; y el cordobes Séneca: *Priusquam facias consulto, et ubi consulueris mature facto opus est*; hermano, antes que hagas la cosa, considérala bien, y después de considerada, podrás hacer lo que mejor te estuviere.

CURA. Razón tiene en lo que dice; pero él se lo quiso y se lo buscó: paciencia habrá de tener.

ALONSO. Sucediome a mí, señor licenciado, lo que a un buen hombre, verdadero retrato mío, el cual el día que se casó de secreto, se llegó a comunicar su negocio con algunos deudos y amigos suyos, a quien les dijo las muchas causas que le movían para elegir por mujer a la señora Fulana, por quien andaba perdido años había; las muchas esperanzas que tenía, si con ella casase, de vivir en perpetua paz y sosiego; las grandes expectativas de sus herencias y el mucho dote que le traían; dejado aparte su gran hermosura y gracias con que la había dotado el Cielo.

Atendiendo a todas estas razones un su primo, como deudo más cercano, muy viejo y de mayor experiencia, le respondió: «Hermano, de ningún modo os conviene ese casamiento, por muchas razones. La primera, por la general, que esa señora no es legítima, sino hija

de una mujer de mala fama, y la suya no ha sido muy buena; no está muy sana, y malas lenguas han dicho que, aunque se ha sudado, serán necesarias unciones, por dos cuernecillos o gomas que la salen en la frente; es algo corcovada, por el dolor que dicen que padece de riñones; no tiene dientes, y los que trae los hizo un barbero; no es tan niña que ya no pasa de sesenta y dos; no tan bien acondicionada que no traiga revuelto el barrio donde vive y a sus vecinas no las deje vivir con perpetuas pependencias; el dote suyo son dos casas viejas, que para reparallas no tenéis hacienda; para que herede de su tío ha de ser necesario que muera todo el género humano.

Estas gracias tiene la que me decís. *Harto os he dicho, miraldo*». El otro entonces, con la paciencia mayor del mundo, le respondió diciendo: «Pues ya no tiene remedio, ya está hecho, ya me casé, ya está la novia en mi casa; si yo me lo quise, yo me lo sufriré mientras que el Señor fuere servido que lleve tan trabajoso purgatorio, pues, al fin, no son los hombres eternos, y el cuervo y el ciervo, aunque viven ducientos años, también viene la muerte por ellos; y los más fuertes y soberbios edificios los consume el tiempo, y contra él no hay salud perpetua ni gigante que no venga al suelo».

Viose manifiestamente en mi bien lograda mujer, pues con parecer en su fortaleza y robusto natural eterna en el vivir, con un catarrillo, una nonada de enfermedad que la dio de venir una noche de un parto, le sobrevino una perlesía a todo el lado derecho, cogiéndola la lengua, de modo que fue ventura poderse confesar y pedir misericordia a Dios; que si algún consuelo tengo en todos mis trabajos es conocerla yo, que fuera de aquellas recidumbres y cóleras, era lo que se podía desear buena y honrada.

Vivió con su accidente seis días, y a la entrada del séptimo día dio cuenta al Señor de sus pecados, dejándome a mí libre y metido en nuevas persecuciones y penas. Cerró mi mujer los ojos y los abrieron sus dos hijos, que como a padrastro me pusieron, dejándome en carnes, sacándome la hacienda que ellos ni su madre no habían ganado, sino yo adquirido por mi sudor y buena industria, pudiendo decir lo que dijo un viudo pobre, a quien, por habérsele muerto la mujer y sin dejar hijo alguno que heredase, le quitaron toda la hacienda, y consolado en alguna manera, escribiendo una letra a un su amigo, dijo:

*Lunes murió mi mujer;
martes, todo lo destruyes:
acabáronse en un día
dineros y pesadumbres.*

No valió el decir que había traído ducientos ducados cuando me casé con la difunta, que vine a su poder bien tratado, con dos pares de vestidos y algunas joyuelas de oro, para que me diesen algo de lo que quedaba, sino que por justicia me echaron de casa mis dos enemigos y sus tíos, cumplida la novena, dejándome con sola una sotanilla de bayeta y un sombrero no muy bueno y sin aforro, como de viudo.

Véame aquí vuesa merced dejado de todos, sin blanca, desacomodado, mal vestido, sin saber adónde recogerme. Lloraba a mi desabrida mujer (que, aunque mala, todavía con ella no me faltara cena ni cama, ni mis contrarios me quitaran la hacienda por el dote de

su madre); entraba conmigo en consejo, considerando adónde irme: si en casa de los amigos que convidé para mi boda, ya era otro tiempo: entonces rico y al presente pobre; y el adagio común me lo enseñaba:

*Dum fueris dives, multos numerabis amicos;
tempora si fuerint nubila, solus eris.*

Ten por entendido, hermano, que si fueres rico, estuvieres próspero y abundante de bienes de fortuna, hallarás y tendrás muchos amigos; pero si fueres pobre y la Fortuna y tiempo dieren con tus bienes al traste, has de verte solo y sin hallar quién te dé la mano.

Todo lo echaba de ver; mas como a los entremetidos haya Fortuna prometido su favor, cobrando algún ánimo, me fui a la posada antigua de adonde había salido para casarme. Hallé a los huéspedes y pediles algún socorro para poder salir de Zaragoza, donde, por ser ya conocido, no me estaba bien quedar en la ciudad. Afligiéronse de verme, y yo con ellos me enternecí, acordándome del modo que llegué a su casa y cómo entonces me había de salir con tanta necesidad, pobre y miserable. Movidos de lástima, me dieron doce reales, con que habiendo cenado y dormido aquella noche, en oyendo misa, despedido dellos, me fui a un parador, buscando algún carretero con quien poder salir de una ciudad en quien tantas desdichas me habían sucedido, determinando irme adonde quiera que fuese.

Y deparome Dios un hombre tan de partida para Portugal, que tenía uncidas ya dos mulas al yugo del carro y acababa de aparejar otras dos que llevaba por reatas. Llegueme a él, hablele comedidamente, preguntándole si me podría llevar consigo; y respondiome que por tener tan ocupado el carro y ser mucho el peso que llevaba no era posible acomodarme; pero que, pues no era enfermo y de buena edad, pues él había de ir poco a poco (y las jornadas de los carreteros, cuando más largas, cada día son siete o ocho leguas), bien podría irme con él, ofreciéndoseme de que a ratos él se aparearía para que yo, subiendo en su lugar, me aliviase del trabajo del camino. De tan buenas razones y ofertas le di las gracias; y así, los dos salimos juntos del parador, tomando el camino del famoso reino de Portugal.

Mas, pues ya es tarde y hora de que vuesa merced se recoja, quédese en este punto hasta mañana; que, siendo Dios servido, proseguiré con mi viaje.

CURA. Razón tiene, que ya estará cansado. Váyase con Dios, que mañana le aguardo.

CAPÍTULO IV

Da cuenta Alonso de la jornada de Portugal, y de lo que en ella le sucedió.

ALONSO. Préciome de obediente, y más con vuesa merced; y así, vengo puntual a lo que se me mandó.

CURA. Prométele, hermano, que me ha dado mucho contento. No se nos pase la noche; prosiga, y advierta que es la jornada de Portugal.

ALONSO. Así es como vuesa merced lo dice, y ruego a Dios que no se me olvide; que no fue viaje para mí de menor trabajo que los demás.

En efeto, salí de Zaragoza con mi carretero, hombre tan de bien y buen término, que le quedé en obligación mientras la vida me durare; que el ser agradecido y acordarme de los beneficios recibidos fue costumbre mía muy de atrás, que la ingratitud es de los pecados que más aborrece Dios, y de ingratos suelen decir que se llena el Infierno. Recibí de mi compañero en todo el camino muy buenas obras, así dándome de comer como dejándome subir muchas leguas en el pértigo del carro, aunque el bien que me hacía no le echaba en saco roto; porque, como llevaba cuatro mulas, tenía yo comedimiento de ayudarle, así en darlas de comer como en aderezarlas en sus colleras y cuerdas; de modo que conmigo ahorra un mozo a quien dar salario, ya que a mí me sustentaba.

Llevamos nuestro viaje con la mayor conformidad del mundo hasta entrar en Lisboa, cabeza del reino de Portugal, de las mejores que el mundo tiene; porque, dejado aparte su grandeza y máquina de tanta vecindad como hay en ella (pues según algunos serán ochenta mil sus vecinos), la muchedumbre de gente que anda por las calles de todas naciones, los maravillosos ríos y bien labrados templos, la grandeza del celebrado Tajo, por cuya anchura navegan infinidad de navíos, sin los menores vasos que de ordinario la bastecen de todo género de mantenimientos y regalos; el gran palacio del Rey, cuyas cercas las cristalinas aguas le combaten, su abundancia de pan, vino, carne, frutas, a tan moderados precios; los muchos señores titulados y caballeros ilustres que en ella viven de grandes y crecidas rentas; el ser la corte de todo el reino, adonde hay tres sillas arzobispales: la de Braga, la de la ciudad de Évora y la de Lisboa; demás que son los portugueses afables, amorosos, tratables, bien acondicionados, animosos y de grande ingenio, entendidos, y por armas y letras insignes, a quien de derecho se les debe el nuevo conocimiento de sus Indias y mucha parte de la riqueza que goza Castilla.

Viéndome, pues en ciudad tan populosa y rica, tuve por cierto haber de hallar en ella el remedio que deseaba; y para esto, despedido de mi buen amigo, salí de su posada a buscar alguna comodidad con que pasar mi vida. Llegué a la Rua, calle de Lisboa de las mejores, por donde acertó a pasar un caballero muy cargado de luto y con el hábito de Christus al pecho: encomienda de mucha estima en aquel reino y que no se da sino a personas muy calificadas.

Llegueme a uno de los pajes que le acompañaban a informarme si por ventura aquel caballero me había menester en su servicio, haciendo mi cuenta: «Estos criados están de luto, mi vestido es de lo mismo; la mitad del camino está andado, pues, por lo menos, no será menester entrar pidiendo, como otros criados, si acaso hubiere de servirle». Respondiome el criado conforme a mi deseo: «No se vaya de con nosotros, porque don Pedro, mi señor, por falta de un mayordomo que los días pasados se fue al Cielo, anda en busca de una persona como la de vuesa merced, y es buena ocasión ésta para hablarle, porque muy presto nos iremos a casa».

Agradecile la buena nueva, fuime en su seguimiento y en breve tiempo entramos todos en una casa de las mejores de Lisboa: grande portada y ricamente labrada, un anchuroso zaguán, luego un gran patio, correspondiente una reja por donde se echaba de ver un curioso jardín, a un lado una espaciosa escalera de piedra: señales todas de ser su dueño persona muy rica.

Apeose el caballero y, allegándome a él, con la mayor cortesía que pude le dije semejantes razones: «Yo, señor, soy un pobre hombre que habrá que llegué a esta ciudad tres o cuatro horas. Soy andaluz, y por trabajos que me han seguido, años ha no vivo en mi tierra; procuro acomodarme con algún caballero como vuesa merced para servirle. He sabido que hay necesidad en casa de un criado como yo para el servicio de vuesa merced, si acaso fuere a su gusto. Lo que sé decir de mí es el ser fiel y que lo que se me mandare no será menester decírmelo dos veces, por habermepreciado siempre de ser puntual con los que sirvo. Fiador ni quien me conozca yo no le puedo dar, ni muchas leguas de aquí hay quien pueda abonarme: a mis obras daré, siendo Dios servido, por fiadores bastantes de quien soy, pues, como ya viejo y caído en la cuenta, tengo firmes propósitos de ser un ejemplar de todas virtudes».

Oyome el caballero y, sonriéndose, dijo: «Aunque aventurara toda mi renta no os dejara salir de casa: humor tenéis y no sois nada bobo. Servid como decís, que no perderéis nada conmigo. Ocho días ha que se me murió el mayordomo de casa, y en su lugar os tengo de recibir». Y diciendo y haciendo, sin sentarse a comer, me metió en un aposento que en el patio estaba, que le servía de escritorio, y sacándome un libro, me le puso en las manos, diciéndome: «Aquí hallaréis la razón por donde habéis de gobernaros, la obligación que tenéis, a lo que habéis de acudir, la renta que tengo y el gasto ordinario. La confianza que hago de vos os obliga a mirar por mi hacienda con la diligencia que prometéis de acudir; lo que no supiéredes y hubiéredes menester lo podéis preguntar; que a una persona ya de vuestros años y de entendimiento no tendré más que decirle».

Con esto me dejó, habiéndome entregado otros muchos papeles; y llamándole, por ser hora de comer, se fue, y yo empecé a tomar industria en lo que tomaba a mi cargo.

CURA. Desta vez, hermano, medrado ha de quedar: en buena casa, rica y con buen amo; que, en efeto, los caballeros portugueses siempre son pródigos y nada escasos. La comida cierta, y con buen salario y cobrado de su mano, ¿qué le podrá faltar?

ALONSO. Para un desgraciado jamás hubo bien que durase ni constancia en las cosas: buena comodidad había hallado yo, mejor que merecía, a no tener mi señor don Pedro una hija hermosa, heredera de su hacienda, muchacha de poco tiempo y de menos seso, amiga de mirar y de ser vista, conocida de todos por ser quien era, noble y hermosa; y ella, que se lo sabía, no la pesando de que se lo dijese ni de ser servida; antes dando ocasión a algunos pisaverdes de la ciudad a que la sollicitasen, pretendiéndola con título de casamiento.

Ejercitaba yo mi oficio de mayordomo con el mayor gusto del mundo, acudía a todos los negocios de mi amo, y con ser muchos y tratar con tantos, a todos los tenía contentos: tanto puede una afabilidad de un hombre, un hablar bien, ser comedido, no soberbio, ni tener en poco con quien se trata, por pobre y humilde que sea. Muchas veces, sin pretenderlo ni querer oírlo, escuché grandes alabanzas de mi buen término; y con verme en la posibilidad que podía desear, esta doncella me traía inquieto y desasosegado, buscando algún remedio para estorbar el daño que forzosamente a todos nos estaba amenazando: a mi señor de pesadumbre, a la muchacha de deshonor y a los criados de alguna cárcel donde acabase de purgar mis pecados, ya que en la de Valencia salí por libre, aunque condenado en costas sólo porque miré al sol cuando salía.

Para evitar tantos daños determineme a solas verme con mi niña, y con las mejores razones que pude afeé su liviandad, poniéndola delante su nobleza, el ser heredera de su casa (que por lo menos las de su calidad era poco ser señoras de título), el mal ejemplo que daba, pues en las ordinarias mujeres es delito grave y en las principales gravísimo, como de mayor cuantía. Díjele: «Señora, que el paño de sayal, basto y grosero, ande al polvo y al lodo y no con la limpieza que se debe, aunque ofende a la vista, no es tan insufrible (que de suyo es lo que poco vale estimarse en poco); pero que el brocado, la tela fina, los bordados de seda y oro, que anden llenos de manchas por un descuido, por un mirar mal, por no recelar lo que puede ser, lástima es grande, y no remediarlo es cargo de conciencia. Ganar una persona buen nombre, buena fama y crédito ha menester mucho tiempo, trabajar mucho tiempo y perseverar constantemente de todo género de virtud; y para perder lo que tanto cuesta y vale ¿cuánto será menester? Pues si una vez cae en la lengua del vulgo (que pocos escapan), aunque sea mentira, ¿cómo se podrá remediar? Recupérase la hacienda, el edificio más levantado si una vez viene al suelo se vuelve a reedificar, por mayor costa que tenga, sin estorbo de inconvenientes, y para volver a mejor estado la honra, que por liviana ocasión se pierde, ¡qué de montes de dificultades se ofrecen! Como persona experimentada se lo digo a vuesa merced: si se emendare, hará lo que debe, como yo en advertirla el daño que la amenaza; y si los pocos años no la dejan caer en la cuenta, con decirlo a don Pedro mi señor cumpliré con mi oficio y con las muchas obligaciones en que me ha puesto».

Oyome la moza atentamente, y cuando entendí me respondiera con algún género de humildad, siquiera por ser yo de quien más confianza hacía su padre, el de más autoridad de los de casa por mis años y barba, en quien se iban ya divisando algunas canas (que la demás gente, aunque había en la posada hartos criados, eran todos mozuelos de primera tijera), demás que era yo a quien mostraba más amor que a todos los demás que le servían, me dijo mi portuguesilla: «Sois un bellaco descomedido, advenedizo, ruin, mal intencionado, y yo os haré moler a palos por hablador».

Dije yo entre mí entonces lo que Chuzón del Pedroso cuando fue a vistas con la señora su mujer.

CURA. Holgara de saber ese cuentecillo.

ALONSO. Trataron de casar a Chuzón del Pedroso sus vecinos con Marigorda, personas iguales en calidad y hacienda, y llevándole sus amigos a vistas de la desposada, le rogaron: «Por vida vuestra, hermano, que, pues sabéis tan poco y no os dio el Señor mejor entendimiento, que lo que menos podáis habléis en la visita y delante de vuestra desposada. Porque os hago saber que por ningún modo se puede disimular mejor un hombre necio como hablando poco, y más en juntas donde hubiere gente cuerda y que sabe».

Prometió de hacerlo así Chuzón. Llegando en esto a sus vistas, entraron en la sala, saludáronse unos a otros, tomaron sus asientos, y Chuzón miró a la desposada a lo mudo, hablola por señas, como si fuera sorda, y aunque estuvieron buen rato en la visita y tomaron colación, el desposado no despegó la boca, con tanto extremo, que la mal sabida de la novia, mirando a su madre, la dijo: «En verdad que me parece que el mancebo que me queréis dar por marido, que es un gran borrico». No fue tan entre dientes la razón que no la oyesen los más que allí estaban, y el desposado entre ellos; y muy contento, mirando a Toribio su vecino, le dijo: «Compadre, bien puedo hablar, que ya estoy conocido». Si yo hubiera siempre callado, disimulando con las cosas, dejándolas para el superior tribunal, bien sé que me hubiera ido mejor; que no es para todos la reprehensión. No es justo que un oficial suba en el púlpito, lugar dedicado a gente docta, eclesiástica, ejemplar en vida y costumbres. Pero, señor licenciado, yo confieso de mi culpa: que en no me pareciendo bien cualquier negocio, luego decía los inconvenientes que podía traer, no me ajustando con los doctores que le querían seguir, granjeando yo, de decir verdades, mortales enemigos para mis pretensiones.

CURA. Y ¿qué hizo esa dama?

ALONSO. Dejome con la palabra en la boca y, arrojando fuego por los ojos, se entró en su aposento; mas, como culpada, no se atrevió a agraviarme; antes disimuló nuestra riña (que esto de no estar uno libre parece que no le deja hablar su misma conciencia), enmendándose por algunos días. Pero la virtud quiere perseverancia; y empezar bien y cansarse al mejor tiempo es de personas mudables. Echelo de ver en mi doncella, pues, sin cumplirse la novena, hallé más mal de lo que imaginaba.

CURA. ¿Hubo alguna desgracia de las que suelen suceder a mozuelas demasiado libres?

ALONSO. Cerca andaba de perderse, y no una vez, sino muchas, a no estar yo de por medio: perro fiel de la honra de mi señor, centinela de su casa y guarda vigilante de lo que más estimaba. Tenía, señor, esta niña seis o siete paseantes, entre ellos gente noble y rica, y otros, aunque hidalgos, la misma pobreza; y éstos, inconsideradamente puso los ojos en un mozuelo galancete, no de tan buen talle como a ella le pareció, por extremo pobre: propia condición de loba, que siempre se aficiona de lo peor.

A éste, por orden de las criadas, dio en favorecerle y regalarle, enviándole algunas joyas de mucha estima, con determinación de que otro no había de ser su marido. El mancebo si más le dieran más recibiera, por ser devotísimo del glorioso doctor santo Tomás. Verdad es que su miseria y necesidad podía ser suficiente causa, siendo, como era, el

caballero del milagro: siempre bien puesto, regalado y con pajes, y la renta, como si Dios no hubiera criado oro, plata o cobre, ni aun llovió jamás sobre sembrado suyo: cosas que suceden por muchos buenos.

Tuvo traza mi escogido amante de valerse muy de ordinario de una mozuela, criada de casa, a quien regalaba: estratagema de guerra, ir ganando voluntades de los criados para que no murmuren y disimulen lo que vieren. La moza, que era buen oficial embarrador, hacía a dos manos: recibía del señor y de la dama, sirviendo de concordar y ajuntar voluntades. Tercera se llamaba a lo político y alcagüeta a lo grosero: oficio que, a no ser pecado el ejercitalle, no le hay de mayor provecho. Verdad es que siempre tiene cuidado el señor teniente de dar a las tales alguna buena mitra, pintada en ella su vida y hazañas. Era liberal mi pretendiente del pan de mi compadre; y como gastaba de bolsa ajena, qué con dádivas, qué con ruegos, hizo con su tercera que le metiese una noche en el jardín, confiado que por una puerta que salía a una cuadra de mi señora, entrara a verse con ella. Y y tuviera efecto su pretensión a no andar yo tan sobre aviso; porque en viniendo que vino mi señor, en recogándose todos, cerré yo la cuadra con la llave maestra, haciendo lo mismo en la puerta por donde había entrado el confiado amante (que en aquella ocasión estaba escondido entre unos jazmines), y como si no hubiera sospechado cosa alguna, entregué todas las llaves de las puertas a don Pedro, diciendo:

«Ya es hora de que vuesa merced y todos sus criados se recojan». Con esto me fui a mi aposento, que tenía una reja sobre el jardín, adonde me puse a ver lo que pasaba, por haber sentido ruido dentro, no ignorante de quién podía ser. Serían como las doce de la noche, y era de invierno, a trece de noviembre, víspera de plenilunio, habiendo precedido grandes muestras de agua, y tan ciertas, que, no haciéndose de rogar las nubes, comenzaron de enviar una tan apresurada y rigurosa lluvia, bien como si las cataratas del cielo se hubieran abierto, de modo que, muerto el demasiado fuego de amor del escondido portugués con la mucha frialdad y humedad le forzó a que buscase algún alivio entre tanta tormenta. Y viendo luz en la reja donde yo estaba, llegándose cerca, con voz humilde preguntó diciendo: «¿Quién es el que está ahí? ¿Es el señor mayordomo, el castellano Alonso, a quien el señor don Pedro por muchos títulos estima en tanto?». «Sí soy (le respondí). Y vuesa merced ¿quién es, que a esta hora y con tal noche, habiendo quebrantado la casa de un hombre tan principal como mi señor, se atreve a hablarme?».

Y él, tan temeroso como arrepentido, dorando lo más que pudo su atrevimiento, respondió: «Señor castellano, si en algún tiempo ha sabido qué cosa es amor, si ha sido aficionado, podrá seguro pedirle favor y que me ampare en la ocasión presente; pero si no, no tendré más que hacer de contarme con los muertos, que ya poco me falta. Dos horas ha que estoy aquí entre estos jazmines, bien como si estuviera en un río; el vestido tan hecho agua, que, a poderle torcer, todo el jardín se pudiera regar con lo que tiene, y lo que es peor, que llueve sobre mí dos veces el cielo: una del agua que arrojan las nubes y otra de la que corre destos naranjos y laureles, tan helada y fría, que cuando no me muera esta noche, no es posible llegar a mediodía de mañana. Mire, por su vida, cuál me siento, y si puede sacarme deste mar de agua que me cerca, hágalo, y confíe de mí que no dejaré de quedar tan agradecido como lo verá por la obra».

Entonces yo, por una parte muerto de risa, en ver que con tanto rocío no dejaría de apagarse el fuego de su cuidado, y por otra compadecido de su trabajo, le respondí semejantes razones: «Por cierto, señor, si yo hubiera de hacer el oficio a que me obliga la merced y confianza que don Pedro mi señor hace de mi persona, no sé cómo respondiera; pero, al fin, si a lo hecho no hay remedio, y dar en qué entender a los que duermen, recordándolos, sería perder su honor la heredera desta casa (y de lo que no hay ni ha habido cada uno añadir lo que le pareciese y diese gusto), no puedo dejar de amparar este delito y disimular esta falta, sin que persona alguna lo pueda entender. Bien quisiera que vuesa merced se fuera a mi posada; pero está echada la llave maestra a todas las puertas, y, en cerrando con ella, no es posible abrir. Pero lo que puedo hacer es que vuesa merced tome estas dos sábanas, y atarlas he yo por las puntas a los hierros desta reja; y atándolas por allá bajo una con otra, subirase sobre ellas como quien está sobre unos estribos, y deste modo arrimado a la pared, podrá vuesa merced defenderse de la mucha agua que recibe sobre sí». Y diciendo y haciendo, tomé mis dos sábanas de la cama y, atando cada una al cantón de la reja de mi ventana (que estaba no muy alta del jardín), lo que sobraba dellas dejé caer abajo, avisando al remojado pretendiente, que con la traza que le di se subió sobre ellas, sirviéndole de amparo mi traza contra la inclemencia de la noche, de que no pocas gracias me daba. Aunque le duró poco el alegría, porque cuando el agua era grande y llovía con fuerza, salían muy afuera las canales; pero como fuese aplacándose la furia y escampando, venían las goteras con menos fuerza, de suerte que caían arrimadas a la pared, y, por el consiguiente, sobre el desgraciado amador. Y quejándoseme de sus desdichas, me dijo: «Señor castellano, no hay bien para mí; conjurado veo al Cielo; mi muerte es cierta. Peor estoy ahora de lo que antes estaba. ¿No ve el agua que cae sobre mis hombros y cabeza? Desesperado estoy; no puedo sufrir tantas desdichas».

Y yo, por animarle, le respondí: «Señor, vuesa merced habrá de saber que a un pobre labrador le picó, estando descuidado, un alacrán (animal que, aunque ponzoñoso, no es de muerte su picadura, aunque causa gravísimos dolores). Fuese a curar el pobre hombre, y animándole el cirujano, le dijo: “Hermano, animaos; que cuando todo turbio corra, en veinte y cuatro horas se aliviará el dolor”; y diciendo esto, dio el reloj un cuarto, y con mucha alegría dijo a los circunstantes: “¡Alabado sea Dios, que para veinte y cuatro horas no me faltan más de veinte y tres horas y tres cuartos!”. Así que, señor, ahora deben de ser las dos de la noche, mi señor se levanta a las ocho; de dos hasta ocho van seis: paciencia, que remedio tienen los trabajos, y esto que pasa vuesa merced póngalo a cuenta de los muy perfectos amadores; que verdaderamente no lo fuera si todas las cosas le sucedieran como deseaba. Quejábase a un médico un fatigado enfermo, diciéndole: “Señor doctor, yo me estoy muriendo, porque no puedo comer ni beber; no sosiego de noche ni de día, ni es posible que pueda pegar los ojos, pues ha un mes que no he dormido una hora”. Y el médico le respondió diciendo: “Eso es estar malo; que, a no lo estar, comiera, sosegara y durmiera”. Así que, aplicando el cuento, el sufrir una y seis noches por lo que se ama, con hielos, ventiscas, nieves y aguas, eso es tener amor, ser pretendiente, servir a la dama, padecer y tener sobrada paciencia, cuando su merced de la señora está descuidada y durmiendo en su regalada y mullida cama».

CURA. ¡Buena flema gastaba, hermano! Y el pobre paciente ¿qué le respondió?

ALONSO. Enojado, me dijo: «¡Gentil consuelo para quien está acabando!». Y yo le repliqué: «Suplico a vuesa merced no se pudra, porque ni yo lo comí ni lo bebí; y si está no como debiera no es por mi culpa: vuesa merced se vino al jardín, vuesa merced se mojó; vuesa merced tendrá salida deste remojado lugar, a lo más breve, salido el sol, porque yo tomaré entonces las llaves, haciendo franca la puerta para que vuesa merced se vaya. Y porque ya es muy tarde y yo me siento muy malo, guarde Dios a vuesa merced muchos años».

Con esto cerré mi ventana, dejando al pobre caballero, no colérico ni hecho un fuego (porque, aunque fuera un volcán, se apagara su incendio): desesperado, si no arrepentido, de haberse entrado en aquel purgatorio. Recogime un poco, y dormí mal, por el cuidado que tenía de echar del jardín aquel penitente, y, en oyendo las seis (que casi no era de día), llamé al aposento de mi amo pidiendo las llaves; y antes que los demás criados se levantasen, bajé al jardín y, abriendo la puerta trasera, busqué a mi buen hombre (que así él como su ropa se pudiera torcer). Hablele cortésmente, rogándole se fuese a su casa y se estuviese ocho o diez días sin levantar de la cama, para restaurar un trabajo tan grande como había pasado. Así lo hizo, tomando mi consejo; pero aunque quisiera hacer otra cosa no le fuera posible, porque se quedó por seis meses tullido, sin haber remedio de tenerse en pie.

CURA. Cierito estaba que toda una noche de agua, y en invierno, que había de hacer mucho mal a una persona delicada como ese mancebo.

ALONSO. Estos son los gajes y honras que sacan de la guerra de Cupido, las honras, dignidades y riquezas que se granjea. ¿No ha visto vuesa merced salir un mozuelo de su tierra, hijo de buenos padres, deseoso de ver mundo? Vase a Flandes, ejercítase en la milicia, gasta sus años en el servicio de Dios y de su rey, vuelve a la Corte, cansado ya de trabajos y de años, presenta sus papeles, y Su Majestad, premiando sus servicios, dale un hábito y hácele alcaide de alguna fortaleza, adonde con más descanso goce de lo que trabajó y sirvió en su mocedad. Pues lo mesmo se halla en las guerras de Venus, aunque en diverso modo: desvélese un pisaverde en el servicio de su dama; las noches de invierno y nieves las lleva, con los pocos años, como si fuera el estío; cargado de hierro como si estuviera en frontera de enemigos, hecho centinela de sus competidores, perdiendo su salud y su alma en estas refriegas y otras semejantes. Llega la vejez, habiendo granjeado de sus liviandades perpetuos dolores de cabeza, incurables llagas, verse atormentado de asquerosas bubas: lance forzoso de los soldados deste capitán y príncipe de perdición.

CURA. Diga, hermano: y ¿qué hizo en este suceso aquella dama? ¿Entendió la desgracia de su pretensor? ¿Favorecióle en su enfermedad?

ALONSO. En tomando fuerza una negra afición y echando raíces de asiento en un corazón de un hombre, con dificultad se olvida. Era mi doncella la señora mandona de casa; gobernábalo todo, hasta el dinero, porque mi señor era un Juan de buen alma: desdicha grande para un buen gobierno. Tenía la portuguesa en su compañía criadas de su humor y de pocos años, pues la que más tenía no pasaba de veinte y cinco. ¡Mire vuesa

merced qué buenos juicios para alcaldes! Ninguna dellas trataba sino de dar gusto a su señora, y ella en regalar a su desgraciado tullido, a quien los cinco meses que estuvo en la cama no le faltó dineros, aves, conservas (en tanta abundancia como si fuera el más poderoso y rico de Portugal), sirviendo de instrumental mensajero la fiel Acates de los pasados conciertos. No era en mi mano sufrir semejantes libertades; y aunque quería disimular, reventaba de pena, viendo la perdición de tanta hacienda como se hundía, el mal ejemplo de las doncellas (pues no era posible sino que todas lo sabían), la ignorancia de mi don Pedro y poco cuidado que tenía con aquella hija, con quien, para guardarla, era menester un Argos, y aun no bastara. Ya me cansaba tanto silencio; y así, forzado de la razón y buen celo, llamé una tarde al correo de estos mis enojos, y a solas le dije: «Ven acá, hermana. ¿Es posible que en tanto tiempo no echas de ver el peligro en que estás y nos tienes a todos? ¿Con qué alma eres ocasión de que se pierda una muchacha noble, sola en su casa, querida de su padre y heredera forzosa de su hacienda? ¿Cuándo te has de cansar de ser tan perjudicial tercera, juntando tan desiguales sujetos y destruyendo lo que yo sé que por tu causa se ha echado a mal? Da orden de emendarte, donde no, yo buscaré el remedio que convenga a todo daño».

Oyome la criada y, sonriéndose, me respondió: «No es de nuevo, señor castellano, estar vuesa merced mal conmigo, pues somos de diversa nación, incompatibles a querernos bien. ¿No echa de ver que mi señora se ha de casar con este gentilhomme, y que sin duda está de Dios, pues le quiere tanto? Él es caballero gentilhomme, comedido y que la estima y quiere como si ya estuviera en su poder; y en verdad que desde que empezó a tratar este casamiento que no he hallado en el mozo un sí ni no: tan bonito, tan cortés, tan bien hablado como una dama. Pues ¿qué el no apartarse de noche ni de día de nuestra calle, con tanta perseverancia y firmeza como el día primero?».

Esto me dijo; y harto ya de sufrir impertinencias, humanándome más de lo que fuera razón, la rogué que se sentase un poco, oyéndome las razones que la quería decir. Curiosa de saber lo que pretendía, nos sentamos los dos a solas, y lo mejor que supe la dije desta suerte: «Ella, hermana, cuando mucho medre por ser estafeta destes negocios que trae entre manos, serán docientos azotes, llevándonos de calles a todos los criados a ser por algunos días vecinos del alcaide de la cárcel, por si acaso lo supimos, entendimos o no dimos aviso de lo quepasaba. ¿Quién la mete a ella en saber si está de Dios este casamiento, y más guiado por su mano? ¿Qué frailes se han puesto en oración? Qué misas se han dicho? Qué informaciones se han hecho de una parte y otra? Calla su padre, y sus deudos de nuestra ama no se acuerdan de que mude estado esta señora; y ella, procuradora de los embargos, impertinente con cuidados que no la tocan, como judiciario astrólogo, se mete en las estrellas, como si ella o él pudiesen saber con certeza lo que el Cielo tiene determinado de cada uno. Lo mejor es dejarlo; soseguémonos todos.

Y porque mejor lo pueda entender, óigame esta fabulilla, que me acuerdo haberla leído muchos años ha. Y es que en casa de un caballero había una señora que estimaba en mucho una perrilla que había criado, mereciéndolo el animalejo, por ser amorosa, muy pequeña y gracias que la habían enseñado. Sobre todo, tenía un amor tan grande a su amo, que cada vez que venía de fuera eran tantos los regocijos, fiestas y saltos que daba, que, obligado el señor a sus caricias, la tomaba en brazos, haciéndola, en retorno de su

agradecimiento, otros tantos halagos, llegándola a su rostro y pecho, bien como si fuera algún regalado hijuelo de casa.

Frontero del patio estaba la caballeriza, adonde tenía un jumento su habitación ordinaria; y como viese el mucho amor que le mostraban a la perrilla sus dos señores, y sabido por qué (no más de por dos brincos, cuatro saltos y un ladrar desabrido), imaginó diciendo: “Si a esta nonada la tienen en tanto porque sale a recibir a su amo, yo, que soy grande de cuerpo y de mayor voz, si cuando viene de fuera saliere con algún regocijo a recibirle, ¿qué no hará conmigo? Ciertamente es que me regalará con mayores veras, pues soy de más provecho que aquella sabandijuela”.

Esto imaginó y púsole por obra; y un día, entrando el señor por el patio, salió el jumento dando carreras de una parte a otra, rebuznando con mucha furia, alta la cola, dando coces por las paredes y postes; y, no contentándose⁸⁵ con las locuras hechas, puesto en dos pies, echó los brazos por los hombros a su amo y, sacando la lengua, le comenzó a lamer el rostro, allegando el suyo, con sus orejas, al de su señor. El descuidado caballero, del nuevo sobresalto que le había sucedido, comenzó a llamar a sus criados, que le favoreciesen; y, no siendo perezosos, acudieron con unos gruesos palos y, el amo por otra parte, de suerte pararon al atrevido jumento, que, sin acordarse más de retozo, a palos le hicieron entrar en el establo.

Agora, señora doncella, apliquemos la obra: no digo yo que sea ella la inconsiderada bestia, invidiosa del bien y regalo de la perrilla; mas podrela decir que a unos les está bien meterse en algunas cosas y hacerlas, y lo que hacen y dicen a todos parece de perlas; y estas mismas en otras personas son odiosas, se aborrecen y se reciben tan mal, que en lugar de darles gracias por ellas, lo que granjean y sacan es deshonra, malas palabras, disgustos y pesadumbres. Métase ella, hermana, en su fregado y en su rueca; que esto será para ella y para nosotros más seguro, y case nuestra ama cuando y con quien nuestro Señor fuere servido».

CURA. Prométele que la dijo harto más de lo que ella quisiera oírle.

ALONSO. Así, señor, se echó de ver; porque nunca saeta se despidió del encorvado arco con mayor ligereza y velocidad que la mozuela se levantó de donde estaba, y sin despedirse de mí, me dejó: tal enojo cobró con mis razones; pero era predicar en desierto. Ya el enfermo, con el demasiado regalo, y favorecido tanto de la dama como del tiempo apacible de la primavera, había cobrado las perdidas fuerzas, y, no descuidándose de sus antiguas pretensiones, volvió a lo que solía, y con el amparo de su buena tercera acrecentó nuevos cuidados a los que ya traía. Acabáranse entonces los de mi pretendiente, a no ser yo el que los estorbaba: principal causa de malograrse sus esperanzas, estando tan cerca de haber efecto sus deseos. Y fue que, según entendí, con una juyuela de oro que la dio a la tercera alcanzó que una noche que había de faltar de casa don Pedro, mi señor, le metiese en una sala por donde tenía correspondencia al cuarto que mi señora habitaba, bajando a él por una escalera falsa. Verdad es que mi ama este caso ni el otro no lo supo, que sólo fue concierto de la mala criada, a veces deshonra

y menoscabo de quien se sirve de semejantes personas, imaginando tienen en su casa gente de quien se pueden fiar.

Olí yo el poste (que, como perro ventero, todo lo buscaba), y sabiendo que el galán estaba ya en su puesto, hice de modo que se desconcertase la ida de mi señor a caza para de allí a tres días, y como yo asistía siempre al desnudarse mi amo, fui cerrando todas las puertas por de dentro: de modo que, aunque quisiera, no podía bajar ni salir de adonde estaba encerrado sin hacer pedazos cuatro puertas de las más recias de nuestra posada.

Ya era media noche, y el caballero esperaba su aventura (que jamás le llegaba), Desesperado, sin cenar ni tener dónde recogerse ni arrimarse, si no era en un poyo de una ventana de reja que tenía la cuadra, buscaba por dónde salir, y no era posible librarse de su cárcel (mejorada buen rato de la que tuvo en el jardín con tanta frescura). Caía mi aposento debajo de aquella amorosa prisión, de suerte que con facilidad podía oírle las quejas que toda la noche estuvo dando, sus paseos, y de en cuando en cuando algunos suspiros bien sin provecho. Llegada la mañana, haciendo yo de la deshecha, ignorante de lo que pasaba, entré por el aposento de mi señor, subiendo por la escalera, abriendo todas las puertas que había cerrado la noche antes. El caballero que sintió subir gente y que subían adonde él estaba, con la espada desnuda en una mano, y en la otra un broquel, se puso a esperarme, diciendo: «Por Dios os pido, hermano, que, pues venís a matarme, me dejéis confesar solamente, y en pidiendo misericordia a Dios, haced cuanto quisiéredes de mi persona; que ya tengo tragada mi muerte, bien merecida por mis locos atrevimientos. Y pues los presagios de mi desdicha he visto, no os lleguéis a mí, si no queréis morir a mis manos, sino llamadme primero un confesor con quien pueda consolarme y me oiga de penitencia».

Reíme de verle tan arrepentido, y díjele que se sosegase y perdiese el temor, que yo no iba a matarle; antes procuraba dejarle salir libremente, dándome palabra de no entrar más en casa de mi señor ni solicitar a la criada para semejantes ocasiones; y que si es que pretendía casarse, no había de ser de aquel modo, sino con voluntad y beneplácito de mi señor don Pedro, a quien podían echarle algunas personas graves que le hablasen. Diome muchas gracias por el consuelo que le había dado, diciéndome: «Señor castellano, algún ángel debéis de ser, pues estando ya muerto me habéis tornado a la vida. Yo os quiero hablar claro: sabed que esta mañana se me ha puesto la muerte delante de mis ojos, y yo la veo todas las veces que me pongo enfrente de aquel cuadro, y en pasándome a un lado, hallo que se ha vuelto una dama, y si al otro lado, un gentil mancebo. Qué significa esto fácil es de entender y declarar: yo soy aquel mancebo que allí parece; la dama es vuestra señora, a quien yo amo tanto de corazón, con tantas veras; esta afición y querer me ha de traer a que pierda la vida».

Sonréime entonces, y díjele: «Vuesa merced, señor, no ha caído en este misterio: habrá de saber que esta imagen que dice es una pintura hecha con cierta traza, inventada agora nuevamente con ciertas tablillas, que pintadas por el un lado hacen parecer un galán y por el otro una dama, y enfrente, en el llano de la tabla, una muerte: de modo que hace tres figuras mudando el lugar para mirarla».

CURA. Ya yo me acuerdo de esas imágenes, que dieron un tiempo en usarse mucho, aunque agora no se hacen como solía; y vi en una imagen de un Salvador la de un Cristo crucificado y la de la Madre de Dios. Al principio dieron mucho gusto y se estimaron; pero después, con la abundancia dellas y tenellas todos, vinieron a valer en muy bajo precio, sucediendo lo que en las esmeraldas: que con ser unas piedras tan agradables a la vista y de tantas virtudes, sólo porque hay muchas y tenerlas tantos han venido a estimarse en poco.

ALONSO. A este propósito fue lo del tordo de Augusto César, que ya vuesa merced habrá oído decir.

CURA. No me acuerdo dél, y gustaré de oírle, pues es temprano para recogerlos.

ALONSO. Entraba triunfando en Roma Augusto César (premio que daban los romanos a los valerosos capitanes que habían vencido alguna guerra); y por haber sido aquella vitoria de tan grande importancia para el imperio romano, muchos días antes que llegase el Emperador le fueron previniendo las fiestas que le habían de hacer a su recibimiento. Y entre los romanos que se apercibieron para aquel día, fue un pobre oficial, que a un tordo que había criado le enseñó a que dijese: «Salve, César Augusto; Dios te guarde, César Augusto». Llegose el tiempo que esperaban del triunfo, y llegando a la casa del romano, comenzó el tordo a dar grandes voces, diciendo: «Sálvete Dios, vitorioso César Augusto». Cayole tan en gracia al Emperador, que mandó le llevasen el tordo a su palacio, y al dueño se le pagó de suerte, que quedó con suficiente hacienda él y sus hijos.

De la buena fortuna del romano, no se tenía por bueno quien no criaba su tordo, enseñándole las propias razones, con esperanza que en otra ocasión habían de tener mejor premio; y entre los muchos maestros hubo uno a quien le cupo enseñar a un pájaro tan rudo y tan apartado de cuanto le decían de día y de noche, que, con estarse quebrando la cabeza sin entender en otra cosa, era como si se lo dijeran a una piedra. Viendo el poco fruto que sacaba de su trabajo, volviéndose al tordo, cada vez le decía: *Opera impensa perit*; trabajo y tiempo malgastado, con tan poco premio y galardón.

Sucedió que, pasando algún tiempo, volvió Roma a celebrar otro recibimiento al César, y no quedó ningún ciudadano que se olvidase de su tordo, y por todas las calles que pasaba hallaba tordos que le decían: «Dios te guarde, César Augusto». Llegando, pues, a la casa del pájaro rudo, en aquella ocasión no lo fue, porque, no se olvidando de su enseñanza, le dijo: «Guárdete Dios, vitorioso César». Enfadado ya el Emperador de tantos saludadores, volvió diciendo a los que le acompañaban: *Horum saluatorum satis domi habeo*; destes saludadores y que me den parabienes, bastantemente los tengo en casa; y como si tuviera natural juicio el enjaulado tordo, repitió al mismo tiempo que dijo su razón el César: *Opera impensa perit*; trabajo sin fruto, pues no se saca premio de mi enseñanza. Fue de suerte el gusto que le dio al César la razón dicha en tan buena oportunidad, que no sólo se llevó el tordo a su casa, sino que a su dueño le hizo grandes mercedes. Pues, volviendo a nuestro propósito, mi novel caballero me dio gracias, así por la libertad que le daba como por el ánimo que le había puesto, porque verdaderamente él estaba ayuno del misterio de la imagen. Y no me espanto, porque lo uno el temor y lo otro la poca experiencia que

tenía de semejante pintura, no era mucho lo que era blanco le pareciese negro y cualquiera hormiga se le representase un elefante; que esto y más puede hacer la imaginación en una persona melancólica. En efeto, señor, sin que ninguno entendiese lo que pasaba, saqué a mi caballero del aposento y roguete que lo pasado, pues no tenía otro remedio, fuese enhorabuena; pero que para adelante pusiese emienda en sus pretensiones, negociando y tratando las cosas de otro modo.

Y echando de ver que había de ser de cada día peor, por más que me desvelase en remediar las cosas, y que otro día le había de hallar en el aposento de mi ama, escogí por mejor partido dejar la comodidad que tenía, aunque era muy buena y de mucho provecho, por no verme en una prisión como la de Valencia, y sin culpa.

Y esto mismo aconsejaría yo a los criados de los señores cuando viesen algún defeto en la casa y no lo pudiesen remediar sin detrimento de su honor o vida, o por algún notable inconveniente: que se salgan, despidiéndose de sus amos; que mejor es que los tengan por mudables y de poco conocimiento que no que vengan a pagar lo que ni pecaron ni tuvieron culpa, ni se hallaron en ello; que, en efecto, pagar por otros, estar inocentes y llevarlo de voluntad, es obra sólo para Dios, que pagó⁸⁷ lo que no pecó y no pudo pecar, y no para los hombres, amigos de nuestra comodidad y provecho.

En efeto, señor, yo me despedí de don Pedro, mi señor, fingiendo que me enviaban a llamar de mi tierra. Sintió mi partida y pagome más de lo que me debía. Lloró por mí y yo por él; que en verdad que tenía todo cuanto se puede desear en un buen caballero.

Busqué con quien salir de Lisboa, y hallé unas mulas que salían de vacío para Toro. Concerteme con el mozo que las llevaba por poco precio... Pero ya es muy tarde; quédese mi jornada para otra noche.

CURA. Dios se la dé muy buena, hermano, y mañana le espero en el mismo puesto.

CAPÍTULO V

Da cuenta Alonso de la jornada de Toro, y cómo entró a ser aprendiz de un pintor.

ALONSO. Guardando su orden de vuesa merced, he venido aun más temprano de lo que suelo otros días.

CURA. Yo le oigo de tan buena gana, que ya me parecía que se tardaba. Quedamos, hermano, en la jornada de Toro, ya puesto a caballo con su mozo de mulas: milagro grande verle salir como persona grave, con tan buena comodidad. Pero antes que pasemos adelante, dígame, por su vida, ¿oyó decir en qué vino a parar aquella señora de Portugal?

ALONSO. Estando yo en Toro tratando con unos señores portugueses, me contaron maravillosas cosas acerca de lo que vuesa merced me pregunta; porque ya sin tener una

vigilante centinela como yo era, pudo la dama, como aficionada, dar entrada a su querido galán, no reparando en el disgusto de su descuidado padre, siendo ocasión deste desconcierto el mal consejo de la sobornada mozuela a quien yo había profetizado en lo que había de venir a parar. Sucedió, pues, que una noche procuró esconderse en el jardín el enamorado mancebo, teniendo de su parte a la medianera de sus conciertos, siendo sabidora de todo la señora mi ama, con palabra de que había de ser su legítimo esposo. Y confiada deste tan deseado contrato, en viendo sosegada la casa y a su parecer durmiendo al descuidado padre, bajó de su cuarto por una escalera que venía a dar en el aposento de don Pedro; y de allí, abriendo una reja que servía de puerta, entró en el jardín, adonde su amante la aguardaba, llevando en su compañía su fiel Acates.

Este bajar a abrir y pasear de una parte a otra, no lo hicieron las dos con tanto silencio como las convenía; porque, o que del pisar con algún descuido, o el ruido de la ventana que se abría, hubo de despertar mi amo con algún sobresalto de un sueño que entonces soñaba, de que unos ladrones le estaban robando las mejores piezas de su vajilla. Dio voces, acudió gente, y hallando puertas abiertas, confirmó su sospecha. Llamose la justicia, mirose la casa y, bajando al jardín, hubieron de encontrar con los desgraciados amantes, que a no estar allí la justicia y tantos testigos, sin entenderse de persona alguna, mi señor diera cabo dellos (que, aunque en condición era un ángel, cuando se enojaba era terrible, y no era mucho en ocasión y agravio semejante).

En efeto, la justicia tomó la mano de todo: llevose el caballero a la cárcel, depositóse la señora en casa de una su vecina, viuda, adonde por bien de paz se vino a casar con su amartelado al cabo de algunos días. A la mozuela causa de toda esta pesadumbre, por tercera la dieron ducientos azotes; a los demás criados, aunque sin saber el negocio, los echaron de casa, renovándose toda ella de nueva gente de servicio; y mi don Pedro, por hacer mal a los desposados y tener nuevo sucesor a su mayorazgo, de allí a poco tiempo mudó de estado, casándose con una doncella noble.

CURA. No me maravillo que un padre enojado haga estos extremos; pero prométele, hermano, que tengo lástima a la portuguesa.

ALONSO. Yo también confieso mi culpa; pero, pues se lo quiso y no pecó de ignorancia, tómese lo que de aquí adelante se hallare.

CURA. Ahora volvamos a nuestro cuento.

ALONSO. En efeto, señor, puedo decir a vuesa merced que el Cielo en esta jornada tuvo muy de mi parte, y con la posibilidad posible llegué a la ciudad de Toro, una de las mejores que hay en Castilla la Vieja: abundante, rica, bien cercada, amigable sitio, famosa por su caudaloso y soberbio río, con quien vienen acompañados otros seis, que todos siete fertilizan la tierra y dan gran número de pesca a los naturales y extranjeros; demás por la gran cosecha que tiene de pan y vino y tanta diversidad de frutas, con que provee a muchos lugares y ciudades del reino: tanta es la abundancia que en ella se coge.

Entretúveme dos días sin acomodarme, considerando qué orden tomaría de vivir, porque andar siempre de casa en casa sirviendo, ya de escudero, ya de mayordomo o paje, tenía yo a mucho trabajo, pudiéndome arrimar a algún oficio que me diese de comer, pues suele decirse: «Quien ha oficio tiene beneficio»; siendo, como es, virtud grande sustentarse el hombre del trabajo de sus manos; que dello se precia el Apóstol, diciendo: *Laborantibus manibus nostris*; que es como decir: Comemos de nuestro sudor con el trabajo de nuestras manos.

Esto imaginaba, cuando me hallé a la puerta de un pintor que en un portal de su casa estaba dibujando un cuadro de san Cristóbal. Detúveme en mirarle, y él, de verme con tanta atención, me preguntó diciendo de adónde era, qué buscaba y de qué vivía. Díjele yo el afición que tenía a su arte, cuán aficionado era a los pintores, el haber poco tiempo que había llegado a la ciudad y el estar desacomodado en aquella ocasión, buscando alguna persona a quien pudiese servir. «Como vos, hermano, gustásedes de estar en mi casa (replicó el pintor), os enseñaría el oficio; y habéis llegado en buena oportunidad, que no tengo aprendiz, y en su lugar os recibiré luego». Yo, que vi el cielo abierto y no había cosa que más por entonces desease, no me hice mucho de rogar; antes, agradeciendo su ofrecimiento, le di muchas gracias, ofreciéndome a servirle con la puntualidad, amor y afición que me fuese posible.

Quiteme la capa y sombrero, como ya criado de casa; híceme una gran olla de cola para unos lienzos, aparejé los pinceles, molí unas colores, saqué aceite de espliego de nueces y linueso,⁸⁸ bien como si ya estuviera metido en la obra, prometiéndome dentro de poco tiempo haber de ser un Ceugis, a cuyas pintadas uvas bajaron las aves a picarlas; o un Apeles, de cuya pintura el mismo Ceugis⁸⁹ fue el engañado, llegando a la tabla para tirar un velo que parecía natural y no pintado, según estaba al vivo; o, ya de nuestros tiempos, el Mudo, tan estimado de la majestad del gran Filipo II; mas ¿qué hombre hay que no se engañe? Y más⁹⁰ yo, que en desgracias podía dar quince y falta al más desdichado.

CURA. Pues ¿qué tuvo con ese maestro?

ALONSO. ¿Qué tuve, me pregunta vuesa merced? Mas ¿qué no tuve? Cuanto a lo primero, él era hombre de bien y bien intencionado, liberal, trataba su casa con muy buen orden; pero era mal pintor, discípulo que había sido de otro peor que él. ¡Mire vuesa merced con qué principios saldría! Persona era que me dicen que, pintando una imagen de la Purísima Concepción de la Reina del Cielo, pintándola con todos sus atributos del sol, luna, palma, ciprés, plátano, estrella, fuente y huerto, a cada cosa ponía su rétulo, diciendo: «aquesta es palma, esta es estrella, y aquél sol». Y con mucha justicia y acuerdo lo escribía: que aún está en litispendencia si el ciprés era fuente o la luna era plátano.

Pues el bueno de mi amo pintó un día al sagrado doctor de la Iglesia san Jerónimo haciendo penitencia en desierto, y a su lado el león, y para que se le comprase alguno de los que acuden de las aldeas los jueves, colgó la imagen a la puerta. Los muchachos del barrio, como es natural suyo en viendo algo de nuevo allegarse a ver y dar su parecer en todo, como si se le pidieran o entendieran, en esta ocasión no hubo quien faltase, y mirando la pintura, decían unos a otros: «¿No veis el gato?

¡Hola el gato!». Mi señor, que, por oír lo que decían estaba junto a la puerta, respondió mirándome: «¿Gato? ¡Aun no tan malo!: cerca voy para que sea león»; y a este tono iba lo demás que hacía.

Otras veces la reina santa, santa Caterina, o la apostolada Madalena salían pintadas de sus indignas manos, con sus insinias del modo y suerte que suelen de ordinario pintarse: a la una con su rueda y espada en las manos, y a la otra con su vaso; pero aplicaba los dedos y manos a lo que habían de tener, que, si no era por milagro, no era posible se tuviesen.

Sacaba yo de lo que allí vía cuánto importan los buenos maestros, la buena doctrina, la larga experiencia, pues no todos son san Agustín, que por sí solo con su divino ingenio alcanzó lo que otros en muchos años aprendiendo y estudiando no pueden ni les es posible; ni ya me maravillo de lo que de ordinario se suele decir alabando la habilidad y saber de uno: «De Fulano bien se puede fiar y pedir cuanto quisiéredes, pues es discípulo de tal maestro»; mas el mío no tenía lo uno ni lo otro, porque era adocenado, y con ser como era, ganaba de comer, mostrándose en esto, como en todo, la providencia del Señor, que da a cada uno, conforme su posibilidad y fuerzas, lo que ha menester.

CURA. Hermano, si todos fuesen de un gusto, de una voluntad y un parecer no habría diferencia entre buenos y malos, entre lo muy perfecto y razonable.

ALONSO. Acuérdomme que un día sacó Panarra una danza de filisteos, y él hacía la figura de Sansón y traía en su mano la quijada de un jumento, y después de haber danzado todos juntos y hecho sus mudanzas, Sansón, representando su figura con la quijada, hería a los danzantes, como si los matara verdaderamente; y luego, para alivio de su cansancio y trabajo de la batalla de sus enemigos, alzando la vitoriosa quijada del pesado animal, bebía de una fuente que tenía dentro hecha, pero en lugar del agua que había de salir, era vino tinto. Estaba presente con el alcalde el cura de la aldea, grande teólogo, y enojado contra Panarra, le dijo: «Pare la danza, que es herética; porque de la quijada del animal no salió vino, sino agua: que el vino no lo bebió Sansón en toda su vida». Sonriose Panarra y, mirando al cura, le respondió: «No se meta en eso, pues sabe poco y no echa de ver la providencia del Señor, que da a cada Sansón lo que ha menester: a mí el vino, y al otro el agua».

Sentía yo estas cosas de mi señor en el alma, y quisiera que las imágenes o no se pintasen o fuesen muy buenas; y no quedaba por decirlo, aunque sin provecho, no sirviendo más de que se enojase conmigo, diciéndome algunas palabras no de poco peso y consideración.

Tenía costumbre de pintar la casa otomana, los emperadores romanos, los dioses de los antiguos; y yo entonces, sin tener respeto a lo que le debía, con algún género de atrevimiento reprehendía su trabajo y la vana curiosidad de algunos, diciéndole: «En verdad, señor, que no tanto me admiro de que vuesa merced pinte al Soldán, a Rosa su mujer, a Bayaceto, a Nero, a Julio César, a Júpiter y a Venus, sino de que haya tantos que los compren, adornando sus salas y aposentos con figuras, que, por lo menos, los

representados son tizones del Infierno, ejemplo de maldad, la misma soberbia, deshonestidad y torpeza. ¿Qué mejor adorno y pinturas que las de unos mártires, ermitaños, apóstoles o vírgines? Y, si de otro género, una casa de Austria, unos príncipes católicos que vivieron y murieron como cristianos, dejando fama y nombre de nuestra sagrada religión, que tuvieron. Celebre el persa, el africano, el indio a los de su nación, y estese Bayaceto y Amurates en Constantinopla, corte de los secuaces de Mahoma».

Sí que nuestra florida España siempre ha tenido y tiene de presente varones ilustres, famosos en armas y letras, y es razón no se olviden, sino que su fama y nombre se eternice; que desto sirven las imágenes y retratos que agora usamos, y no como sentía aquel mal emperador Constantino, perturbador y enemigo de la Católica Iglesia. Pero yo, señor, no me maravillo de que se pinten cuadros de la historia de Jarifa, de la Otomana, de Celín⁹¹ y de Gazul, porque, en efeto, la codicia puede esto y mucho más; pero que haya quien los compre, y que haya tan malos gustos que los tengan en sus cuadras y aposentos, de eso me espanto.

Desterró la majestad del santo rey Felipo Tercero la mala semilla destes agarenos, y mi pintor no acababa de olvidar sus retratos: cosa de gran importancia; tiempo, colores y lienzo mal gastado. Pues en verdad que no quedaba por decirlo, y de suerte que, enfadado conmigo, me dijo más de lo que debía oírle, principalmente porque una vez pintando el rostro de la Reina del Cielo, le matizaba con colores tan oscuros y pardos, que verdaderamente más parecía india o etíope que rostro de señora hermosísima, como lo fue la sagrada Virgen. Enojado yo con él, le dije: «Mire vuesa merced que está engañado; que la Madre de Dios, señora nuestra, no fue morena, sino blanca, y el rostro que vendrá a sacar de su mano no sólo no será moreno, sino negro y muy atezado».

CURA. ¿Qué dice, hermano? Luego ¿nuestra Señora no fue morena? ¿No ve que esta es común opinión de todos y que está así recibido?

ALONSO. Por ser cosa que me ha costado mucho estudio y trabajo el buscarlo, aunque en otra parte lo he dicho, por ser opinión, y la más verdadera, óigame vuesa merced, que gustará de oírme.

CURA. Ya le escucho atento.

ALONSO. Quanto al primer fundamento, ha de saber vuesa merced que si muchas imágenes de la santísima Virgen han aparecido morenas, ha sido la causa el tiempo y humedad de la tierra donde los católicos las enterraron por miedo de que las sacrílegas manos de los moros no las maltratasen; porque no se puede entender que pintor alguno diese tal matiz, tan moreno como algunas tienen, como la imagen de Atocha de Madrid, de Guadalupe, de Monserrate y otras semejantes; demás que la esperiencia nos enseña que acabado de dar el lustre y barniz al rostro de algún santo, está con una blancura notable, y después, al cabo de dos o tres años, va perdiendo aquel blanco, declinando más al color moreno. Y si es hermosura el ser blanca y rubia una mujer, ¿quién duda sino que la que jamás tuvo defecto ni en cuerpo ni en el alma, había de tener y guardar en sí lo más perfecto y hermoso de las criaturas? Va dando señas la Esposa a las hijas de Jerusalén de

su querido y amado Esposo, y contando sus gracias y hermosura, las dice: «Mi amado es blanco y rubio». Luego, si es en los hombres parte de perfección la blancura, ¿con cuánto mayor título será en una mujer? Y si el hijo muy de ordinario se parece a la madre, como la que es hija al padre, ¿quién más hermoso que Cristo señor nuestro? Y, por el consiguiente, ¿quién más bella y hermosa que su bendita Madre? Y lo cierto es que no fue morena, sino blanca, esta divina Señora.

Aquellos soldados y capitanes del general Holofernes, mirando la perfección y hermosura de la santa viuda Judich, tratando entre sí y comunicando el mucho interés que se les seguía de hacer guerra y destruir a los de aquel pueblo de Betulia, decían: «Cuando esta gente no tuviera más de tener tan hermosas mujeres, era bastante causa para que viniésemos contra ellos y los echásemos de sus casas para más libremente gozarlas». Pues si Judich, figura de nuestra gran Señora, defensa y amparo de todo el humano linaje, más fuerte y valerosa que esotra matrona de Betulia, que no a Holofernes, sino a la infernal serpiente quebrantó la cabeza, ¿qué hermosura la conviene tener?

Y sabemos por experiencia cada día que los alemanes y flamencos son blancos y rubios por la mayor parte, por habitar en región tan fría; por el consiguiente, lo han de ser los judíos y hijas de Jerusalén, pues también en aquella tierra hay nieves y hielos, y por el mes de marzo muy buenos fríos. De aquel malo y desobediente hijo Absalón cuentan las divinas letras que su hermosura era por extremo, y que sus cabellos de oro eran adorno a las damas de su reino, aunque para él fueron destrucción y remate de sus días. Pues si en el desobediente fue tanta la hermosura y rosado color, en ésta (ejemplo de humildad y obediencia) ¿por qué no había de ser más blanca que las azucenas, con quien es comparada, y más rubia que el sol, de quien está vestida, símbolo de la pureza y virginidad y honestidad?

Esta blancura y ser blanca la santísima Virgen la viene de derecho, por ser, como es, la más casta, la más honesta y más santa de las mujeres, más pura y limpia que los cielos. Dejo aparte que siempre que se ha aparecido esta serenísima Señora a los santos ha sido vestida de blanco: señal que la blancura es el color que más la agrada.

CURA. Repare, hermano, que se atribuyen a la Madre de Dios aquellas palabras: *Nigra sum, sed formosa*; negra soy, pero hermosa, sacando algunos deste lugar haber sido morena.

ALONSO. A eso, señor, puedo yo responder de otro modo; porque, dejado aparte los muchos sentidos y explicaciones de los doctores sagrados, a quien se les debe todo respecto y reverencia, no será fuera de propósito decir: *Nigra sum, sed formosa*; negra soy, pero hermosa: de casta soy de pecadores, a quien la culpa hizo negros, afeando la hermosura de sus almas; pero yo no soy como ellos, porque en mí nunca hubo culpa ni mancha de pecado, porque soy toda hermosa.

Demás desto, en el capítulo primero de los *Cantares*, página 1, columna 1, casi alude a este sentido, diciendo: *Nolite me considerare, quod fusca sim, quia decoloravit me sol*; no me consideréis como a los demás hijos de Adán, de quien todos han salido con

manchas de pecado; pero yo voy por otro camino, porque el sol me dio resplandor y lustre, purificando y apartando de mí todo lo que era fealdad, obscuridad y sombras.

Llámase la sagrada Virgen escogida como el sol y hermosa como la luna; y si ha de parecerse al sol y a la luna, fuerza es que sea blanca, pues la hermosura de la luna en ser blanca y clara consiste, como la del sol en ser claro y resplandeciente; que por eso suele decirse que en dos meses del año suele estar la luna más hermosa: en el de enero y en el agosto, porque en el uno con la frialdad del invierno no se exhalan vapores de la tierra, y en el otro con el calor del tiempo se consumen. Alaban mucho las divinas letras las muchas partes de la belleza que tenían Ester, Judich, Michol y Abigaíl, y de ninguna dellas se dice que fuese morena; que, a serlo, sin duda ninguna se dijera. Dirán algunos que tiene fuerza y hace ley la común pintura que se suele guardar de muchos pintores, que pintando a la Virgen nuestra Señora, la pintan no blanca, sino muy morena.

CURA. Y ¿qué responde a eso?

ALONSO. A eso puedo responder que también pintan al glorioso san Josef, padre adoptivo de Cristo señor nuestro, junto a la Madre de Dios en su virginal parto y en la huida de Egipto; y píntanle con tanta barba, tan viejo y cano, que su rostro parece de más de ochenta o noventa años; tan consumida y arrugada la cara, que más estaba para descanso y regalo un hombre de sus días que para los trabajos de un largo camino; no siendo así, pues el sagrado Evangelio le llama varón, y en buen latín, conforme se distribuyen las edades, la edad de varón y su tiempo viene a ser cuando llega a treinta años; porque a los cincuenta se llama hombre, y de allí adelante viejo; y a serlo el santísimo Patriarca, llamáraselo el sagrado texto, como lo dice de santa Isabel y del santo viejo Simeón, y de otros muchos de quien por estenso refiere la historia los años de su edad. Pero paréceles pintar así al virginal y santo esposo de nuestra Señora, no porque fuese viejo, sino por la honestidad de la Madre de Dios, como si fuera menester mocedad o vejez en los templos que tan propios eran del Espíritu Santo, en quien tan particularmente como en propia casa y morada asistía y jamás se partió della; dejado aparte que una doncella de tan poca edad no se había de casar con un hombre de tantos años, tan imposibilitado a llevar los trabajos que tuvo Cristo nuestro Salvador en su sagrada niñez.

Y porque no sea todo decir razones aparentes, sino que vaya con más fundamento, conforme al modo de los juristas, que quieren que siempre se hable trayendo y alegando una ley en confirmación de lo dicho, refiere Nicéforo Calisto, en el libro 1, capítulo 40, que Cristo señor nuestro fue moderadamente rubio, que es como decir castaño, como lo fue su santísima Madre, y dícelo así Sotomayor, catedrático de prima de la universidad de Coimbra, *Sobre los Cantares*, en el tomo 2, fojas 992, en la coluna segunda, en el fin della; y Dionisio Cartusiano, en el *Libro de las alabanzas de la Virgen señora nuestra*, en el capítulo 39, dice que el cabello de la Madre de Dios era rubio, sus ojos zarcos, las cejas negras y arqueadas, la nariz aguileña, labios colorados, dedos y manos largas. Y, por el consiguiente, si el cabello era rubio no había de ser morena, porque fuera deformidad y no dijera con la hermosura que había de guardar con las demás partes; y las damas que vemos con el cabello de oro siempre tienen el color del rostro blanco y encarnado. Y esto

mesmo dice el padre Viegas en el capítulo 22 del *Apocalipsi*, tratando de la hermosura de nuestra Señora. San Epifanio, referido de Nicéforo, en el libro segundo, capítulo 23 de la *Historia eclesiástica*, escribe que la sagrada Virgen fue de mediana estatura, ni melancólica ni risueña, y de un resplandor sobrenatural, como el de Moisés y Judich, y el color como de trigo. Y este color, como dice el padre Barradas en el tomo primero de sus *Concordias*, en el libro 6, capítulo 9, a fojas 294, en la columna 1, en el medio della, que con penitencias que hizo de ayunos y otros santos ejercicios (adquiriendo nuevos merecimientos aquella Señora, que siempre estuvo llena de gracia, como se lo dijo aquel celestial embajador), el color, que de suyo era muy agradable, le volvió en otro color, pálido, macilento y amarillo; y esto debe de ser el color de trigo que dicen haber tenido su celestial rostro, porque grano o espiga de trigo dice con una amarillez como tostada algo y subida de color. Y las que por alguna enfermedad y pasión del hígado tienen alguna especie de tiricia, aunque hayan tenido el color del rostro encarnado, se les vuelve en otro, a modo de un dorado muy claro, mezclándoseles mucha cantidad de cólera con la porción de la sangre; y desta suerte pudo ser que por la poca salud, entrando ya en edad la Reina del Cielo y tratando ásperamente su delicado y virginal cuerpo, mudase el color de su cara, de rosicler que era, en un trigueño tostado.

No es bien le canse a vuesa merced agora en decirle por estenso cuál sea el mejor temperamento de los cuerpos humanos, por no enfadarle con muchas disputas; pues según la dotrina de Galeno, en su segunda parte *De temperamentis*, capítulo 1, muestra que los blancos y rubios son de mejor condición que todos los otros, y que son afables, piadosos, amigos de hacer bien; y, conforme a esto, así teníamos necesidad que fuese la que siempre había de ser abogada nuestra. Y es cosa natural en Dios hacer y disponer las cosas con suavidad y amor; de modo que a su santísima Madre no la había de criar flemática ni melancólica, como lo son los que tienen el color moreno (como Galeno afirma en el libro que escribió *Quod animi mores sequantur corporis temperiem*; que las costumbres corresponden a la templanza del cuerpo), y aunque esta regla no podía valer por ser esposa del Espíritu Santo y de mayor gracia y sabiduría a los ojos de Dios que criatura jamás hubo ni habrá en el cielo ni en la tierra, y la verdadera sabiduría y prudencia está en saber cada uno refrenar sus pasiones y no dejarse llevar de su natural inclinación; y así, dijo el Poeta: *Sapiens dominabitur astris*, que el hombre cuerdo y sabio tendrá dominio sobre las estrellas.

CURA. En verdad que me ha dado contento su opinión, y que de aquí adelante la he de tener por la más verdadera; pero prosigamos con nuestra jornada.

ALONSO. No había persona de más noble condición que mi amo, pues con reñir los dos todos los días siete o ocho veces, toda nuestra pesadumbre se acababa de suerte como si cosa alguna no hubiera pasado. No sé yo si por echar él de ver que en cuanto le decía llevaba mucha razón y justicia; que esto de tratar verdad siempre parece que obliga al hombre de menos término; dejado aparte que él y su mujer me tenían particular afición, y nuestras riñas eran como entre padres y hijos, adonde no es necesario intervenir autoridad de terceros para poner paz, porque como si toda mi vida me hubiera criado con ellos, así me tenían, y jamás hallé gente que más merced me hiciese; que como yo era de tan mal natural que cuanto mal me parecía nunca guardaba respeto y sin tener polilla en la lengua

lo decía a las claras, topase donde topase, muchos de los desabrimientos nuestros era yo la principal causa; que a nacer mudo, cupiera con todos y hubiérame ahorrado de hartos trabajos.

CURA. Harta impertinencia me parece ésa, sino dejar correr el agua por donde quisiere; y si su amo pintaba bien o mal, dejarle: diérale a él de comer, y allá se lo hubiera con su oficio.

ALONSO. Ya yo soy diferente de lo que solía, ni es necesario llevarme a la casa de los podridos: puente tengo de ser y dar paso por mí a cualquier pasajero, imitando al espejo, que a cuantos a él se llegan a todos hace cara, sino es que, falto de memoria como el ciervo, vuelva a dejar tan buen propósito y a ser peor de lo que antes era.

CURA. Cuénteme, hermano, esa fábula.

ALONSO. Andaba en un ameno soto un grande y poderoso ciervo con un hijuelo cervatillo suyo; y estando en lo mejor de su gusto, cuando más descuidados estaban acertó a pasar por allí un perrillo con más ruido de ladridos que tenía de cuerpo. Oyole el ciervo y, temeroso, olvidado de la buena comodidad que allí tenía y de la abundante yerba que dejaba, arrancó a correr con tanta ligereza que hacía ventaja al viento; y el hijuelo, viendo correr al padre, no descuidándose de ir en su seguimiento, no le perdió pisada. Cansados de correr, volvieron la cabeza y vieron cuán seguros estaban en la soledad del bosque, y que si alguna cosa se movía, era alguna hoja de los árboles meneada del fresco airecillo que la movía, o algún pajarillo que, mudando sitio, saltaba de uno en otro ramo. Viendo que estaban seguros y la poca ocasión que habían tenido para tan gran alboroto, dijo el cervatillo: «Padre, no poco maravillado estoy de cuán para poco seamos dos animales tan grandes y tan ligeros como naturaleza nuestra madre nos ha criado: ¿por qué razón o en qué ley cae que a un ladrido de un guzquejo, como si viniera algún príncipe con lebreles y ligeros galgos en nuestro seguimiento, no de otra suerte hayamos tenido el alboroto? Dos leguas hemos corrido sin parar un punto, y sabido por quién: por un perrillo, que yo, con mi poca fuerza, de una coza que le diera le quitara la vida. ¿Solos fuimos nosotros los desgraciados? ¿A nosotros nos negó la naturaleza lo que concedió a los demás animales, siendo corta para los de nuestro género? No por cierto: diole al jabalí colmillos, uñas al león y dientes, al águila el encorvado pico, al caballo ligereza y pies fuertes, y al toro cuernos como a nosotros, con que nos defendamos. Cortedad es nuestra, teniendo dos tan fuertes ramos en la frente, y cada uno con cuatro o seis agudas puntas, no defender con ellas nuestro partido y siquiera mostrar al que nos ofende alguna resistencia, y no, en oyendo menearse una mosca, correr y más correr, como si no tuviéramos armas muy bastantes para vengarnos de nuestros enemigos. Si muerde el perro a un jumento, ¿no le tira una coza? La simplicilla abeja ¿no clava su aguijón? Pues ¿por qué no haremos nosotros alguna defensa?».

Oyole el padre y, considerando sus razones, le dijo: «Razón tienes: remediarse ha para adelante; que el no caer en las cosas muchas veces es causa de grandes yerros. Vámonos a nuestro antiguo sitio, que allí podremos estar con mayor comodidad y regalo».

Volviéronse los dos por su camino, mas no anduvieron mucho, cuando, atravesando una fugitiva liebre, fue causa de menearse unos ramillos que por humildes besaban la tierra. Oyolo el viejo ciervo y, en oyéndolo, nunca disparada saeta pasó por el aire más ligera como él corrió por las espesas matas, con el hijuelo que le seguía, hasta que ya de correr cansados, más por fuerza que de voluntad, hubieron de detenerse; y corrido el cervatillo de la cobardía que mostraban, quejándose, le dijo a su padre: «¿Cómo es posible que tan presto pongamos en olvido los buenos propósitos que teníades? ¿No sois vos el que poco ha me distes palabra de haberos de enmendar, poniéndoos en defensa de los que os hiciesen algún agravio?». «Así es verdad (respondió el ciervo); que una mala costumbre con dificultad se olvida: estoy hecho a correr, a no esperar ni resistir a cosa que viene tras mí. No me puedo detener, tengo por más seguro el huir: no tienes qué decirme; que, aunque más me digas, no te ha de ser de provecho».

Clara, y bien clara, está la aplicación; no será menester comentario, señor licenciado, ni maestro que explique lo que quiere decir la sentencia: todos los días hacía examen de mi conciencia, proponía de enmendarme y, como mal penitente, volvía a mi antigua culpa, sacando de ella aborrecerme, cobrar enemigos, tenerme por hablador y no sacar yo ningún provecho.

CURA. Por necio tendría yo a un hombre que conoce su falta y no pone enmienda, teniendo entendimiento bastante para irse a la mano y corregir sus yerros.

ALONSO. Dice vuesa merced muy bien; pero en mi favor también hay bastantes razones que acreditan mi natural inclinación; y la primera y principal será ser bueno y piadoso mi intento; y si decía o reprehendía, era movido de caridad, justo celo y con ánimo de hacer algún fruto, sirviendo a Dios con buenos consejos; bien como lo que vi en una ciudad deste reino un sábado de Cuaresma a un predicador famoso, predicando a los regidores y justicia della, en esta forma: Como los caballeros y justicia a quien tocaba el gobierno de la ciudad no podían asistir los viernes de Cuaresma a oír la palabra de Dios, por estar ocupados en sus ayuntamientos y juntas de gobierno, señalaron los sábados, en que se determinó se les predicase aquel día, nombrando para esto los mejores predicadores que en aquella ocasión florecían, así de los conventos como de la iglesia catedral de la ciudad, donde estaban predicando por su orden al que le cabía aquella semana.

Cúpole la suerte a un prebendado de la santa Iglesia, persona tan docta como virtuosa y tan discreta como prudente: predicó un admirable sermón, con elegante lenguaje, admirables comparaciones, mucha Escritura, bien a propósito traída; y reprehendiendo algunas desórdenes del mal gobierno, dijo: «No poco me maravillo, ¡oh ciudad ilustre!, y no sé si diga que no doy crédito a semejante yerro como me han dicho. Si el celo de aumentar las rentas de los propios es desordenada codicia, si es no haber advertido en los inconvenientes que se siguen, remedio tiene, como confío que se hará para adelante. Es el caso hanse proveído y nombrado pesadores de la red del pescado, con tal aditamento, que estén obligados de dar cada año ocho ducados por la merced que se les ha hecho del nombramiento, y con esta carga usan del oficio que se les ha dado. Pregunto, señores, este dinero ¿de dónde ha de salir? ¿Quién lo ha de pagar? Pues ¿cómo? ¿Trabajar todo un día y sin premio de su trabajo? ¿Quién nunca vio pagar censo sin propiedad, sin

provecho ni usufruto de lo que posee? ¿No basta el mal nombre de los pesadores y carniceros sin que se les dé ocasión para mayor daño?».

Acabó su sermón, y los señores regidores miraron el negocio con tanta prudencia y atención, que salió luego decretado se les diese el nombre de pesadores a los que lo tenían, sin llevarles por ello cosa ninguna.

Desto sirve el tener quien vaya a la mano al mal orden, quien avise de los descuidos que hay en la república; que muchas veces por una buena amonestación y aviso se pone remedio y enmiendan faltas que cada día fueran en mayor daño a no haber quien las estorbase y reprehendiese. Esto mismo era lo que a mí me movía con todos mis amos; pero salíame al revés mi pretensión, que los sin ventura no habían de nacer. Los unos se enfadaban de mis razones, y en lugar de darme gracias por mis avisos, me volvían malas palabras, y la de menos ofensa era la de habladorcillo, palabrero de poco seso y menos asiento, dándome en cara con las casas que había mudado (que verdaderamente no podía saber quien había sido el coronista de mi vida y milagros, o yo quién era lo debía de traer escrito en la frente, pues en cualquier ciudad que llegaba luego me decían: *Alonso, el mozo de muchos amos*). Lo mismo me decía mi señor pintor; que aunque recibía dél obras como de padre, también hacía de las suyas y me daba del pan y del palo, por ventura para obligarme a que hiciese lo que hice quizá, y aun sin quizá, movido por el común parecer ordinario, que dice: «No te diré que te vayas, mas harete obras con que te despidas»; que para un criado que no es nada lerdo no ha menester catredático que se lo explique y declare, y a su falta comento por donde lo pueda entender.

Caí en lo que pretendía; conocí sus cartas y, ganándole por la mano, un día que nos vimos a solas le pedí con algún sentimiento me diese licencia, porque me habían enviado a llamar de Segovia unos deudos míos, personas ricas y que podían favorecerme. Fingió con algunas muestras pesarle de que le dejase; llamó a su mujer, contola lo que conmigo le había pasado, cómo quería dejarlos, y de la jornada de Segovia. «No son esclavos los criados (respondió mi señora): si él gusta de irse, no hay más de pagarle lo que se le debiere, y a la bendición de Dios; que ni a él le faltará dónde estar, ni a nosotros otro aprendiz que nos sirva con voluntad y amor». «Bien cierto es lo que vuesa merced dice (la respondí); y aunque no estoy concertado, sino que hasta agora he sido mal aprendiz, pues he tenido y servido, como dicen, siete oficios, aprendiz, oficial, dispensero, criada y criado, mayordomo y escudero, suplico a vuesa merced se me dé algo para ayuda de mi camino; ciudad, no tengo con qué, si vuesa merced o mi señor no me socorren». «Seis meses ha que me servís (dijo el pintor), y por voluntad que os he tenido, aunque no os debo nada ni obligación de pagaros, pues no lo ganábades, tomá esas dos docenas de reales, y Dios os haga bien». Recibí mi moneda, diles las gracias, y tomando mi poca ropa (pues, por la misericordia del Señor, de ordinario andaba como el caracol, y para mudarme de un barrio a otro no había menester ganapanes), seguro de polilla y de ladrones (pues si no me desnudaban no me podían hurtar la ropilla), salí de Toro para la ciudad de Segovia, pareciéndome que en ella, por su noble y caudaloso trato, hallaría alguna comodidad en que ganar de comer, por haber oído decir que era verdadera madre de forasteros y que, como tan rica, a todos ampara y recibe con amigables brazos.

Los dineros que llevaba eran pocos, porque aunque yo, siendo aprendiz del pintor, había hecho algunas figurillas a ratos perdidos y me bandeaba, con mi poca habilidad, pintando alguna vez la pelea de Hércules con la serpiente de siete cabezas, otras veces a santa Marta con el dragón y al apóstol san Bartolomé con el diablo atado con una cadena, pinturas para algunos labradores, como las de Apeles, y a cuatro reales no eran vistas ni oídas (que en esto, como en todo, se ven las maravillas del Cielo, que todo se apetece, todo se vende, y ninguna cosa se deja de hallar dueño, por mala que sea).

CURA. ¿Qué quiere, hermano? Ojos hay que de lagañas se enamoran.

ALONSO. A ese propósito me acuerdo que conocí un gentilhomme de buen talle, bien entendido y muy galán, casado por sus desdichas con una que se preciaba de muy dama, aunque para decir verdad, no tenía cosa para poderlo ser; porque si tenía el no ser gruesa, era tan por extremo de flaca, que para cimiterio de huesos nada le faltaba; crecida de cuerpo, algo espesa; sus ojos, aunque hundidos, no tanto que de ordinario no tuviesen algún arroje; tan tierna de años, que nos eran mas de cincuenta y nueve; tan bien acondicionada, que entre sus vecinas y ella jamás faltaron pleitos, no teniendo un día de paz. Mirábala el bueno de su marido y con la paciencia del pacífico Job la decía: «Mirad, mujer, hombres hay que de lagañas se enamoran, y yo fui el uno dellos».

Así eran los compradores de mis pinturas, ellos iban contentos y yo lo quedaba mucho más con la miseria que me dejaban, con que vine a allegar algún dinerillo, que, con lo que me dio mi amo, fue ayuda para ponerme en camino sin pedir nada a nadie. Sentíame recio, de buena disposición y ánimo; el tiempo me favorecía: era enjuto, no demasiado caluroso: ocasión para que no buscase cabalgadura, fiado en mis pies, pues en hacer las jornadas no muy largas podría atreverme a cualquier camino.

Con esta buena determinación salí de Toro, sacando para mi provisión lo que me pareció ser necesario y que no fuese de mucho peso y no me fuese estorbo, valiéndome mi cuatro días; que, como ya no era niño, era menester, pues (aunque poco a poco caminaba) no podía dejar de sentirlo. De modo que cuando llegué a Santa María de Nieva me di por vencido, porque ni atrás ni adelante no podía dar paso, sintiendo con esto un demasiado calor en mí, como si me amenazara una gran calentura. Temeroso, no quise salir de la villa a pie; y así, viendo que salían unas panaderas para Segovia, me concerté con una para que me trujese a caballo hasta la ciudad. Trújome por cinco reales que la di, trayéndome hasta la Virgen de la Foncsla, donde quise quedarme para adorarla, dándola gracias de haberme Dios traído a su santa casa.

Mas, pues ya es tan tarde y vuesa merced está, con tan justa razón, enfadado de oírme, quédese mi viaje de Segovia para mañana; que yo sé que me acordaré de acudir al puesto.

CURA. Prométote que le oyera otras dos horas de muy buenagana; pero, pues gusta de recogerse y ya es hora, váyase a buenas noches y veámonos mañana.

CAPÍTULO VI

Cuenta Alonso la jornada de Segovia, y cómo entro a servir a un peraille.

CURA. Ya veo, hermano Alonso, cuánto cuidado tiene, y conozco la obligación en que estoy. En Segovia quedamos; no se pase el tiempo, prosiga con su viaje.

ALONSO. Quedé, señor, en el sagrado templo de la Madre de Dios de la Fuencisla, sagrario edificado en honra de la milagrosa imagen que en sí tiene con limosnas de todos los ciudadanos de Segovia, por tener, con justa causa, particular estima y reverencia con esta sagrada imagen, patrona suya.

CURA. Ya yo tengo noticia de sus grandiosos milagros; y, pues en su santa ermita estuvo, cierto es que sabría muy por estenso el milagro de la judía, de quien, antes que pase adelante, recibiré mucha merced me le cuente.

ALONSO. El caso fue tan grande, que, aunque ande impreso en algunos libros, verdaderamente es digno de que todos le sepan; y pues vuesa merced gusta de oírle, diré breve y sucintamente cómo le leí en la tabla que está en el mismo templo de la Virgen nuestra Señora, en esta manera:

El año de mil y ducientos y treinta y siete, reinando en Castilla el rey don Fernando, que por sus heroicas y santas virtudes fue llamado el Santo, en este tiempo hubo en la ciudad de Segovia una noble y principal judía llamada Ester, rica, discreta y hermosa, y tanto, que de su belleza aficionado un caballero, la comenzó a solicitar por todas las vías y modos que le fue posible, paseando su calle de día y de noche, y ya que no del corazón de su dama, sacando centellas de los pedernales de su puerta con el correr y brincar de su caballo; mas Ester, que de semejantes cosas no hacía caso, daba de mano a los paseos, músicas y desvelos de su loco amante.

Era casado el caballero, y con mujer celosa. Sabidora ya de los nuevos amores de su marido, movida más por sospechas que de razón y justicia, ciega de enojo y rabiosa de celos considerando que su marido, estimándola en poco, la dejaba por una judía, se fue con otros deudos y conocidos suyos en casa del Corregidor de la ciudad, y ante él la acusan de adulterio, y juntando a su querella otros sobornados y falsos testigos (que no le faltaron; que éstos siempre ha habido en el mundo abundancia), se hizo cabeza de proceso contra la inocente y hermosa Ester de mala, deshonesta y adúltera; la cual, como no tuviese quien la diese favor (pues su marido era ya el mayor contrario, y sus mismos deudos y más cercanos parientes los que la perseguían, como en negocio que tanto tocaba en su deshonor y honra), fue condenada a despeñar: género de muerte más usado en aquellos tiempos, porque entonces no acostumbraban a apedrear las adúlteras conforme a las leyes que en Jerusalén solían guardar los judíos, y ya, como república de menos gente de la que solía ser, acomodábase con este género de castigo.

Trujeron por las calles acostumbradas a la inocente culpada, hasta que llegaron al lugar del suplicio, que era lo más alto de unas peñas llamadas Grajeras, por los cuervos que a ellas se recogían, cuya altura, aunque era mucho mayor de lo que agora parece, por

haberse desgastado grandes pedazos de aquellos riscos, ya con el tiempo, que todo lo deshace, ya con las muchas aguas y humedad que tienen en sí siempre... Y por curiosidad mía, la altura que ahora permanece la hice medir: y tiene sesenta y dos varas, que, contadas a tres pies cada una, como miden los albañiles, hacen ciento y ochenta y seis pies; demás que, fuera de ser tan altas estas peñas, salen tantos pedazos y puntas afuera, que no era posible llegar al suelo ninguna persona que cayese de arriba sin llegar hecha pedazos. Aquí, pues, en lo más alto destos riscos, pusieron a la afligida dama con sola una alcándora blanca, que era como camisa, atadas sus manos atrás, su madeja de oro suelta al viento, atados sus pies con una gruesa soga, rodeada de verdugos para arrojarla, todo el campo y los caminos llenos de gente, codiciosos todos de ver un tan lastimoso espectáculo y esperando ya el fin de su vida.

Mas quiso su buena dicha y suerte que al tiempo que iban a arrojarla alzase los ojos Ester hacia la iglesia mayor (que entonces estaba junto a los reales alcázares, y venía a estar frente a frente de adonde ella estaba), y alcanzando a ver una imagen de la Madre de Dios, señora nuestra, que hoy es de la Foncísia, y estaba en un nicho de la puerta de la santa iglesia, movida de una celestial inspiración y divino auxilio, mirando a la Reina del Cielo, la dijo desta manera, con fervorosa fe y voz alta, que la oyeron muchos: «Virgen Santa María, como valéis a una cristiana, valed a una judía; y pues eres, Señora, amiga de limpieza, mira mi inocencia y el peligro en que estoy: socórreme, Señora, que si me libras deste presente trabajo en que me veo, toda mi vida gastaré en tu servicio en tu sagrado templo, recibiendo ante todas cosas el agua del Bautismo».

Esto acabó de decir, y con estraña crueldad la arrojaron de aquellos encumbrados riscos donde estaba; mas al punto que salió de las manos de los crueles verdugos, vino a dar en las mejores que se pudieron hallar, después de Dios, en el cielo y suelo, pues la sagrada Virgen la recogió en las suyas, no la dejando hasta ponerla en la tierra, libre, sana y consolada con la gloria de tan celestial favor y regalo. Algunos hay que dicen que vino la Virgen nuestra señora a favorecerla en figura de paloma, y así se pinta el milagro conforme a esta opinión; mas el libro intitulado *Fortalicium fidei*, que yo he visto, en el capítulo 9, *De bello iudaico*, donde hace mención deste maravilloso suceso, dice que la sagrada Virgen nuestra señora en sus manos la trajo desde lo alto, hasta ponerla libre y sin daño alguno, dejándola en lo llano del camino, adonde había de llegar hecha pedazos.

Viéndose, pues, Ester libre de tan gran peligro por el beneficio y merced de la santísima Virgen, no la quiso ser ingrata, antes con muchas lágrimas de piedad y gozo pidió a los cristianos que a tan maravilloso suceso se hallaron presentes, que luego la bautizasen, confesando a voces que quería ser del gremio de la Iglesia Católica. A tan grande y prodigioso milagro acudió el obispo don Bernardo, que entonces regía la silla episcopal de Segovia, y los más principales ciudadanos della; y junta la clerecía della, con las cruces de todas las parroquias, la trujeron en procesión a la iglesia mayor, dando todos mil gracias a Dios (que por medio de su bendita Madre obra tales maravillas) y ganando un alma para el Cielo. Llegados al templo, el obispo la bautizó, dándola por nombre María, para memoria del beneficio que había recebido, y por sobrenombre *del Salto*, por el trabajo y peligro en que se había visto, y también por el salto que dio de la ley de Moisés a la ley evangélica de gracia. Luego que María del Salto se vio bautizada, pidió al

obispo la dejase estar todo el tiempo de su vida en la iglesia, porque su intento era servir a Dios y a la Virgen en ella, ocupándose en algún santo ministerio; y así se hizo, conforme deseaba, y mientras la duró la vida no salió de la iglesia antigua, que estaba en la plaza de los reales alcázares; y después, hecha la iglesia Mayor nueva que agora tiene la ciudad, se mudó su cuerpo con mucha veneración, y le pusieron en la pared del claustro, donde está pintado este maravilloso suceso.

CURA. Y el marido, la dama y testigos, ¿qué se hicieron? Que en verdad que se puede desear saber en qué pararon.

ALONSO. Ni la historia lo cuenta ni autor ninguno hace mención dellos; pero puédese creer piadosamente que el marido y los testigos y judíos que vieron tan admirable caso se volverían a Dios, dejando su ley mosaica, y que la dama pediría perdón a María del Salto del testimonio que, celosa, la había levantado, y de allí adelante, con notable enmienda, corregiría su cólera, para que otra vez no se despeñase a semejantes daños y crueldades.

Después, para memoria, la divina imagen de la Madre de Dios (que, como dije, estaba en el nicho de la puerta de la iglesia catedral) se puso en una pequeña ermita, donde el Señor obró por ella grandes milagros. Y después, creciendo con mayor fervor la devoción de los segovianos, la edificaron en honra y servicio suyo el suntuoso templo que agora tiene, a cuya translación la noble ciudad hizo notables y grandiosas fiestas en que se hallaron los Católicos Reyes y príncipes y otros muchos grandes de España: de cuya fiesta escribieron elegantemente el licenciado Simón Díaz (que al presente asiste como administrador de la sagrada ermita) y Frutos de León, hijos de Segovia; y también escribió, aunque sucintamente, el doctor Jerónimo de Alcalá Yañez, médico y cirujano, una breve relación en un pequeño librito dedicado a la muy noble y leal ciudad de Segovia.

CURA. Prométele, hermano, que tengo de leer todos esos libros, porque verdaderamente esas fiestas han tenido nombre y fama por todo el mundo; pero volvamos a nuestro cuento.

ALONSO. Descansé en la ermita, y no quisiera salir della, mirando aquella más que milagrosa imagen de la Madre de Dios, por tantos títulos y razones estimada (que si no es hablar, no la falta otra cosa). Advertí las riquezas que tenía, las muchas y grandiosas lámparas que ardían en su presencia, el adorno del altar, las pilas de jaspe (presente hecho a la Emperatriz del Cielo por el capitán Juan de Roca, hijo también de Segovia); y hallándome algo descansado, salí de la ermita para entrar en la ciudad antigua, famosa, noble, leal y rica. Antigua, por haber sido su fundador aquel famoso Hércules; leal, porque fue la primera que a la reina Católica doña Isabel, de gloriosa memoria, entregó sus llaves, cuando otras ciudades estaban puestas en armas con la rebelión de las comunidades; noble, por las muchas casas ilustres de caballeros que tiene (que aunque pudiera por estenso referir a vuesa merced su calidad, antigüedad y nobleza, y había bien qué decir de cada una dellas, pero para quedar corto, y cuando más diga no decir nada, mejor es dejarlo a historiadores de más levantado estilo, a quien de derecho pertenecen semejantes causas); rica, por tener, como tiene, el trato mejor y de tanto caudal, tan

honoroso y necesario como es el de los paños, cuyos hacedores son sin número los que tiene Segovia, gente principal de todas naciones, montañeses, vizcaínos, gallegos y portugueses (que, como no todos en sus tierras pueden ser mayorazgos, es forzoso tomar modo de vivir; y ansí, ejercitándose en la fábrica de lana, no sólo adquieren con su industria y caudal suficiente hacienda, sino que también son verdaderos padres de familias, sustentando innumerables oficiales a quien por su trabajo dan de comer).

CURA. Dígame, hermano, ¿vio la puente que dicen de los Diablos?

ALONSO. Ese, señor, es dicho del vulgo; porque el Demonio, padre de maldad, enemigo capital de los hombres, jamás supo ni hizo cosa que no fuese para daño y perdición nuestra; y cosa de tanto provecho y necesaria para el sustento de la ciudad, y que no se pudiera pasar sin ella sino con gran trabajo, es cierto que no había él de ser su autor y artífice. Y, si lo hubiera sido, procurara con todas sus fuerzas, permitiéndolo Dios, que cosa suya no estuviese en pie, derribándola por el suelo, pues, como dragón ponzoñoso, busca nuestro mal y procura estorbar todo bien. Y ansí, lo cierto es que su autor fue Trajano, emperador de Roma: obra digna del romano imperio, maravillosa en su fábrica y contada entre las maravillas del mundo. Escribió della el doctísimo Jorje Báez, jurisconsulto de Segovia; y Antonio de Balbás y Barahona, hijo desta ciudad, hizo también una curiosa y elegante narración en un subido y levantado verso. En efeto, señor, de muchas claras y cristalinas fuentes que nacen de las sierras vecinas y de la nieve que en ellas se derrite viene encañada el agua hasta llegar a la ciudad, adonde sobre arcos de piedra tosca y parda (a los principios solos, y después llegando a lo más bajo del lugar, siendo doblados unos sobre otros), viene a entrar en la ciudad, repartiéndose por diversos condutos, basteciendo las fuentes y caños de los lugares públicos y plazas, jardines y pozos de las casas; al principio, cuando viene a entrar, un caudaloso arroyo suficiente para todos los ministerios necesarios, así del arrabal como de la ciudad.

Y fuime, antes de llegar a verla, a los alcázares reales, fábrica antigua y palacio de los más fuertes y vistosos que tiene el rey don Felipe nuestro señor. Están vecinos de las casas obispales del señor don Melchor Moscoso y Sandoval, obispo en esta ciudad, hijo del señor conde de Altamira, tan noble en sangre como ejemplar en letras, tan cuerdo y de maduro consejo como mozo en los años, de una loable y santa juventud. En lo seglar tenía el gobierno don Sancho Girón, que para honrarle el sobrenombre bastaba, caballero del hábito de Alcántara, ejemplo de corregidores; y por su teniente el licenciado Diego Cambero de Valverde, persona de tanta cordura y de tan larga experiencia, que con haber habido antes dos jueces que gobernasen la república, pareciendo ser bastante para la judicatura y buen gobierno de ella, el Real Consejo le envió solo a gobernarla y regirla.

CURA. Con tales sujetos, ¿qué bien no se podrá esperar en Segovia?

ALONSO. De allí me fui a la santa iglesia catredal, obra insigne y digna de la grandeza de una ciudad como la de Segovia, pues con ser tan poca su renta o casi ninguna, es otro segundo Escorial en su fábrica; y no es mucho, pues la va edificando la caridad y limosna de sus piadosos segovianos, y en bolsa de Dios no es posible que jamás pueda faltarle.

CURA. ¿Son ésas las limosnas que llamaron antiguamente echar piedra, y agora se llaman ofrendas?

ALONSO. En el tiempo que la iglesia mayor estaba junto a los reales alcázares y arrimada a las casas obispales, antes que se mudase a la plaza Mayor, adonde agora está, para ir edificando la catedral nueva iban todos los días de fiesta por sus parroquias, así la gente principal como la plebeya, sin escusarse ninguno, por noble que fuese, a traer los despojos, así de piedra como de madera, para andamios y otras cosas necesarias con que se iba levantando la obra que se intentaba, gastando en este santo ejercicio fiestas y domingos: ocupación digna de la piedad de los de Segovia. Y para muestra del contento y gozo con que acudían a semejante trabajo (que lo era grande) llevaban las angarillas adornadas y cubiertas de seda, flores y olorosas yerbas, haciendo ventaja en su celo y generoso ánimo a la reedificación de aquel tan celebrado templo de Jerusalén.

Pues como, según doctrina del angélico doctor santo Tomás, la industria de los hombres inventó el dinero, dándole calidad para que todo lo valiese, hallándose por él el trigo, el pan, la carne, el pescado y todo aquello que faltaba o tenía necesidad alguno de los que iban a pedir alguna cosa; no del modo que antes se usaba (porque si alguno había menester algún aceite iba en casa de su vecino y llevábale, porque se lo diese otra cosa para trueco de lo que recibía); pero como ya el dinero tenga el valor, y sin serlo sea en calidad cualquiera cosa de cuanto puede imaginarse, los ciudadanos, para que diese fin con mayor brevedad el sagrado templo y continuamente se prosiguiese con el edificio, dieron nueva traza; y fue que se echase tales días señalados ofrendas, así por la gente noble como por los oficiales de la ciudad; y porque pareciese que iban para aquel efeto, determinaron se pusiese la limosna en unas velas, según agora se hace, llevando una vela de cera blanca de a libra cada uno, y en ella un escudo de oro: sirviendo la cera para servicio y culto del altar de la santa iglesia, y la limosna de la moneda para la obra.

Hecha la primera ofrenda la ciudad y linajes el día de los Reyes en cada un año, los demás domingos y fiestas señaladas van echando sus ofrendas todos los oficios, que son muchos, y, sin éstas, dos naciones nobles, que son vizcaínos y montañeses; y porque no se reserve persona alguna, el día del apóstol san Pedro echa su ofrenda el cabildo de la santa iglesia, teniendo también la clerecía otro día señalado en que echar la suya. Hasta los lugares cercanos, que son como arrabales de la ciudad, vienen por la pascua de Espíritu Santo a traer en sus carretas y acémilas piedra, cal y arena, materiales forzosos para aumento del sagrado templo; y deste modo ordinario es con el que se procede. Por haber sido su principio el echar o mudar las piedras de un lugar a otro, se llamó esta limosna echar piedra, y al presente se llama ofrenda, variándose el nombre: negocio de mucha virtud y ejemplo, viendo con el celo y voluntad con que se continúa cada año, sin haber intermisión ni poner falta en ningún modo.

CURA. En verdad, hermano, que me he holgado de oírle: prosiga con su viaje.

ALONSO. Andúveme por la ciudad dos o tres días, entreteniéndome y tomando algún alivio del cansancio pasado de mi camino y de la indisposición que había tenido, visitando los conventos y casas de devoción que tiene Segovia admirables, así en

edificios como en riquezas de religiosos y religiosas, donde se hallan personas de toda virtud, de saber y letras. Pero, considerando que el poco dinero que me había quedado se me había de ir acabando forzosamente si no tomaba orden de vivir, determiné de acomodarme en algún oficio adonde luego ganase de comer, y el más a propósito que pude hallar fue el de peraile.

Verdad es que es el de mayor trabajo; que aquí verdaderamente se puede decir: *In sudore vultus tui vesceris pane tuo*; en el sudor de tu rostro comerás tu pan; más propio para gente moza que para personas entradas ya en días; de quien se debía de acordar un viejo en el tiempo que debiera estar en su punto la caridad, compasión y misericordia, el dar consejos saludables y virtuosos a los que deben dejar buen ejemplo de obras y palabras.

Éste, pues, cercano ya a la muerte y, como dicen, en los últimos trances de su vida (pues casi no podía formar la voz), rodeado de toda su familia y junto a su cabecera un hijuelo solo, mayorazgo de la gruesa hacienda que le dejaba, puestos en él los ojos, le dijo semejantes razones entre otras: «Mirad, hijo mío, que si prestáredes dineros, sea sobre prendas que valgan el cuatro tanto; no sobre ropa, sino plata, oro o cobre; y si a vuestra heredad hubiéredes de traer obreros que cultiven ansí las tierras como las viñas, no los escojáis ni admitáis viejos, sino gente moza que pueda trabajar, y no que a lo mejor del tiempo sea menester que estéis delante para que aproveche el jornal que os lleva».

CURA. En verdad, hermano, que ese hombre era caritativo, y que no dejaría, por misericordioso, de hallar misericordia.

ALONSO. Hay hombres de corazón de piedras; pero yo, fiado en la divina Providencia, me aventuré, y buscando un maestro, muchas veras si me enseñaba el oficio y me admitía por aprendiz. Dificultó un poco, por verme ya ametalado, la barba como pluma de tordo de más de un año; pero asegurándole yo su partido, me hizo quitar la capa y sombrero y, poniéndome dos palmares en las manos, me dijo: «¿Cómo os llamáis?». «Alonso», le dije, y respondiome: «*Alonso, buen nombre y mal mozo*, no querría que se dijese por vos. Empezad por ese bayarte y miradme a mí cómo empiezo a cardar en el nombre de Dios y de su santa Madre».

Alzó mi amo los brazos, y yo imítele (y le prometo a vuesa merced, con muy buena gracia), mirándome otros compañeros que estaban trabajando, que no me hacían ventaja con estar ya ejercitados en el oficio; que, para decir la verdad, el más cansado y de mayor trabajo es el que tiene la lana, y que cuanto se gana, aunque mucho más fuese, todo es poco para un cansancio y trabajo tan intolerable, y más para quien no estaba acostumbrado a semejante ejercicio. Mas no vengán desdichas como pasará un hombre, por delicado que sea. Dio el reloj las siete horas, más deseadas que el día de fiesta para los niños que van a la escuela, y como si cayera algún gran turbión de agua bastante para apagar un fuego, así el sonido de la campana puso fin a nuestras continuas alabanzas: tomaron sus capas y sombreros los oficiales y, despidiéndose de mi amo, salieron diciendo iban a almorzar, y mi maestro y yo con otros dos aprendices nos sentamos a la mesa que nos pusieron con dos panes, una asadura guisada con su ajo y un jarro de vino. El olor solo me bastaba para abrirme a mí las ganas del comer, porque como había

trabajado más de hora y media, llevaba la salsa de san Bernardo; y mostrose muy bien, pues de los dos panes, el pan y medio en poco rato le puse en cobro; y no era mucho, porque iba mojado en el caldillo. Mirábame la maesa y, alabando mis buenas ganas, me dijo, viendo que no me había quedado nada delante: «¿Queréis más, hermano?». «Dios lo dé102 con mano liberal siempre como ahora (la respondí); que en verdad que como estoy convaleciente y cansado, que no puedo comer tanto como eso; pero confío en Dios que iré cobrando fuerza y comeré de otra suerte». «En casa de Bercebú podréis vos comer (me replicó la mujer) y no en mi casa. ¡Eso había yo menester! Doce maravedis habéis ganado y habéis comido real y medio, y ¿no podéis comer? A otra parte, hijo mío; que talle lleváis que a la comida, merienda y cena gastaréis de pan, vino y carne ocho reales: caro aprendiz sois. Salid luego, y dejad mi casa». «Cuando vuesa merced me eche della (la respondí), no faltará quien me reciba en su servicio, y más en año tan fértil de trigo».

CURA. A tan malas razones ¿qué dijo su maestro?

ALONSO. Era la señora mi ama y tocábale el mandar aquellos días; dejado aparte que porque hubiese paz en casa, por vía de buen gobierno le convenía callar, por ser el natural de la güéspeda medio víbora o medio serpiente (si no lo era entera); y los que alcanzan tanto bien por su desdicha, lo mejor que pueden hacer es disimular y no se dar por entendidos, por importar más el sosiego de casa que el servicio de un mozo, por bueno que sea.

Yo, señor, di gracias a Dios por mis trabajos, pedí a mis amos perdón por el disgusto que les había dado sobre mi negro almuerzo, y echando de ver que si me despedían no era por deshonor alguno ni falta que tuviese, sino sobra de un poco de pan más a menos, me salí de su casa con determinación de otro día buscar un obrador venturero y, como otros, entrar por mi jornal, confiado en mi buena habilidad, pues con sola una lición que me dieron parecía estar suficiente para hacer un examen. Y no se maraville vuesa merced de mi soberbia, pues cada día podrá echar de ver ingenios tardos, rudos y tan dificultosos de aprender lo que se les enseña, que sería más fácil domar un toro, volver el impetuoso mar quieto, arrancar el más soberbio y levantado monte, que hacer que los tales perciban una palabra; y por el contrario, otros de tanta agudeza, tan prontos y fáciles para cualquier cosa, que no hay águila que así vuele ni saeta que con mayor velocidad pase por el aire.

Yo, pues, aunque por extremo, como otros, era entreverado y lucíaseme cualquier obra que entre manos tomaba, dando de mí buena razón y cuenta, paseeme por la ciudad aquel día; y madrugando otro, con los oficiales que metió un capataz de un mercader, me llevó consigo, entendiendo que era tan ejercitado en la percha como los que llevaba. Ayudó para esto el decir yo que había trabajado en Córdoba y en Toledo; y decía verdad, aunque por otro camino, pues no sé yo que haya mayor trabajo que estar uno dependiente y sujeto a la voluntad de un señor, por bueno que sea.

En efeto, pasé plaza, hice mi figura como los demás, no sólo aquel día, sino otros muchos, y tan bien, que no tenían que reñirme falta alguna que hiciese. Mirábanme mis compañeros, y como no me conocían, alcanzaba con ellos mejor nombre y opinión de la que yo podía desear. Y entre mi cansado trabajo notaba yo el modo de proceder que

tenían, el cantar de los viernes los pasos, el sábado los gozos, y todos los días, en dando las diez, *Rey don Sancho, rey don Pedro, váyase por ello*. Despachábase entonces la estafeta; traía cada cuatro o cada ocho, con que se animaba todo fiel cristiano.

Aquí sí que se podía vivir, y aun beber, sin estarnos mirando a la boca si se come o no se come, pues para trabajar todo es necesario, y el que camina, por cansado que vaya, tomando algún refresco toma aliento. No había hombre que no fuese gobernador y regidor del mundo, mucho mejor que los que se desvelan con nuevos arbitrios, consumiendo vidas, gastando su hacienda, haciéndose malquistos con todo el reino. Todos los consejos teníamos de ordinario en nuestro obrador, sin haber un maravedí de renta entre nosotros. Considerábamos con muchas veras qué gente era menester para ganar la Casa Santa; ventilábase el negocio, había varias opiniones, resultando de la disputa algunas malas palabras y peores obras, saliendo algunos de los litigantes muchas veces con las manos en la cabeza, para que tuviese de comer el solícito procurador, el alguacil, fiscal y escribano; verificándose bien el común dicho de las madres viejas: «Dios desavenga quien nos mantenga».

Había fueros y tandas, regocijo entre nosotros muy conveniente a la bocólica: daban las doce de mediodía y no quedaba olla que no pudiese estar segura, pues a la una se había de volver a nuestra tahona; y si algún tiempo se podía escusar, era de medio cuarto de hora cuando mucho, porque para más nuestro guardián tenía cuidado de que fuésemos puntuales en todo. Llevábase desta suerte toda la semana; lunes y jueves había el socorro para alivio del ordinario gasto de cada casa, mientras que el sábado, hecha cuenta, se hacía pago de cuanto se nos debía: premio bien merecido y galardón bien trabajado, que si con paciencia se llevase, no poco merecimiento se podía granjear. Ni era de estimar en poco tener una ocupación tan forzosa, que si se quisiesen divertir por algún vicio, no hay disciplina que así corrija y vaya a la mano la sensualidad y torpeza como el continuo asistir de noche y de día a semejantes obras (pues con la ociosidad, madre de los vicios, todo mal se saca, como del sudar, trabajar y ocuparse loablemente toda virtud, modestia y recogimiento), aunque no faltaban desaguaderos en medio de nuestras congojas; porque como nuestra vida es mar, forzosamente ha de haber de todo: quietud, vientos crecidos y borrascas y olas que se levantan hasta las nubes.

CURA. ¿De qué modo, en la casa de un pobre oficial?

ALONSO. Venido el sábado en la tarde (aunque lo más ordinario era domingo de mañana), íbamos en casa del mercader a cobrar la semana, sacando por junto lo que a cada uno le pertenecía. Pero lo que me ponía nueva admiración y espanto era ver repartidos en diferentes escuadras no sólo a mis compañeros, sino a otros muchos semejantes en la perdición y poco juicio, pues en poco más de dos horas ponían en cobro, perdiendo en ilícitos juegos, lo que no habían podido ganar en muchos días sino a costa de su grande sudor y cansancio, y no reparando en los grandes inconvenientes que suelen traer tales entretenimientos.

Servía yo de predicador; aconsejábales por el mejor camino que podía el remedio de su perdición y mal término, diciéndoles: «Hermanos, tenéis hijos (que por la mayor parte

gente pobre carga desta jarcia), y vuestra mujer en esta ocasión, enfadada de los hijuelos, está aguardando el sustento que lleváis ganado para toda vuestra familia, pues después de Dios, vos habéis de ser el que los habéis de alimentar; y ya que no tenéis renta, vuestro sudor ha de ser el que los ha de dar de comer; dejado aparte que echáis a mal en un hora lo que habéis estado reventando muchos días para ganarlo. Dejo aparte los juramentos, las malas palabras que os decís vuestro compañero y vos (que son lances forzosos de los que juegan), el procurar engañar, el deseo de quitar al perdidoso hasta la camisa (y persona ha habido que, imitando a nuestro primer padre, se quedó en carnes). ¿No os acordáis que cuando os casastes os dijeron: “No os damos esclava, sino compañera?”. Pues ¿a qué esclavo se le ha quitado la comida, como vos hacéis, o qué bárbaro pudo sufrir lo que vos queréis que pase la pobre de vuestra mujer? Llegáis a vuestra casa habiendo perdido lo mucho o poco de vuestro trabajo, cercan os las obligaciones, que es fuerza os den pesadumbre; vuestro vecino no las ha de remediar, y por ventura le habréis enfadado otras veces con la perdición que traéis, ¿qué gusto os puede quedar, o qué buena cara mostraréis considerándoos tan sin esperanza de favor o remedio? Pero, al fin, para todo en lo que suele parar: pagando vuestras deudas con ausentaros, haciendo iguales a vuestros acreedores, dejando vuestra tierra por algunos años, güérfanos de mal padre a los hijos, que ni pueden ganar de comer ni aun lo saben pedir, y a la que os llevó para tener amparo con vos, tan sin él y tan sola, que, a no haber sido tan corta su ventura, la hubiera sido harto mejor no haberos visto ni conocido, pues suele decirse: “Un alma sola ni canta ni llora”; y ella, acompañada de un hombre tan desalmado como sois, y con tantas almitas de purgatorio (sin haber pecado sino por pecados vuestros), ¿qué puede tener, sino estar en una perpetua guerra, en un tormento y aflicción cautiva, causada por un vicio tan desordenado de un juego (o fuego, pues así consume y acaba hacienda, honra, vida y alma). Que juegue el rico, el poderoso, el que tiene mucha renta, aunque es malo, llevadero es; pero vos, hermano, ¿por qué o para qué? No llueve Dios sobre cosa vuestra, ni cayó granizo sobre viñas ni sembrados de vuestros padres: lo que hoy ganáis lo habéis de comer mañana, y si no lo trabajáis no lo puede haber si no es con trampas o enriedos. Pues ¿para qué habéis de jugar? A los oficiales se les permite los días de fiesta hasta real y medio para que se entretengan, y vos salís no sólo de lo prometido, sino que, no guardando orden ni razón en las cosas, todo va (y no como ha de ir) tan sin rienda, que no hay caballo desbocado que así se despeñe».

Esto de ordinario les aconsejaba; y oíanme ellos con tanta risa como si les dijera alguna patraña, y, burlándose de mí, decían tener mucho andado para predicador, que guardase la boca y saldría eminentísimo, sacando de aquí por mi cuenta que esto medra el que sin ser rogado, o pedido siquiera, se mete en dar consejos. Pero, al fin, como no todos son de un natural y cada uno hijo de su madre, no faltaba quien volviese por mí y alabase mi intento. Milagro, y no poco de estimarse, pues si hay zoilos que murmuren y no se contenten con cosa que ven ni oyen, también hay quien ampare y favorezca el buen celo, y lo que se pierde en unos, con otros se viene a restaurarse. Con estas y otras cosas pasaba mi vida, y aunque trabajosa, sin salir de Segovia me estuviera mientras me durara la vida, a no sucederme la desgracia que le contaré a vuesa merced, que fue en esta manera: Estábamos una tarde, como solíamos, en el obrador con el mayor regocijo y contento que podré encarecer; habíase cantado, y con muy buena gracia, cuantos romances se venían a la memoria del rey don Pedro, de don Álvaro de Luna, de don

Sancho sobre Zamora, no dejando los valerosos hechos del Cid y Bernardo del Carpio, cuando, cansados ya los de una y otra banda, venimos a tratar sobre cuál tenía más poder: el Soldán de Persia o el Turco Solimán.

Dijo uno: «El Turco es muy poderoso, es señor de muchos reinos, tiene grandes riquezas, muchísima gente muy dada a la guerra (porque como entre ellos no hay religiosos, sino que todos se casan, y el que más mujeres puede tener y sustentar las sustenta y tiene, multiplíquese en ellos la generación); dejado aparte la multitud de genízaros que tiene, soldados que solo crían para la guerra».

Mi compañero dijo que no, «porque el Soldán alcanza en mayores riquezas, es mayor su reino y sus soldados y gente de guerra están más ejercitados en las armas, y, como gente diestra, hacen ventaja, aunque fueran menos, a los del Turco». «No es así», replicó el otro; y a pocos lances vino un *mentís*, y tras él un golpe con los palmares en la cabeza, que dejó tendido en el suelo a su contrario, alcanzándole con los gavilanes una mortal herida.

Los más que allí estábamos tuvimos por más seguro poner tierra en medio que aguardar a la justicia y escribano; y fue cordura, porque en llegando que llegó el tiniente, viendo el peligro del herido, a cuantos halló llevó a la cárcel; y a encontrar conmigo, sin duda que me sucede otra como la de Valencia.

CURA. Notable disparate, por cierto; que por algo tomaban pesadumbre.

ALONSO. Por estas y otras tales cosas muy de ordinario teníamos nuestras pendencias; y así, para evitarlas, determiné de irme a Barcelona, por haber oído decir del reino de Cataluña grandes bienes.

Pero ya, señor, es hora de que nos recojamos; y ansí, con su buena licencia de vuesa merced se podrá quedar la jornada para el siguiente día.

CURA. Sea como gustare; que aquí me hallará aguardándole con la voluntad que he tenido, para cuanto me quisiere y ordenare de mí.

CAPÍTULO VII

Cuenta Alonso la jornada de Barcelona, y su cautiverio y los trabajos que le sucedieron.

ALONSO. Es la vida nuestra, señor licenciado, como la mar, como la guerra y como la fortuna; y así como en todas ellas y en cada una de por sí hay tempestades, vientos contrarios, quietud, aires amorosos, favorables, malos sucesos, desastrados fines, vitorias, riquísimos despojos, volver de prosperidad en suma desdicha y desventura, subir de humilde y bajo estado a la encumbrada silla del imperio, así en mi tragedia lo podrá vuesa merced echar de ver, y yo a mi costa haberlo experimentado. ¡Qué de veces me vi en buen hábito, rico, favorecido de gente noble, y cuántas deseando un pedazo de pan

para satisfacer mi necesidad y miseria! Vime sobrado con quien me sirviese; después pobre y tan solo, desamparado de todo favor; representé en el tablado de mi vida el papel que suelen muchos representar, haciendo el personaje de un rey, de un príncipe, y luego el de un pobre pasajero o pícaro.

CURA. Eso, hermano, dijo el Espíritu Santo, mostrándonos la variedad de las cosas y la poca firmeza que se tiene en ellas, cuando, dando consejo, enseña diciendo: *Non laudes virum in vita sua*; no alabes a nadie hasta que muera; porque el más subido y levantado muy de ordinario suele tener vaivenes: acábase la hacienda, muérese el amigo o enfádase de dar amparo y favor, y sin su báculo, no se pudiendo tener, forzosamente ha de dar en el suelo. En los soberbios alcázares y castillos más fuertes es adonde hace su fuerte el tiempo y la Fortuna, amiga de voltear más que un gitano. Aunque, si tengo de hablar como debo, y a la obligación que tiene persona que profesa la ley y fe de Cristo señor nuestro, no hay hado, estrella ni fortuna; que todo esto fue invención y locura de la vana gentilidad, dando adoración a dioses falsos, inventados por su gusto y parecer, siendo lo cierto y verdadero que el Señor que rige y gobierna así los cielos como la tierra es uno solo, cuya poderosa mano da a cado uno lo que le conviene y es necesario: al rico y poderoso hacienda y bienes temporales, y al pobre y menesteroso lo necesario para la vida, sin tener descuido de la más pequeñuela hormiga hasta el más fuerte y cuerdo elefante, sin tener quien le aconseje, quien le ayude y encamine en lo que ha de hacer.

ALONSO. Eso, señor, doctrina es del predicador de las gentes san Pablo, mostrando con evidencia la eterna sabiduría de Dios. Pero, volviendo a nuestro propósito, salí de Segovia, sabe el Señor cuán necesitado de cuanto había menester para semejante jornada; porque, aunque es verdad que ya ganaba de comer, ibase comido por servido; de modo que el jornal era poco y no bastante para posada, comida y vestido; demás que las fiestas traen su gasto de por sí, y no la ayuda de la costa de aquel día. Pero, al fin, a trueco de no caer en una cárcel, todo se me hacía bueno, sin espantarme dificultad, por grande que se me ofreciese.

Llevábame el deseo de ver aquella insigne ciudad de Barcelona, cabeza del reino de Cataluña, insigne y famosa por sus grandes riquezas, de quien por epiteto comúnmente se suele decir Barcelona la rica, como por otras Valencia la noble, Zaragoza la harta; grandiosa por su iglesia mayor, casas obispales, lonja de mercaderes, playa agradable, cuyas márgenes tocan las orillas del mar combatiendo con su muelle: puerto adonde jamás faltó embarcación para cualquiera parte que pretenda una persona embarcarse. Estas y otras buenas nuevas me llevaron por toda la Mancha, adonde hallé cuanto pude desear en la caridad de las villas de Ocaña, Tembleque, Albacete y Jumilla, hasta llegar a la muy noble y leal ciudad de Murcia, que todos estos títulos tiene y dellos se precia, y con mucha razón: rica por su noble trato de seda, regalada por su famosa güerta y caudaloso río de Sigura, que la riega y fertiliza; noble por las muchas casas de caballeros ilustres que la ennoblecen; no se contentando con menos de poner en sus armas seis coronas, siendo, como es, cabeza de reino.

Quedárame en ella de buena gana, por haberme parecido muy bien; pero temí el grande calor que vi en aquella tierra, y yo, como criado en lugares más fríos, sentí luego el rigor

del sol y la destemplanza del aire, contrario a mi antigua costumbre. Estaban todos los ciudadanos en aquella ocasión ocupados en la furia del subir de los gusanos para hilar, tiempo en que se pierde o se gana una casa: en un punto de subir mal o bien dejan los gusanos o rico o pobre a su solícito y cuidadoso dueño, pues ha sucedido, con salir admirablemente de las tres dormidas (que son tres tiempos en que mudan el cuero o camisilla), al tiempo de ir a hilar quedarse ahorcados o morir de landre, quedándose de la suerte de unos confites que llamamos canelones.

CURA. Por eso, hermano, se debió de decir: «Al fin se canta la gloria».

ALONSO. Señor, sí; porque, aunque no hay cosa que no tenga su azar, no sé qué se tiene esta granjería de la crianza de la seda, que pasa por tantos vaivenes de fortuna, que cuando uno piensa que va viento en popa, entonces queda, sin saber por dónde, perdido y asolado, y muchas veces el que no lo imaginó rico y poderoso. En efeto, señor, como otras tierras tienen cosecha de pan, vino y aceite, fruta, pesca, hierro y otras mercaderías de trato, el de Murcia es de sola la seda que se coge; y acuérdome que el año de 1588, en que todos los astrólogos pronosticaron grandes desdichas a nuestra España, un poeta de Murcia, burlándose de todos los judicarios y pronósticos de aquel tiempo, hizo unas quintillas en que fue contrapunteando sus falsas profecías; y entre los versos que compuso, fue esta quintilla:

*Gusanos han de comer
los cuerpos tristes humanos;
en Murcia no, que ha de ser
al revés, que han de comer
los hombres de los gusanos.*

Pues como, aunque estaba contento con el buen trato de mis murciananos, me estuviese espoleando el deseo de mi jornada, dejé la ciudad y, subiendo en el caballito del seráfico padre, tomé el camino de Origiuela, ciudad primera del reino de Valencia, que con su regalo y temple de tierra no es de menor calidad que la de su vecina Murcia, y aun imagino que la hace ventaja en los calores, de cuyo rigor no poco temeroso, me di prisa para dejarla, procurando darme prisa para llegar a la ciudad de Alicante, puerto de mar adonde tenía nueva que estaba de partida una nave para Barcelona, último fin de mi deseo (que, como mío, jamás pudo lograrse; que parece que hay hombres que todo les sucede a la medida de su gusto, y otros que parecen terreros de desdichas). Y yo debí de entrar en el catálogo, pues, con llegar al puerto de Alicante no tan necesitado como otras veces solía a las ciudades donde caminaba, no pude escapar de la mayor desdicha y desventura que me podía ni era posible venir a sucederme.

CURA. Notable encarecimiento; el suceso aguardo.

ALONSO. Aun quedo corto, y vuesa merced dirá si tengo razón. Llegué, señor, a Alicante un lunes de madrugada, desgraciado para mí, si no es que por la vecindad del día siguiente se le hubiese pegado alguna desdicha; y, sin detenerme en la ciudad, me fui derecho al muelle, por no perder ocasión de embarcarme; y fue a tiempo que entraban en

un bergantín una compañía de representantes, y entre ellos algunos amigos que en tiempos pasados me habían favorecido. Alegreme de verlos (que para cualquiera ocasión no hace daño tener amistad con los que se ha de caminar); ofreciéronseme de hacer por mí cuanto pudiesen, dándome palabra de admitirme para la representación (demás que ya yo la había hecho otras veces, y representando un embajador, una guarda, un paje y un oso, dragón y muerto; y no me turbaba en el tablado como otros representantes noveles, que a los primeros versos se quedan como recién casados). Agradecido a sus ofertas, me metí con ellos con mi hatillo de ropa, o casi ninguna, con grandes esperanzas que si una vez me entablaba por este camino había de subir al nombre que otros traían de semejante modo de vivir, siendo segundo Melchor de personas que en representando tenían a los oyentes que no era menester pedirles silencio, según estaban suspensos y colgados de sus razones.

Hízose señal de partir: alzáronse velas, levantose un viento favorable, salimos del puerto sesenta y seis personas forasteras, sin los que gobernaban el bergantín, viento en popa y con la seguridad que se podía imaginar. Mas ¿quién la tuvo en medio del golfo, y más yendo Jonás con mi compañía? Que cuando no hubiera de venir borrasca, los vientos se conjuraran contra ellos, siendo la tormenta mayor que han padecido los que de ordinario corren semejante fortuna. Escureciose inopinadamente el cielo, condensáronse las nubes, bramaban los vientos, subían las olas hasta las estrellas, y tras ellas bajábamos todos con el pobre bergantín hasta los abismos y centro de la tierra, llevando de camino cada uno la ruciada bastante para que, aunque fuéramos una seca yesca, dejarnos remojados para muchos meses. Allí era el llamar los santos, el hacer promesas, el arrepentirse de las ofensas cometidas contra Dios y el esperar por momentos la muerte; que bien dijo el que dijo: «Si quieres bien rezar, vete al mar a embarcar», porque allí es ello: de la vida a la muerte sola una tabla, cerrado el cielo, conjurados los vientos, tierra convertida en agua, sepultura de desdichados (que aun siete pies en aquella ocasión valían más que valen las Indias, y allí no se pueden comprar por ningún dinero), aunque el otro, consolándose en sus desdichas, dijo que no le podía faltar tierra donde enterrarse; pero en el mar sepulcros hay más honrados y de mayor estima, pues no faltan ballenas, delfines, atunes y emperadores donde puedan sepultarse. Y, a ser luego, con aquello se acabara, sin entrar en nuevos tormentos más insufribles que la muerte, aunque el Filósofo dijo que el mayor de los males era el morir: *Malorum omnium terribilem mors*; mas no supo Aristóteles qué cosa era cautiverio ni estar en tierra de moros sujeto a un renegado sin dios, sin ley; ni en su vida le faltó pan ni carne ni fruta que comiese: levantábase cuando le daba gusto, íbase a la cama cuando quería; y no como nosotros, que habiendo corrido más de trecientas leguas en día y noche, cuando vino a mostrarnos su cara el dorado y resplandeciente sol, que dicen los poetas, nos hallamos en la playa de Argel, rodeados de catorce galeotas, rotas las velas, hecho pedazos el árbol y entenas; todos tan hechos agua, que carne y vestidos eran de una suerte.

Poca defensa hallaron en nuestro bajel los infieles, porque más estábamos para espirar que para tomar las armas; y así, fácilmente entraron en posesión de lo que no ganaron, sino de lo que el Cielo les enviaba por pecados nuestros. No se vea ningún católico cristiano como entonces nos vimos; y lo que peor era y de mayor lástima: las pobres mujeres de los comediantes tan diferentes de cuando entraron en el bergantín, como va de

muertas a vivas. Allí sí que representaban a lo natural lo que es la miseria humana; poco antes libres, entonces sujetas a un infiel bárbaro, cruel, que su gusto y apetito era el dios que adoraba, cuya razón no era más que su interés y voluntad. Y ser así bien se conoció, pues con vernos de modo que a los más crueles animales moviéramos a compasión, lo primero que hicieron nuestros enemigos fue cargarnos de hierro desde el cuello hasta los pies; y así aherrojados nos llevaron al Virrey, dándole cuenta primero del venturoso suceso que habían tenido con nuestra desgracia. En lamentable prisión subimos una gran cuesta que tiene Argel hasta la mar, porque su sitio es un alto, y lugar tan fuerte, que admira su grandeza, por ser inexpugnable, sus calles tan angostas y estrechas, que dos personas a caballo no pueden ir juntas, y para poder pasar otro se ha de arrimar mucho a la pared o entrarse en alguna puerta para tener un poco de lugar y que no le atropellen; y con ser, como es, tan infeliz pueblo cárcel del Demonio y verdugo del pueblo de Dios, es fertilísima y de admirables aguas, regalada de cuantas cosas pueden desearse para el sustento de los hombres, teniendo los desdichados habitantes de aquella infeliz ciudad en esta vida los regalos y bienes, en trueco de los tormentos y dolores que en la otra les están aparejados y los aguardan con tanta certidumbre. Salían a mirarnos por ventanas y calles innumerables muchachos (que, como aquella gente no se contenta con una mujer, sino que el que más puede tener ése tiene más, y entre ellos no hay frailes ni monjas, sino que todos se casan, no hay enjambre de abejas que así se multipliquen y aumenten); solas las mujeres guardan clausura, y no permiten estos bárbaros salgan a vistas, o que por ser demasiado celosos o que por falta dellas (pues, como infieles sin razón, no deben de guardar el respeto que deben a sus maridos en ofreciéndoseles alguna buena comodidad y ocasión). Ellos, por evitar estos trabajos, trátanlas de suerte, que más se puede decir por ellas que son esclavas que compañeras y esposas.

Llegados al Virrey, fácilmente se juzgó y averiguó nuestra causa; porque «partió Tomás, y para sí lo más»: escogió para sí todos los comediantes, que eran trece personas de gentiles cuerpos y de mediana edad, y a sus mujeres, y entre ellos le pareció quedase yo también, diciendo que le parecía que era esclavo muy a su gusto. Los otros cautivos, parte repartió para el Gran Señor (que nosotros llamamos el Gran Turco) y parte de los que quedaron dio a los capitanes que se habían hallado en la playa, quedando él mejorado en todo, por haber llevado lo mejor de la presa: diez y seis personas con las mujeres.

CURA. Por necio le tuviera si, teniendo las manos en la masa, no saliese él con la parte mejor y de mayor provecho.

ALONSO. A ese propósito me acuerdo de un caso que le sucedió a un ganadero de mi pueblo con un mayoral suyo, en esta manera: Para llevar cantidad de ganado a Estremadura, un hombre rico le entregó a un criado suyo dos rebaños de carneros, dándole facultad y licencia para que juntamente con su ganado llevase cuarenta cabezas que él tenía, dándolas pasto con las que a su cargo había de llevar a extremo. Partió hecho su concierto; duró su ausencia todo el invierno, hasta que, llegada la primavera, dio la vuelta con el ganado para Castilla; y llegando al pueblo donde su amo estaba, le fue dando cuenta de lo que le había entregado, pero no tan buena que no faltasen más de ducientos y sesenta cabezas, dando por descargo algunas haberse muerto por la inclemencia y rigor del frío, y otras por los muchos lobos y osos que se crían por aquellas

tierras. Sintió el señor la falta, afligióse; pero, como cosas sujetas a la voluntad de Dios, diole gracias por el trabajo que le enviaba; y preguntando por los carneros que había llevado por suyos, dijo: «Gracias al Señor, buenos vienen todos; no han tenido ningún desastre». Entonces el buen hombre, perdida la paciencia, con mucha cólera vuelto para el mayoral, le respondió: «¡Mala pascua os dé Dios, y mal San Juan tengáis! ¿Sólo para mis carneros hubo lobos, osos, enfermedad y desdichas, y para los vuestros sobra de salud y buena fortuna? Si mi ganado pudiera hablar, yo sé que dijera cuán gran ladrón sois y el mal trato que habéis tenido».

CURA. Eso, hermano, es llaga vieja en los criados incurable y sin remedio; y militan de una suerte lo alquilado y lo prestado, que por eso se dijo: «Adonde no está su dueño allí está su duelo». Y a una señora que iba tan bien vestida que parecía que las sayas que llevaba se las había puesto para barrer las calles, la preguntó un galán que la servía, motejándola de poco aseada: «Señora mía, ese vestido que vuesa merced trae ¿es suyo o pidiole prestado o alquilole?».

ALONSO. En efeto, señor, el Virrey escogió de los cautivos los mejores, de más fuerzas, más mozos y de mejor talle: los viejos enfermos y de menos provecho dejolos para el Turco y sus capitanes.

CURA. Aun no tan malo, pues quedó en poder del Rey, y, por lo menos, en su palacio era forzoso el pasarlo mejor y con más regalo: cosa que contradice a un cautiverio.

ALONSO. Pues vaya vuesa merced notando lo que le diré, para que vea los trabajos que se pasan en aquella Babilonia y la desventura en que se ve un pobre cautivo. Lo primero, la comida no ha de ser más de un pan de ración, sin género de vianda, y el pan lo más ordinario es de cebada (y, si de trigo, muy malo, negro y lleno de salvado); la bebida, agua, porque vino allá no se usa (aunque entre los moros hay también grandes borrachos); tocino allá no se cria, por ser carne prohibida por Mahoma. Si más de pan, como fruta o carne, comieren los cautivos, será por comprarlo, o, lo más cierto, por hurtarlo; porque para ellos no hay cosa segura, porque si no es viviendo de rapiña no se puede pasar en aquel reino. De suerte que, quejándose de un cristiano un moro por haberle hurtado algunas cosas de comer y dineros, le respondió el juez: «Guardaras tu casa y tu hacienda; que bien sabes que ése no tiene más renta de la que pudiere hurtar». Esto es cuanto a la comida y cena; y el dormir es en un carzo, que son unas cañas juntas, atadas con una soga, que vienen a formar como un tablon o puerta grande, adonde puede echarse un hombre, porque colchon de lana ni otro género de ropa no se la darán a ningún cautivo. De noche viene el alcaide con algunos moros de guarda, para llevar a recoger a los cautivos a una casería que tienen, que llaman baños. Allí se encierran cada noche gran número de gente, quedando seguros con esto de que no puedan rebelarse, tomando armas contra sus dueños, y de que, convidados con la soledad y silencio, no se cometan algunos delitos, pues de cinco mil y más cristianos que tiene Argel de ordinario dentro de sus muros, cualquiera travesura y rebelión se podía esperar. Llega la mañana y sacan, no de los palacios de Galiana, sino de aquellas desdichadas mazmorras, a los infelices que en ellas estaban esperando la luz del día: unos acuden a la mar para servicio de las galeotas, aderezando las jarcias y remos; otros a la muralla y fábrica del palacio, que, como

procuran que siempre estén en pie y bien aderezadas, forzosamente ha de tener ordinarios reparos; los demás acuden a las güertas, cultivando la tierra, que de suyo es fructífera, para el regalo y sustento de aquellos infieles. Y no era el menor dolor que yo sentía en mi ocupación, el ver que todo mi cansancio, sudor y trabajo era ir contra mi patria, contra mi ley y contra mi rey; y lo peor que había en ello era que no podía irme a la mano ni dejar de hacer cuanto me mandaban, pues si alguna vez por mi desdicha echaban de ver que me descuidaba, allí era el abrirme las carnes, sin haber réplica ni intervenir ruegos para un riguroso y terrible castigo.

CURA. Eso, hermano, peor era que estar amarrado a un banco de una galera; que, en efeto, para los galeotes hay invierno en que descansan en los puertos, y muchos días en que no se trabaja.

ALONSO. Aun si por eso quedara, aun pasadero pudiera ser; pero, señor, llega la primavera, y aun antes que los campos se empiecen a bastecer de diversas flores, se empiezan a prevenir los renegados piratas, y apercibiéndose de gente de guerra y de la chusma para los remos, no dejan lugar de la costa que no saltean, corriendo el paso de Orán a Cartagena, de Valencia a Barcelona y de San Ginés para Alicante, no dejando barquero ni pescador que esté seguro de sus galeotas, pues como ya cosarios ejercitados y diestros, no hay dificultad que no emprendan ni temeroso asalto que dificulten. Nosotros salimos de todos estos lances los peor librados. Pues ¿qué si en tales ocasiones se descuidase un pobre remero? Allí sería el acabar de una vez con todo.

CURA. ¿De qué suerte?

ALONSO. Salió de Argel Morat Arráez con dos galeotas que tenía, prometiéndose un gran empleo si la Fortuna le favorecía, porque las llevaba, así de gente como de tiros, bien armadas; más sucedióle bien al contrario de lo que había imaginado, pues engolfándose en alta mar, descubrieron seis galeras de España que, habiéndoles reconocido, venían en su seguimiento. El moro conoció la ventaja y, como buen soldado, no se atrevió a esperarlas, poniéndose en huida con la mayor diligencia que le fue posible; y añadiendo velas y gritando a los remeros con grandes amenazas, los movía a que apresurasen con mayor ánimo y fuerza los pesados remos. Los cautivos, deseosos de una ocasión como la que entre manos tenían, mostrando que hacían lo que se les mandaba, juntamente se iban descuidando; mas el astuto infiel, conociendo la malicia de sus forzados, echando mano de un cortador alfanje que de un tahalí traía colgado, dio un tal golpe en el brazo de un pobre remero, con tanto enojo y fuerza, que, como si fuera una leve y frágil caña, desde el hombro le derribó sobre un banco, y luego, tomando el brazo cortado, dando primero con él al miserable (que ya de la mucha sangre que había perdido estaba para acabar la vida), fue prosiguiendo con los demás, que no tenían culpa, rabiando como hambriento león, prometiéndole de hacer de todos los forzados lo que de aquel desdichado cautivo había hecho.

CURA. ¡Notable caso y rigor nunca oído!

ALONSO. Pues ¿qué el decir, señor, que no hay defensa alguna para guardarse de los azotes cuando el desalmado cómitre con pequeña causa quiere castigarlos, y muchas veces por su gusto? Y dando razón de por qué lo hace, dice que si no pecaron, para cuando pequen lo pueden tener adelantado, por si acaso, divertido en algo, no los castigare.

CURA. Parecíame eso a lo que acostumbraba a hacer una señora viuda virtuosa con unos hijuelos que tenía; que, como desease que fuesen recogidos y la tuviesen respeto, las más noches se iba a la cama de los muchachos y, quitándoles la ropa, con una disciplina que llevaba, haciéndoles primero un sermón, poniéndoles delante las obligaciones que tenían, siendo hijos de un tan honrado padre (ya que eran güérfanos), les daba para remate de cuentas algunos azotes. El hijuelo mayor, vuelto para su madre, la decía: «Señora, ¿qué hemos hecho, o qué hacemos para que cada día nos diciplinen deste modo?». Y la buena viuda les daba por respuesta: «Hijos míos, para que os acordéis que no tenéis padre y porque seáis buenos, y cuando seáis grandes y no os pueda azotar habiendo hecho porqué, tengáis el castigo adelantado y con tiempo».

ALONSO. Prevenida señora era esa buena madre, si ya no la puedo decir madrastra. Pero, volviendo a nuestro propósito, la vida de galeote es propia vida de infierno, y no hay diferencia de una a otra, sino que la una es temporal y la otra es eterna. Y si el remar en galeras de cristianos católicos piadosos y que se compadecen de la miseria y desventura de sus hermanos, es el tormento que en esta vida un hombre puede padecer (puesto caso que no pierda la vida), ¿qué será el estar en una galeota amarrado a un banco, y sujeto a un infiel sin Dios ni término, a quien ni temor le acobarda ni amor le detiene? De aquí, señor, podrá vuesa merced sacar cuán gran limosna es la de la redención de cautivos, y el grande bien que hacen las religiones de la Santísima Trinidad y la Merced, acudiendo con tantas veras a una obra de tanto merecimiento; y que el decir que antes se ha de dar a los cautivos que a las ánimas de Purgatorio es con causa muy bastante y fundada en todo género de piedad y razón, porque aquellas dichas almas que allí están padeciendo tienen certísima esperanza de gozar de los celestiales tesoros, y que sea tarde o presto, al fin, ha de ser, y el descanso y gloria está cierta para siempre; pero un miserable cautivo, pobre, ausente de su tierra, y tanta de por medio, y que no hay quien dél se compadezca, sino quien le procure destruir, y entre bárbaros, donde razón ni justicia son de poco provecho, ¿qué hay que decir más o qué hay que encarecer, si no hay encarecimiento que llegue a esta verdad? Dejado aparte que, como nuestra naturaleza de suyo es frágil, el padecer y sufrir lo hace de mala gana, todo le es violento, y para la virtud va muy cuesta arriba, y el abajar, aunque sea al abismo de los vicios, le es muy fácil, y tanto, que muchos de los cautivos, por salir de aquel tormento y verse en libertad, dejan la ley y fe que recibieron en el bautismo santo y siguen la detestable seta del falso y maldito Mahoma.

CURA. Harta lástima es y harta desdicha ver la ceguedad de tan miserable gente, pues, dejados de la mano de Dios, por tiempo limitado y vida breve deja aquella eterna, y metida en la ocasión de poder con paciencia ganar el Cielo, sigue el ancho camino de los vicios, cuyo paradero es la infernal compañía de los demonios.

ALONSO. Ya, señor, hay pocos de aquellos vitoriosos mártires que, desafiando el Infierno, las cárceles, las feroces y crueles bestias, los tormentos que los más rigurosos emperadores inventaron, cual otro predicador de las gentes, san Pablo, decía: «No hay rigor, por excesivo que sea, que pueda apartarnos de la caridad y amor de Dios»; pero, ya resfriados aquellos fervorosos y abrasados pechos que en aquellos más que venturosos tiempos solían hallarse, en los miserables nuestros, para verse libres no de los dientes de los leones ni abrasadoras llamas de encendidos hornos de fuego, sino para salir de un cautiverio, dejan su patria, su ley, su rey y su religión por gozar la libertad de cuatro días de vida; que aunque el otro poeta dijo en sus celebrados versos:

Non bene pro toto libertas venditur auro:

no por todas las riquezas del mundo se ha de perder la libertad, ni por cuantos bienes se pueden imaginar se ha de sujetar un hombre, no tenía fe ni luz del Cielo, ni sabía qué era apartarse de la unión de la Católica Iglesia, nuestra madre, dejando la eficaz medicina de sus sagrados y misteriosos sacramentos por seguir la vanidad de los sarracenos.

CURA. Dígame, hermano: y ¿en qué pararon los comediantes y las pobres de sus mujeres? ¿Qué amos tuvieron?

ALONSO. Tuvieron la ventura más feliz y dichosa que puede desearse, así ellos como ellas, porque para mí todos alcanzaron la corona del martirio. Y fue en esta manera: Llegados que fuimos ante el Virrey (que es como decir acá el Corregidor), se fue informando de cada uno de por sí de qué tierra era, qué edad tenía, qué oficio, qué calidad, si ordinaria o noble; y aunque entre nosotros no había hombre que a tantas preguntas dijese verdad, haciéndose cada cual pobre peón, obrero, otro soldado (y tan bisoño, que jamás había tomado espada en la mano si no era para alistarse en aquella ocasión, adonde iban a fortificar un presidio), con todo eso, no faltaron entre los renegados algunos que dijeron al Virrey cómo aquellos mozos y a las mujeres los conocían por haberlos visto representar en la compañía de Pinedo, y que sin duda ninguna eran oficiales de la comedia, trato con que en España se ganaba de comer.

Con esta información no hubieron menester más para darlos por condenados; y así, *pro tribunali* nos mandaron que para el día de San Juan, en solemnidad de tan gran fiesta, representásemos una comedia, con que para ella nos diesen cuanto hubiésemos menester. No pudo haber réplica al mandamiento; que esto de haber menester a otro tiene aparejada ejecución para agradarle, lisonjearle y seguirle el gusto cuanto se puede entender que es su voluntad. Entramos en consejo, decretando qué comedia se había de representar; y, habiéndose tomado los votos (que salió que fuese *La rebelión de Granada*), repartieron los papeles, y las mujeres comenzaron a tomar de cabeza sus dichos (y yo, que hacía el personaje de un alcaide y de un soldado y echaba la loa, sin el papel que me dieron para dos entremeses). Ensayábamos por los papeles algunos días, hasta que la supimos muy bien de memoria.

Y, llegada la fiesta, por la tarde se juntaron en un jardín del Virrey gran número de gente de la más noble de Argel, así de los varones como de las damas. Sentáronse todos sobre

ricos tapetes turquescos, a su usanza, del modo que acá se asientan las mujeres; salió la música y cantaron a tres voces aquel antiguo y tan célebre romance de *La estrella de Venus*, con que las moras quedaron muy pagadas. Salí yo luego a echar la loa, y fue la de Apeles cuando pintó la cabeza de un truhán que por hacer burla dél le dio un recado falso, diciendo que el Rey le convidaba a su mesa; y viéndose ofendido el famoso maestro, con sólo un carbón pintó tan al natural el rostro del que le hizo la burla, que como si fuera el original fue conocido de todos, escribiendo juntamente en la pared, un poco más bajo de la pintura que había hecho:

*Este es el que me llamó
al convite de tu mesa,
si es que en verme aquí te pesa.*

No acabaron de alabar la buena gracia del recitante, su buena memoria y el buen verso del poeta, aunque para ellos cualquiera cosa bastara, porque si muchos hay de admirable ingenio, agudísimos, los más son gente rústica, sin letras, criados entre armas más que en escuelas, donde los entendimientos se cultivan y, floreciendo en la buena doctrina, dan perfectísimo fruto de sus trabajos; pero lo primero que en su maldita seta se les manda es que no entren en disputa ni se miren libros, sino que a capa y espada se defiendan; y así, cualquiera buena razón que decíamos les dejaba tan satisfechos y tan admirados, que así el romance como la loa quisieran durara toda la noche, según con el gusto con que nos oían. Empezose la comedia de *La rebelión de Granada, y castigo por el prudentísimo rey don Felipe Segundo*, que esté en el cielo. Representaron admirablemente mis compañeros, como personas ya ejercitadas en su arte, los vestidos eran bonísimos, porque capellares, marlotas y turbantes en casa los teníamos, y el traje de moras no faltaba, curioso y rico, porque Alí, virrey que era de Argel, tenía catorce concubinas, sin la propia mujer, y preciábase de traerlas muy aderezadas, como persona poderosa. Los entremeses causaron mucha risa, y con unos bailes a lo español dimos fin a la fiesta y comenzó nuestra tragedia, porque en acabando de desnudarnos nos mandaron prender y echar en unas mazmorras, cárceles tan oscuras y húmedas y de tan mal olor, que ellas solas bastaran para quitarnos la vida sin otro verdugo.

Hiciéronnos luego cargo del mal término que habíamos tenido, afrentando en la representación a sus reyes, y, lo que peor era, a su Profeta, el poco respeto que se tuvo estando en cautiverio, y que palabras tan descompuestas en esclavos eran *lese maiestatis*; y con los malos terceros, que nunca faltan en semejantes ocasiones, fuimos condenados a muerte; y no como quiera, sino a que nos empalasen, dándonos sólo un día para descargo de la culpa y delito cometido.

CURA. Al fin bárbaros, pues siquiera por haber hecho lo que los habían mandado eran dignos, ya que no de premio, a lo menos de perdón y misericordia.

ALONSO. Pronóstico fui, y bien verdadero: yo se lo avisé muchos días antes a mis compañeros, que mirasen lo que hacían, pues era cierto se habían de afrentar los moros viendo que les representábamos la pérdida de un reino que en tanta estimación tenían, y más estando tan a pique de recuperarlo.

Pediles a mis compañeros hiciésemos la comedia del *Ramillete de Daraja*, o *Los celos de Reduán*; no fue de provecho mi consejo; debiendo considerar que el que tiene de pedir nunca ha de ser soberbio ni disgustar a los que ha menester y de quien ha de recibir algún bien, y más estando sujetos, como estábamos, en tierra estraña y sin quien nos pudiese defender ni valer en nuestros trabajos.

Llegole a pedir sillas para sus hijos a Cristo señor nuestro, (aquellos tan virtuosos como honrados) la madre de los Cebedeos, y, como discreta, llegó con humildad, reverenciando y adorando a Dios, como obligándole con el respeto con que llegaba; que así lo dice el sagrado texto: *Adorans et petens*; adorándole y pidiendo; que aun en lo espiritual (que es de mayor importancia y no cabe en comparación) dice el apóstol Santiago que por eso no recibimos lo que pedimos a Dios, porque le pedimos mal: *Ideo non accipitis, eo quod male petatis*. Un maestro mío, queriendo mostrar el disparatado y corto juicio de los hombres que, cuando llegan a pedir alguna cosa, la piden de modo que desobligan a que se les haga algún bien, pintó una fuente, y en medio de la taza se levantaba otra fuente, y por remate un Cristo crucificado, de cuyos sagrados pies, manos y costado salían unas cristalinas fuentes; en el pilón estaba un hombre, hincada una rodilla y en la una mano un rosario, como que estaba rezando a la imagen del Señor, y con la otra, bien levantado el brazo, estaba con los dedos tapando las fuentes que corrían del costado y manos del Cristo. Tenía al pie de la fuente una letra que decía:

*Pide el malo, más impide
con sus pecados las fuentes
de las divinas corrientes.*

En efeto, señor, volviendo a nuestro cuento, entrando un portero con la sentencia del Virrey, se nos notificó el último fin de nuestra vida; pero yo, viendo que mis compañeros no volvían por sí, respondí por mí y por ellos, alegando la sinjusticia que se nos hacía, queriéndonos matar sin culpa; y ya que no hubiese lugar para el perdón, se advirtiese que yo no había representado sino solo la loa y dos entremeses, un muerto y un paje del rey; por tanto, me debían dar por libre.

Admitiose mi escusa; pero a los demás en segunda resulta fueron condenados, negando lo que pedíamos, si no era que, vueltos a la ley de Mahoma, se quedasen como los demás renegados moradores de Argel, y en tal caso se les admitiría el perdón, dándoles libertad y casándolos, como se acostumbra en aquel reino.

Muy mal les pareció el partido; y así, los valerosos soldados hijos de la Iglesia, como católicos detestando la falsa seta y confesando la fe de Cristo señor nuestro, ofrecieron muy de voluntad su cuello al yugo del martirio, protestando de no sólo una vida, sino muchas que tuvieran, haberlas de dar por la verdad del sagrado Evangelio.

Con esta respuesta indignados más los sarracenos, pusieron luego en ejecución el decreto y mandamiento del Rey; y así, en agudos palos, semejantes a grandes asadores, pusieron

los vitoriosos mártires, que ya como católicos morían por defensa de la fe que habían recibido en el santo bautismo.

CURA. Y las mujeres ¿en qué pararon?

ALONSO. No mostraron menos esfuerzo y ánimo, aunque de su naturaleza son delicadas y frágiles; porque haciendo con ellas el mismo partido que a sus maridos, y ofreciéndolas libertad, riquezas y con quien casarlas, como constantes rocas, a todo dieron de mano, queriendo más ser degolladas, perdiendo la vida, que dejar nuestra sagrada religión.

CURA. Por cierto, hermano, que él fue desgraciado, pues, por lo menos, muriendo como sus compañeros le pudiéramos llamar el santo mártir Alonso.

ALONSO. No merecí yo tanto bien; que aun hasta en esto me hizo daño el hablar; que si callara y no tomara la mano por mis compañeros, era forzoso acabar con el dichoso fin que ellos tuvieron; pero consuélome, señor, con la doctrina del gran doctor san Jerónimo, que, animando a sus frailes a que sufran trabajos y los lleven con paciencia, les dice: «Mirad, hermanos, que el morir con un golpe de espada acaba con todo, dejando las miserias y penalidades desta vida para gozar de los eternos gozos de gloria. Pero vosotros lleváis el martirio prolongado por muchos años, y el verdadero religioso toda su vida tiene de martirio y no pequeña corona le tiene Dios guardada; que aunque la mayor caridad y amor que uno puede tener y mostrar es perder la vida y entregarse a la muerte por su amigo, con todo eso, de mucho mérito es una voluntad prompta y un firme propósito de jamás apartarse de la cosa amada; de modo que cuando se ofreciese no le daría temor la espada, el fuego ni el rigor del más riguroso tormento, por grande que fuese». Y no ha sido poco lo que he sufrido y sufrí con el cautiverio en que estuve, y después que salí de él, que no haya tenido algún mérito, ya que perdí el mayor que pudiera tener; pero, en efecto, son juicios de Dios, y a cada uno lleva por el camino que más le conviene: viendo mi flaqueza, no permitió ponerme en tanto aprieto, por que le doy infinitas gracias, pues me sacó del cautiverio donde estuve en Egipto tantos años, trayéndome adonde libremente pueda servirle imitando la santidad y virtud que veo en tantos siervos suyos, siquiera para que con su ejemplo venga a ser otro como ellos.

CURA. Deseo saber, hermano, cómo salió de Argel y de tantas desdichas en que estaba metido.

ALONSO. Tienen por el cuarto voto que hacen los padres de la Santísima Trinidad una antigua costumbre de ir a rescatar cautivos en todo el reino de Argel; y así, como acertase ahora un año a ir por redemptor el padre fray Juan de los Reyes, a quien yo en Valladolid y Toledo había conocido y servido en algunas ocasiones, como me viese en tanto trabajo y desventura, trató con el Rey de mi rescate, y a pocos lances se concertaron por trecientos ducados. Pagolos por mí, trújome a España con otros ducientos y cincuenta cautivos que vinieron en mi compañía, viniendo a parar en esta santa ermita, adonde, siendo Dios servido, será donde pienso acabar mi corta vida sirviéndole.

Este es, en suma, mi discurso. Vuesa merced me perdone; que quisiera haberle entretenido con mejor estilo, más elegantes razones y mejor lenguaje; pero, al fin, ninguno puede dar más de lo que tiene.

F I N

En Valladolid, por Jerónimo Morillo,
impresor de la Universidad.
Año de MDCXXVI.

Home: Works of Cervantes <http://users.ipfw.edu/jehle/cervante.htm>

This document:

http://users.ipfw.edu/jehle/cervante/othertexts/Suarez_Figaredo_EIDonadoHablador.pdf